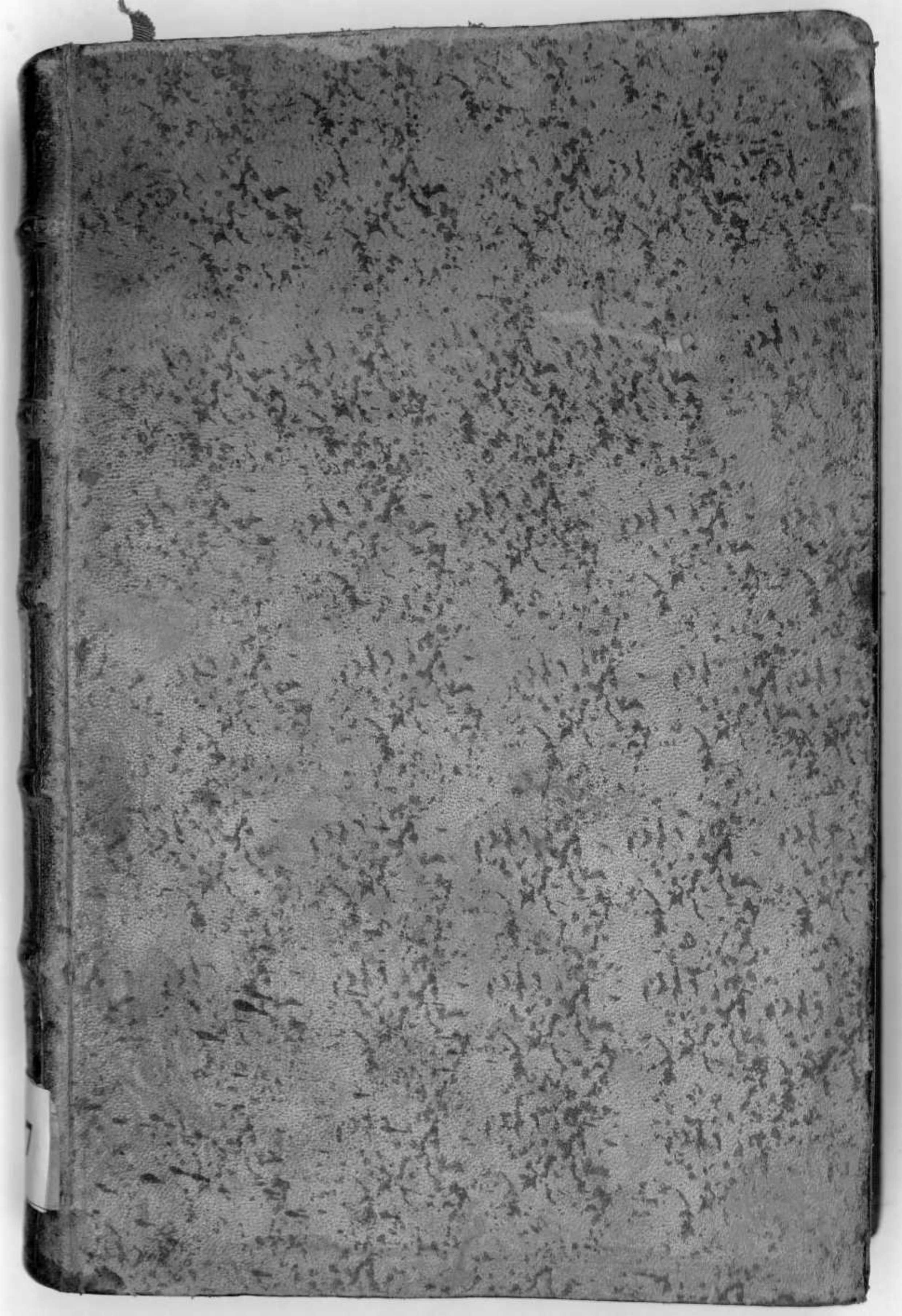
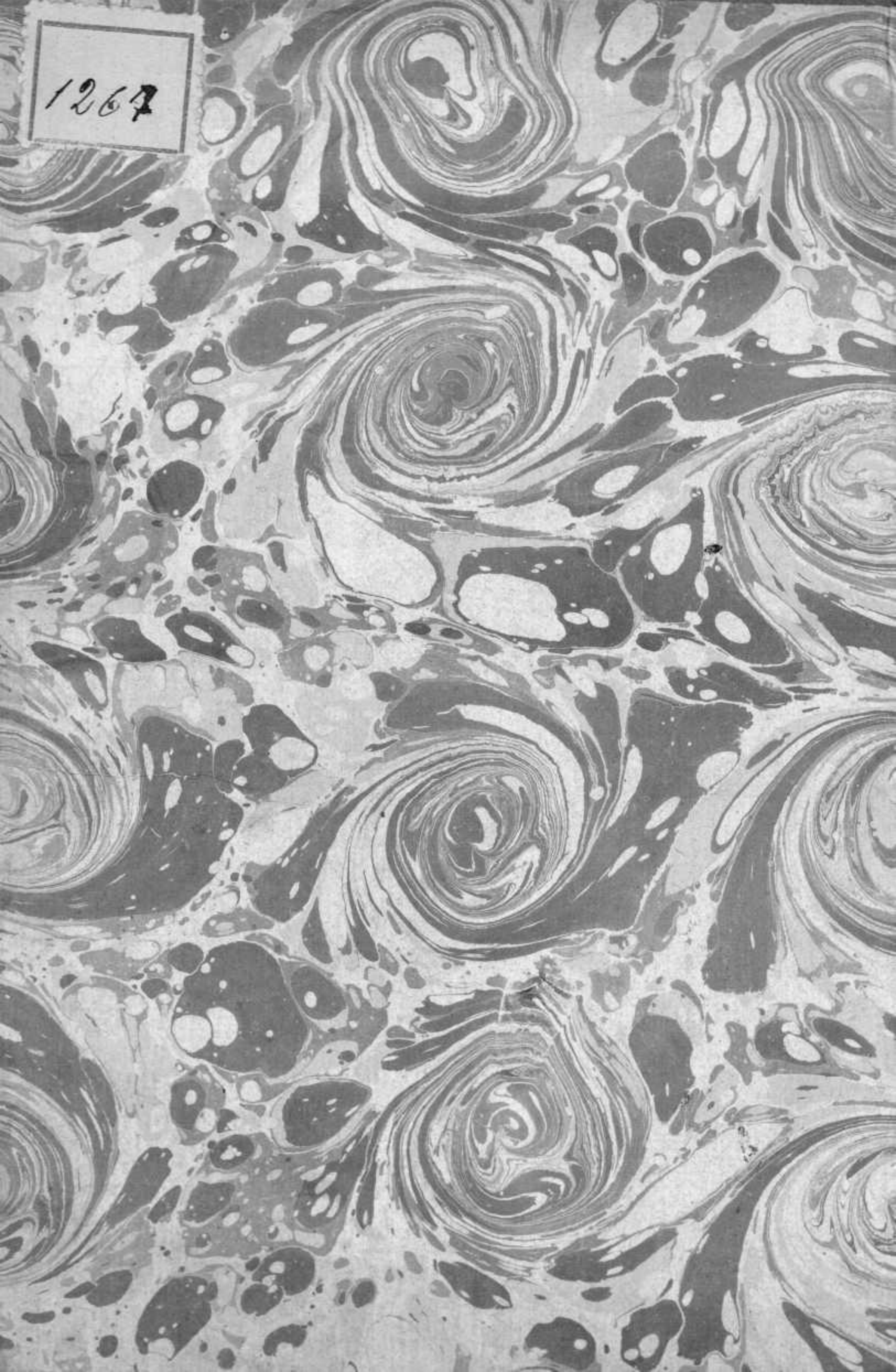



1267





LAS VERDADERAS ACTAS
DE LOS MARTÍRES.

TOMO TERCERO.



LAS VERDADERAS ACTAS

DE LOS MARTIRES.

TOMO TERCERO.

LAS VERDADERAS ACTAS
DE LOS MARTIRES.

SACADAS, REVISTAS, Y CORREGIDAS

SOBRE MUCHOS ANTIGUOS MANUSCRITOS

con el título de

ACTA PRIMORUM MARTYRUM

SINCERA ET SELECTA.

POR EL R. P. D. TEODORICO RUINART,

Benedictino de la Congregacion de S. Mauro.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO.

TOMO TERCERO.



MADRID. MDCCLXXVI.



Por D. Joachin Ibarra, Impresor de Cámara de S.M.

CON LAS LICENÇIAS NECESARIAS.



TABLA

DE LAS ACTAS DE LOS MARTIRES,

Y DE LAS NOTAS SOBRE ELLAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO TERCERO.

S.

VERDADERAS ACTAS
DE LOS MARTIRES.

TERCERA PARTE.

MARTIRIO
DE SANTA CRISPINA.

Sacado de dos Manuscritos de la Abadía de S. Teodorico.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colegas.

SEntado el Proconsul Anulino en su tribunal en la Sala del Interrogatorio, le dixo el Grefier: Señor, si gustais, ahora se puede oir á Crispina, que ha despreciado los decretos de los Emperadores nuestros Señores. P. Que la traigan: y puesta en su presencia, la dixo: ¿Sabes el nuevo decreto que ha salido? C. No sé qué edicto es ese. P. Pues contiene que sacrifiques á todos los Dioses por la salud de los Emperadores nuestros Señores los piadosos Diocleciano, y Maxîmiano, y Constancio Cesar. C. Jamás he sacrificado, ni sacrifico sino á un solo Dios, y á su Hijo Jesu-Christo nuestro Señor, que nació, y que padeció por nosotros. P. Déxate de esa supersticion, y humíllate al culto de nuestros Dioses. C. Adoro todos los dias á mi Dios, que es el único que conozco. P. Parece que eres terca,

y que desprecias lo que te digo; pues tú padecerás, aunque no quieras, una parte de la pena del edicto. C. Padeceré de buena gana por el honor de mi Fé todo lo que me mandeis sufrir. P. ¿Aún eres tan insensata que no quieres abandonar esa ilusion para adorar á nuestros Dioses? C. Adoro todos los dias á un solo Dios, y no conozco á otro. P. Ya te presento el sagrado edicto: á tí te toca el observarle. C. Observo la Ley de Jesu-Christo mi Señor, y mi Dios. P. Si no obedeces de buena gana la orden de nuestros Emperadores, te se hará por fuerza, y acaso perderás la vida: ya sabes lo que ha pasado en toda el Africa. C. Antes mueran los Emperadores, que hacerme á mí dar incienso á los demonios: solo doy culto á Dios, que hizo todo. P. ¿Luego tú no aceptas estos Dioses, por los quales es preciso obligarte á tener la debida devocion? C. Donde hay fuerza, no hay devocion. P. Pues bien, tenla voluntariamente, y ven á ofrecer con libertad el incienso en nuestros Templos. C. Yo no lo he hecho lo que há que estoy en el mundo, y así en mi vida lo haré. P. Hazlo, si quieres evitar el rigor de las leyes. C. Eso nada importa: no os temo; pero si despreciase al Dios del cielo, entonces sería verdaderamente sacrílega, y me perdería para siempre en el dia grande de su juicio. P. Obedeciendo á nuestras sagradas leyes, no cometerías sacrilegio alguno. C. ¿Quereis que yo sea sacrílega para con mi Dios, por no serlo para con vuestros Emperadores?

No lo permita Dios: mi Dios es el único, el grande, y el Todopoderoso: es quien ha hecho la tierra, y todo quanto ella produce: mas los hombres que él ha criado, ¿qué pueden hacer por sí mismos? P. Sigue la Religion Romana, como nosotros, y como nuestros mismos invencibles Emperadores. C. No conozco sino á un Dios, que es el único, y el verdadero; porque esos Dioses que me quereis hacer adorar, no son sino piedras labradas de mano de los hombres. P. Esas blasfemias, que profieres con tan poco respeto, no mejorarán mucho tu causa. Volviéndose despues hácia su Notario, le dixo: Que la rapen toda, y despues que la arranquen el pellejo de la cabeza; y en este estado sea presentada ante el pueblo, como un objeto de horror, y de escarnio. C. Como vuestros Dioses me digan solamente una palabra, estoy pronta á creer todo lo que quisiéreis: por lo demás, sabed que si yo no buscase la salud eterna, no me hubiera dexado traher de este modo á tu tribunal para ser en él preguntada. P. Todavía te doy á escoger, ó vivir feliz, ó morir en los tormentos, como tus compañeras Máxîma, Donatila, y Segunda. C. Entonces sí que elegiría yo la muerte, y me precipitaría voluntariamente en un fuego eterno, si adorase á vuestros demonios. P. Tú los adorarás, ó yo te haré cortar la cabeza. C. ¡Qué gracias no daría yo á mi Dios, si os debiese este favor! No podría perder la cabeza mas que una vez; pero si ofreciese incienso á los Idolos:;: Interrum-

pióla Anulino, y la dixo: ¿Qué, aún persistes en tu loco encaprichamiento? C. El Dios que adoro, es verdaderamente Dios, y siempre lo ha sido. El es quien despues de haberme dado la vida, me ha reengendrado tambien en las aguas del santo bautismo: está conmigo, é impide que mi alma haga lo que quereis, y que no sea sacrílega.

Dixo entonces Anulino: Esto ya es demasiado el estar sufriendo por tanto tiempo á esta impía. Que lean su interrogatorio. Lo qual habiéndose executado, pronunció esta sentencia: "Perseverando Crispina en su superisticion, y no queriendo sacrificar á los Dioses, será degollada, conforme al edicto de los Emperadores." Dió Crispina gracias á Jesu-Christo de que así la libraba de las manos, y del poder del Proconsul. Padeció en Tebaste (1) en el mes de Diciembre el dia cinco.

(1) Ciudad de Numidia.

HISTORIA
DEL MARTIRIO
DE SANTA EULALIA (1)
VIRGEN DE MERIDA
EN EL REYNO DE PORTUGAL (2),

Escrita en verso por Aurelio Clemente Prudencio en el Libro de las Coronas, Himno tercero.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano.

EUlalia, ilustre por su nacimiento, pero mucho mas por su martirio, reconoce á Mérida por patria suya. Está situada esta Ciudad al Poniente, y recibe los últimos rayos del Sol quando se sumerge en la mar. Es poblacion considerable por la hermosura de sus edificios, y por las riquezas de sus moradores: pero todo su lustre lo debe á la Virgen Eulalia. Sus sagrados huesos, que descansan en ella, son su ornamento: la santidad de su vida ha sido su gloria, y su proteccion la causa toda su dicha.

(1) Dia 10 de Diciembre. Los Martirologios hacen mencion de otra Eulalia de Barcelona el dia 11 de Febrero. (2) Esta Ciudad pertenecía en otro tiempo á la Lusitania; pero en las divisiones posteriores ha sido adjudicada con todo su territorio á Castilla la Nueva en Estremadura, y no á Portugal, aunque es cierto que su Metrópoli Eclesiástica fue trasladada á Santiago de Galicia.

Apenas doce inviernos habian hecho caer las hojas de los árboles, y el astro que arregla las estaciones visitado otras doce veces todo el Zodiaco, despues que esta excelente Virgen vió con sus ojos la luz, la crueldad de un Tirano la hizo poner en una hoguera para quemarla viva: pero fortificando la divina gracia su tierno corazon, entró en medio de las llamas como en un lugar delicioso; y sin asustarse de tan horrible aparato, infundió con este generoso atrevimiento en los verdugos el espanto, y terror.

Nació con ella esta grandeza de ánimo, y desde los primeros años de su vida dió muestras grandes. Viósela desde entonces aspirar al trono, y á ser esposa de un Dios, despreciando todos los juegos de la niñez. Ningun atractivo tenía para ella todo aquello que tanto encanta de ordinario á los jóvenes, mostrando una grande indiferencia por todos aquellos adornos que con tanta pasion buscan casi todas. Jamás cuidaba de realzar lo brillante de su hermosura con las flores, el oro, y las piedras preciosas: nunca se vió con cintas de diversos colores anudar al rededor de la cabeza sus cabellos hermosos, ni formar bucles de ellos, ni otras invenciones. Un ayre modesto, un silencio serio, una conducta arreglada eran, todo su adorno, y hacian admirar en una niña de doce años todas las virtudes de la edad avanzada.

Luego que la persecucion del impío Diocleciano se estendió como una furiosa peste de Pro-

vin-

vincia en Provincia, y de Ciudad en Ciudad, y se vió á los Tiranos armados contra Jesu-Christo forzar á los Fieles con el rigor de los tormentos para dar á los Dioses de los infiernos un incienso manchado con la sangre impía de las víctimas, se enfureció el corazon de esta joven. Siéntese al punto abrasada del deseo de señalarse en esta ocasion: animada del Dios de los Exércitos, no respira mas que por el combate; y no pudiendo contener ya este noble ardor, quiere ir á buscar al enemigo en persona.

Opónese su madre á este impetuoso zelo, reprimiendo tan santa audacia. Llena de ternura por una hija tan amable, la lleva á una casa de campo; y por medio de este sabio, y prudente retiro, la apartó de los riesgos á que su valor la iba á precipitar. Una choza retirada, y poco decente, sirvió por algun tiempo de barrera al impaciente deseo que tenía de derramar su sangre por su divino esposo. Pero esta quietud se le llega á hacer insoportable: considera como una cobarde ociosidad á esta vida tranquila, y esenta de peligro, donde la obligan á pasar sus mas bellos dias, hasta que en fin burla los cuidados, y la vigilancia de su madre. Abre por la noche la puerta del aposento en donde la tienen encerrada; y á la manera que una esclava rompe sus grillos, huye con alegría á un lugar que ponga su vida en seguridad. Toma el primer camino que se la presenta, ó por mejor decir no sigue alguno abierto, y de los trillados; sino caminando

á la ventura, tan presto se mete por pantanos, como atraviesa por malezas, y espesuras; en las quales desgarrando cruelmente sus tiernos, y delicados pies, comienzan á hacerla derramar las primeras gotas, primicias de su sangre. Con todo eso, no vá sola: una tropa de Angeles la acompañan; y aunque una noche oscura cubre con sus velos los campos vecinos, el Autor de la luz, que abrasa su corazon, alumbra tambien sus pasos. Así caminaba en otro tiempo por el desierto el exército de los Israelítas guiado de una columna de fuego, que como una hacha encendida, apartando las tinieblas á la derecha, y á la izquierda, le mostraba el camino que debía tomar. Del mismo modo la joven Eulalia, salvándose de Egipto, y buscando el camino del cielo, que es la verdadera tierra de promision, mereció que saliese el dia para ella de entre las tinieblas de una noche oscura. Caminó, pues, con tanta prontitud, y con tan grande diligencia, que ya había andado muchas millas quando salió el sol; y apenas comenzaba este astro á dorar las torres, y lo mas alto de los Templos de Mérida, quando Eulalia entró en la Ciudad. Corre á palacio: atraviesa por medio de la guardia del Gobernador: llega al pie de su tribunal; y se halla sin inmutarse en medio de unos montones de hachas, y de haces de varas. ¿Qué furor, Señor, le dice á este Magistrado con un tono de voz algo elevado; qué furor os incita á perder de este modo las almas; y por qué razon, abu-

abusando de la flaqueza de tantos infelices, demasiado pródigos, ay de mí, de su salvacion, los forzais á postrarse delante de los Idolos hechos al escoplo, y á renunciar al que es el Autor de todas las cosas? Ahora bien, puesto que búscais Christianos, yo lo soy; y además de eso, enemiga implacable de vuestros Dioses. Dónde estan esos, que los voy á pisar, y vengo á declararos que no adoro mas que á un Dios. Isis, Apolo, y Venus nada son. ¿Qué digo yo? Maxîmiano, sí, vuestro mismo Emperador, no vale nada: aquellos porque son hechos de un tronco de olivo, ó de un pedazo de marmol; y este porque adora á ese marmol, y á ese tronco: él se precia de ser el Señor del mundo, y no será para mí sino el último de los hombres, mientras le viere doblar la rodilla ante una piedra, ó un leño. Tiemble él á presencia de tales Dioses: ponga á sus pies su diadema; pero no pretenda sujetar á personas libres, y á corazones generosos á esas vergonzosas baxezas. ¡Qué cabeza, ó Dios, han dado al Imperio: qué Emperador, ó por mejor decir, qué Tirano, que no se sacia sino de sangre inocente, que no se alimenta sino de las entrañas de los buenos, y que no pone su gloria sino en perseguir á la virtud! Y así ánimo, digno Ministro de un tal Señor: emplead el hierro, y el fuego: haced pedazos á los Fieles: que despues de todo esto no hareis mas que quebrar algunos vasos de barro: ni vos, ni vuestro Príncipe alcanzareis en esta ocasion

una

una victoria muy señalada, y no es muy grande el valor que se emplea en vasos de tierra.

Un discurso tan poco esperado, pero al mismo tiempo tan vivo, y tan urgente, no pudo menos de excitar el despecho, y la rabia en el alma del Gobernador, dispuesto ya de suyo á recibir estos movimientos. Que la cojan, gritó al instante, y que la confundan á tormentos: sepa por una sangrienta experiencia que hay Dioses, y que nuestro Príncipe no es un Monarca de farsa, sino de veras. ¡Infeliz niña, á qué me obligas! ¡Que no he de poder yo curarte de tu impiedad! Haz algo de tu parte, que yo te salvaré la vida. Considera de qué bienes te privas á tí misma por tu locura. ¿Qué ventajas no te promete tu ilustre nacimiento? Todo esto lo renuncias por una extravagancia ridícula. Pon los ojos en tu casa, pronta á arruinarse por tu caida: mira sus lágrimas, oye las quexas de tus antepasados: gimen al ver la mas bella, y la última flor de su desgraciado tronco marchitarse al momento que no hace sino brotar: á la única heredera de su nobleza, y de su sangre, perecer miserablemente al mismo punto que les había de dar nuevos descendientes. ¿Es posible que has de ser insensible á las pompas, y las dulzuras de un ilustre matrimonio? ¿No se dexará doblar tu corazon á la lisonjera esperanza de ensalzar tu linage? ¿Y no temes colmar de un eterno disgusto á la deplorable vejez de los que han dado la vida á tu madre, quitándoles el único consuelo

que

que les queda? Ya ves estos instrumentos propios para diversos suplicios; pues todo esto está dispuesto para tí. Con sola una palabra que diga, eres perdida. Estos verdugos no aguardan sino mis últimas órdenes para quitarte la vida: ó te cortarán la cabeza, ó te entregarán á las bestias, ó bien pondrán tu cuerpo sobre braseros ardiendo, que harán derretir tu carne poco á poco, y que al fin te reducirán á cenizas. Por lo demás, nada te es mas facil que evitar tan terribles tormentos: no tienes mas que arrojar un grano de incienso en ese incensario; que tocar solamente con la punta del dedo esos sazonados pasteles, ó tortas, como para ofrecerlos á los Dioses, y ya tienes la vida segura. ¿Es esto acaso, niña mia querida, alguna cosa tan dificil de executar?

Nada respondió á todo esto Eulalia; pero en su interior se estaba deshaciendo. Despues cediendo de repente á la violenta impresion del espíritu divino, que la hacía obrar, le escupe en el rostro al Tirano, derriba el Idolo de un puntapie, empieza á pisar las tortas de la ofrenda, trastorna el altar, incensarios, navetas, y vasos sagrados; y pone el desorden, y la confusion entre los Dioses, y sus Ministros. Esta santa audacia bien presto tuvo su recompensa. Cójenla dos verdugos, despójanla, despedázanla á azotes, bañándola toda en sangre. Cede á los golpes aquel talle delicado, y derecho: cuéntalos Eulalia, y dice: Sobre mí os escriben, Señor: sobre mi cuerpo os graban con el hierro, y el acero, así á vos,

co-

como á vuestras victorias: ¡quánto gusto tengo en leerlas de este modo! Vuestro nombre, ó Jesus mio, brilla en mí con caracteres de púrpura. Acompaña á sus palabras un ayre alegre, y contento. No se ven correr lágrimas de sus ojos, ni se oyen salir ningunos suspiros de su boca: su alma está tranquila; y la sangre pura, y roxa, que corre de sus heridas, no sirve mas que de realzar su blancura natural con nuevos colores; y este inocente adorno la hace mas viva, y mas hermosa.

Pero no se queda en esto la crueldad del Tirano: para él es poco el haber puesto sus sangrientas manos sobre el cuerpo de una virgen, cuya edad, y hermosura, cuyo espíritu, y nacimiento hubieran amansado á un tigre: su bárbaro furor le hace pensar que el hierro no es bastante para su intento: acude al fuego, del qual espera sacar mas fruto. Hace, pues, que enciendan muchas hachas al rededor de Eulalia: cércala la llama por todas partes: aplícanle unas á los costados, otras al pecho: corre el fuego, y vuela por todo el cuerpo. Viendo la joven Martir que la desnudaban, y que había desatado desde el principio sus cabellos, sencillamente recogidos baxo de su velo, para que tendidos por sus hombros, se extendieran sobre sus pechos, y los cubriesen con los rizos naturales, en que no había tenido que ver el arte, sosegaba un poco su asustado pudor, y miramiento honesto. Mas ya comienza á levantarse la llama: se prende en los

ca-

cabellos; y cebándose en ellos, sube en fin hasta lo mas elevado de la cabeza: y premeditando entonces la casta Virgen que la única cosa que le quedaba para ocultar su cuerpo á los ojos de los hombres, se le quitaba con la violencia de las llamas, creyó que no debía vivir mas: abrió la boca, y respirando la última vez, atraxo á sus pulmones la muerte envuelta en un torbellino de fuego. Vióse al mismo tiempo salir de su boca una paloma mas blanca que la nieve, que tomó su vuelo hácia el cielo. Era esta el alma de Eulalia, que baxo de esta figura se escapaba de la prision, dando á entender por este símbolo, que el Espíritu Santo se dignó tomar otras veces su agilidad, su candor, y su inocencia. Al punto se apagan las hachas por sí mismas: cae dulcemente la cabeza sobre el hombro; y el cuerpo sin movimiento, y sin vida no sufre mas: goza de un perfecto reposo mientras que el espíritu que la animaba, penetrando los ayres, entra triunfante en la gloria, y vá á cumplir sus votos al templo del Padre Eterno. Uno de los soldados de la guardia del Gobernador vé aquella ave milagrosa: apodéranse de él el pasmo, y el temor, y le hacen abandonar su puesto. Otro de los verdugos, testigo de la misma maravilla, dá las mismas señales de sobresalto, y miedo: huye, y la palidez de su rostro, y el temblor que le agita, confirman la verdad del milagroso suceso. Entretanto cae la nieve á copos: llénase en un instante la plaza, y queda el cuerpo de Eulalia cubier-

bierto. El cielo, á cuyo cuidado estan los funerales de una Virgen, que tanto estima, dispone por sí mismo la pompa, y hace reynar por todas partes el color casto de ellas. Huid lexos de aquí vosotras, que vendeis vuestras lágrimas en las exêquias de los muertos: no se vean en estas aquellas plañidoras, que se afligen solamente por cuenta de los que las pagan, y que no tienen, ni dura mas su sentimiento sino en quanto reciben el dinero. No vengais aquí á deshonrar por una triste ficcion, y con sentimientos forzados la pompa fúnebre de una doncella, que los elementos tienen orden de hacerla célebre. Mérida, ilustre colonia de los antiguos pueblos de Estremadura, y de Leon, situada sobre el famoso rio Guadiana, cuyas aguas corriendo con una prodigiosa rapidez entre dos riveras siempre floridas, lavan al pasar los elevados muros de esta soberbia Ciudad: Mérida, digo, que fue la cuna de Eulalia, tiene tambien el honor de ser su sepulcro. En el centro de esta dichosa patria es donde esta Santa Virgen, y Martir reposa, baxo de la magnífica media naranja de un edificio de piedra. Allí es donde el devoto peregrino, y el curioso romero van á venerar sus sagradas cenizas: allí brilla el oro sobre los techos: allí mil flores artificiales hechas de diversas piedras preciosas, componen un rico pavimento á la mosaica: los colores son tan vivos, y el arte ha imitado tan bien á la naturaleza, que creeríais caminar por un prado sembrado de todas las flores

de

de la primavera. Baxaos, y coged violetas: haced ramilletes de amarantos; porque aquí el invierno tiene sus flores como la estacion mas bella. Recibid las que yo os ofrezco, Virgen tierna, admirable esposa de Jesu-Christo: recibid las guirnaldas, y los festones que vengo á colgar sobre vuestra sepultura: las flores de que se componen son muy comunes; pero á vos se os consagran. Permitidme honrar de este modo por medio de mis versos vuestros sagrados huesos, que reposan á los pies de Jesu-Christo sobre el oro, y la púrpura. Y si la dulce harmonía de nuestros himnos, y de nuestros cánticos tiene algo que mueva, mirad favorablemente á vuestro pueblo.

MARTIRIO
DE SANTA AFRA (1).

Sacado de doce Manuscritos; á saber, primero de la Biblioteca Real; segundo de la de M. Colbert; tercero de la de la Sorbona; quarto de S. German de los Prados; quinto de S. Mauro de las Fosas; sexto de Santa Genevova de París; séptimo del Monasterio de Fecamp; octavo de S. Pedro de Conches; noveno de S. Pedro el Vivo de Sens; décimo del Presidente Boubier; undécimo de los Carmelitas Descalzos de París; y el duodécimo de las Antigüedades de la Ciudad de Ausbourg, por Marco Velser.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colegas.

ENcendida la persecucion contra los Fieles en Ausbourg, cada dia le robaba muchos de sus Ciudadanos: llevábanlos ante los Idolos para obligarlos á ofrecerles incienso: atormentábaseles de mil modos para arrancar de su boca alguna blasfemia contra Jesu-Christo; y su sangre corría por todas partes mezclada con la sangre impura de los toros, que los Gentiles sacrificaban á sus Dioses. Entre estos fue presa con algunos otros una famosa cortesana llamada Afra. Luego que se halló ante el Juez, y que confesó que era Christiana, la dixo este: Sacrifica á los Dioses, porque creo sabes muy bien que mejor es vivir, que no

(1) El dia 5 de Agosto.

no exponerse imprudentemente á espirar en los suplicios. Respondióle Afra: Ay de mí! bastantes son mis pecados pasados, sin que les añada otros nuevos: y así no espereis que jamás los venere. J. Vé al Templo, creeme, y dales incienso. A. Jesu-Christo es mi Dios: yo le veo, y siempre le tengo presente: yo le confieso mis pecados con toda la amargura de mi corazon: soy indigna, es verdad, de ofrecerle un sacrificio; pero me abraso del deseo que tengo de ofrecerme á mí misma por la gloria de su nombre, para que este cuerpo, que tantas veces he manchado con mis impurezas, sea purificado en su propia sangre. J. A lo que entiendo, tú haces el oficio de cortesana; y pues es así, de ningun modo puedes pretender volver á la amistad del Dios de los Christianos; y así te aconsejo sacrifiques á los nuestros, que son mucho mas indulgentes. A. Jesu-Christo mi Señor dixo que había baxado del cielo solo por los pobres pecadores; y su Evangelio nos enseña que permitió á una cortesana como yo regarle los pies con sus lágrimas, y que la perdonó todas sus culpas: jamás mostró desprecio alguno por los pecadores: conversaba familiarmente con ellos, y comía ordinariamente á su mesa.

Díxola Gayo (así se llamaba el Juez): A lo menos pide á los Dioses te concedan mas amantes, y especialmente que sean liberales. A. Antes moriría mil veces, que recibir regalo alguno de ningun hombre. Jamás he guardado alguno de

todos quantos me han hecho: siempre los he despreciado. Muchas veces los quería dar á mis hermanos los pobres; pero por mas instancia que les hice para que los aceptasen, jamás quisieron tomarlos (1), aunque les dixese que se los daba con el fin de que orasen á Dios por mí; y así me he visto obligada á arrojarlos: ¿cómo quereis que ahora tome yo lo que miro con horror, y como á cosa inmunda? G. Pero tu Christo no te quiere ya: ya te desprecia: en vano le llamas tu Dios: ¿cómo te atreves á llamarte Christiana, siendo una ramera? A. Confieso que no soy digna, ni merezco de ser amada de Dios; pero tambien sé que este mismo Dios para amarme no consulta mas que á su misericordia, y no al mérito de los que honra con su amor; y así creo que me ama. G. ¿Y cómo lo sabes tú? A. Yo conozco muy bien que mi Dios no me ha desechado, puesto que me permite confesar su santo nombre ante tu tribunal; y tengo una firme esperanza que la confesion libre, y sincera que hago ahora, me ha de obtener el perdon de mis excesos. G. Todas esas son puras fábulas: lo que yo te aconsejo es, que dés culto á los Dioses, que son los únicos que te pueden hacer feliz. A. Os engañais; porque solo Jesu-Christo es quien puede hacerme dichosa, así como él solo puede darme el cielo. ¿No salvó al Buen Ladron, y no le pro-

me-

(1) Admirable desinterés de los primeros Christianos, que hasta los pobres no querian tomar las limosnas de una prostituta.

metió su paraíso, solo porque confesó su divinidad un momento antes de espirar? G. Sacrifica; ó si no, te haré azotar á presencia de tus amantes. A. Haced lo que gustáseis; porque sola la memoria de mis pecados es lo que me puede causar confusion. G. Vaya, resuélvete; porque me dá vergüenza de disputar tanto tiempo con una ramera. Si no obedeces, te haré dar la muerte. A. Eso es lo que yo deseo con todo mi corazon, si es que soy digna de morir por mi Dios, y mi Señor. G. Sacrifica, te digo, por la última vez; porque si no, voy á mandar que te atormenten primero, y que despues te quemen. A. Que este cuerpo miserable, que se ha manchado con tantos delitos, sufra mil tormentos, que sea abrasado, le está muy bien, bien merecido lo tiene; pero por lo que toca á mi alma, yo la conservaré pura; y jamás se verá que la cortesana Afra ofrezca á vuestros Idolos incienso.

A vista de esto aquel iniquo Juez pronunció su sentencia: "Mandamos que la prostituta Afra, „ bien conocida en toda la Ciudad de Ausbourg „ por una infame ramera, y que por otra parte „ dice ser Christiana, sea quemada viva, por ha„ berse resistido á sacrificar á los Dioses inmor„ tales." Inmediatamente fue entregada á los verdugos, que la hicieron pasar á una isla que el rio Lico (1) forma mas arriba de la Ciudad, donde despojada de sus vestidos, la ataron á un poste.

(1) El Lico, ó el Lik.

Entretanto, levantando al cielo la Santa sus ojos todos bañados en lágrimas, hizo esta oracion: ¡O Jesus, Dios Todopoderoso, que vinisteis á este mundo no para llamar á los justos, sino á los pecadores por la penitencia! Señor, que prometisteis al contraventor de vuestros preceptos, que olvidareis sus culpas en el mismo momento que se convirtiere á vos (y sé yo que vos sois fiel en vuestras promesas): recibid el sincero arrepentimiento, que os ofrece un corazon contrito, y humillado: recibidle, Señor, con los tormentos que se me preparan. Dichosa yo, si este fuego, que vá á reducir mi cuerpo á cenizas, puede expiar los vergonzosos desórdenes de mi vida. Al mismo tiempo levantaban al rededor de ella una hoguera. Ya la llama comenzaba á pegarse en los parages mas cercanos de la Santa, quando se la oyeron clara, y distintamente las palabras siguientes: Gracias os doy, ó Jesus mio, de que os digneis recibirme como una hostia inmolada á la gloria de vuestro nombre. Vos, que sois la verdadera, y la única hostia ofrecida por la salvacion de todo el mundo: vos, que siendo la misma inocencia, la bondad esencial, el Dios de bendicion, el Santo de los Santos, quisísteis morir por los delinqüentes, por los malos, por los hijos de maldicion, y por los pecadores. Yo os ofrezco, Señor, mi vida en sacrificio: vos, que vivís con el Padre, y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

En tanto que la bienaventurada Afra se abría por

por entremedio de las llamas de su hoguera un camino hácia el cielo, Eunomia, Eutropia, y Digna se estaban á la orilla del rio. Eran estas tres jóvenes las que servian á Afra, y que despues de haberla imitado en su modo de vivir, la seguian en su conversion, y recibieron con ella el bautismo de mano del Santo Obispo Narciso. Pero como llegase una barca al mismo sitio, suplicaron al barquero las pasase á la isla. Hallaron el cuerpo de su ama todo entero; y una esclava, que las habia acompañado, se arrojó prontamente al rio. Pasándole á nado, corrió á casa de Hilaria, madre de la Santa, á dar la noticia de esta maravilla. Tomó consigo esta virtuosa muger dos Sacerdotes, y fue la noche siguiente á la Isla de Lic, de donde levantando secretamente el sagrado cuerpo de su hija, le puso en un sepulcro que hizo antes construir para sí, y para sus descendientes á dos millas de Ausbourg. Esto no se pudo hacer tan de secreto, que no llegase á noticia del Juez: y sobre la marcha envió al sepulcro á algunos de sus archeros, con orden de traerle á Hilaria, y las tres sirvientes; mandándoles que al principio no les hiciesen violencia, sino despues que se asegurasen de ellas, les propusiesen cortesmente el que dieran culto á los Dioses; en lo que si consentian, las traxeran con todos los honores que se hacen á las personas distinguidas. Pero si al contrario vieran resistencia á rendir á sus Dioses omenages, llenáran el sepulcro de espinos secos, y de
 otras

otras materias combustibles; y encerrando en él á estas mugeres, tapada con diligencia la entrada, lo encendieran, especialmente encargándoles que ninguna se les fuese. Executaron los archeros sus órdenes á la letra. Hilaria rehusó constantemente el sacrificar á los Dioses: hicieron lo mismo las tres criadas. Enciérranlas en el sepulcro: llenáronle de leña seca: pegáronla fuego; y dexando estas santas mugeres sus cuerpos medio consumidos, fueron á juntarse en el cielo con la bienaventurada Afra el mismo dia que esta había entrado en él.

MARTIRIO

DE SANTA INES VIRGEN.

Escrito en verso por Aurelio Clemente Prudencio en el Libro de las Coronas.

Sacado de diversas ediciones, cotejadas con un Manuscrito del Monasterio del Monte S. Miguel.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colegas.

EL sepulcro de la ilustre Inés, levantado á la vista de los muros de Roma, parece que los defiende, y los pone á cubierto de qualquiera insulto. Pero la admirable Santa que encierra, y que juntó la corona del martirio á la de la virginidad, no solamente es protectora de sus Ciuda-

dadanos, sino tambien de todos los estrangeros, á quienes una piedad sincera conduce á aquel pueblo para cumplir en ella sus votos, y ofertas.

Apenas salió Inés de la infancia, quando su tierno corazon se abrasaba ya en las sagradas llamas del divino amor. En vano se la instaba que faltase á la fé que prometió á Jesu-Christo, para adorar á los Idolos; y resistió siempre generosamente á todos los esfuerzos que hacía la impiedad sostenida de la autoridad, para obligarla, y reducirla. Empleáronse mutuamente en este designio la violencia, y el artificio. Tan presto, sirviéndose el Magistrado de palabras llenas de una dulzura afectada, parecía obrar con ella no como Juez, sino como amigo. Tan presto hacía comparecer ante sus ojos á los verdugos, con el fin de amedrentarla con sus terribles miradas, y sus gestos adustos. Pero ni la adulacion, ni las amenazas pudieron obtener, ni lograr su consentimiento. Permaneció firme á todos estos designios; y lexos de asustarse á vista de los tormentos, se ofrecía ella misma, y no rehusaba el morir. Quedábase confuso el Tirano. Ya veo en lo que consiste, la dice: tu alma, insensible al dolor, ha aprendido á despreciar los suplicios; y así estimas en nada tu vida; pero puede ser que sientas mas la pérdida de tu honor mismo. ¿Esa virginidad, que has consagrado, la darás tan facilmente como tu vida? Pues sábete que voy á hacerte llevar á un lugar de prostitucion, á menos que ahora al punto no humilles

tu altanera cabeza ante el altar de nuestros Dioses, y pidas perdon humildemente á Minerva de haberla despreciado: sábete que es una virgen como tú. Espera, pues, servir de placer á una juventud descarada, que se sabe que nada gusta tanto como hallar nuevos objetos á su brutalidad. No creais, le respondió Inés, que Jesu-Christo abandona tan facilmente á sus esposas. Quiérelas demasiado, y las ama con mucha delicadeza, para sufrir que se haga perder impunemente su pudor; y está siempre pronto á socorrerlas. El os hace dueño de mi cuerpo para dividirle en mil pedazos, si gustais; pero no espereis que os le entregue para que pueda mancharse su pureza.

El Prefecto, haciendo poco caso de este discurso, dió orden de que fuese llevada á cierto lugar retirado de la plaza, y que allí se la expusiese á la pública prostitucion. El verdugo, modesto al verla en este estado, se aparta de allí, y no puede contener sus lágrimas: baxa cada uno la vista al pasar, temiendo que la menor mirada demasiado libre, sea para él funesta. Un joven, menos prudente, y mas desvergonzado que los otros, se atreve á parar sus ojos en los de Inés, y á profanar con miradas lascivas una belleza consagrada á Jesu-Christo. Pero al mismo tiempo baxa un Angel como un relámpago: hiere los ojos de este insolente: ofúscale, y le derriba en tierra: quédase tendido, lleno de pasmo, y de convulsiones mortales. Levántanle sus compañeros medio muerto, y le lloran como difunto.

Entretanto triunfa la ilustre Virgen, y vé abatidos á sus pies los monstruos (1), que se habian atrevido á embestirla; pero no se atribuye ella á sí misma la derrota: todo el honor le cede á Jesu-Christo, y á su Eterno Padre; y contenta con cantar la victoria, sin creer haber tenido en ella alguna parte, no puede admirar bastante cómo un lugar de prostitucion ha llegado á ser un asilo de la castidad, y pureza. Dícese que rindiéndose á las urgentes súplicas que la hicieron, se interesó con Jesu-Christo para obtener de su bondad el perdon de este indiscreto joven, y que con su oracion se le volvió la vista con la vida. Este fue el primer grado, que sirvió á la ilustre Inés para elevarse al cielo; pero aún le era preciso otro para llegar á él; porque al oir este suceso milagroso el Tirano, se abrasa de furor. ¿Con que es preciso, la dice como llorando de rabia, que yo ceda? No, no, todavía soy yo el señor. Que la corten al instante la cabeza á esta enemiga de nuestros Dioses: corred, executad las órdenes de nuestros Príncipes. Viendo entonces Inés venir hácia sí el verdugo para quitarle la vida, y que traía en la mano la espada desnuda, le gritó como en un transporte de alegría: Acércate, que tu vista nada tiene que me asuste: al contrario, me encanta, y me alegra. ¡O, y quánto gusto tengo en verte con ese ayre feroz, esa cara de bárbaro, y esos ojos sedientos de san-

(1) La crueldad, y la impureza.

sangre! ¡O, y quánto mejor has hallado tú el medio de agradarme que todos esos jóvenes amorosos, tiernos, y lascivos! Mira que no me resisto: tú has penetrado mi corazon. Ven: pronta estoy á satisfacer tus ardientes deseos: no temas: yo misma te saldré al camino. Dá sin miedo: aquí tienes mi pecho. Date priesa á unirme con Jesu-Christo mi esposo; y haz que el golpe, que vas á descargar sobre mí, me haga pasar en un instante de esta oscura, y triste morada á la mansion eterna de la luz. Y vos, que reynais en esa hermosa mansion, Dios Todopoderoso, y mi divino Jesus, mandad que se abran las puertas del cielo: esas puertas, que por tantos siglos estuvieron cerradas á los hombres. Ved aquí á mi alma, que abandona mi cuerpo: ella os busca, Señor, sigue vuestros pasos: corre trás de vos; dignaos llamarla á vos, que os la ofrezco como una víctima de la castidad, y á vuestro padre una fé muy viva. Adoró despues por algun tiempo puesta en silencio, y con la cabeza baxa; y en esta humilde postura recibió la muerte sin sentirla, habiéndola de un golpe cortado el verdugo la cabeza.

Puesta la alma en libertad, toma su vuelo hácia el cielo: vienen los Angeles á recibirla, y siembran de lirios, y de rosas el camino por donde pasa. Viéndose entonces sobre los cielos, y estendiendo la vista por todas partes, se pasma de ver al mundo tan pequeño: parécele todo rodeado de tinieblas; pero quedóse extremamente sor-

sorprendida al considerar este punto que el sol recorre, este movimiento perpetuo de las cosas de la tierra, esta inquieta agitacion, en medio de la qual viven los hombres: esta rapidez del tiempo, que con los dias, los meses, y los años, arrastra con los Reynos, y los Imperios, los Reyes, y los Emperadores. Quando en este punto de vista considera las dignidades, que inflan el corazon, los vanos honores que le corrompen, el poder tiránico que exercen el oro, y la plata, las riquezas adquiridas á fuerza de grandes delitos, los soberbios edificios cimentados á costa de la sangre de los pueblos, la ridícula variedad de los vestidos, las diversas pasiones de los vivientes, sus baxos, y viles temores, sus débiles odios, sus interesados votos, los peligros continuos que los sitian, sus alegrías, que duran tan poco, sus molestias, que por tan largo tiempo subsisten, las hachas de la discordia, el fuego sombrío, y fúnebre, que la embidia atiza sin cesar, y cuyo humo levantado por el soplo de ella misma, vá á manchar la gloria, y oscurecer la virtud; y en fin, las espesas nubes de la idolatría, que ofuscan casi toda la tierra, y la ocultan la luz de la verdad: todo esto vé Inés, y lo atropella, y desprecia. Otro tanto hace con la cabeza del dragon infernal; aquella antigua serpiente, que con su mortal veneno infesta todo el mundo. Pero siempre el pie de las vírgenes le fue fatal; y há mucho tiempo que su Reyna hizo caer su orgullo caminando sobre su sober-

berbia cabeza. Desde aquel momento, que fue el último de su tiranía, ya no se atrevió mas á levantarla; y así no hace mas que arrastrarse por la tierra, y abatirse.

Llega, en fin, Inés al pie del trono del Eterno Padre, que le ciñe la frente con dos diademas. La primera está enriquecida con sesenta (1) rayos de luz; y cien gruesas perlas componen la segunda. ¡O afortunada Virgen! ¡O nuevo astro, que brillais en el cielo Empireo, ornamento de la celestial Jerusalen, inclinad hácia nosotros esa inmortal cabeza cargada de tantas dichas. Purificad nuestras manchas con vuestras miradas: vos, que por un privilegio, que se os concedió de lo alto, hicisteis respetar la castidad en un lugar en donde la impudicicia era la señora: haced solamente que resalte á mi corazon alguna chispa de ese divino fuego, que brilla sobre vuestro rostro, y mi corazon ya no se abrasará mas con un fuego material, y grosero. Porque vuestros ojos tienen el poder de hacer puro á lo que miran; y lo que vuestros pies se dignan tocar, pierde en un instante todo quanto tenía de impuro.

(1) Hace alusion á los sesenta, y á los cien granos de trigo de que se habla en una parábola del Evangelio.

MAR-

MARTIRIO

DE S. FERREOLO,

OFICIAL DE EXERCITO (1).

Sacado de diversos Manuscritos; á saber, dos de la Biblioteca de M. Colbert; uno de la Abadía de Santa Genoveva; otro de S. Mauro de las Fosas; y el otro de la de M. el Presidente Boubier.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colegas.

LA Iglesia, objeto de la ternura del Hijo de Dios, y del odio del demonio, gemía baxo la cruel persecucion de Diocleciano, y de sus Colegas, quando Crispin, Gobernador de una parte de las Galias, queriendo adelantar mas su fortuna, y hacer la corte á los Emperadores, aunque fuese á costa de la inocencia, y de la virtud, se aplicó con un extremo cuidado á hacer executar en su Gobierno los últimos edictos, que mandaban el que en todas las Provincias del Imperio se obligase á los Christianos á dar culto á los Idolos. Tenía su residencia ordinaria en Viena. Veíasele todos los dias sentado en su tribunal, y rodeado de una tropa de consejeros, que no respiraban sino impiedad, y furor, colmar de honores, y beneficios á aquellos Christianos, que co-

(1) El dia 18 de Octubre.

cobardemente hacian traicion á su Dios, y á su Religion; y al contrario, llenar de afrentas, de ignominias, y de tormentos á los que permanecian fieles. Supo, pues, por sus nuncios, ó emisarios, que el Tribuno Ferreolo era Christiano: emprendió ganarle á qualquier precio que fuese. Díxole, pues, un dia: No ignoras los nuevos decretos de nuestros invencibles Príncipes: tu empleo, tu honor, los sueldos, y gratificaciones que recibes de la Corte, son fuertes empeños para tí, y poderosos motivos para tener una ciega sumision; pero sobre todo, el respeto religioso, que merecen las órdenes de los soberanos, es lo que os debe mas que ninguna otra cosa inspirar esta pronta obediencia. Despáchate, pues, á dar señales públicas de ella: no sea que dilatándolo por mas tiempo, me dés lugar á creer de tí cosas que quisiera muy bien ignorarlas. Está mandado por estos edictos que se den inciensos á los Dioses. ¿A qué aguardas para cumplir con este deber de Religion? Yo soy Christiano, respondió Ferreolo; y así no puedo sacrificar como vosotros: en lo demás, yo he servido al Emperador en quanto mi Religion me lo ha permitido: he obedecido, como lo sabeis, con una exâcta fidelidad, quando se me han mandado cosas justas: pero ahora, que me proponeis unas, que son injustas, y llenas de impiedad, no puedo obedecer. Bien poca es mi ambicion: no me verán á mí solícito por los beneficios, y favores de la Corte; y renuncio sus gratificaciones: ni quiero tampoco

mis

mis sueldos; y así que se obliguen, si quieren, los soldados que sirven á un amo que no tiene sino una falsa religion. Yo no le pido al Emperador ni riquezas, ni puestos elevados: la única recompensa que espero de mis servicios, es el permiso de ser Christiano: si ese se me niega, pronto estoy á morir en mi Religion.

Volviendo entonces á tomar la palabra el Gobernador, le dixo: ¿De dónde nace, Ferreolo, esa grande indiferencia por la vida? ¿Es acaso porque sintiéndote culpable para con las leyes, y los Emperadores, que igualmente has despreciado, tú mismo te juzgas digno de castigo? Pero no, amigo, no tienes que temer: tu delito ya está borrado en mi corazon: ya no me acuerdo mas de él. Yo te prometo tambien de parte de los Dioses, y de los Césares (1), que lo olvidarán igualmente, con tal que un pronto arrepentimiento dé lugar á su clemencia; y renunciando la secta de los Christianos, te obligues á satisfacer á las leyes, sacrificando á los Dioses. F. Yo os estimo mucho esa bondad que me mostrais: solo siento el no poder aprovecharme de ella. Reservadla para los que tienen ánimo de obligarse al servicio de los Emperadores, y que quieren tener el honor de estar á vuestro mando; pero yo,

(1) Este término no se toma aquí á la letra por la segunda dignidad del Imperio, sino en un sentido mas lato, por los quatro Príncipes que gobernaban entonces, de los quales los dos primeros eran Augustos, ó Emperadores, y los otros dos eran Césares.

yo, que estoy persuadido á que no he violado las leyes del Imperio, prefiriendo las de Dios, no tengo necesidad de perdon. Es necesario imaginarse uno reo para recurrir á la gracia del superior. Yo lo sería en efecto, si abandonando el culto del verdadero Dios, abrazase el de los Idolos. Adoro al Criador, y no puedo dar incienso á la criatura. No es en las obras fabricadas por los hombres donde se debe buscar la divinidad. Este sér soberano, que formó el universo, es el Dios que se debe adorar: todo él lo está anunciando: todo le reconoce en la naturaleza: el cielo, la tierra, los astros que brillan sobre nuestras cabezas, y los abismos que están baxo de nuestros pies. Estos seres inferiores, y criados, publícan cada uno á su modo que él es el Autor. El mismo los ha formado para el hombre, y no el hombre para ellos. Vosotros invertís este orden, prefiriendo las cosas inanimadas á las que tienen vida; los seres, ó substancias, que no tienen sino el sentimiento, á los que están dotados de inteligencia; y las substancias corporales, y perecederas, á las espirituales, é inmortales: en una palabra, la mentira á la verdad, y la criatura al criador. Por esta injusta, y criminal preferencia es por lo que Dios os ha entregado á un espíritu de orgullo, y de crueldad, y os abandonará despues de vuestra muerte á todo el furor de los espíritus impuros, de aquellos mismos ante quienes doblais ahora la rodilla, y que despues de haber sido vuestros Dioses, vendrán

á

á ser vuestros verdugos. No sucede así con los siervos del verdadero Dios: la esperanza que tienen de resucitar algun dia, les hace mirar la muerte como un paso á una vida eterna, é infinitamente feliz.

A lo que veo, interrumpió el Gobernador, estás ya resuelto: parece que te molesta esta vida, y que en nada estimas la tuya. Sin duda miras con la misma indiferencia los tormentos que te puedo hacer sufrir: ello es muy regular, puesto que toda mi dulzura nada ha podido conseguir de tu inflexible dureza. No obstante, mírate bien, consúltalo otra vez. ¿Te sientes, dime, te sientes con bastante constancia, ó por mejor decir con bastante insensibilidad para resistir á toda su violencia? Pero viendo en fin que ni súplicas, ni amenazas hacian efecto alguno en este hombre intrépido; que la gracia le hacía impenetrable á todos estos tiros, y asechanzas, lo hizo azotar por mucho tiempo con nervios de bueyes. Aunque los verdugos se remudaban, y succedian unos á otros, la paciencia inalterable del Martir los cansó á todos, y mas de una vez los dexó cansados, y sin aliento; lo que obligó al Gobernador á enviarlo á la carcel despues de cargarlo de cadenas. En el furor de que estaba poseido, y que esta larga resistencia inflamaba todavía mas, gritaba, y decía: Sea ese inmundo calabozo la habitacion de un rebelde: sepa, y aprenda ese miserable á respetar á las leyes: sienta todo el peso de su delito: conozca que es indigno de

ver la luz que tiene de la bondad de esos Dioses que ha despreciado: no le permita apenas la pesadez de sus cadenas, que pueda ni sentarse, ni echarse, ni estár en pie, sin hallar en qualquiera de estas posturas algun nuevo tormento; y que todo esto sea un ligero preludio de los tormentos que le tengo dispuestos. Todas estas órdenes bárbaras fueron executadas al pie de la letra. Al cabo de dos dias que pasó Ferreolo en este horrible calabozo, á la mañana del tercero, estando sus guardas, como sucede de ordinario, profundamente dormidos, sintió que ya no tenía sus cadenas; y acercándose secretamente hácia la puerta, la halló abierta de par en par. Acordándose entonces del consejo del Evangelio, que quiere que se huya algunas veces la persecucion, resolvió escaparse, y ocultarse de la pesquisa de sus perseguidores, poniendo su vida en seguridad en algun país distante. Con este pensamiento sale de la Ciudad por la puerta de Leon: detiénese en ella un momento para determinarse en quanto al lugar de su retiro, y para ocultar tan bien su huida á sus enemigos, que jamás pudiesen descubrir el mas mínimo vestigio. Pónese en oracion para alcanzar las luces del cielo, y su proteccion. Despues, lleno de confianza, y apoyándose en la promesa del Señor, se arroja al Ródano para pasarle á nado. ¿Pero quál es el elemento que no se gloríe de servir á los que sirven al Criador; ó qué obstáculo puede encontrar un Santo, que no venza con la grandeza de su fé,

y

y el fervor de su oracion? Sintiendo este impetuoso rio aquel depósito, que la providencia le había confiado, comprime su violencia, y consolidando sus aguas baxo el peso del Santo Martir, le sirve de puente para pasar al otro lado. Habiendo llegado á él sin mucho esfuerzo, dobla el paso, y gana el pequeño rio de la Gere. Pero contento Dios con este ensayo, ó prueba de su omnipotencia, permitió que volviese á ser apresado en este mismo lugar. Atáronle las manos atrás, y le hicieron volver á tomar el camino de Viena. Muy cerca de esta Ciudad, y en el mismo lugar en que se vé hoy dia su sepulcro, fue donde por un repentino movimiento de furor, le mataron sus enemigos. Tomaron los Fieles su cuerpo, y le enterraron á la orilla del Rona, en donde el Santo Tribuno es venerado por el Pueblo de Viena, y reconocido como protector de esta Ciudad.

LOS DIEZ Y OCHO MARTIRES DE ZARAGOZA.

Por Aurelio Clemente Prudencio en el Libro de las Coronas.

De diversas ediciones cotejadas con dos Manuscritos de la Real Bibliotecà, y uno de la del Monte S. Miguel.

Cerca del año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colegas.

ESta Ciudad, gloria de España, y que tiene el augusto nombre del mayor de los Césares (1), cada dia vé su pueblo postrado ante las preciosas cenizas de diez y ocho Mártires, que encierra un mismo sepulcro. Encima de este se eleva un Templo magnífico: los santos Angeles, que en él habitan, son los guardianes. ¿Pero qué tiene que temer un edificio, por inmediato que esté á las nubes, quando puede calmar en qualquiera ocasion la cólera de un Dios irritado, oponiendo á sus rayos las sagradas reliquias de tantos ilustres Mártires? Aún se le verá sostenerse entre las ruinas del mundo; y quando Jesu-Christo, sentado sobre una resplandeciente nube, venga á juzgar el Género Humano, Zaragoza, que tiene la dicha de poseer un tesoro tan singular, no

(1) Zaragoza, en latin *Cæsaraugusta.*

no tendrá motivo de temer la venida del Juez; sino que llevando en sus manos las ricas caxas, y los preciosos relicarios de sus diez y ocho Protectores, irá ante el Señor, y los ofrecerá como otros tantos presentes; los quales, siendo agradablemente recibidos, contribuirán no poco á hacerla obtener un juicio favorable.

Entonces Cartagena ofrecerá los huesos de Cipriano su Obispo, aquel eloqüente Africano: Córdoba los de Zoilo, y las coronas de los tres hermanos Fausto, Januario, y Marcial: Tarragona presentará por las manos de Fructuoso una diadema adornada de tres perlas preciosas: Gerona hará ver la posesion en que está del cuerpo de S. Felix: Calahorra se tendrá por dichosa, y honrada con los de Emeterio, y Celedonio: Barcelona, valiéndose de la recomendacion de Cucufates, se presentará con valor ante el supremo tribunal: Narbona no se aprovechará menos de la proteccion de Pablo: ni Arlés sacará menor socorro de la de Ginés: Mérida, la primera de las Ciudades de la antigua Lusitania, comparecerá baxo la proteccion de la niña Eulalia: Tanger contará con la intercesion de Casiano; y Alcalá de Henares pondrá á los pies del Juez dos urnas llenas de la sangre de Justo, y de Pastor (1).

(1) Por la copia auténtica del proceso original, que se hizo en la Ciudad de Huesca en Aragon el año 1567, á 12 de Octubre, y quedó en el Archivo de la Iglesia Magistral de Alcalá de Henares, para la entrega, y translacion de las reliquias de los Santos Mártires Justo, y Pastor; consta que habiendo ob-

Cada una de estas Ciudades no puede dar mas que dos, ó tres Mártires; y sus sacrificios casi no serán solemnes, porque habrá tan pocas víctimas. Pero tú, Zaragoza, amada patria mia: tú, que siempre te vés coronada de olivos: tú, que has mostrado en todos tiempos una union sincera, y religiosa á Jesu-Christo, y un ardiente zelo por su gloria: vé, y ofrécele diez y ocho hostias de una vez en un solo holocausto. Tú sola puedes presentarle hecatombes (1) enteros de Mártires (2).

Ni

obtenido un Breve de la Santidad de Pio V, en el año tercero de su Pontificado, el Sr. Felipe II, Rey de España, á solicitud del Cabildo de la Iglesia Colegial de dicha Ciudad de Alcalá, para que de los cuerpos de los Santos Mártires Justo, y Pastor, que están, y se veneran en la Iglesia Parroquial de S. Pedro el Viejo de la referida Huesca, se les dieran algunas reliquias de los cuerpos de los Santos Niños; habiendo comisionado á este fin al Dr. D. Pedro Serrano, Canónigo de la misma Iglesia, se le entregaron á este solemnemente por mano del Illmo. Sr. D. Pedro Agustin, Obispo de Huesca, el dia 15 del mes de Enero del año 1568, una pierna izquierda, de la rodilla abaxo, con su pie, dedos, y uñas, cubierta con carne, y cuero, con un papel escrito, que decía: *Reliquiæ Sancti Pastoris*: Y una costilla, y dos huesos huecos del espinazo, con otro papel escrito, que decía: *Reliquiæ Sancti Justi*. Todo lo qual consta del referido Proceso, que se puede leer con otras particularidades en un tomo en quarto, impreso en Alcalá de Henares año 1568, con el título de la *Vida, martirio, invencion, grandezas, y translaciones de los gloriosos Mártires S. Justo, y Pastor*, su Autor Ambrosio Morales.

(1) Esto es, sacrificio de cien víctimas, tomado de los sacrificios de cien bueyes, que hacian los antiguos. (2) En el gobierno de Daciano se pasó en un solo dia á cuchillo, fuera de las puertas de Zaragoza, á una multitud innumerable de Christianos. Habiendo sido quemados sus cuerpos, y reducidos á ceniza, formaron lo que los Autores Eclesiásticos Españoles llaman Masa blanca, ó la Santa Masa.

do-

Ni la gran Cartago, ni la misma Roma, señora del mundo todo, exceden en esto á Zaragoza: su gloria iguala á la suya. Todas sus avenidas han sido teñidas en la sangre de estas santas víctimas: sus puertas fueron regadas con ella: esta sangre ha purificado la Ciudad, y la ha consagrado á Jesu-Christo, despues de haber echado, de ella á los demonios, y al error: las tinieblas que el infierno derramó en ella, enteramente se han disipado. Jesu-Christo es adorado en la plaza pública: es reconocido en todos los barrios, ó quarteles: reyna en toda la Ciudad. Es patria comun de Mártires: á esta tierra, fertil en palmas, y en coronas, es adonde han venido á coger las que tienen en sus manos, y en sus cabezas. Ha sido como el lugar de la asamblea, si así se puede decir, en donde toda esta ilustre milicia se ha reunido, para tomar desde allí, como en un cuerpo de exército, la ruta del cielo. En medio de esta dichosa Ciudad es donde crecieron los laureles con que Vicente está coronado; y de su Clero fue de donde se sacó á este famoso Diácono para vencer, y para triunfar. Del seno de esta madre de tantos Mártires es de donde han salido tambien los Valerios, fieles pastores del sagrado rebaño de Jesu-Christo. Porque en fin, todas las veces que el enemigo de los hombres excitó en el mundo aquellas terribles persecuciones, que derramaban por todas partes el terror, y la muerte; la Iglesia de Zaragoza fue siempre la que mas expuesta estuvo á su furor, y la que

mas lo experimentó. Y si alguna vez la dexó tomar este enemigo algunos momentos de reposo, no fue sino despues de haberse embriagado de su sangre, reemplazando sin cesar otros nuevos Mártires. Vicente mismo, el intrépido Vicente, aun quando se le llevaba á una tierra estraña para ser sacrificado, ¿no dió antes á su amada patria las primeras gotas de su sangre, como prendas que le dexaba de su amor, y como una advertencia que la daba de que su muerte, y su dicha no estaban muy distantes? ¿No ha tenido ella siempre á estas preciosas gotas de una sangre tan generosa toda la veneracion que se podía esperar de su reconocimiento, y de su piedad? El monumento que ha erigido á su memoria, recibe de su parte las mismas señales de respeto que si estuviesen encerrados en él los sagrados huesos de este Martir. Y aunque una Ciudad (1), conocida solamente por la inmediacion á las ruinas de Sagunto, las posee en efecto; con todo eso, á nosotros nos tocan por el derecho natal (2). Gloríese Valencia, si quiere, de habérnosle quitado: muestre en hora buena el sepulcro en donde le puso despues que venció á la muerte, y al Tirano: á nosotros nos pertenece: Zaragoza lo pide: ella es quien le puso en la mano la primera espada de que tan dichosamente se sirvió contra el comun enemigo. En su presencia, y como alumno su-

(1) Valencia. (2) Vease la Historia de S. Vicente, tom. II. pag. 215.

suyo es como ha corrido en la carrera de la virtud, y de la Fé. Ella fue quien para animarle al combate, le puso á la vista las gloriosas acciones de estos diez y ocho heroes, que venera en este Templo. Inflamado por un exemplo tan bello, y con la vista de aquella floresta de laureles, combatió con el mismo suceso, y juntó su victoria á las suyas.

Allí reposa tambien la Virgen Engracia, aquella generosa doncella, que oponiendo sola su virtud á los esfuerzos del demonio; los hizo inútiles, y le llenó de confusion. Habiéndola quitado el rigor de los tormentos á todos los que combatian con ella por Jesu-Christo, acabando entre nosotros una vida gloriosa, dió á toda la tierra el pasmoso espectáculo de un cuerpo que sobrevivió á sí misma. Mientras que esta Virgen, del todo milagrosa, vivía en Zaragoza, contaba los diversos suplicios que coronaron su paciencia: mostraba como la despojaron de una parte de su carne; como los hierros de los verdugos hicieron en ella largos, y profundos sulcos; como estos mismos verdugos le abrieron el costado; y como habiéndole cortado uno de sus pechos, la llaga que le hicieron en esta parte, descubría claramente las mas inmediatas al corazon. En fin, la muerte ya no tenía mas que un golpe que darla para acabarla de quitar la poca vida que la restaba, quando esparciéndose un dulce sueño por sus desgarrados, y sangrientos miembros, mitigó por algunos momentos los dolores que sentía. Con

to-

todo eso, tantas eran las llagas, que no pudieron cerrarse tan presto: el fuego que habian encendido en sus venas, no se apagó desde luego; y sus sufrimientos no se acabaron hasta que la sangre corrompida, que las inficionaba, se consumió con el tiempo. Nosotros mismos vimos con nuestros ojos, ó Engracia divina! una parte de vuestro hígado, pegado todavía á las uñas de hierro, que lo habian separado de lo demás; y así la muerte, que no puede resolverse á dexar la presa, no habiendo tenido permiso para quitaros la vida, se apoderó á lo menos de todo quanto pudo arrancaros; y estuvisteis á un mismo tiempo viva, y muerta por una parte de vos misma. Pero aunque el Tirano, envidioso de vuestra gloria, detuviese su brazo al punto que iba á daros la muerte, la corona del martirio no por eso os es menos debida.

Y así Jesu-Christo se dignó conceder á Zaragoza la preciosa gloria de alojaros en el recinto de sus murallas: vos que habitais ya en el cielo un palacio de eterna estructura.

Levanta, pues, tu voz, dichosa Zaragoza, y haz resonar las doradas bóvedas de tu soberbia Iglesia con tus cantos harmoniosos. Suenen dia, y noche en esos sagrados lugares las alabanzas de ese augusto Senado de Mártires, que llevan túnicas de brillante púrpura, teñida dos veces en la sangre del Cordero, y en la suya. No dexes de cantar las victorias de Luperco, y de Optato, de Marcial, y de Suceso: ensalza con la hermo-

su-

sura, y belleza de tus himnos, la gloriosa muerte de Urbano, de Quintiliano, y de Julia: publiquen alternativamente dos coros de música al son de instrumentos, y de voces, la grandeza de ánimo de Publio, los trabajos de Fronton, el intrépido valor de Felix, la inalterable firmeza de Ceciliano, las sangrientas hazañas de Evocio, y el ardor siempre nuevo de Apodemo; y en fin, que no olviden los quatro Saturninos. ¿De dónde nace, versos mios, que tanto trabajo os haya costado en repetir conmigo este ilustre nombre? Yo bien sé que la medida se opone (1); pero el respeto debido á estos grandes nombres, no merece que se atienda á las leyes de la Poesía: siempre está hecho un discurso segun las reglas, quando los Santos son el asunto; y ninguna cosa hace á un verso mas regular, y mas harmonioso, que estos bellos nombres, que están escritos en el libro de la vida, y que un Angel recitará en alta voz, quando estén juntos todos los hombres, en presencia de Jesu-Christo, y de su Padre. Añadamos á este número la Virgen Engracia, y el Diácono Vicente: añadamos tambien á Cayo, y Clemente, ambos á dos tan invulnerables como invencibles. Porque habiendo por dos veces combatido por la gloria de su Señor, habiéndole confesado por dos veces á vista de los tormentos,

sa-

(1) *Quos Saturninos memorat vocatos*::: La primera sílaba de *Saturninos* es larga, y la medida del verso sáfico requería que fuese breve.

salieron del campo de batalla sin haberle teñido con su sangre.

Vamos, pues, amados Conciudadanos mios, vamos á postrarnos ante el sepulcro de tantos Santos, para que en el gran dia de la resurreccion, haciendo con ellos una misma tropa, seamos recibidos con ellos en el cielo.

MARTIRIO
DE SANTA DOMNINA,
SANTA BERENICE,
Y SANTA PRODOSCES (1).

Sacado de S. Juan Crisóstomo, tom. 1. Homil. 51.

Cerca de los años de Jesu-Christo 306, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

AUN no se han pasado mas que tres semanas que celebramos la Fiesta de la Cruz, y ya solemnizamos la de los Mártires. ¡O admirable fecundidad de la sangre de Jesu-Christo, que apenas ha tocado á la tierra, quando produce. Aún no há veinte dias que se plantó este arbol, y ya nos dá frutos. Porque en fin, la muerte de estas tres admirables personas, cuya memoria celebramos hoy dia, ¿qué otra cosa es que un excelente fruto de la muerte de Jesu-Christo? Estas víc-

(1) El dia 4 de Octubre en la Iglesia Griega.

víctimas han sido inmoladas por este divino Cordero: estas ternerillas escogidas en el rebaño, han sido degolladas por esta inocente oveja; y estas ofrendas no son agradables á aquel á quien se han hecho, sino en memoria de aquel primer sacrificio. Vosotros podeis ver el dia de hoy una demostracion evidente de lo que os dixe en el discurso que os hice el dia de la solemnidad de la Cruz. Dixe entonces, hablando del Hijo de Dios, que había quebrantado las puertas de bronce, y los cerrojos de hierro (1). En efecto, si él no hubiera derribado estas puertas, ¿cómo pudieran abrirlas unas mugeres de poca fuerza? Si no hubiera hecho pedazos estos cerrojos, ¿cómo podrían romperlos tan facilmente unas tiernas doncellas? Y en fin, si él no hubiese hecho de la prision un lugar agradable, ¿nuestras Santas Mártires hubieran entrado en él con tanta alegría? Sea el Señor bendito. El sexô mas tímido se atreve á encararse hoy á la muerte: aquel sexô, que en otro tiempo la introduxo en el mundo, hoy la desprecia, y atropella: la muger que sirvió de dardo al demonio para herir mortalmente al primer hombre, se vuelve ahora contra el demonio mismo, y le pasa con mil golpes: este sexô, que en otro tiempo no era sino una debil caña, viene á ser en las manos de Dios una flecha, de que se sirve para confundir á sus enemigos. Unas mugeres acometen á la muerte; y la que hace temblar

á

(1) *Isaías* 45. 2.

á los mas valientes, ellas la insultan. ¡Quién no admirará un valor tan poco comun! Avergüéncense los Gentiles, muéranse de confusion los Judíos por no creer la resurreccion de Jesu-Christo. ¿Qué argumento mas fuerte quieren de esta resurreccion, que esta mudanza que se ha hecho en la naturaleza? Todos los hombres temieron la muerte: no solo los flacos, sino los mas Santos, los mas valientes, los heroes de la antigua Ley, los Patriarcas, y los Reyes hicieron quanto pudieron por evitar sus tiros, y sus dardos; y unas simples mugeres de la Ley nueva se ponen delante, y aun se los meten ellas mismas en el seno. Escuchad, pues, hermanos mios, el elogio que intento hacer de nuestros ilustres Mártires, si es que vuestra atencion no se siente fatigada de los discursos precedentes. Pero nos es preciso volver á tomar el hilo desde el principio.

Jamás se había excitado contra la Iglesia tempestad mas violenta que la que hubo al principio del siglo pasado. Reuniendo tres Emperadores (1) todo su poder contra ella, la declararon la guerra en todas las partes del mundo. Atacáronla por dentro, y por fuera, y se vieron de una vez dos guerras á un tiempo: tenía que defenderse de enemigos declarados, y de enemigos encubiertos. Una sola de ellas era un mal muy grande; ¿pues quál sería el estado deplorable en que se hallaba, viéndose por una parte expuesta á las emboscadas se-

(1) Diocleciano, Maxîmiano, y Galerio.

secretas de los suyos, y por otra á las incursiones de los enemigos? Pero sobre todo, la violencia de estos era mas temible para ella que la traicion de aquellos. Porque mucho mas facil es librarse de un enemigo reconocido por tal, y que combate á cara descubierta, que evitar los asaltos de un alevoso, que baxo de una falsa apariencia de amistad, oculta el corazon, y las intenciones de un enemigo. Tenía, pues, la Iglesia que sostener, como acabamos de decir, dos guerras, una civil, y otra estraña; ó por mejor decir, una, y otra eran civiles. Porque los que la perseguian por defuera eran los Jueces, los Magistrados, y las tropas de soldados: no Jueces estraños, ni Magistrados de otro Imperio, ni soldados de alguna nacion bárbara, sino todos Romanos, viviendo todos baxo de los mismos Príncipes, gobernados por las mismas leyes, miembros todos de una misma República. Pero de la que se tenía que defender de la parte de sus cercanos, podía pasar por una guerra mas que civil. Porque se veía al hermano entregar la hermana, el padre á sus hijos, y el marido á su muger. Ninguna seguridad, ninguna fidelidad de parte de los parientes había. La sangre tenía perdidos sus privilegios: los derechos mas sagrados de la naturaleza, los vínculos mas estrechos de la amistad, la alianza mas firme, todo esto no era mas que enlaces imaginarios, ó á lo mas exteriores, y puramente políticos. Aquellas uniones tan santas, y tan venerables á los pueblos, aun los menos

ci-

civilizados, no eran ya conocidas entre los Romanos: violábanse, rompíanse, y se las despreciaba impunemente. Durante estas turbaciones domésticas del Imperio, y de la Iglesia, fue quando tres ilustres mugeres dieron este exemplo inaudito de una grandeza de alma mas que heroica: si es que se debe dar el nombre de mugeres á estas admirables criaturas, que en un cuerpo, y baxo la figura de mugeres, no solamente encerraban un valor viril, sino que elevándose sobre las fuerzas ordinarias de la naturaleza, mostraron una virtud, de que solas son capaces las inteligencias celestiales. Abandonaron su patria (1), su familia, su propia casa, por ir á buscar en un país distante la libertad, que se les negaba en el suyo, de adorar, y servir á Jesu-Christo.

Por un motivo tan noble, y tan elevado fue por lo que la fiel, y generosa Domnina, con sus dos hijas Berenice, y Prodosce, dexó el lugar de su nacimiento. Parémonos luego, y considerémos unas mugeres de distincion, criadas con delicadeza, y entre todas las comodidades de la vida, que van á exponerse á todas las molestas conseqüencias de un largo, y penoso camino. Si los hombres robustos, acostumbrados á viajar, no dexan de experimentar en el curso de sus marchas fatigas bastante grandes, aunque tengan cómodos carruages, aunque lleven consigo muchos criados, aunque el camino sea bueno, seguro, fa-

(1) S. Crisóstomo no la nombra.

facil de andar, que la jornada no sea larga, y aunque tengan en fin toda la libertad de volver á sus casas; ¿quál debe ser la fé de Domnina, su resolucion, su amor por Jesu-Christo, quando la vemos caminar á pie, sin comitiva, embarazada con la juventud, y belleza de sus hijas, abandonada de sus amigos, vendida de sus parientes, rodeada de enemigos, salvarse por senderos extraviados, atravesando por mil peligros, con temor por parte de sus hijas, por sí, por su honor, y por su vida; en continuos sustos, con el temor de ser seguida, descubierta, reconocida, y vuelta á llevar presa. Sale de su país donde ha nacido, de su Ciudad, de su casa, y lleva consigo dos hijas de una excelente hermosura, sin saber cómo, ni adonde ocultarlas. Ignora dónde las pondrá para librarlas de la curiosa indagacion de los hombres, y de la maligna envidia de las mugeres. La hermosura por todas partes se manifiesta: bien lo sabeis vosotros, padres, y madres, quántos cuidados os ha costado para impedir á los engañadores llegar hasta el lugar en que conservais la de vuestras hijas. Creeis que para esto son necesarios quartos separados, y cuya entrada esté severamente prohibida á los hombres: cerrais todas las entradas con puertas dobles, con gruesos cerrojos, y fuertes cerraduras; y poneis centinelas que velen noche, y dia. Pero aún no os contentais con esto, sino que confiais su guarda á unas ayas ancianas, á amas de criar, ó á criadas, cuya fidelidad teneis muy bien

conocida. Muchas veces no os fiais ni aun de vosotros mismos: una madre siempre tiene los ojos abiertos sobre la conducta de su hija: un padre ronda continuamente al rededor de su quarto: los demás parientes observan de lexos; y con todas estas precauciones suele suceder, ay de mí! pero muy freqüentemente, que esta flor se coge contra vuestro gusto. ¿Pues qué hará la prudente, y virtuosa Domnina desamparada de todos estos auxîlios? ¿Quién será la guarda de la virginidad de sus hijas? Será el cielo, será el mismo Jesu-Christo. Porque así como Lot en medio de Sodoma, aunque su casa estuviese sitiada de todas partes por los habitantes de esta infame Ciudad, nada tenía que temer de su insolencia, porque Dios le había enviado dos Angeles para guardarle: así tambien nuestras Santas fugitivas, aunque en medio de sus enemigos, fueron preservadas de tantos funestos accidentes como naturalmente eran de temer; porque tenian dentro de sí al Señor de los Angeles, que las gobernaba, y conducía. Las olas bramaban al rededor de ellas: las nubes preñadas de rayos, y de tempestades, corrian sobre su cabeza: poníase todo en movimiento para perderlas; y con todo eso caminaban con una entera seguridad, y con un paso tranquilo. Tres ovejas emprenden atravesar países cubiertos de lobos, desiertos habitados por leones, sin que estos, ni los otros se atrevan ni aun siquiera á disputarles el paso. Todos los hombres tienen ojos castos para ellas, ó por mejor decir,

suspende Dios á su favor, por todo el camino que han de hacer, los efectos naturales de su hermosura.

Terminóse, en fin, este viage en Edesa (1). Esta Ciudad es ciertamente mucho menos culta que otras muchas; pero tambien se puede decir en alabanza suya, que la piedad está en ella con mucha mas estimacion que en otras; y así nuestras ilustres viageras hallaron allí un asilo contra las persecuciones de la impiedad, y un puerto en donde creyeron poder aguardar con seguridad la vuelta de una estacion mas tranquila. Esta Ciudad, del todo santa, recibió, pues, á la madre, y á las hijas, no como á estrangeras, sino como á ciudadanas del cielo; y se encargó de ellas como de un sagrado depósito, que Dios la confiaba. Por lo demás nadie acuse á estas santas mugeres de poco valor por haber tomado de este modo la huida de sus perseguidores: en esta ocasion no hicieron mas de obedecer al precepto del Señor, que quiere, que quando uno es perseguido en una Ciudad, huya á otra. Bien lexos de que esta fuga les fuese vergonzosa, que al contrario, les alcanzó una corona. Pero, ¿y qué corona? La que está prometida á los que desprecian todas las comodidades del siglo. Porque qualquiera que abandonare por mí, dice nuestro Señor (2), su casa, ó sus hermanos, ó sus her-

(1) Metrópoli de Mesopotamia, hoy dia de Diarbek, baxo la dominacion de los Turcos. (2) *Matth.* 19. 29.

manas, ó sus amigos, ó sus parientes, recibirá el céntuplo, y tendrá por herencia la vida eterna. Tenian ellas tambien el honor de llevar á Jesu-Christo consigo (1): puesto que asegura que quando dos, ó tres personas se juntan en su nombre en qualquier lugar que sea, se halla él en medio. Pues con mayor razon, si ellas se han desterrado voluntariamente por su amor. Pero en tanto que Domnina gustaba algun reposo en este retiro, los Emperadores hacian publicar por todo el Imperio edictos dictados por la crueldad, y la tiranía, pues estaban concebidos así: Mandamos que los parientes delaten á sus parientes, que los maridos entreguen á sus mugeres, los hijos á sus padres, y los padres á sus hijos; que los hermanos acusen á sus hermanos, y que los amigos se hagan delatores de sus amigos. Al llegar aquí nos acordamos de la profecía de Jesu-Christo (2): Los hijos se levantarán contra sus padres, y sus madres: el hermano entregará al hermano á la muerte, y el padre al hijo.

Llenáronse en un instante todas las Ciudades de traidores, de homicidas, y de parricidas. Los padres ofrecian sus manos á los Jueces para degollar sus hijos: los hijos llevaban arrastrando á sus padres al pie de los tribunales: los hermanos vendian la sangre de sus hermanos: todo estaba lleno de confusion, y de tumultos. Edesa no estuvo esenta de esta tempestad, durante la qual nues-

(1) *Matth.* 18. 20. (2) *Matth.* 10. 21.

nuestras santas mugeres gozaban de una tranquilidad profunda. No se consideraban como fugitivas, y desterradas de su país, ni se les daba nada de que estuviesen en la escasez de la mayor parte de las cosas que hacen la vida agradable: la esperanza de los bienes futuros, les proveía abundantemente de todo lo necesario: la Fé era su patria, y la Caridad les servía de Fortaleza para ponerse á cubierto de los insultos del comun enemigo. Aseguradas en estas tres virtudes, vieron sin alterarse llegar á Edesa, la una á su marido, y las otras á su padre acompañado de soldados para sacarlas de su retiro; si es que podemos dar nombres tan dulces, y tan honoríficos á un hombre que se había encargado de tan vergonzosa comision, y vil. Dispensémosle no obstante á favor de una esposa, y de dos hijas Mártires, y no aumentemos con nuestras reprehensiones la pena que acaso siente de verse obligado, á pesar suyo, á entregar lo mas querido que tiene en el mundo. Antes bien consideremos la sabia conducta de Domnina. Quando fue preciso evitar la persecucion, se retiró con prudencia: ahora que es necesario combatir, no piensa mas en la huida. Pronta está á seguir á los que la llevan: síguelos sin violencia, aunque sepa muy bien que es á la muerte conducida. Aprendamos de ella nosotros lo que debemos hacer en las diferentes ocasiones en que nos hallemos; porque así como no es justo exponernos temerariamente al peligro, así tampoco debemos retirarnos cobardemente quando se presenta. Pero si-

sigamos á nuestras Santas Mártires madre, é hijas.

Hiciéronlas tomar el camino de Jerápolis (1), esto es, Ciudad sagrada. De un lugar próxîmo á esta fue desde donde en fin partieron para llegar á la que sola ella debe llevar el nombre de sagrada, esto es, á la celestial Jerusalen, y en donde terminaron todas gloriosamente su carrera del modo que voy á contar con palabras sucintas.

Costeaba un rio el camino real de Edesa á Jerápolis. Los soldados que las conducian, se detuvieron á comer á la sombra de algunos árboles, que por casualidad se hallaron á la orilla. Mientras que ellos comen, y no piensan mas que en beber, nuestras santas mugeres piensan en salvarse, y ponerse en libertad. Dícese que el marido de Domnina contribuyó á ello, y que las ayudó á engañar á sus guardias: yo me inclino bastante á este parecer; y es de creer que se portó así para poder librarse en algun modo de la cólera del soberano Juez, y tener alguna cosa que alegar en el dia del juicio, que pudiese descargarle en parte del delito de la traicion que había cometido, entregando á los tiranos su muger, y sus hijas. Lo cierto es que divertía á los soldados mientras que las Santas, retirándose insensiblemente de ellos, entraron en el rio para ahogarse. Apliquen el oido las madres, estén atentas las hijas, aprendan aquí unas, y otras sus obligaciones. Comprehendan estas hasta dónde debe llegar su obediencia, y consi-

(1) Algunos creen que esta es la Ciudad de Alepo.

sideren aquellas qué fuerza tienen sus exemplos. Entra, pues, Domnina en el rio, teniendo á sus dos hijas por la mano: déxanse todas tres llevar de la corriente del agua, que las sumerge, las sofoca, y las bautiza con un bautismo nuevo, y poco usado; con aquel de que hablaba Jesu-Christo á los dos hijos del Zebedeo (1), quando les decía: Vosotros bebereis el mismo caliz que yo beberé, y sereis bautizados con el mismo bautismo que yo he de ser.

Así esta admirable muger fue tres veces Mártir: una vez por sí misma, y dos veces en sus hijas. ¿De qué valor no necesitó para executar la resolucion que había tomado de arrojarse en este rio? ¡Pero qué heroica debió ser, quando propuso á sus hijas hacer otro tanto! Una madre naturalmente teme menos la muerte para sí, que para sus hijos: el golpe que los hiere, le es infinitamente mas sensible que el que la hiere á ella misma: imagínese, pues, si se puede, la violencia que se hizo Domnina queriendo reprimir los movimientos de la naturaleza: ¡qué esfuerzo para apagar las llamas del amor materno, para ahogar todos los movimientos, para apaciguar las murmuraciones de su corazon, para calmar la conmocion de sus entrañas! Si una madre se tiene por desgraciada quando la muerte le acaba de quitar una hija muy querida: si despues de esto se le hace la vida molesta; ¡qué suplicio para el al-

(1) *Matth.* 20. 23.

alma de Domnina, que no pierde una hija solamente, sino dos á un tiempo; que no es una mera espectatriz de su muerte, sino que ella misma es la causa! En efecto, es quien las incita á su pérdida, quien las lleva, y la que las precipita.

Entretanto los soldados, ignorantes de lo que ha pasado, las aguardan; pero ellas ya están en el cielo con los Angeles; lo qual estos hombres privados de las luces de la Fé, no pueden imaginarse. S. Pablo dice, hablando de una madre, que será salva por medio de sus hijos: aquí es lo contrario, los hijos son los que deben su salvacion á su madre. Busquemos ahora las razones que hicieron emprender á esta una cosa tan estraña. ¿De dónde nace que ella no aguardase la sentencia del Gobernador, que sin duda la hubiera hecho conseguir el honor del martirio? ¿Por qué quiso prevenir su sentencia, condenándose ella misma á la muerte? ¿De dónde nace que no quisiese tampoco comparecer ante su tribunal? Pues no es porque temiese los tormentos, sino porque temía ver sus hijas expuestas á ojos lascivos: la vista de los verdugos nada tenía que la asustase, sino la de un vicioso, y corrompido. Y así sin querer arriesgar la victoria en un combate, comenzó erigiéndose un trofeo: en una palabra, mas quiso arrancar la corona, que disputarla.

¡Ah, madres que me escuchais, dad testimonio á la verdad! Vosotras habeis experimentado los dolores del parto; ¿pero podeis concebir quáles se-

serían los que despedazaron el corazon de Domnina, quando al entrar en el rio tomó de la mano á sus hijas? ¿Cómo no se llegaron á quedar inmobles las suyas? ¿Cómo no se encogieron los nervios, ó por mejor decir, cómo pudieron exercer su ministerio para arrastrar á la muerte á estas inocentes víctimas? ¿Cómo esta madre, diría yo en otra ocasion, la mas desgraciada de todas las madres; cómo, digo, pudo obligar su razon á consentir en lo que iba á hacer? Pero en vano es el que busquemos lo que nadie podrá jamás hallar, lo que el espíritu no puede concebir, ni la palabra expresar. Sola ella, que fue la que experimentó entonces estos terribles dolores, lo podría explicar. Pero no demos nosotros todas nuestras alabanzas á la madre, reservemos algunas para las hijas, que no merecen menos nuestros elogios, y nuestra admiracion. Confesemos que la obediencia no era en esta ocasion una virtud facil de poner en práctica. No obstante, Domnina no necesita de hacer cuerdas, ni cadenas para atar las víctimas: ellas la siguen de su voluntad, ni tampoco huyen del altar. Entraron en el agua con una tranquilidad, y una alegría que pasma. Tambien tuvieron la presencia de ánimo, y la caritativa precaucion de dexar su calzado en la orilla, para que sus guardias no se tomasen el trabajo de buscarlas, y para que hallados estos calzados sobre la orilla del rio, les pudiese servir de descargo para con el Gobernador, que les acusaría, no sin algun color, de

ha-

haberse dexado corromper por dinero, ó por la admirable belleza de sus prisioneras, facilitándoles su huida.

¿No os sentís ahora enteramente llenos de veneracion, de amor, y de respeto por la madre, y por las hijas? Aprovechémonos de estos momentos de fervor, y vamos á postrarnos ante sus reliquias. Pues es cierto que las cajas de los Mártires, y sus sagrados huesos, tienen la virtud de atraer las gracias, y las bendiciones del cielo sobre los que con veneracion las miran.

MARTIRIO
DE S. CIRO,
Y DE SU MADRE SANTA JULITA (1).

Sacado de un Manuscrito Griego de la Real Biblioteca, traducido al Latin por el P. Combefis, y cotejado con otro Manuscrito Latino de la Biblioteca de M. Colbert.

Carta de Teodoro Obispo de Icona, que contiene el martirio de S. Ciro, y de Santa Julita su madre.

Cerca del año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

MAndasme, Santísimo Padre, por tu carta, que os informe de las particularidades del martirio de S. Ciro, y de Santa Julita: quereis saber si se conservan sus Actas en Icona, de donde os han dicho que madre, é hijo eran originarios. Os quexais que las que han dado en vuestras manos, son poco correctas, llenas de fábulas, de cuentos frívolos, y de muchas cosas que no admite la sólida, y austera decencia de la Religion Christiana. Vos las creeis supuestas, apócrifas, é indignas de toda creencia; y deseais, en fin, que os envíe á decir si se podrán recobrar verdaderamente sus verdaderas Actas. Pero como nin-

(1) El dia 16 de Junio.

ninguna cosa desee yo con mas pasion que daros señales del afecto sincero que tengo á vuestra persona, apenas leí vuestra carta, quando me puse á leer, con toda la exâctitud posible, las Actas de estos dos Mártires. En efecto, en ellas he hallado todas las señales de suposicion; y las creo, como vos, corrompidas, y falsificadas. Y así, me ha parecido reconocer la obra, y hallo ser de una mano profana, y sacrílega; y si no me engaño, de los Maniqueos, ó algunos otros Hereges semejantes, que las han corrompido: habiéndolas cubierto estos inmundos insectos de una baba infecta, y emponzoñada. Esto mismo me ha obligado á hacer nuevas pesquisas; las quales, no obstante, me hubieran sido inútiles, no pudiendo descubrir nada que me satisfaciese, si no me las hubiesen manifestado algunas personas distinguidas, y de las primeras casas de Isaura (1), por cuyo medio pude tener instrumentos ciertos de lo que deseaba saber. Acudí, pues, á ellos, y los he hallado muy bien instruidos de todas las circunstancias de esta historia: tuvieron la bondad de hacerme la relacion conforme la habian oido hacer muchas veces á unos Señores de Licaonia, parientes muy cercanos de la Santa. Ved aquí, pues, lo que Marciano, personage de una alta probidad, y Canciller del Imperio (2), y Zenon, menos conocido por el puesto honorífico que

(1) O Claudiópoli, Ciudad Capital de Isáuria. (2) En el reynado de Justiniano.

que ocupa en el Consejo del Príncipe, que por su sabiduría, y su virtud: ved aquí, digo, lo que estos dos grandes hombres se han dignado comunicarme tocante á los ilustres Mártires Julita, y su hijo.

Esta muger, cuya vida no fue menos pura que gloriosa su muerte, era de sangre Real. Las mas antiguas casas de Licaonia se precian de reconocerla por su parienta, y se juntan todos los años en el dia de su fiesta, para celebrarla con una magnificencia digna de una Santa, y de una nieta de Reyes. La persecucion que asoló la Iglesia en el imperio de Diocleciano, se dexó sentir por todo el mundo. No estuvo mas esenta la Licaonia, que las demás Provincias. Domiciano, que tenía en ella su gobierno, era un hombre feroz, y que se complacía en derramar la sangre de los Christianos. Esto obligó á Julita á dexar á Icona, y á retirarse á Seleucia con Ciro su hijo, que no tenía aún mas que tres años; y dos doncellas que la servian, sin llevar nada de sus grandes riquezas consigo. Pero halló que las causas de los Christianos estaban todavía en peor estado en Seleucia, que en Icona; y que Alexandro, Gobernador de ella, era aun mas cruel que Domiciano. Acababa este de recibir un nuevo edicto, el qual mandaba que todos los que rehusasen sacrificar á los Dioses, fuesen castigados hasta con el último suplicio. Acordándose entonces Julita de aquellas palabras de S. Pablo: Dad lugar á que se pase la cólera; dexó á Seleucia, y se puso en

ca-

camino para refugiarse en Tarso, Capital de Silicia. Pero acaeció que Alexandro partió en aquel mismo dia de Seleucia, y tomó la misma ruta. Fue, pues, reconocida, y arrestada con su hijo, que llevaba ella misma entre sus brazos. Sus criadas echaron á huir, y se ocultaron. Preguntóla Alexandro su nombre, su país, y su condicion. A todas estas preguntas no respondió otra cosa sino: Yo soy Christiana. Esto puso al Gobernador en cólera, y mandó que la quitasen su niño, y que la azotasen con nervios de bueyes. En quanto al niño Ciro, hizo que le diese por fuerza. No había cosa mas amable para ella que este hijo: cierto ayre, que denotaba su ilustre nacimiento, junto con su inocencia, le grangeaba la inclinacion, y el afecto de todos los que estaban presentes. Costó el mayor trabajo del mundo arrancarle de los brazos de su madre. El estendía hácia ella los suyos con un modo enteramente compasivo. Jamás se le pudo obligar á apartar sus ojos de ella; y así por sus gestos, y movimientos de su cuerpo, como por sus gritos, y sus lloros, daba á conocer la violencia que se le hacía. Lleváronle los verdugos al Gobernador, que tomándole por la mano, se esforzaba por acallarle. Púsole sobre sus rodillas para este fin, alhagándole, y haciéndole mil caricias, probando muchas veces á darle un beso. Pero el niño, teniendo siempre los ojos vueltos hácia su madre, retiraba la cara del Gobernador con sus manecitas, arañábale el rostro, dábale con los pies en

el

el estómago; y en fin se defendía con las débiles armas que la naturaleza le proveía. Y quando su madre, en medio de los tormentos, gritaba: Yo soy Christiana, inmediatamente repetía él: Yo soy Christiano. Lo qual excitó de tal manera la cólera del Gobernador, que esta bestia feroz, sin tener ningun respeto á una edad, que halla compasion aun en las almas menos capaces de ella, tomó á este inocente por un pie, y lo tiró al suelo. Entonces, cayendo este pequeño Martir, se dió con la cabeza contra las gradas del tribunal, y lo ensangrentó con sus sesos, esparcidos hasta por la tarima, ó pavimento, acabando su vida. Viólo Julita, y dió gracias á Dios de que hubiese colmado antes que á ella á su hijo.

Avergonzado el Juez, y al mismo tiempo pesaroso de su delito, se puso á lamentar el desastrado fin del niño; pero su furor no fue menos para con la madre: al contrario, esto lo aumentó. Porque la hizo tender sobre una mesa, amenazándola que la haría desollar viva, mandando la echasen pez derretida sobre los pies, gritándola mientras tanto un verdugo: Julita, sacrifica: mas ella gritaba todavía mas alto, diciendo: Yo no sacrifico á los demonios, ó á estatuas mudas, y sordas. Yo adoro á Jesu-Christo, único Hijo de Dios, por quien todas las cosas han sido criadas. Estoy con grande impaciencia de ir á juntarme con mi hijo. Condenóla el Gobernador á que la cortasen la cabeza, y el cuerpo de su hijo á ser llevado al lugar en donde se echan los de

los

los reos. Acercáronse los verdugos á Julita para cortarle la cabeza: hincóse de rodillas; y habiendo obtenido de estos hombres algunos momentos, hizo esta oracion: "Gracias os doy, Dios „ mio, de que os hayais dignado dar á mi hijo „ una silla en vuestro Reyno: tened la bondad, „ Señor, de querer recibir tambien en él á vues„tra sierva, por indigna que sea: concededme „ la entrada en la sala nupcial, como la conce„disteis á las vírgenes prudentes, para que mi „ alma bendiga eternamente á vuestro Padre, que „ es el solo Dios, que ha criado, y que conserva „ todas las cosas: que os bendiga, Señor, y que „ bendiga al Espíritu Santo." Derribóle el verdugo la cabeza en el mismo momento en que su boca acabó de pronunciar Amen. Fue arrojado el cuerpo fuera de la Ciudad en el mismo lugar en que fue echado el de su querido hijo. Al dia siguiente las dos criadas, que se ocultaron durante esta execucion, salieron de su retiro, y tuvieron bastante valor, y resolucion para levantar las sagradas reliquias de su ama, y del niño. Enterráronlas en un campo cerca de la Ciudad. Algunos años despues el gran Constantino, habiendo sacado del cautiverio á la verdad, y á la Iglesia, una de estas criadas, que aún vivía, descubrió el lugar que encerraba en sí este precioso depósito, y se llegó á hacer despues célebre por la piedad de los Fieles, que venian á él á implorar el socorro de estos dos Mártires.

DIS-

DISCURSO, U ORACION

DE S. GREGORIO NISENO

SOBRE

S. TEODORO MARTIR (1).

Año de Jesu-Christo 306, en el imperio de Galerio, y de Maxîmino.

SAgrado rebaño del Salvador: vosotros, á quienes ha elegido por su Pueblo: Nacion santa, familia Real honrada con el Sacerdocio: numerosas tropas de Fieles, que acudís á este lugar de las Ciudades, y del campo; ¿qué motivo es el que os trae á él? ¿Qué os obliga á dexar vuestros hogares, y os hace emprender un viage tan largo, y tan penoso, en una estacion tan cruel, en lo mas fuerte del invierno, y en tiempo de nieves, y de escarchas? Toda la naturaleza está en inaccion, todo el mundo descansa: el soldado dexa su arco, y sus flechas, para no volverlas á tomar hasta la primavera: el piloto desarma su navío; y el labrador desunce, y aparta su arado. ¿Es acaso porque el Santo Martir, cuya memoria celebramos hoy dia, ha tocado la trompeta para atraeros aquí de todas partes? ¿Ha hecho de

(1) La Iglesia Griega hace memoria de él el dia 18 de Febrero; y la Iglesia Latina el 9 de Noviembre.

su sepulcro un quartel de asamblea, no para marchar contra el enemigo, ó para dar combate, sino para gustar juntos en una union santa, y del todo christiana los dulces frutos de la paz, de aquella paz que él mismo nos ha procurado? Porque en fin, hermanos mios, ya no dudais que él sea quien por sus oraciones conjuró el año pasado aquella tempestad dispuesta á caer sobre nuestras Provincias: quien detuvo aquella inundacion de bárbaros, aquel diluvio de Escitas, de que nuestros campos iban á ser cubiertos, si él no hubiese estado delante de ellos, y esparcido el terror en sus batallones, mostrándose armado á su vista, no de un casco sombreado de plumas, ó erizado de tres crestas: no de una espada, cuyo filo reluciente, y bien templado corta el hierro, y el acero; sino de la Cruz de Jesu-Christo, de aquella Cruz ante quien los males mas horribles calman: de aquella Cruz fecunda en milagros: de aquella Cruz, en fin, á quien nuestro Señor debe toda su gloria.

Dexó la grande alma de Teodoro la tierra, y fue á tomar su silla en el cielo: allí goza con las demás almas bienaventuradas de una felicidad infinita, mientras que su cuerpo reposa acá entre nosotros en un magnífico sepulcro, que es el objeto de nuestra veneracion, y de nuestro culto; y que recibe el honor que le es debido á aquel cuya extrema pureza jamás fue manchada mientras que el alma hizo en él su asiento. Estas sagradas reliquias son como un precioso depósito, que

ca-

cada siglo conserva con mucho cuidado, para representarle en el dia de la resurreccion general, como una porcion de materia rara, y exquisita, adornada de mil excelentes qualidades: un cuerpo bien diferente de los demás cuya muerte ha sido vulgar, y comun. Porque á vista de estos, el alma se llena de horror. Nadie gusta de ver las sepulturas; y si la casualidad nos hace encontrar alguna abierta, al punto retiramos la vista. Aquellos residuos, que se le han escapado al tiempo, y á los gusanos, nos hacen estremecer; y huimos de este objeto con precipitacion, gimiendo sobre la triste condicion de la naturaleza humana. No sucede así con los sepulcros de los Santos, con aquellos lugares semejantes á este en que nos hallamos hoy dia juntos, en que el justo es honrado, y en el que sus reliquias vienen á ser el objeto de la devocion de los pueblos. Los ojos se quedan gustosamente parados al ver la magnificencia de lo que se les presenta. Un Templo de una arquitectura soberbia, y en que el arte ha enlazado mil adornos. Sus paredes están incrustadas de un betun, que imita á la lisura de la plata bruñida. Aquí el escultor ha formado baxos relieves, que parecen animados. Allí ha puesto el pintor en sus lienzos otros tantos delicados rasgos, como ha dado pinceladas. En él se ven pintadas las principales acciones del Martir: el horror que tiene al sacrificio abominable, que le proponen, lo está manifestando su rostro: allí se perciben diversos instrumentos de suplicios: aquí

un horno, que están encendiendo para arrojar en él al Santo: el artífice no ha olvidado sacar al natural el ceño terrible, y amenazador de un Tirano furioso: Jesu-Christo mismo se aparece allí como Juez del combate: en una palabra, la sabia mano, que ha trazado todas estas figuras, nos pone á la vista, como un gran libro, en donde podemos leer gustosamente los trabajos, la victoria, la dichosa muerte, y la entrada triunfante del Santo Martir en la gloria. La admirable diversidad de colores, que forman los caracteres, dá á este lugar el ayre, y el agrado de una pradera sembrada de flores. En fin, esta pintura, por muda que sea, tiene el secreto de hablar á los ojos, y de instruir guardando silencio. El mismo pavimento de este augusto Templo es una pintura, en donde el conjunto (1) excesivo de un millon de piedrecitas de diferentes colores, acaba de enseñar al piadoso viagero la historia del Santo que allí se venera.

Pero despues que sus ojos, aturdidos, y encantados, se han satisfecho á vista de tantas cosas raras, no piensa mas que en satisfacer su devocion, acercándose al sepulcro. En él cree hallar una fuente de bendiciones, su santificacion, gracias, y socorro contra los enemigos de su salvacion. ¡Pues qué, si se le permite tomar de la tierra, ó polvo que está al pie del sepulcro! Júntale con respeto: levántale con una extrema satisfacción:

(1) Obra á la mosayca.

cion: guárdale con cuidado; y le parece que posee un tesoro en una poca de tierra. Porque tocar á las mismas Reliquias, ese es un favor señalado, concedido á pocas personas. Los que tuvieron semejante dicha, saben muy bien quántas súplicas les ha costado, quántas instancias para lograrlo.

Entonces abrazan el sagrado cuerpo, como si estuviese vivo: le besan respetuosamente: lo miran con ansia: aplican á alguna parte de él sus ojos, su boca, sus oidos, y todos sus sentidos. Despues se dirigen á él, como si le viesen presente: le suplican: derraman lágrimas para moverle: le piden su intercesion; y le ruegan sea para con Dios su protector, y su abogado. Concebid por aquí, hermanos mios, de qué gloria se complace Dios en colmar á sus Santos, quando su muerte es preciosa en su presencia. ¿Quál es el Rey, quál es el Monarca, que haya triunfado mas gloriosamente, durante su vida, que los siervos de Dios despues de su muerte? ¿Dónde están esos grandes, esos poderosos de la tierra? Que nos digan si semejantes honores han acompañado jamás á su sepultura; qué votos les han llevado los hombres á sus sepulcros. ¿Quién de esos conquistadores de Ciudades, de esos donadores de pueblos, de esos famosos capitanes, ha visto su memoria célebre por todo el mundo, cantada por todas las naciones; su nombre exâltado, anunciado, y publicado por un millon de bocas, como lo son hoy dia el nombre, y la memoria de un pobre soldado, que S. Pablo se dignó

armar de su mano, pero á quien Jesu-Christo con la suya no se ha desdeñado coronarle?

Esta dichosa region, á quien bañan los primeros rayos del sol, vió nacer á nuestro ilustre soldado á principios del siglo inmediato, como vió al santo hombre Job muchos siglos antes. Animados uno, y otro de un mismo espíritu, mostraron en sus costumbres la misma pureza, y la misma rectitud. Ahora que nuestro Martir habita un país sujeto á un Soberano, que lo es de toda la tierra, se puede decir que todo el mundo es su patria. Alistado en las tropas Romanas, vino con su legion á pasar el invierno en Amasea; y por aquel tiempo se suscitó de repente en el Imperio una guerra sangrienta, no por la incursion impensada de los Bárbaros, sino por los enredos, y las intrigas de Satanás. Hizo este publicar la declaracion en un edicto impío, que se oponía á Dios en derechura, obligando á los Christianos, ó á renunciarle, ó á perder la vida. Entonces nuestro nuevo soldado, alimentado en la piedad, lleno de Jesu-Christo, llevando su confesion de Fé escrita sobre su frente: el bienaventurado Teodoro, digo, aunque poco experimentado en el arte de la guerra, se mostró un hombre consumado en la ciencia de los Santos, y en la práctica de las virtudes. No se le vió ceder al temor, ni inmutarse á vista de los peligros, ni callar por cobardía, ó si se quiere decir, por una afeminada prudencia, ó una tímida política. Y así como Herodes, y Pilato se unieron

en otro tiempo contra Jesu-Christo, del mismo modo el Gobernador de Amasea, y el Tribuno de la legion en que servía Teodoro, se convinieron para formarle su causa. Citado por ambos, le dixeron: ¿De dónde os viene esta audacia, y quién os ha hecho tan resuelto, y tan temerario, que se atreva á rehusar obedecer las órdenes del Emperador, quando debíais recibirlas de rodillas con un temor respetuoso? ¿Por qué no adorais á los Dioses, que gustan los Emperadores (1) hacer adorar á sus vasallos? Teodoro, sin mudar de color, respondió con un tono de voz constante: Yo no conozco muchos Dioses, ni hay mas que uno. Vosotros vais errados, quando honrais con el nombre de Dioses á los demonios, aquellos espíritus mentirosos, é impostores. Jesu-Christo es mi Dios, y el Hijo único de Dios; y así qualquiera que quisiere obligarme á abandonar mi Religion, si pretende forzarme á ello, haciéndome maltratar á azotes, bien puede, si quiere, hacerme desgarrar con uñas de hierro, y añadir los braseros ardiendo; y si mi discurso le ofende, aquí está mi lengua, que me la corte: mi cuerpo será demasiado feliz, sufriendo en todos sus miembros por su Criador. Estas generosas palabras de nuestro Soldado cortaron toda la fiereza de los Tiranos: veían un joven suspirar por el martirio, regocijarse á vista de los tormentos, y tragar, digamoslo así, la muerte, como una bebi-

(1) Maxîmiano, y su Coléga.

bida deliciosa. Pero en tanto que deliberan sobre la resolucion, y el partido que deben tomar, un soldado de los que se ponen al frente de las compañías para servir de guia á la fila, y que se preciaba de satirizar con chiste, emprendió burlarse del Martir sobre su respuesta. Ola, ola, Teodoro, le dice, ¿con que Dios tiene un hijo? ¿Y cómo le tiene? como los demás hombres? ¿Está sujeto á sus pasiones, y siente, como ellos, los desórdenes de la carne? No, respondió con gravedad Teodoro: el Dios que yo adoro no está sujeto á las flaquezas, ni á los groseros desórdenes de los hombres. Engendró un Hijo, es verdad; pero le engendró Dios; y el nacimiento admirable de este Hijo, es del todo divino. Pero tú, que te burlas sin razon, ¿no te avergüenzas de hacer de una muger una Diosa? ¿No tienes vergüenza de adorar una divinidad, que pare, y que hace otros tantos Diosesillos como una liebre hace lebrastos, ó una javalina lechoncillos? Con esta satírica réplica rechazó el Santo la insulsa, y fria sátira del idólatra. No obstante, afectando los dos tiranos el mostrarse clementes, y tomando un ayre de bondad fingida, dixeron en alta voz: Es necesario dar tiempo á este insensato para que vuelva de su locura; que puede ser que las reflexîones, para las que tendrá tiempo, le harán mas cuerdo. De este modo llamaban locura, y desvarío á lo que era la mas alta sabiduría; y querian hacer pasar el acto mas heroico de Religion, por baxeza de alma, y pu-

si-

silanimidad de genio. Así llaman borracho unas gentes anegadas en el vino á un Filósofo sobrio, y templado. Veamos ahora qué uso hizo el santo hombre de la dilacion que se le concedió.

Había en Amasea un templo dedicado á la madre de los Dioses (1), que los antiguos Paganos lo erigieron sobre la orilla del rio que baña los muros de esta Metrópoli. Sirvióse Teodoro de la libertad que le dieron, para poner fuego á este templo. Hasta el mismo viento favoreció su designio; y en pocas horas se vió reducido á cenizas este edificio. Esta fue la respuesta que dió á los tiranos, y que les hizo conocer lo que podian esperar de él. En tanto que la llama subía ya muy alta, se divulgó la noticia por toda la Ciudad. Teodoro, lexos de estarse oculto, ó á lo menos de pensar en disimular la sospecha del incendio, que se le podía atribuir á él, publicaba altamente que él era el autor. Gloriábase de ello como de una accion que le debía llenar de una gloria inmortal. Burlábase abiertamente de los Paganos: ridiculizaba los sentimientos que hacian sobre la pérdida de su templo, y de su Diosa. Cítanle los Magistrados: hácenle comparecer: habla con una libertad excesiva, y llena de confianza, como si nada tuviese que temer; de suerte que menos parece reo, que responde al interrogatorio, que juez que pregunta. Previénele con sus respuestas. En fin, viendo los Magistrados que

(1) Cibeles, Berecintia, &c.

que no cedía de su firmeza, que no se mostraba asustado á vista de los suplicios, y que hablaba siempre con la misma seguridad, mudaron ellos mismos de lenguage; y mostrándose afables para con Teodoro, emprendieron ganarle por promesas, y lisonjas. Si te quieres humillar, le dixeron, y hacer lo que te se pide, te empeñamos nuestra palabra, que en el instante mismo te se levantará del polvo, te se hará noble por el Príncipe, y nosotros te alcanzaremos la dignidad de Gran Sacerdote. A esta palabra de Gran Sacerdote, se puso Teodoro á reir; y tomando despues un ayre mas serio: A la verdad, dixo, que tengo á la condicion de simples Sacerdotes de vuestros Dioses por una de las mas indignas, y despreciables que hay sobre la tierra: considérolos como viles, y miserables ministros de una vana, y ridícula superstición: ¿pues qué se puede pensar del soberano principal de ellos? Su estado es menos digno de compasion que de horror. Así como entre los malos, el mas malvado tiene el primer lugar; y entre los vandoleros es elegido por capitan aquel que se ha señalado con un número mayor de muertes; y á la manera que entre los jóvenes perdidos, el mas estimado es el que denota mas prontitud para el exceso. Esto supuesto, no os afaneis en ponderarme vuestras ofertas: yo conozco mejor su precio que vosotros: ninguna cosa mas detestable me podríais prometer. Mucho mas util es á qualquiera que quiere vivir en la piedad, y en la inocencia, pasar sus dias incóg-

cógnito, y despreciado en la casa del Señor, que ocupar un puesto honorífico en los palacios de los pecadores. Yo os aseguro que la ceguedad de vuestros Emperadores, cuyas leyes, y poder ensalzais tanto, me compadece bastante. ¡Quién lo creyera, que los que están mas elevados que los demás hombres, por el soberano poder de que están revestidos, se imaginan dar nuevo lustre á su diadema, tomando el nombre de Soberanos Pontífices! No ven que ajan la belleza de la púrpura imperial, cubriéndola con el lúgubre vestido de sacrificador: no ven que las funciones de este ministerio los degrada: llegan á ser cocineros, quando eran Emperadores, ocupándose de un modo indigno del trono, en matar pájaros, y en hacerlos cocer, manchándose en las entrañas de las bestias muertas; y se atraen el desprecio, y la indignacion de los pueblos, dexándose ver de ellos como carniceros, con las manos, y los vestidos ensangrentados.

Al oir los Jueces este razonamiento del Santo, se desvaneció la fingida dulzura, no pudiendo subsistir contra unas palabras tan fuertes, y tan urgentes. Prorrumpieron luego en injurias, llamándole impío, y rebelde: reprehendiéronle su poco respeto por los Emperadores, y los Dioses; y creyéndose obligados á vengar á unos, y á otros, le hicieron estender sobre el potro. Mientras que los verdugos, atentos á atormentarle, sudaban á gotas, el Santo, sin dar señal alguna de flaqueza, cantaba este versículo de los Salmos:

Yo

Yo bendeciré al Señor en todo tiempo: sus alabanzas estarán siempre en mi boca. Desmayábanse los verdugos; pero Teodoro cantaba como si se hubiese puesto á otro en aquel sitio. Quitáronle del potro, y lo llevaron á la carcel: allí hizo luego muchos milagros: oíanse todas las noches harmoniosos conciertos, y una infinidad de antorchas iluminaban aquella horrorosa habitacion; de suerte que el carcelero acudía adonde estaban los presos, y se quedaba aturdido de no hallar, ni ver mas que al Martir, que reposaba, y á los demás presos profundamente dormidos; y en fin, por todas partes un gran silencio, y una profunda obscuridad.

En tanto, viendo los Jueces que todos sus esfuerzos no servian sino de hacer al admirable Teodoro mas firme, y mas inalterable en su Fé, fue preciso proceder á la sentencia de muerte, por la qual fue condenado á ser quemado vivo. Este Santo, hermanos mios, acabó gloriosamente su carrera; pero muriendo, nos dexó su vida para servirnos de exemplo, y su muerte para ser el objeto de nuestra veneracion. Mas há de un siglo que junta los Fieles al rededor de su sepulcro: desde él enseña á la Iglesia, ahuyenta los demonios, atrae los Angeles de paz, ora por nosotros, pide, y alcanza. Este sagrado sepulcro es el taller, ó laboratorio milagroso, si me es permitido hablar así, donde se componen remedios soberanos para todas suertes de enfermedades: es un puerto tranquilo, que recibe en su seno á todos

los

los que son arrojados por los vientos de las aflicciones: es un tesoro inagotable, en donde la providencia bebe sin cesar para socorrer las necesidades de los pobres: es un hospicio apacible, y cómodo para los peregrinos, que la piedad conduce á él; y en fin, es como un dichoso país, en donde son continuos los regocijos, y las fiestas: donde se hace un concurso que jamás es interrumpido; porque aunque celebrásemos nosotros con una pompa extraordinaria este dia, como el aniversario del triunfo del Santo Martir, los demás dias del año no dexan de tener su solemnidad particular: la devocion cada dia se renueva, y trae á él nuevos peregrinos. Imaginaos una senda cubierta de hormigas, de las quales unas suben, y otras baxan, y concibireis el camino que viene á este sepulcro. Pero nosotros, que tenemos hoy la dicha de solemnizar este dia, que el curso del sol regularmente nos trae todos los años, venimos todos juntos, ó bienaventurado Martir! á renovar la memoria de vuestra victoria, y á adorar baxo vuestra proteccion al Dios Todopoderoso, por quien vencisteis.

Venid, pues, ó gran Santo! venid á presidir la fiesta: acudid de qualquier lugar del cielo, que Dios os haya señalado para vuestra morada: ya os halleis en la mas alta region del ayre, ó en el cielo de algun planeta: ya esteis puesto entre los Angeles, ú ocupado en alabar á Dios con las Potestades, y las Virtudes: dexad, si ser puede, por un momento ese glorioso empleo, y venid

á

á honrar con vuestra presencia un pueblo que os invoca. No es esta ya una tropa de idólatras, que se complace en haceros padecer, y que forma un espectáculo agradable de vuestros tormentos; es una asamblea de Fieles siervos de Jesu-Christo, que gusta de contemplaros por los ojos de la Fé, rodeado de la gloria que gozais en el cielo, y aumentar los honores que los hombres os dan sobre la tierra. Nuestras necesidades son grandes, y son muchas las que tenemos: interceded con el Gran Rey á favor de vuestra patria; porque es la de un Martir el lugar donde ha recibido el martirio; y sus ciudadanos, sus aliados, y sus cercanos son los que poseen sus reliquias, los que las conservan, y las veneran. Varias desgracias nos amenazan: cada dia las vemos acercarse: los Escitas se avanzan hácia nuestras fronteras; y esta cruel nacion siempre sigue el desorden, el horror, y la carnicería. Como soldado, combatid valientemente por nosotros: como Martir, hablad con esfuerzo. Aunque vuestra alma, esenta de pasion, jamás haya conocido en ella las flaquezas de la naturaleza humana, á lo menos las ha conocido en las demás; no ignora quáles son las necesidades, y miserias de la vida, los temores, y los sustos á vista de un próximo peligro. Pedid la paz, para que nuestras santas asambleas no sean interrumpidas, no sean turbadas, no sean disipadas por la guerra: haced que el soldado idólatra no venga con mano sacrílega á arrancarnos de los altares, y de vuestro sepulcro. Hasta ahora

os

os reconocemos por nuestro protector; y si las armas de los Bárbaros han perdonado á esta Provincia, si gozamos de la libertad, y de la vida, somos deudores á esta poderosa proteccion: haced que lo pasado corresponda á lo por venir; y si acaso creeis, gran Santo! y no hay sino la humildad que os lo pueda hacer creer, que sea necesario emplear para con Dios una recomendacion mas fuerte, oraciones mas eficaces, y un número mayor de intercesores; aquí teneis á nuestros hermanos los Mártires (1), que se unirán á vos. Id, tropa sagrada, pedid por una de pecadores, que la misericordia divina no se os podrá resistir. Incluid tambien á Pedro en nuestros intereses: interesad en ella á Pablo; y haced que entre Juan el Teólogo, y el Discípulo amado; que soliciten, que se esfuercen por la conservacion de las Iglesias que han fundado, y por las quales han dado su sangre, y su vida. Haced que los Idolos abatidos jamás puedan levantar cabeza. Que la heregía, aquella mala planta, no crezca en la viña del Señor: que la cizaña no sofoque la buena semilla: que las piedras, y la tierra esteril, y sin humedad, que no pueden dar sustento á la palabra, sean arrojadas fuera del campo de la Iglesia; siendo por vuestra poderosa intercesion, y la de vuestros compañeros, la República Christiana un pais fertil, que esté cubierto de

(1) Acaso Eutropio, Leónico, y Basilisco, á quienes los Griegos llaman los Compañeros de S. Teodoro.

de ricas mieses, que sea abundante en frutos, que todos los habitantes cojan en él en todo tiempo los de la vida eterna.

MARTIRIO
DE S. APOLONIO (1),
Y DE SUS COMPAÑEROS.

Sacado del libro de Rufino de la Vida de los Padres, cap. 19. cotejado con la Historia Lausiaca de Paladio.

CUéntannos estos antiguos Solitarios, que en tiempo de la persecucion (2) vivía uno llamado Apolonio, cuya virtud, y mérito fueron recompensados con el Diaconado. Veíasele ir de celda en celda, y de Monasterio en Monasterio, á exhortar á los hermanos al martirio, é inspirarles su firmeza, y su valor. Pero preso, y puesto en la carcel, venian muchos Paganos para insultarle, y para tener el atrevido, y detestable placer de blasfemar en su presencia contra Dios. De este número era cierto flautero, llamado Filemon. Este hombre, que era agradable al pueblo por sus canciones, y bufonadas, queriendo grangear aun mas su afecto, procuraba injuriar al Santo Diácono de todas maneras. Llamábale faci-

(1) El dia 7 de Marzo. El año se ignora. (2) De Galerio.

cineroso, impío, impostor; y un hombre, en fin, que merecía el odio público. Apolonio no respondía otra cosa sino: Yo pido á Dios, hijo mio, que te perdone todos tus excesos, y que no te impute á pecado las palabras injuriosas que me dices. Sintióse tocado Filemon de la moderacion de este Santo Solitario; y conoció al momento que estas pocas palabras hacian en su corazon una impresion que tenía algo de sobrenatural, y de divina; de suerte que no pudiendo resistir mas á esta violenta mocion, dixo á voces, y dando gritos, que era Christiano. Hizo ruido esta declaracion; y bien presto llegó á oidos del Magistrado; y aun acercándose él mismo al tribunal, le dixo animosamente en presencia de un tropel de pueblo, que le rodeaba: Obrais como mal ministro, quando castigais á unos inocentes, á unos hombres amados de Dios, y á unos santos Religiosos: los Christianos son irreprehensibles, así en su doctrina, como en sus costumbres. El Juez, que conocía á Filemon por un hombre, cuyo mérito consistía en hacer reir, y burlarse de todas las cosas, creyó al principio que meditaba alguna escena burlesca; pero reconociendo en fin, que hablaba seriamente, le dixo: Tú has perdido el juicio, y ya careces de aquel buen gusto que tenías. No soy yo, respondió, el que ha perdido el juicio, sino tú mismo. Sí, tú, á quien posee un injusto furor, y hace derramar la sangre de una infinidad de gentes. Pero te declaro que soy Christiano; y sábete que no hay hom-
 bre

bre sobre la tierra, que se les pueda comparar en punto de buenos. Quiso al principio el Juez hacerle venir á buenas á fuerza de caricias, y de alhagos; pero viendo que esto era inutil, acudió á la violencia, aunque tambien con poco suceso.

No obstante, temiendo que la mudanza de Filemon procediese por haberle hablado Apolonio, ponen á este sobre el potro, y es tratado como un seductor, y castigado como tal. Pluguiese á Dios, exclamó el Santo hombre en medio de los tormentos, que tú, ó impío! y todos los que me escuchais, os quisiéseis dexar engañar así. ¡O qué dichoso engaño para vosotros! ¡O quánto deseo yo semejante error! Oyéndole hablar en su tribunal de este modo, le condenó á ser quemado con Filemon vivos. Entraron en el fuego con un rostro risueño, y oyeron á Apolonio, que en medio de las llamas hacía esta oracion: "Señor, no „ abandoneis al furor de las bestias feroces las „ almas de los que creen en vos; sino haced ver „ que vos sois el Salvador." Apenas acabó el Santo su oracion, quando á vista del Juez, y de todo el pueblo, baxó una nube sobre la hoguera, y apagó enteramente el fuego. Esta maravilla causó un prodigioso pasmo, y admiracion en los ánimos; de suerte que el Magistrado, y el pueblo gritaron todos á una voz: El Dios de los Christianos es grande, es inmortal, es el único, y el verdadero. Informado de todo esto el Prefecto de Alexandría, y siendo, por decirlo así, mas cruel que sí mismo, y excediendo á su inhumanidad

ordinaria, envía comisarios á este lugar para informarse contra el Juez, y pueblo, que se había convertido á vista del milagro que acabamos de referir, llevándolos cargados de cadenas á Alexandría.

Pero los que tenian orden de aprisionarlos, se hallaron ellos mismos presos por los discursos de Apolonio, tan eficaces por la divina gracia, que recibiendo estas personas de todo su corazon la Fé que les anunciaba, se entregaron ellos mismos al Prefecto con los que los conducían, y confesaron que eran Christianos altamente. Admirado el Prefecto de tantas conversiones, é irritado de la generosa resistencia que hallaba en estos nuevos Fieles, los mandó arrojar á todos en lo profundo del mar; no sabiendo este impío que los hacía Christianos de simples catecúmenos que eran antes. Y así, menos fue muerte que bautismo el que recibieron en las olas.

Sus cuerpos, por una disposicion del todo particular de la providencia, fueron echados á la orilla por las olas, y levantados por los Fieles, que la caridad había llevado á aquel lugar. Fueron puestos todos en un mismo sepulcro, en donde se obran cada dia diversos milagros, estando siempre prontos estos Mártires á recibir los votos, y las súplicas de los que acuden á su intercesion, que jamás se emplea en vano para con Dios.

DISCURSO

DE S. ASTERIO OBISPO DE AMASEA,

SOBRE EL MARTIRIO

DE SANTA EUFEMIA.

Sacado del séptimo Concilio General, y del P. Combefis, Actuario, tom. 1.

Año de Jesu-Christo 307, en el imperio de Galerio, y de Maxîmino.

HAce algunos dias, Señores (1), que leyendo á Demóstenes, dí con una de sus mas bellas piezas oratorias. Esta es aquella en que impugna á Esquines (2) de un modo vivo, y urgente; y en la que parece haber confundido á este peligroso adversario con un monton de entimemas. Sentíme yo mismo como abrumado, y fatigado de la prolixidad de la letura: conocí que tenía necesidad de pasearme un poco para volver á ponerme á tan fuerte aplicacion. Salí, pues, de mi casa; y habiéndome paseado un rato en la plaza mayor con dos, ó tres personas conocidas mias, entré en la Iglesia para orar con quietud. Al pasar por debaxo de uno de los pórticos, me quedé admirado de la belleza de una pin-

(1) Véanse las Notas. (2) Famoso Abogado de Atenas, y rival de Demóstenes en la eloqüencia.

pintura que ví en él dentro de un marco. Teníase por obra de Ufranor (1), ó de algun otro de aquellos famosos Pintores de la antigüedad, de cuyas manos nada salía que no fuese bien acabado, porque sabian dar vida, y movimiento á todo quanto pintaban. Vosotros podreis ver la de quien he hablado, si quereis; pero puesto que tengo lugar, voy á haceros una descripcion exâcta de ella. Nosotros los Oradores tenemos tambien, como los Pintores, nuestros colores, y pinceles. Una Virgen consagrada á Dios es el principal personage, y su muerte es el asunto. Llámase Eufemia. Quando la persecucion estaba mas encendida contra los Christianos, dió esta ilustre Virgen con alegría su vida por Jesu-Christo. Admirados los conciudadanos, que profesaban la misma Religion que ella, de la santidad de su vida, y de la generosidad de su muerte, la levantaron un sepulcro cerca de la Iglesia. En él es donde la dan honores públicos cada año: el concurso es prodigioso; y todo el pueblo celebra con grandes regocijos, como una fiesta en que toda la Ciudad tiene parte, el dia de su victoria. No faltan excelentes Predicadores, que hacen el elogio de la Santa, y que con sus bellos, y eloqüentes discursos honran su memoria. Tienen mucho cuidado de advertir á sus oyentes las circunstancias del combate, que con tanta gloria sostuvo contra

(1) Célebre Pintor, y Escultor. Plinio hace la descripcion de muchas piezas excelentes, que salieron de su mano. *Lib.* 34. *cap.* 8.

los tiranos; pero se halló tambien un Pintor, que por un movimiento de piedad trazó sobre el lienzo esta misma historia. Vese la pintura colgada en la pared, y sobre el sepulcro de la Santa Martir. Vé aquí lo que contiene esta obra, que es el *non plus ultra* del arte.

Lo primero que se presenta, es el Gobernador de la Provincia sentado en su tribunal algo elevado, vueltos sus terribles, y coléricos ojos hácia la Santa. La cólera resalta en uno de ellos, y la crueldad en el otro; porque el arte, quando llega á la perfeccion, sabe excitar, y mover como le place, las pasiones en una materia inanimada. Vense á los lados de él algunos Jueces convocados para que juzguen con él; y á sus pies Escribanos, Alguaciles, Soldados, y verdugos. Uno de ellos tiene unas tablillas en una mano, en donde parece que escribe las respuestas de la Santa: la otra, en que tiene el punzon, está un si es no es levantada de las tablillas, en tanto que mira á la Santa levantando un poco la cabeza, y la boca medio abierta, como si la quisiese decir que hable mas alto, y mas claramente, no sea que no entendiéndola bien, escriba las cosas de otro modo del que las dice, y por lo mismo le den una reprehension los Jueces. La Virgen está en pie vestida de una túnica de tela oscura: el Pintor la dá una capa de Filósofo, como á una persona que hace particular profesion de la ciencia. El rostro le tiene agradable; ¡pero qué bella le parecería su alma al que la pudiese ver en toda

su

su belleza! Condúcenla dos soldados hácia el Gobernador: el uno se la acerca, y otro la vá instando por detrás. Déxase ver en el ayre de su rostro, y en toda su circunspeccion, el pudor, y la constancia á un tiempo: baxa los ojos, es verdad, como no atreviéndose á levantarlos á todos aquellos hombres que están al rededor de ella, y como quien teme atraer á sí la vista de ellos; pero en medio de esta pundonorosa vergüenza, no se dexa de conocer una constancia, y una intrepidez que la dá la grandeza de su Fé. Yo confieso que mas de una vez me he sentido movido á apartar la vista de una pintura de Medea, y por entonces nunca me satisfacía de alabar al Pintor que había hecho una cosa tan bella: veíase en ella á la Princesa de Colcos (1), en ademan de ir á degollar sus dos hijos: levanta la mano, y vá al parecer á meterles un puñal en el seno. La piedad, y la cólera componen el ayre, y la disposicion de su rostro: ambas cosas le ocupan á un mismo tiempo; y con todo eso se dexan ver las dos distintamente: la rabia se muestra en él furiosa, y pronta á derramar sangre; y el amor materno parece tambien que aborrece un tan grande delito, y que pide misericordia por unos hijos inocentes. Pero despues que ví la inimitable pintura de Eufemia, me es indiferente el de Medea. Toda mi admiracion se lleva el de aquella; y aun esto es poco para el que nos ha dexado una

 obra

(1) Medea.

obra tan acabada, y perfecta. No es menos admirable en el enlace, y mezcla de pasiones, que en el de los colores: de tal suerte templa la generosidad con el pudor, y realza este tan bien con aquella, que une dos movimientos, ó afectos del ánimo, enteramente opuestos, sin que de esta union nazca ni aun la menor complicacion aparente.

Continuemos nuestra descripcion. Un poco mas lexos vereis dos verdugos medio desnudos, que se disponen á atormentar á la Santa. El uno la coge la cabeza, é inclinándose hácia atrás, la tiene entre sus manos, mientras que el otro le quiebra las muelas, y le hace saltar los dientes. Allí hay algunos instrumentos de este suplicio, como es un martillo pequeño, y una especie de taladro, ó barrena. Aquí es donde yo no puedo contener mas mis lágrimas: es preciso que las dexe salir; y la compasion detiene tambien mi mano, y no me permite continuar la historia; porque el pincel representó tan á lo vivo unas gotas de sangre, que os parecería verla correr de los labios de la Virgen; y enternecidos enteramente, al punto apartaríais los ojos bañados en lágrimas. En un extremo del quadro se percibe la Santa en la carcel, orando con las manos levantadas, como que implora el socorro de aquel por cuyo amor sufre. Aquella señal, que los Christianos acostumbran adorar, y representar en todas partes, se dexa ver sobre su cabeza, y parece que baxa del cielo: yo creo que se la envía como un presagio de su mar-

martirio. Algunos pasos de allí puso el artífice un gran fuego encendido: levántase la llama á grandes torbellinos, que están expresados con rasgos sumamente vivos, y con un roxo algo fuerte. En medio está la Martir con las manos, y los ojos hácia el cielo: en ella no se percibe ni tristeza, ni temor; sino al contrario, se vé brillar una alegría tranquila, que hace juzgar cree firmemente no estar muy distante del momento que la debe poner en posesion de una eterna felicidad. Pare mi pluma donde se detuvo el princel: y vosotros podeis informaros por vuestros mismos ojos, sino hemos sido fieles en representar todas las gracias, y bellezas de esta pintura tan excelente.

MARTIRIO
DE S. SERENO (1).

Sacado de un Manuscrito de la Biblioteca de M. de Noailles Obispo de Chalons.

Cerca del año de Jesu-Christo 307, en el imperio de Galerio, y de Maxîmino.

SEreno, que era Griego de Nacion, vino á Sirmio, y resolvió pasar allí el resto de sus dias: compró un jardin, que cultivaba por sí mismo, manteniéndose de las frutas, y de las legumbres que le producía. Comenzando á sentirse la per-

(1) El dia 23 de Febrero.

persecucion, se ocultó, retirándose de allí; pero al cabo de algunos meses volvió, y comenzó otra vez á cultivar de nuevo. Como un dia estuviese ocupado en su trabajo ordinario, se entró en él á pasear una muger, que daba á entender ser señora de distincion, acompañada de dos doncellas. Alcanzóla á ver Sereno, y le hizo esta pregunta: ¿Qué busca V.md. Señora? Este jardin, le respondió ella, me ha parecido muy delicioso; y si lo llevais á bien, daré en él una, ó dos vueltas. ¡Una Señora de vuestra condicion, replicó Sereno, se había de pasear á la hora que es! Señora, la hora es intempestiva, pues es ya medio dia, y á mí me parece que algun otro motivo que el de pasearos, os trae por aquí; y así no puedo dar gusto á V.md.: creame, salga quanto antes, y sea en adelante mas regular, y mas modesta.

Salió esta muger del sitio confusa, y bramando de cólera, no porque la hubiesen echado fuera, sino por no haber podido satisfacer la infame pasion que la llevaba allí. Resolvió, pues, vengarse de aquel de quien creía recibía una tan grande afrenta. Escribió á su marido, que era de la casa del Emperador Maxîmiano (1), y se quexó de una pretendida violencia. Recibida del marido esta carta, vá á estár con el Emperador, y le pide por su honor ultrajado, que le haga justicia. Señor, le dice, mientras que se gastan nuestros dias,

(1) Galerio.

dias, y nuestra vida se consume en el servicio de vuestra Magestad, nuestras mugeres se hallan expuestas á la insolencia de un pícaro. Dióle el Emperador un rescrito dirigido al Gobernador de la Provincia, por el qual se le mandaba hacer dar toda suerte de satisfaccion á este marido ofendido. Parte él de la Corte con la orden, y se acelera por ir á vengar á su muger de una injuria que no ha recibido. Llega á Sirmio, vase al palacio del Gobernador, y le pone en las manos el rescrito. Yo he sido ultrajado, le dice, en la persona de mi muger, y pido una satisfaccion proporcionada á la indignidad de la accion. ¿Y quién es el insolente, le dice el Magistrado, que se ha atrevido á perder el respeto á una Señora de tanta consideracion, cuyo marido tiene el honor de acercarse á la persona del Príncipe? Nombradle al instante, que yo os haré justicia. Es, respondió el marido, un tal Sereno, miserable jardinero. Mandó el Gobernador que le buscasen, y que se lo traxesen al punto. Luego que llegó, le preguntó por su nombre. Yo, respondió él, me llamo Sereno. G. ¿En qué te empleas? S. En el oficio de jardinero. G. ¿Cómo has tenido la insolencia de insultar á la muger de un Señor de esta distincion? S. Jamás he hecho insulto, alguno á ninguna muger. G. Que le den tormento hasta que diga qué Señora era aquella que insultó quando la vió pasearse en su jardin. S. Acuérdome muy bien que vino allí una Señora, ya hace algun tiempo, á una hora intempestiva, con ánimo de

pa-

pasearse, segun decía. Verdad es que me tomé la libertad de decirla que era contra el orden, y contra la decencia el que una persona de su sexô, y de su calidad saliese á una hora como aquella de su casa. Quedó confuso el marido al oir esta respuesta de Sereno, que le abrió de repente los ojos sobre la conducta de su muger; é impidiéndole hablar la misma vergüenza, se retiró, sin instar mas al Juez le vengase del inocente jardinero.

Comprehendiendo, pues, el Gobernador por esta respuesta de Sereno, que era un hombre de bien; y que lexos de aprovecharse de la flaqueza de una muger, la había reprehendido con una generosa libertad, se sospechó que sería Christiano. Obligóle esto á preguntarle mas por menor, y le dixo: ¿Quién eres, y qué Religion es la tuya? S. Yo soy Christiano, respondió sin dudar un momento. G. ¿Y cómo no te has escapado? ¿Dónde te habías escondido tan bien hasta aquí, que no te hemos podido encontrar, y cómo te has libertado ofrecer á los Dioses sacrificios? S. La providencia lo ha dispuesto así, y me ha reservado hasta ahora. En efecto, parecía que Dios me había reprobado como á una piedra poco propia para entrar en su edificio; pero tiene la bondad de volverme á tomar hoy para colocarme en él. Por lo demás, pronto estoy á sufrir quanto quisieres por su nombre, á fin de poder ser recibido en el número de los Santos que están ya en su Reyno. No irritó poco esta confesion al Gobernador,

dor, quien le dixo: Ahora bien, puesto que has querido eludir por la huida los edictos del Emperador, que te has ocultado por no obedecer, y que no has querido sacrificar á los Dioses, te cortarán la cabeza, para satisfaccion de todos esos delitos. Apenas se pronunció esta sentencia, quando el Santo fue retirado, y conducido al lugar de su suplicio, donde se executó á 23 de Febrero, reynando nuestro Señor Jesu-Christo, al qual sea el honor, y la gloria que es debida. Amen.

ACTAS

DE S. FILEAS,

Y DE S. FILOROMO (1).

Sacadas de seis Manuscritos; á saber, dos de la Biblioteca de M. Colbert; uno de S. Remigio de Reims; otro de S. Benito sobre el Loira; y los otros dos, el uno de los Celestinos de París; y el otro de los Fevillanes de la misma Ciudad.

Cerca del año de Jesu-Christo 306, en el imperio de Galerio, y de Maxîmino.

HAbiendo sido conducido Fileas á la tribuna (2), Culciano Gobernador de Alexandría, le dixo: ¿Te parece que estarás ya cuerdo? F. Yo creo que siempre lo he sido. C. Pues sacrifica á los Dioses. F. No haré tal. C. ¿Por qué razon? F. Porque la Santa Escritura me lo prohibe. Qualquiera, dice esta, que sacrifica á otros Dioses que al único, y verdadero, será exterminado. C. Pues bien, sacrifica á ese único, y verdadero Dios. F. Tampoco le sacrificaré yo; porque tambien está escrito: ¿Qué necesidad tengo yo de todos vuestros sacrificios? como el mismo Señor dice (3). Esa multitud de víctimas no me pue-

(1) El dia 24 de Febrero. (2) Es regular que este fuese un sitio elevado, al qual se hacía subir á los reos para ser preguntados. (3) *Exod. cap.* 22. *v.* 20.

puede agradar: ya estoy harto: yo no quiero ni vuestros holocaustos, ni la grosura de vuestros corderos, ni la sangre de vuestros cabritos, ni tampoco la flor de la harina. C. ¿Pues qué sacrificios son agradables á tu Dios? F. Aquellos en que se le ofrece un corazon puro, un amor sincero, y palabras de verdad. C. Sacrifica, te digo. F. No sacrificaré. C. ¿Pues no sacrificó Pablo? F. No por cierto. C. ¿Y Moysés? F. Eso era permitido á los Judíos, pero solamente en Jerusalen; y así, quando ofrecen ahora sacrificios en otros lugares, pecan mortalmente, no lo dudeis. C. Todos esos discursos no valen nada: vamos á la obra: es necesario sacrificar. F. Yo no pretendo manchar mi alma, ni la quiero perder. C. Pues ¿qué, nosotros queremos perder la nuestra? F. Sí, la perdeis, y perdeis tambien vuestro cuerpo. C. ¿Cómo, este cuerpo? F. Ese mismo cuerpo. C. ¿Con que de veras crees tú que esta carne ha de resucitar algun dia? F. No hay duda. C. Hablemos de otras cosas. ¿No renunció Pablo al que tú llamas Christo? F. No por cierto. C. ¿Te atreverías tú á jurarlo? F. A nosotros nos está prohibido el jurar: solamente se nos permite el decir sí, ó no. C. ¿Pues Pablo no fue toda su vida un perseguidor? F. No. C. ¿Y no era un grande idiota, no era Sirio, y hablaba mal la lengua Siriaca? F. Os engañais, que era Hebreo, y ordinariamente hablaba el Griego, y además de eso era muy sabio. C. ¿A lo menos no dirás que era mas que Platon? F. No solamente

mas

mas que Platon, sino mas que todos los Filósofos del mundo; y esto es tanta verdad, como que convirtió á un gran número de ellos. ¿Quereis que os diga alguna de sus máxîmas? C. Sacrifica. F. Ya os he dicho que no sacrificaré. C. ¿Temes tú los remordimientos de tu conciencia? F. Sí, por cierto. C. ¿Y no temes que te reprehenda la dureza que muestras por tus hijos, y por tu muger? F. Es que el interes de Dios se ha de preferir á todo; porque dice la Escritura: Amarás al Señor tu Dios, que te ha hecho. C. ¿Qué Dios es ese? Levantando Fileas los ojos al cielo, dixo: El Dios que hizo el cielo, la tierra, el mar, y todo quanto estos contienen: el criador de las cosas visibles, é invisibles; que es incomprehensible, que no se puede ni definir, ni representar; que es el solo, que subsiste, y permanece por todos los siglos. Amen.

Los demás Jueces interrumpian muchas veces á Fileas, y le decian: ¿Por qué resistes al Gobernador? F. Yo no hago sino responder á lo que me preguntan. Déxate de todos esos vanos discursos, replicó Culciano, y sacrifica. F. No sacrificaré tal, ni haré semejante desatino. Pero sobre todo, ¿creeis que solo los Christianos son los que cuidan de esto? ¿Vuestros Paganos no han temido á lo menos el hacerla desgraciada? Mirad á Sócrates quando le llevan á la muerte: ¿acaso la vista de su muger, y de sus hijos le hace mudar de sentir? ¿Le hace pedir perdon? Nada menos que eso. Traga alegremente el veneno. C. Con-

fie-

fiesa la verdad, ¿estás firmemente persuadido que Christo era Dios? F. Y muy convencido. C. ¿Y qué pruebas tan convincentes tienes? F. ¿Qué pruebas? Tengo mil. La vista restituida á los ciegos, y el oido á los sordos; los leprosos curados, y los muertos resucitados; los mudos que hablan, y una infinidad de enfermos que recobran la salud. Y no solo esto, sino una muger sanó con solo tocar la fimbria, ó extremidad de su túnica. ¿Quién podría decir el número de milagros que hizo? C. ¿Y con todo eso, en medio de ser Dios, fue crucificado? F. Sí que lo fue por nuestra salvacion. Pero sabía muy bien que lo había de ser; y fue voluntariamente, y estuvo á su arbitrio el que sufriese por nosotros. Fuera de que los libros santos lo habian todo esto predicho. Los Judíos creen entenderlas; pero lo cierto es que no es así. No obstante de que no hay cosa mas clara; y si alguno lo duda, que abra el libro, y lea. C. ¿Juzgas tú que te se ha tenido algun respeto? Yo bien podía deshonrarte en tu propia Ciudad, á vista de tus parientes. F. Yo os lo estimo quanto podeis desear; pero añadid á este un nuevo favor. C. ¿Y quál es? F. Que useis de vuestro poder. Haced, pues, lo que se os ha mandado. C. ¿Luego tú quieres morir, y sin tener ningun motivo para ello? F. Sí, quiero morir por mi Dios, y por la verdad. C. Dime una cosa: ¿Pablo era tambien Dios? F. No, jamás lo fue. C. ¿Pues qué era? F. Un hombre como nosotros. Pero el espíritu de Dios estaba en él, y obra-

obraba por él todos los milagros que se le atribuyen. C. Pues mira, te dexo la vida en consideracion á tu hermano. F. Si es que me atrevo á pediros alguna cosa por mi parte, es el que os sirvais contra mí del poder que se os ha dado. C. Aun si te vieses reducido á la última miseria, y para sacarte de ella, me pidieses la muerte, no tendría dificultad alguna en concedértela. Pero ahora está en tu mano el vivir; porque estás rico: ¿qué digo yo? con solas tus rentas podrías mantener á casi toda una Provincia, ¿y quieres dexar la vida? Yo no me podré resolver á quitártela; y así vive, pero vive para sacrificar á los Dioses. F. Yo no sacrifico á nadie; y en eso miro á mi interes, y me hago gracia á mí mismo. Dixeron los Jueces al Gobernador: Ya sacrificó en el Frontisterio. F. No hay nada de eso. C. Tú vas á hacer infeliz á una muger. F. Jesu-Christo mi Señor es el Salvador de todas las almas: él me llama á la herencia de su Reyno, y de su gloria; y puede tambien, si quiere, llamar á ella á mi muger. Los Jueces dixeron al Gobernador: Fileas pide alguna dilacion. Volviéndose Culciano hácia él, le dixo: Pues bien, yo te la concedo, mírate bien. F. Mi partido ya está tomado, y es el sufrir por Jesu-Christo. Entonces los Jueces, el Procurador del Emperador, y todos los demás Ministros de justicia, juntos con los parientes, y los amigos de Fileas, se echaron á sus pies, abrazándole, y suplicándole se compadeciese de una familia desconsolada, y que no

aban-

abandonase sus hijos en una edad en que su presencia les era tan necesaria. Pero él, semejante á una roca, que permanece inmovil, sin ceder jamás á la violencia de las olas, desechaba con desprecio sus súplicas; y levantando su corazon á Dios, protestaba que no reconocía por sus parientes sino á los Mártires, y á los Apóstoles.

Entre los asistentes se halló un Tribuno del Exército de Egipto, llamado Filoromo. Viendo este Oficial que Fileas resistía con una constancia inalterable á las súplicas, y á las lágrimas de sus parientes, y que se desprendía con mucha prudencia, y presencia de ánimo de las capciosas preguntas del Gobernador, sin mostrarse ni enternecido, ni embarazado, levantó la voz con algun género de indignacion, y dixo: ¿Por qué os cansais de ese modo en querer vencer la generosa resistencia de ese esforzado hombre? ¿De qué os servirá hacerle infiel á su Dios? ¿Por qué habeis de querer que renuncie por una pura complacencia? ¿No veis que sus ojos están cerrados á vuestras lágrimas, y que sus oidos están sordos á vuestras palabras? Creedme, nada mueven los lloros, quando se considera la gloria del cielo. La cólera, y el despecho que estas justas, y vivas reprehensiones excitaron en los ánimos de los Jueces, aceleraron la condenacion de Fileas, en la que fue comprehendido el generoso Filoromo, y ambos fueron condenados á perder la cabeza. Llevándolos al suplicio, el hermano de Fileas, que era del número de los Jueces, dixo: Fileas

pide que se le conceda el perdon. Esto obligó á Culciano á llamarle, y decirle: ¿Pides perdon? A que respondió Fileas: Yo? no lo permita Dios. No oireis semejante desgracia. Lexos de desear que se revoque la sentencia que me condena á muerte, al contrario, doy humildes gracias á los Emperadores, y á vos, Señor Gobernador, de que el dia de hoy entro en posesion de un Reyno, que Jesu-Christo quiere dividir conmigo. Y diciendo esto, salió del palacio. Quando llegó al lugar en que debía ser ajusticiado, extendió las manos hácia el Oriente, y levantando la voz, dixo: "Queridos hijos mios, vosotros los que buscais á Dios sínceramente, oidme. Velad sobre „ vuestro corazon; porque el enemigo ronda sin „ cesar al rededor de vosotros, buscando su presa, y algun corazon que devorar. Por lo que „ á nosotros toca, todavía no hemos sufrido nada; pero ahora comenzamos á padecer: ahora „ comenzamos á ser discípulos de Jesu-Christo. „ Amados hermanos mios, observad exáctamente „ sus santos mandamientos. Juntaos á nosotros, „ hermanos carísimos: oremos juntos á este Sér „ incomprehensible, á este Sér puro, sin mancha, „ ni mezcla alguna, y sin ninguna imperfeccion; „ que está sentado sobre los Querubines; que ha „ hecho todas las cosas; que es el principio, y „ el fin de todas ellas; y al qual pertenece la gloria en todos los siglos. Amen." Acabó su vida con esta última palabra, habiéndole derribado los verdugos en el mismo punto la cabeza, así

á

á él, como á Filoromo. Y abandonando estas dos almas sus cuerpos, se fueron á unir á Jesu-Christo, que vive, y reyna con el Padre, y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

MARTIRIO

DE S. QUIRINO OBISPO (1).

Sacado de Mombricio, y de Surio.

Año de Jesu-Christo 309, en el imperio de Galerio, y de Maxîmino.

EXcitando el demonio por toda la tierra una violenta tempestad contra la Iglesia, y sirviéndose para perseguir á los Santos de las potestades del siglo, que no se avergonzaban hacerse ministros de su furor; veía con placer adelantarse cada dia mas sus perniciosos designios, declararse los Emperadores á su favor, y aplicar sus manos los primeros del Imperio, ayudándole á hacer la guerra al pueblo de Dios. Por una parte Maxîmino con sus sangrientas leyes introducía el desorden, y el terror en el exército del Señor; y por otra Diocleciano asolaba las Iglesias de Iliria con sus sacrílegos edictos; habiendo asociado á su tiranía, mas que al Imperio, al

(1) El dia 4 de Junio. Las Reliquias de este Santo Martir fueron trasladadas de la Panonia á Roma, y de Roma á Alemania al célebre Monasterio de Fulda.

al cruel Galerio. Estos tres Príncipes impíos enviaban sus edictos á todas las Provincias; y los Gobernadores tenian orden de obligar á los Christianos á sacrificar á los Idolos, cerrando entretanto las Iglesias, y reduciendo á los Sacerdotes de Jesu-Christo á esta estraña precision de dar incienso á los falsos Dioses, ó dexar la vida en los suplicios.

Era por entonces Obispo de Siscia, en la alta Panonia, el bienaventurado Quirino; y Máxîmo, Teniente de Gobernador, envió soldados para prenderle; pero advertido el Santo, se salió de la Ciudad; y buscando algun lugar de retiro, fue preso, y conducido. ¿Adónde huías, le dixo este Magistrado, quando mis gentes te prendieron? Yo no huía, respondió el Obispo: obedecía sí las órdenes de mi Maestro, que nos tiene dicho: Si os persiguieren en una Ciudad, retiraos á otra. M. ¿Qué Maestro es ese á quien tanto obedeces? Q. Este Maestro es Jesu-Christo, que tambien es el verdadero Dios. M. ¿Y no sabes tú que las órdenes de los Emperadores se estienden por todas partes? En qualquiera lugar que te hubieses ocultado, te se hallaría; y ese que tú llamas el verdadero Dios, jamás hubiera podido impedir que cayeses en nuestras manos, como en efecto no te ha podido librar. Q. El Dios, que nosotros adoramos, está siempre con nosotros; y en qualquier lugar que nos hallemos, nos puede socorrer: conmigo estaba quando me prendieron; y en este mismo instante en que os estoy hablando, me

me fortifica, y me confirma; y él es quien por mi boca os responde. M. Parece que no buscas esos largos discursos sino para dispensarte de obedecer, ó á lo menos para obedecer mas tarde: ten, lee con respeto esos divinos caractéres, y no dilates mas el someterte á las órdenes que contienen. Q. Yo no los recibo de ningun modo, porque están llenos de impiedad, y porque contra el mandato expreso de Dios, obligan á sus siervos á sacrificar á vuestros Dioses, que no son sino divinidades imaginarias. No sucede así con mi Dios: él está en el cielo, en la tierra, y en el mar. Está en todo lugar, y sobre todas las cosas; porque las contiene, y encierra todas. M. Buen hombre, ¿qué fábulas nos estás aquí vendiendo? Vamos, toma el incensario en la mano, ven, y sabe hoy dia que hay Dioses, que tú no conocías aún. No te pesará el haber obedecido, y esta sumision te dará muchos grados de inteligencia. Procura, pues, persuadirte á tí mismo la necesidad de ser obediente; y si todavía no estás convencido de la existencia de nuestros Dioses, finge estarlo á lo menos. Si no, bien puedes prometerte toda suerte de tormentos; y en fin una muerte horrible. Q. Esos tormentos con que me amenazas, no harán mas que aumentar mi gloria; y esa muerte horrible con que crees espantarme, será un paso á una vida eterna, si no me hago indigno de ella: para evitar esta desgracia he resuelto no obedecer á vuestros Emperadores, y someterme solo á mi Dios. Yo no

creo que vuestros Dioses sean Dioses; y no quemaré incienso sobre el altar de los demonios. Yo no conozco otro que el de mi Dios; y sobre este altar es sobre el que he ofrecido mas de una vez sacrificios de agradable olor. M. Tu locura te será funesta, é indispensablemente te conducirá á morir. Creeme, dá culto á los Dioses. Q. Yo no venero á los demonios; porque está escrito: Todos los Dioses de las naciones no son otra cosa que demonios (1). Entonces le hizo dar Máximo muchos palos; y despues de haberlos recibido, le dixo: Abre los ojos, y reconoce en fin que los Dioses del Imperio son omnipotentes: està confesion te valdrá un puesto entre los Sacerdotes de Júpiter. Pero si persistes siempre en tu incredulidad, te remitiré ante el Gobernador de la Panonia (2), que no te contemplará, y serás condenado á muerte sin remedio. Q. Entonces seré yo verdadero Sacerdote, y quando haré las funciones sagradas, ofreciéndome yo mismo á mi Dios en sacrificio. Por lo demás, los golpes que me habeis mandado dar, no me han hecho ningun daño: yo me entregaré voluntariamente á mayores tormentos, para que los que están á mi conducta, conozcan que el camino de los sufrimientos es el mas breve, y el mas facil para llegar al cielo. M. Llévenlo á la carcel, y cárguenlo de cadenas, veremos si este tratamiento le hace mas

(1) *Psalmo* 95. (2) Amancio Gobernador de la primera Panonia.

mas cuerdo. Q. La carcel no me dá ningun miedo: esta no puede ser para mí sino una habitacion agradable, puesto que estaré allí con mi Dios, que está siempre con los que le aman, y le adoran.

Cargado el Santo Obispo de una gruesa cadena, fue conducido á la carcel; y al entrar en ella hizo esta oracion á Dios: Gracias os doy, Señor, de que os hayais dignado concederme la dicha de sufrir por vuestro nombre. Yo os pido, Dios mio, que todos los que están aquí presos, sepan que os adoro por verdadero Dios; y que crean que no hay otro que vos. A eso de la media noche se apareció la carcel llena de un gran resplandor; y pasmado el Alcayde (1), entra en la pieza del Santo; y echándose á sus pies, le dice llorando: Pedid al Señor que tenga misericordia de mí; porque creo que no hay otro Dios que aquel á quien servís. Exhortóle el Santo Obispo á que perseverase en su buen propósito, y lo bautizó en el nombre de nuestro Señor Jesu-Christo. Al cabo de tres dias hizo Máxîmo salir á Quirino á la primera Panonia, para ser juzgado por Amancio, y castigado con el último suplicio, conforme al edicto. Luego que el bienaventurado Martir entró en aquella Provincia, fue conducido de Ciudad en Ciudad, cargado de cadenas; y de este modo le vieron en todas aquellas que están á lo largo del Danubio. Presentáronle en

(1) Llamábase Marcelo.

en fin á Amancio al volver de Escarabancia (1). Pero le pareció á propósito enviarlo delante hasta Sabaria (2), adonde remitió la instruccion de su causa. Entretanto acudieron muchas mugeres Christianas al Santo Obispo, llevándole toda suerte de refrigerios. Sucedió, pues, que como quisiese bendecir el pan, y el vino que le ofrecian, se le cayeron por sí mismas las cadenas de sus manos, para dexarle echar la bendicion con libertad. Luego que tomó alguna cosa, y que se retiraron estas santas mugeres, le hicieron proseguir el camino. Algunos dias despues de su arribo á aquella Ciudad, Amancio le hizo conducir á pleno teatro, y le preguntó: Yo quiero que me digais si todo quanto ha pasado en el interrogatorio que habeis prestado ante Máxîmo, es verdad: me pareceis un poco terco en vuestras opiniones. Q. Yo he confesado al verdadero Dios en Siscia: jamás he adorado á otro que á él: él es el único, y el verdadero Dios. A. Mucho trabajo me cuesta el mandar que os den tormentos en la edad en que os veo: quiero antes tentar el camino de la suavidad, y de la persuasion: á lo menos deseo que os rindais. ¿Es posible que la seguridad que os doy de la vida, no tiene nada que os mueva? ¿No podrá siquiera haceros mudar de opinion? Podeis tener una vejez feliz: obedeced á los edictos, y servid á los Dioses. Q. No os detenga mi edad:

(1) Oedembourg, segun Cluverio; y Escabring, segun Lazio.
(2) Patria de S. Martin Obispo de Tours.

edad: la fé que conservo inviolable á mi Dios, me puede hacer superior á los tormentos mas horribles. Y así no espereis que me retracte; porque ni las dulzuras de una vida feliz, ni los horrores de una muerte cruel, podrán jamás hacer que mude un solo artículo á mi creencia. Mi alma está inalterable á todas vuestras invectivas. A. ¿Qué es lo que os hace correr hácia la muerte, para que no querais mostrar alguna deferencia á las órdenes de vuestro Príncipe, y algun respeto á la religion? ¿Qué furor es ese? ¿Quereis mejor perder la vida, que salvarla por una simple retractacion, quando casi no hay hombre á quien sea necesario hacer alguna violencia para obligarle á desdecirse, si por este medio puede salvar su vida? Vivid, vivid, prolongad vuestros dias por un poco de sumision, y no mostreis tan grande repugnancia en obedecer á nuestras leyes. Q. Un hombre que amase la vida, ó cuyo espíritu estuviese debilitado por la edad, podría rendirse á vuestros discursos. Pero yo, que he aprendido de mi Dios que una vida que no está sujeta á la muerte, se debe seguir inmediatamente á esta, no cuido de retractarme: yo arribaré fiel á su término. La condicion de esas personas de que hablabais ahora, es bien diferente de la mia; porque quando renunciando á su Dios, piensan en prolongar su vida, mueren en efecto; y yo confesando á mi Dios, aunque parece que muero, no hago sino acercarme hácia la vida eterna; y en fin, si no obedezco á vuestras leyes, es porque no puedo

conciliarlas con las de Jesu-Christo. A. Puesto que oponeis siempre una terca resistencia á todo quanto nos ha parecido conveniente deciros para obligaros á someteros á las órdenes de los Emperadores, es necesario que sirvais de exemplo á todos los Christianos, y que el género de vuestra muerte contenga en su deber á los que no están, como vosotros lo estais, cansados de vivir.

Y así, despues que el Gobernador hizo padecer al Santo Obispo varios tormentos, mandó le atasen al cuello una rueda de molino, con la qual fue precipitado al rio que pasa por Sabaria. Viósele, no obstante aquel gran peso, por mucho tiempo sobre las aguas, hablando al pueblo, que iba por la orilla del rio, y exhortándole á permanecer fiel en Dios, sin apartarse de él por el temor de semejante suplicio. Pero en fin, habiendo pedido á Dios fuese sumergido, al punto se fue á fondo. Su cuerpo fue hallado un poco mas abaxo del lugar en donde se había hundido. Sacáronle del agua, y se edificó una capilla en la orilla. Ahora reposa en una Iglesia cerca de una de las puertas de la Ciudad (1), adonde concurre cada año un gran número de pueblo.

(1) La Puerta de Escarabáncia.

AC-

ACTAS
DE S. PEDRO BALSAMO (1).

Sacadas de diversas ediciones, cotejadas con siete Manuscritos; á saber, dos de S. German de los Prados; uno de S. Cornelio de Compiegne; uno de la Biblioteca de M. Colbert; uno de Ocamp; uno de S. Mariano de Auxerre; y uno de los Celestinos de París.

Cerca del año de Jesu-Christo 311, en el imperio de Maxîmino, y de Galerio.

PEdro Bálsamo, originario de las inmediaciones de Eleuterópoli (2), habiendo sido preso durante la persecucion en la Ciudad de Aulane (3), fue presentado á Severo, Gobernador de la Provincia, quien le hizo estas preguntas: ¿Cómo te llamas? P. Me llamo Bálsamo, del nombre de mi padre, y he recibido en el bautismo el de Pedro. S. ¿De qué país, y de qué familia eres? P. Yo soy Christiano. S. ¿Qué empleo tienes? P. ¿Puedo tener yo otro mas honorífico que el que acabo de decir? ¿Se puede hacer cosa mejor en el mundo que ser Christiano? S. ¿Tienes padre, y madre? P. Ni tengo padre, ni madre. S. Tú no dices la verdad; porque yo sé por muy buena parte que tienes uno, y otro. P.

(1) El dia 3 de Enero. (2) Ciudad de Palestina. (3) Ciudad de Samaría.

P. El Evangelio quiere que quando seamos citados para dar razon de nuestra Fé, renunciemos todas las cosas. S. ¿Eres sabedor de cierto decreto de los Emperadores? P. Yo solo sé de los decretos de mi Dios, que es el verdadero, y el soberano Monarca del mundo. S. Pues pongo en tu noticia que hay un edicto de nuestros muy clementes Emperadores, el qual contiene que todos los Christianos sacrifiquen á los Dioses; ó si no, que sean castigados de muerte. P. Tambien habeis de tener entendido que hay un precepto del gran Rey eterno, en que se dice que si alguno sacrifica á los demonios, será exterminado. ¿A quál de los dos me aconsejais que obedezca, y quál os parece que debo elegir; ó morir á vuestras manos, ó caer en las del gran Rey, el Dios verdadero, para ser eternamente infeliz? S. Pues me pides mi consejo, te diré que debes obedecer á los edictos. P. Yo no puedo resolverme á dar incienso á unos Dioses de madera, y de piedra, como son los que adorais. S. Tú nos ofendes, y no sabes que puedo yo vengar esta injuria con tu muerte. P. Yo no he tenido intencion de ofenderos: solamente os digo lo que está escrito en la Ley divina. Los Idolos de las naciones, dice (1), no son sino de oro, y de plata, y obra de la mano de los hombres. Ellos tienen boca, ojos, narices, manos, y pies; y no pueden ni hablar, ni ver, ni sentir, ni tocar, ni andar. Y despues di-

(1) *Psalmo* 113.

dice, que los que hacen tales Dioses, se les vienen á hacer semejantes, como tambien los que ponen su confianza en ellos. Si el Espíritu Santo dice esto por su Profeta, ¿qué injuria os hago yo en expresar que sois semejantes á las piedras, y á los leños? ¿y no sería mejor el que yo debiera ofenderme de que me querais hacer semejante á vosotros? S. Ten compasion de tí mismo y sacrifica. P. Para tener una verdadera compasion de mí mismo, no es necesario que yo haga tal, ni que me aparte de la verdad. Pero por quanto no estais ilustrado con las luces de la Fé, y no dais crédito ni á mis palabras, ni á la Ley divina, que prohibe tales sacrificios, haced lo que os está mandado. S. Quiero tener paciencia: doyte tiempo para mirarte bien, esto es, para que pienses en salvar tu vida. P. Esa dilacion es inutil: el tiempo no me hará mudar de parecer. Y así haz ahora lo que estarás obligado á hacer dentro de poco, y acaba la obra que el diablo tu padre tan felizmente ha comenzado; porque jamás executaré lo que quereis persuadirme. Jesu-Christo mi Señor, á quien adoro, no lo permita.

Visto esto, mandó el Gobernador suspenderlo en el ayre, y le habló de esta suerte: ¿Qué dices ahora, Pedro? ¿Comienzas á conocer lo que es el potro? Y pues, ¿sacrificarás ahora? P. Añadid todavía las uñas de hierro, y no me hableis mas de dar culto á vuestros demonios: ya os lo he dicho tantas veces, que no daré á otro incienso si-

sino á mi Dios, por amor del qual sufro. El Gobernador hizo redoblar los tormentos; pero el Santo no despidió ni el menor suspiro; y solamente se le oían cantar estas palabras del Profeta: Una súplica tengo hecha al Señor (1), y se la haré siempre, que es habitar en su santa casa todos los dias de mi vida. Y estas otras (2): ¿Qué le volveré al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Tomaré el caliz de la salud, é invocaré su nombre. Esta tranquila indiferencia que el Santo mostraba por los suplicios, irritó al Gobernador, y llamó á otros verdugos, que vinieron á reemplazar los primeros. Viendo los que estaban presentes que corria la sangre por el suelo, le gritaban: Ríndete, no te pierdas, sacrifica, y líbrate de esos horribles tormentos. Pero el Santo Martir les respondía: Llamais á esto tormentos? pues yo no siento el mas mínimo dolor; y sé que si falto á la fidelidad á mi Dios, debo esperar por entonces verdaderas penas, y tormentos inexplicables. G. Sacrifica, Pedro Bálsamo, ó si no, á tí te pesará. P. Ni sacrificaré, ni me pesará. S. Pues voy á pronunciar la sentencia contra tí. P. Eso es lo que yo aguardo con impaciencia. Y así Severo la pronunció en estos términos: "Mandamos que Pedro Bálsamo, „ por haberse resistido á obedecer á los edictos „ de los invencibles Emperadores, y mostrando „ un desprecio formal á sus órdenes, y defendido „ con

(1) *Psalmo* 26. (2) *Psalmo* 115.

„ con terquedad la Ley del Crucificado, sea él „ puesto en una cruz." Y así este bienaventurado Atleta de Jesu-Christo tuvo el honor de espirar en el mismo suplicio que su Dios, y su Maestro.

MARTIRIO

DE S. LUCIANO,

PRESBITERO DE ANTIOQUIA (1).

Sacado de S. Juan Crisóstomo, tom. 1. Homil. 46.

Año de Jesu-Christo 312, en el imperio de Maxîmino.

AYer, hermanos mios carísimos, fue bautizado el Señor en el agua (2): hoy lo es su siervo en la sangre. Ayer se abrieron las puertas del cielo en el bautismo de Jesu-Christo: hoy se cierran las del infierno en el martirio de Luciano. Ni os admireis de oirme llamar martirio al bautismo. Eslo en efecto, puesto que el Espíritu Santo derrama en él con abundancia sus dones, los pecados son perdonados, y el alma es purificada de un modo enteramente extraordinario, y maravilloso. ¿Y no veis que del mismo modo que el agua lava, y limpia á los que reciben el bautismo, la sangre lava, y purifica á los que padecen el martirio? Esto es lo que sucedió al Santo cuya fiesta celebramos hoy. Pero antes de hablar de su glo-

(1) El dia 7 de Enero. (2) Véanse las Notas.

glorioso fin, es necesario que os descubra los artificios que el demonio empleó contra él para procurar vencerle. Porque conociendo este espíritu de las tinieblas, que el Santo se burlaba de los tormentos que le hacian padecer; y que su constancia no pudo ser vencida ni por el fuego de un horno ardiendo, ni por el horror de un hediondo calabozo, ni por la vista de una rueda armada de navajas, ni quando fue elevado sobre el potro, ni quando se le echó á rodar en un hoyo profundo, ni quando los dientes de las bestias feroces le despedazaban: viéndole, digo, firme en todos estos trabajos, buscaba algun suplicio, que fuese al mismo tiempo doloroso, y largo; pues las penas que son muy violentas, quitan prontamente la vida, y no hacen sino debilitar: por el contrario, las que duran largo tiempo, acostumbran el cuerpo en algun modo al dolor, y lo hacen menos vivo, y menos cruel. Púsose, pues, á discurrir cómo inventaría uno, en que la prolixidad, la opresion, y el rigor se hallasen juntos, para que el alma del Martir, conturbada por la violencia del suplicio, acabase de ser abatida por su larga duracion, y perdiese todo el mérito de su constancia. Ved aquí, pues, cómo se portó. Expuso al Santo Presbítero á todo el rigor, y á todos los terribles efectos de la hambre. ¿Y es ese, me direis vosotros, aquel castigo tan cruel? Preguntádselo á los que lo han experimentado; y os dirán que de todas las muertes, es la mas terrible. Dexaron, pues, al Santo por mucho tiempo sin llevarle de co-

comer; y quando vieron que en un extremo tan grande no se rendía, le pusieron delante viandas, que habian sido sacrificadas á los Idolos. No se dudaba de ningun modo que la extrema necesidad en que se hallaba, y la facilidad que tenía de remediarla, le hiciesen por fin quebrantar todas sus resoluciones. Es cierto que la presencia real de los objetos, tiene una fuerza muy distinta sobre nuestros espíritus, que la simple imagen que de ellos nos formamos. Por admirable que haga la imaginacion la pintura de una muger hermosa, el corazon facilmente se defiende de esta idea; pero si esta llega á mostrarse, y siempre se está viendo, el corazon no se puede defender sino debilmente. No obstante, salió el Santo Martir victorioso de un peligro tan urgente; y lo que el diablo creía ser propio para aterrarle, fue lo mismo que aumentó el valor, y le facilitó la victoria. Porque lexos de incitarle la vista de estos manjares, le sirvieron solamente para darle mas fuerte aversion. Pero aún aborrecía mucho mas á los Idolos, y á la idolatría. Porque así como la vista continua de un enemigo conserva, y fortifica en nosotros el odio que le tenemos; del mismo modo Luciano quanto mas ponía los ojos sobre aquellas ofrendas impuras, y sacrílegas, mas sentía aumentarse en él el disgusto, y el horror que tenía á ellas. Si la necesidad quería moverle, é instarle á poner la mano sobre aquellos prohibidos guisados, cerraba el oido á esta voz importuna, y la hacía callar; y no escu-

chando sino la voz de Dios, que le vedaba tocarlos, olvidaba su debilidad, y no sentía mas el hambre. Aquella manchada mesa, y aquel pan exêcrable que allí veía, no servian sino de inflamarle mas el deseo de estar sentado á la mesa de Jesu-Christo, para poder comer de aquel pan celestial, con que el Espíritu Santo alimenta á los Fieles; y este pensamiento de tal manera lo sostenía, que protestaba estar pronto á padecer todos los tormentos imaginables, antes que tomar un solo bocado sobre aquella mesa de los demonios. Trahía tambien á su memoria la conducta de los tres jóvenes Hebreos, que en una edad delicada, hallándose cautivos en tierra estraña, sin asilo, y en medio de una nacion bárbara, exercieron una filosofia tan santa, y tan sublime, que su fidelidad en la observancia de su Ley los hace, aun el dia de hoy, la admiracion de toda la tierra. Estas varias reflexiones de nuestro Santo Presbítero le movian mas, y mas para estar firme en su propósito de permanecer fiel á su Dios, y Señor. Reíase de la ineficaz malicia del demonio: despreciaba sus astucias, y desconcertaba todas sus máquinas por una paciencia infatigable.

Viendo, pues, este enemigo declarado de los hombres, que con todos estos artificios nada adelantaba, y que no le podía entrar al Santo por ninguna parte, lo conduxo segunda vez al tribunal de los Jueces, y procuró cansarle con distintos interrogatorios que le hizo sufrir, é intentó hacer-

cerle ceder al rigór de los tormentos, que al final de cada interrogatorio pasaba. Pero el Martir á todas las preguntas que le hacian, no respondía otra cosa sino: Yo soy Christiano. ¿De qué país eres? Yo soy Christiano. ¿De qué profesion? Yo soy Christiano. ¿Y tu familia, y tus padres? Yo soy Christiano. Estas eran las únicas armas de que se valía para defenderse del demonio, para resistirle, y para vencerle de su parte. Y aunque á la eloqüencia de su país juntase las ciencias estrangeras, no le pareció que debía servirse de ellas en este caso: sabía muy bien que en semejante combate no es la oratoria la que alcanza el vencimiento, sino la Fé; y que el medio mas seguro para vencer, no es el saber hablar bien, sino el saber amar bien á Dios. Y así decía que esta sola palabra Christiano bastaba para ahuyentar á todo el infierno. Puede ser que alguno diga que esta respuesta del Martir no venía muy bien á todo lo que se le preguntaba; pero á mí me parece por el contrario; y si se exâmina, se hallará que no podía responder con mas prudencia, ni con mayor acierto, ni mas al caso. Porque en fin, el que dice: Yo soy Christiano, dice su país, su familia, sus antepasados, su empleo, y todo quanto él es. ¿Cómo es esto? Voy á explicarlo. Un Christiano propiamente no es de ningun país: no tiene patria sobre la tierra; pero es ciudadano de la Jerusalen celestial. Aquella es, como dice S. Pablo, nuestra madre (1).

(1) *Galat.* 4. 26.

La vida de un Christiano no debe pasarse en el exercicio de un oficio que no mira sino á la tierra; porque, como dice el mismo Apostol (1), todo nuestro comercio debe estar en el cielo. El Christiano no tiene otros padres, otros parientes, otros aliados, que á los Santos, y á los Ciudadanos de aquella Ciudad santa, como tambien lo dice el mismo Apostol (2): Vosotros sois con los Santos ciudadanos de una misma Ciudad, y criados de la misma casa de Dios. Y así Luciano respondió con acierto á todas las preguntas que le hicieron con esta palabra: Yo soy Christiano. En efecto, contenía una respuesta á todo lo que se le podía preguntar, quién era, de qué país era, quiénes eran sus abuelos, y qué profesaba. En fin, esta palabra fue la última que pronunció; y diciendo Yo soy Christiano, acabó su vida. (Fue degollado secretamente en la carcel por orden de Maximino, que no se atrevió, por causa del pueblo, á darle la muerte en sitio público, y acostumbrado).

(1) *Philip.* 3. 20. (2) *Ephes.* 2. 19.

HO-

HOMILIA
DE S. BASILIO EL GRANDE
SOBRE
S. BARLAAM MARTIR (1).

Tom. 1. *Homil.* 18. *cotejada con muchos Manuscritos Griegos.*

EN los primeros tiempos, hermanos mios, las lágrimas eran parte de los funerales que se hacian á los Santos. Josef regó con las suyas el cuerpo de su padre Jacob: los Judíos lloraron muchos dias la muerte de Moysés; y todo Israel honró el sepulcro del Profeta Samuel con sus sentimientos, y llantos. Pero ahora las cosas se han mudado mucho; y despues de la muerte de Jesu-Christo ya no se ven derramar lágrimas en las exêquias de los Santos: la alegría brilla entre los cánticos festivos; y los Fieles que vienen á ellas en tropas, forman al rededor de sus sagrados monumentos diversos coros de música, y de danza. En efecto, la muerte no es sino un sueño para los justos; ó por mejor decir, un tránsito á otra mejor vida. ¿Y cómo se ha de mostrar tristeza en la muerte de los Mártires, si ellos mismos

(1) No se sabe á punto fixo el año: solo consta que fue despues de la muerte de Galerio. El dia 19 de Noviembre.

no muestran sino alegría quando se les hace morir? La próxîma esperanza de una felicidad infinita embota todas las puntas al dolor. ¿Se juzga acaso que un Martir se detiene á considerar los tormentos? No por cierto: no vé sino las coronas: cuenta con los premios que vá á recibir, y no las llagas. No vé á los verdugos que sacan la sangre de todas sus venas: solo piensa en una tropa de Angeles, que le parece estar oyendo al rededor de sí aplaudir su victoria. Apenas siente los tormentos que le hacen padecer; ó á lo menos los desprecia por su poca duracion; y está todo ocupado en la grandeza, y en la eternidad de las recompensas, que le estan prometidas. La tierra se junta entonces con el cielo; y los hombres se mezclan con los espíritus bienaventurados para cantar las alabanzas del Martir.

Esto es lo que vemos suceder hoy en la persona del ilustre Martir Barlaam. Al primer sonido de la trompeta concurren tropas de Fieles de todas partes, para alistarse en el servicio de Dios, y de su siervo. Publícase el valor de un Atleta de Jesu-Christo; y al instante viene á ser la Iglesia un anfiteatro, que llena un número increible de personas. El que cree en mí, vivirá, aunque muera, dice el Señor (1). Barlaam murió, y preside nuestras asambleas. Su sepulcro no contiene mas que un poco de sus cenizas; y este poco viene á ser el objeto de una fiesta pública (2). Hoy es

(1) *S. Juan, cap.* 11. *v.* 25. (2) Véanse las Notas.

es el dia, hermanos mios, en que podeis exclamar: ¿Qué se han hecho los sabios (1)? ¿En qué han parado los Doctores de la Ley? ¿Dónde estan los que buscan con tanta curiosidad las ciencias de este siglo? Un hombre rústico, y grosero, un pobre aldeano nos dá una leccion admirable de religion, y de piedad. Apoderóse el tirano sin dificultad de esta inocente presa: dexóse prender, y no se defendió; pero despues que se hizo dueño de ella, vió á esta mansa paloma mudarse en un alcotan lleno de valor, y de fuerza. Búrlase del rústico lenguage de este hombre campestre: mófale, y le remeda; pero él le vé combatir con un valor de heroe, y se queda admirado. Su alma nada tiene de la baxeza de su origen, ni de la barbarie de sus expresiones; y su razon firme, y recta, y el discurso no se desliza. Puede decir con S. Pablo: Si hablo mal, pienso bien; y si mi lenguage tiene poca cultura, mi ciencia tiene mucha extension. Ya se han rendido los verdugos de puro golpear, y el Martir se está muy sereno. Los brazos de los que despedazan, caen desmayados; y el que es despedazado, es mucho mas fuerte. El ruido de los azotes ya casi no se oye: los nervios con que se dan, se han afloxado, y la fé del Martir es mas vigorosa. Sus costados, agotados de sangre, parecen todos disecados; y su alma está mas floreciente que nunca. Una parte de su carne está ya muer-

(1) *A los Corint. cap.* 1. *v.* 20.

muerta ; y él está mas vivo que al principio del combate. Este es el efecto que el amor de Dios produce en un alma, quando está toda ocupada de él. Entonces los mas crueles suplicios no le parece que se han inventado sino para divertirle; y quanto mas sufre por el que ama, mas placer halla. Preguntádselo á los Apóstoles : ¿Qué pensaban ellos de los azotes, que los Judíos les hicieron dar? ¿No les fueron infinitamente agradables? Salieron del consejo (1), regocijándose de haber sido juzgados dignos de sufrir por el nombre de Jesu-Christo los mayores oprobrios.

Con estos sentimientos recibía nuestro Santo Aldeano los azotes que la crueldad de un tirano multiplicaba infinito. Imaginábase que aquella nube de golpes era una lluvia de rosas, que una mano liberal hacía caer sobre él : el furor de aquel Juez no le parecía mas que un ligero humo, que al punto se disipa : las crueles miradas de los verdugos le hacian reir ; y todo aquel aparato de suplicios, que rodea siempre á los tiranos, le parecía un jardin de toda suerte de flores. Miraba como señales honoríficas las llagas de que estaba lleno ; y las recibía con una alegría tan ardiente, como si fuesen recompensas. Las espadas desnudas, las hachas, los puñales, y todos aquellos instrumentos que veía teñidos en la sangre de los Mártires, no le causaban ni aun el menor miedo. Quexábase de que las manos de los verdugos tuvie-

(1) *Actor.* 15. 41.

viesen tan poca fuerza, que le parecian de cera. Al potro lo abrazó con todo su corazon. Quando se le llevó á la carcel, creyó que le entraban en una deliciosa pradera. En fin, su mano resistió á toda la violencia del fuego; y su invencible paciencia inutilizó la última máquina que sus enemigos inventaron contra él. Porque habiéndole llevado delante de un altar donde se estaba encendiendo fuego para un sacrificio, le tomaron la mano, y se la llenaron de incienso ardiendo; y poniéndola inmediatamente sobre el fuego, esperaban que no pudiendo sufrir el ardor, retirase su mano con precipitacion, y dexase caer el incienso sobre el altar. ¡O, y qué suertes de invenciones tienen los malos! ¡Quántos esfuerzos no hacen, y quántos resortes no juegan para conseguir sus fines! Puesto que no hemos podido, dicen, reducir á este hombre á hacer lo que queríamos, aunque todo su cuerpo sea una llaga, probemos á ver si el fuego lo hace mas tratable: él ha desarmado todas nuestras máquinas, veamos si su mano puede aguantar las llamas. Infelices, vuestra esperanza será vana. Verdad es que el fuego no perdonará su mano: obrará en ella con su violencia acostumbrada; pero lo tendrá encima, y lo aguantará como la ceniza lo aguanta, conservándole como la ceniza lo conserva. Nuestro intrépido soldado no vuelve la espalda al enemigo, le hace frente, le combate cara á cara, y canta para alentarse estas palabras del Profeta: "Bendito sea el Señor, que dirige

„ mi

„ mi brazo para la guerra (1), y forma mi mano „ para el combate." La mano de Barlaam, y el fuego eran los combatientes; pero este era el vencido. Hé aquí un nuevo modo de vencer. Pasa el fuego la mano del Martir, y la penetra; pero quédase estendida, y no abandona el campo de batalla. ¡O mano mas dura que el fuego! ¡O mano, á quien el fuego mas cruel no puede obligar á rendirse! ¡O tú, que de todos los elementos eres el que menos sufres: tú, que jamás hallas resistencia, ¿cómo cedes á la mano de un hombre? Tú le haces al hierro perder su dureza: el bronce no puede resistir tu actividad: las piedras se calcinan, se reducen á polvo con tu calor; y la mano de un Martir, en medio de las llamas, te desprecia á tí, vencedor del hierro, del bronce, y del marmol. Sin duda exclamó entonces con David (2): " Vos me tomasteis por la mano, „ me habeis conducido segun vuestra voluntad, „ y hecho entrar despues en la gloria." ¿A quién os compararé yo, soldado de Jesu-Christo? ¿Os llamaré yo estatua de bronce? Pero esto és alabaros poco, pues el fuego derrite las estatuas de este metal. ¿Diré yo que vuestra mano tiene la inflexîbilidad del mas duro de todos los metales? Pero aun esto es decir nada; porque el fuego lo consume todo. Vos sois el único en la naturaleza, que ha podido persuadir al fuego dexarse vencer: vos sóis el único, cuya mano ha podido ser-

vir

(1) *Psalmo* 143. (2) *Psalmo* 72.

vir de conservar el fuego. Con esa mano abrasada disteis mil bofetadas á los demonios: entonces se derritió su cabeza, como la cera, al acercarse esa mano; y aun hoy, que se vé reducida á cenizas, se las echais en los ojos, y disipais de este modo esas tropas infernales.

¿Pero cómo me atrevo yo á hablar de este heroe con una lengua que no sabe sino tartamudear? Dexemos este honor á las que le pueden alabar dignamente. Embocad la trompeta, ilustres Panegiristas: acudid aquí, y publicad las alabanzas de este invencible Martir. Venid tambien, Pintores (1) eloqüentes: vosotros, que dais la inmortalidad á vuestras pinturas, representadnos á nuestro Martir: emplead toda la delicadeza de vuestro arte para expresar bien, especialmente esa abrasada mano: finalizad ese bosquejo, que acabo de dar; y realzad con el brillo de vuestros colores el oscuro diseño que he trazado. Borre en hora buena la pintura que hiciéreis del combate de la victoria de nuestro ilustre Atleta, lo poco que yo he pintado: no seré yo envidioso de vuestra gloria; y os cederé con alegría la de saber pintarlo mejor que yo.

(1) Véanse las Notas.

PA-

PANEGIRICO DE S. GORDIO MARTIR (1),

Por S. Basilio el Grande, tom. 1. homil. 19.

AMados hermanos mios, los que han tenido el placer de exâminar la policía de las abejas, han notado que jamás salen de sus colmenas sin que su rey vaya delante. Permitidme preguntaros, quando os veo correr en tropas á esos sagrados lugares, y acercaros á los sepulcros de los Mártires, como para recoger en ellos con que componer una miel celestial: permitidme, digo, que os pregunte dónde está vuestro Rey, y baxo de qué conducta se han formado tan numerosos enjambres? ¿De dónde nace ese apresurado ardor? ¿Qué dichosa influencia así muda los dias tristes, y oscuros del invierno en dias serenos, y claros, semejantes á los de la primavera? ¿No será el Santo Martir que nosotros honramos el dia de hoy? El es, sin duda alguna: él es quien os hace salir de vuestras casas; y para venir á rendirle vuestros honores en el mismo lugar en que combatió, dexais la Ciudad por este arrabal. Yo os lo confesaré, porque no me siento con menos deseo que vosotros de celebrar esta fiesta: en ella

(1) En el imperio de Diocleciano: no se sabe el año á punto fixo; solo sí que fue el dia 3 de Enero.

ella olvido mis enfermedades, y estoy pronto á juntar mi voz á vuestros votos. Esfuérzate, pues, voz mia: esfuérzate en quanto lo permita la languidez en que se halla mi cuerpo: esfuérzate á publicar las grandes hazañas del Santo que aquí nos junta: el discurso no puede menos de ser de mucha edificacion, y muy agradable á todo mi auditorio. Porque en fin, si honramos la memoria de los Santos, si honramos su elogio en el dia de su fiesta, trabajamos menos por su gloria, que por nuestra utilidad, y provecho. Ellos no necesitan de nuestras alabanzas; y nosotros necesitamos de su exemplo: sus virtudes nos sirven de modelo, y la historia de su vida nos enseña cómo hemos de arreglar la nuestra. Porque así como el fuego produce naturalmente la luz, y un exquisito perfume esparce de sí mismo su olor por todas partes; del mismo modo, sola la relacion de los hechos de los Santos produce estos dos efectos en los espíritus, que es el ilustrarlos, y regocijarlos. En lo demás, esta relacion debe ser fiel, exâcta, y únicamente contenida en la verdad de los hechos. Porque quando un Pintor hace una copia, rara vez llega á su original, jamás arriba á su perfeccion, nunca copiará perfectamente las gracias, ni las bellezas, y aun se apartará siempre un poco de la semejanza del sugeto. Del mismo modo es de temer que no haciendo sino copiar la vida de los Santos sobre algunas memorias poco ciertas, que nos quedan de él, alteremos un poco la verdad. Pero procura-

raremos evitar este inconveniente; y haciendo el Panegírico de S. Gordio, nada proferiremos, que no hallemos bien autorizado en su historia.

Nació este bienaventurado Martir en Cesaréa (1), del qual tenemos la dicha de ser paisano. Y así no hay que admirarse si mostramos por él una estimacion, y un afecto muy particular; pues le consideramos como el mayor ornamento de nuestra patria. Pues así como se atribuye al terreno la bondad de los frutos, que se crian en él, del mismo modo, habiendo nacido Gordio dentro de aquellos muros, y subido despues al mas alto grado de elevacion á que un hombre puede llegar, es necesario que reverbere sobre su patria el rayo de luz, y resplandor con que brilla en el cielo; y que por el sustento que le ha dado, la vuelva una gloria incomparable. Hay frutos, que nos trahen de fuera, que son muy buenos, son gustosos al comer, refrescan, y alimentan; pero los que hemos visto crecer en nuestros jardines, que nosotros hemos cultivado con nuestras propias manos, nos parecen de otro gusto muy diferente, y los hallamos infinitamente mejores. Porque además del grado de bondad que pueden tener, tienen en sí la ventaja de su nacimiento, los hemos criado nosotros mismos, han crecido en nuestra propia posesion, á nuestra vista, y entre nosotros. Tomó Gordio el partido de las armas; y puesto al servicio, tuvo en él empleos con-

(1) En Capadocia.

considerables, tanto, que llegó á mandar una compañía de cien hombres. Su valor, sostenido por una fuerza de cuerpo poco comun, le adquirió una grande reputacion en la tropa. Servía, pues, con mucha gloria; y no pensaba sino en cumplir con su obligacion, quando el Emperador, que reynaba por entonces, comenzó á derramar el veneno de su cólera sobre el nombre Christiano. Tuvo la impiedad de quererse levantar contra Dios, y el loco pensamiento de poder arruinar la Iglesia. No se oía mas en todas las Ciudades, en las plazas, y en los cruceros, que la voz de los pregoneros, que publicaban el edicto del tirano, por el qual era prohibido, pena de la vida, adorar á Jesu-Christo. Estaban los Idolos por todas partes expuestos á la adoracion; ó por mejor decir, á la supersticion pública. Unos Dioses de piedra, y de madera, disputaban los honores divinos con el verdadero Dios. Todo estaba en confusion en Cesaréa; y la novedad del caso infundía turbacion, y sobresalto en los ánimos. Saqueábanse las casas de los Christianos: veían los hombres quitarles quanto tenian: los verdugos prendian á los Fieles, y los maltrataban sin piedad: las mugeres de distincion eran llevadas por las calles: la juventud no hallaba compasion alguna en aquellas almas bárbaras, ni la vejez ningun respeto; y la inocencia pagaba la pena que debía el delito. Las cárceles estaban llenas, y las casas de las personas distinguidas abandonadas: los bosques, y las soledades se poblaban de los que la perse-

cucion echaba de la Ciudad: de este modo era castigado el delito de adorar á Jesu-Christo. El hijo entregaba á su padre: el padre acusaba á su hijo: el hermano delataba á su hermano; y el insolente esclavo llevaba á su amo ante los Jueces. Había derramado el demonio en los corazones tan espesas tinieblas, que no se veía nada. Las Iglesias eran profanadas, y despojadas de sus ornamentos: derribábanse los altares: no se hacian ya ofrendas: ya no se veían humear el incienso, y los perfumes delante del Señor: ni se podía ofrecer mas el divino sacrificio: estaba apoderada de las almas una tristeza profunda; y se guardaba un silencio, que tenía no sé qué de funesto. Los Sacerdotes huían: todo el Clero andaba temeroso: cada uno se veía amenazado de una muerte próxîma; y la Iglesia parecía estarlo de una desolacion general. Solo el infierno se regocijaba, y los demonios saltaban de alegría. El olor de los sacrificios infectaba el ayre; y el suelo de los templos, y de las calles estaba todo cubierto de la sangre impura de las víctimas.

Veía nuestro Centurion todos estos desórdenes, y los lamentaba; pero no se contentó con gemir, porque previendo que se hallaría muy en breve obligado á declararse, dexó el servicio, y se desterró voluntariamente de Cesaréa. Y así, renunciando empleos, dignidades, toda su fortuna, y quanto hay de atractivo en la vida: desprendiéndose de todo quanto mas dulce hay en la sociedad civil, de sus criados, de sus parientes, de sus

sus amigos, de los mas inocentes placeres: en una palabra, de todo lo que los demás solicitan con ardor, y desean con mas ansia; se retira á un desierto, y se oculta en lugares ignorados de los hombres, queriendo vivir mejor con las bestias salvages, que no entre idólatras. Siguió en esto el exemplo del Profeta Elías, que viendo á la idolatría establecerse con presteza en el Reyno de Israel, baxo la proteccion, y cuidado de la impía Sidonia (1), se fue lexos de la Corte, y del mundo; y halló en el monte Oreb un asilo contra la impiedad, y la injusticia. Allí, retirado en lo profundo de una cueva, buscaba á Dios, y Dios se dexó hallar de su Profeta. Vió Elías á Dios, en quanto le es permitido á un hombre mortal verle acá abaxo. Así fue como Gordio, retirándose del bullicio de las Ciudades, librándose de los clamores de la audiencia, de la ambicion de los Grandes, del fausto que rodea los tribunales: huyendo del mundo, ausentándose de aquel país en que toda la vida se pasa en vender, y en comprar, en perjurar, y en mentir; y en donde las mas inocentes conversaciones estan llenas, ó de obscenidades, ó de murmuraciones, ó de insulsas burlas; tuvo la dicha de ver á Dios despues de purificada su alma de las inmundicias, que las imágenes que dexan todos esos objetos impuros, podian haber impreso en él. Vióle; y supo en aquel dichoso momento misterios inefables.

 Apren-

(1) Jezabel.

Aprendiólos no de un hombre, sino de un Doctor, de la verdad, del mismo Espíritu Santo.

Meditando dia, y noche en este apacible retiro el poco caso que hay que hacer de la vida presente, que se pierde como la sombra, y se desvanece como un sueño, se sentía inflamado del amor de aquella otra vida, que jamás se ha de acabar. Resuelto, pues, á salir del mundo de un modo honorífico, no pensó mas que en disponerse para el combate; y como un Atleta prudente, y avisado, se exercitaba continuamente con ayunos, vigilias, oracion, y continua meditacion de los divinos oráculos. Quando se creyó bien preparado, aguardó el dia en que toda la Ciudad concurriera al circo para ver un juego de carros. Era esta una fiesta solemne entre los Paganos, que se celebraba en honor del Dios Marte; ó por mejor decir, del demonio de la guerra. Hallábase en él todo el pueblo; porque era orden expresa del Emperador, que todos asistiesen á él, y nadie se escusó: Judíos, Paganos, y Christianos todos intervinieron. De estos últimos hubo un gran número; pero eran Christianos relaxados, cuya vida es tan poco conforme á las máximas del Evangelio. Veíaseles sentados en esta junta de impíos, atentos al espectáculo, regocijándose sobre la ligereza de los caballos, y de la destreza de sus conductores. Había cesado todo trabajo: los esclavos, libres de sus tareas ordinarias, llegaban en tropel; y los niños dexaban sus libros, y salian de la escuela por correr al cir-

circo. Las Señoras distinguidas estaban confundidas con las plebeyas : todo estaba lleno ; y esta multitud innumerable de personas , embebida enteramente en esta lucha de carros , guardaba un silencio , que solo se interrumpía para aplaudir á los victoriosos. En lo mas fuerte de las carreras, y de la atencion de los asistentes , fue quando nuestro heroe , baxando lo largo de la colina , al pie de la qual estaba formado el teatro , se dexó ver de repente. No le detuvo el temor del pueblo : no deliberó un momento si se entregaría á tantas manos enemigas ; sino animado de un valor extraordinario , y pasando por delante de todos los que ocupaban los asientos , como si hubiese costeado una cordillera de peñascos , ó una fila de árboles , se detuvo en medio de la lid; verificando en su persona aquella sentencia del Sabio (1) : El hombre de bien es atrevido como un leon. ¿Y qué mas os diré yo? Sintióse con tanta constancia , é intrepidez , que subiendo sobre los asientos mas elevados del teatro , esforzó su voz quanto pudo (aún viven hoy algunos de los que allí se hallaban) , y pronunció clara , y distintamente estas palabras de Isaías , citadas por S. Pablo (2) : "Yo he sido hallado por los que no me „ buscaban ; y me he dexado ver de los que no „ cuidaban conocerme." Con estas palabras quería mostrar que iba allí de su propia voluntad ; y que se presentaba al combate por sí mismo , sin

(1) *Proverb.* 28. *v.* 1. (2) *Roman.* 10. *v.* 20.

que nadie le obligase á ello; siguiendo el exemplo del Salvador, que pudiendo con el favor de la noche escapar de la pesquisa de sus enemigos, que no le conocian, se puso voluntariamente en las manos de ellos.

La voz de Gordio atraxo al punto sobre él la vista de todos los concurrentes, y su figura extraordinaria los detuvo. Tenía á la verdad algo de raro, no comun, y de horroroso: la larga mansion en el desierto le había hecho semejante á un salvage: los cabellos erizados, y todos descompuestos: la barba larga, y mal peynada: un vestido hecho pedazos: el cuerpo seco, y tostado del sol: una alforja al hombro, y un palo nudoso, y rústico en la mano; y no obstante, en medio de todo esto no se dexaba de percibir no sé qué agrado, que brillaba, y resultaba de la gracia de que estaba llena su alma. Luego que le conocieron, se levantó un grito en todo el teatro. Por una parte los Christianos manifestaban su alegría al ver á su compañero mostrar tanto valor; y por otra los Paganos pedian su muerte al Magistrado, que presidía en los juegos. Todo estaba lleno de confusion: ya no se miraba mas á las carreras: no se atendía sino á Gordio: todo el teatro no hacía caso sino de él. Aunque los cocheros arreaban sus caballos, no excitaban ya la curiosidad del espectador: era tan grande el murmullo, que no se oía el ruido de los carros: los vientos del otoño no pueden representar sino imperfectamente el horrible fracaso que producian

to-

todos estos diferentes clamores. En fin, despues que un Rey de armas dió la seña de silencio, se pararon las trompetas, callaron las flautas, y obues, cesaron de tocar los demás instrumentos, apaciguóse el ruido, habló Gordio solo, y le oyó el pueblo.

Inmediatamente fue conducido al Gobernador, que le habló al principio con mucha dulzura. Preguntóle quién era, de dónde, y qué trahía. Respondióle el Santo en pocas palabras á todas estas preguntas: díxole su país, el nombre de su familia, el grado que había tenido en el exército; y en fin, lo que le movió á dexar el mundo, y lo que le obligaba á volver á él. Si vuelvo á presentarme á los ojos de los hombres, añadió despues: si me hallo en medio de las Ciudades, no es sino por tener la gloria de confesar altamente á Jesu-Christo, para enseñaros que desprecio enteramente vuestros edictos, y para reprehenderos vuestra crueldad, y me he valido de la ocasion de estos juegos para executar mi designio. Estas palabras hicieron en el alma del Gobernador lo que una chispa, que lleva el viento á una pila de leña seca: encendieron en ella un furor tan violento contra el Santo, que no se pudo apagar sino con su muerte. Verdugos, gritó al instante, vengan los azotes, vengan las emplomadas. Que lo estiendan sobre una rueda; que lo pongan sobre el potro; que me traigan todos los instrumentos propios para atormentar; que se busquen; que se inventen otros nuevos. Dispongan

la carcel, levántense cruces, afilense los cortes de las hachas, suéltenle las bestias feroces; que todo esto es muy poco para un hombre tan exêcrable, y no es morir mas que una vez. Yo lo confieso, dixo Gordio, y me perderé á mí mismo en ello: creeré que se me haga perjuicio, si no se me hace sufrir por Jesu-Christo, y si no se comienza de nuevo á atormentarme. ¡Ay de mí, que tampoco se me puede dar mas que una vez la muerte! Era el Gobernador naturalmente inclinado á la crueldad; pero lo que aún aumentaba mas en él esta inclinacion, era la necesidad que se imaginaba de estar obligado á dar un exemplo de severidad en la persona de un Oficial, que había hecho figura en el Imperio: fuera de que esta grandeza de alma que Gordio mostraba, parecía manifestarla tan fuerte para cubrirle de mayor confusion: considerábala él como un insulto que se le hacía; y puede ser tambien que le diese una secreta envidia. Como quiera que sea, quanta mas constancia observaba en Gordio, mas sentía encenderse su furor, y mas le hacía atormentar. Pero el Martir, por su parte tranquilo, y lleno de una santa confianza, cantaba este versículo del Salmista (1): El Señor es mi apoyo: no temeré á lo que el hombre me puede hacer; ó este otro (2): No temblaré yo á los males, porque vos estais conmigo; ú otros del mismo Profeta, porque poseía muy bien la Escritura. Quexábase des-

(1) *Psalmo* 117. (2) *Psalmo* 22.

despues de la larga esperanza en que le dexaban las penas que le habian prometido. ¿Qué os detiene? les decía. ¿De qué nace que os esteis tan ociosos? Ya debiérais haberme puesto en mil pedazos, y no dexado miembro alguno de mi cuerpo, sin que sufriera su tormento particular. ¿Me envidiais la dicha que debe ser la recompensa? Quanto mas me hiciéreis sufrir, mas grande será. Este es un contrato hecho entre Dios, y sus Mártires: cada cardenal que apareciere sobre nuestros cuerpos, se convertirá en el dia de la resurreccion en un rayo de luz: por los oprobios recibiremos palmas; y la mansion en las cárceles, nos valdrá la del paraíso celestial. Sí, sí por cierto; porque nos castigais como á los facinerosos, gozaremos de la felicidad destinada para los Angeles. Vuestras amenazas son para mí una semilla de inmortalidad, y me producirán una subsistencia perdurable.

Vió el Gobernador que nada podría adelantar por este camino, y que el siervo de Dios se haría mas inflexîble; y así le pareció conseguir su fin mas facilmente por la dulzura, y alhagos. Si se puede vencer á un hombre de constancia, no ha de ser sino por la adulacion: este es su flanco; porque las amenazas solo acobardan á los tímidos. Mudó el Gobernador en un instante de lenguage: prometióle las cosas mas magníficas del mundo; de las quales parte le ofrecía cumplir en la hora; y le empeñaba su palabra, que dentro de pocos dias le alcanzaría las demás del

Em-

Emperador, una de las primeras dignidades del Exército, grandes bienes: en una palabra, le aseguró que no tenía mas que pedir, y que se le concederían todas sus súplicas. Gordio, poco movido de las promesas, ni de las amenazas, se puso á reir á carcaxadas de la locura del Gobernador, que se imaginaba hubiera alguna cosa sobre la tierra, que pudiese agradarle. Entonces este impío, dando rienda á su cólera, sacó su propia espada de la vayna, mandando que se dispusiese el verdugo, y condenó á muerte al Santo. Luego que el pueblo que asistía á los juegos, lo llegó á saber, acudió al tribunal; y divulgada en breve la noticia por el pueblo, queriendo los que estaban dentro de él tener parte en el sangriento espectáculo que se preparaba, y que debía regocijar á los Angeles, y desesperar á los demonios, salieron en tropel fuera de las murallas, y fueron al mismo lugar. Cesaréa vino á quedar desierta en un momento: la gente se esparcía toda al rededor del tribunal, como un rio, que creciendo con las lluvias, sale de madre, y se estiende por los vecinos campos. Las casas quedaban vacías: los artesanos dexaban sus tiendas, y los mercaderes sus lonjas; y los géneros expuestos en los mercados, sin que se hallára nadie que vendiese, ni comprase, ni tampoco para guardarlos, habiendo toda la seguridad en la Ciudad, por no haber quedado en ella hombre alguno, que pudiese aprovecharse de la ausencia de todos sus habitantes. En fin, hasta las mismas

don-

doncellas, rindiéndose al deseo de ver, cosa que jamás había sucedido, se atrevieron á presentarse á vista de los hombres; y lo que mas denota una especie de furor en este pueblo, es ver que los enfermos, y los viejos, no haciendo caso de sus males, y años, salieron arrastrando, como pudieron, fuera de los muros, por ir á satisfacer su curiosidad.

Entanto que esta espantosa multitud llena á porfia la plaza, que debe ser regada de la sangre de Gordio, los amigos del Santo, y sus parientes lo cercan, lo abrazan, lo humedecen con sus lágrimas: suplícanle con los términos mas expresivos, que no se pierda: le representan la vergüenza del suplicio, que iba á quitarle del mundo en la flor de su edad, y privarle para siempre de la vista tan dulce, y de tanto consuelo como es la luz á los mortales. Algunos, que veían muy bien que sería dificil el hacerle mudar enteramente de religion, y que acaso creían que es permitido el fingir, aun en esta materia, para salvar su vida, se esforzaban á persuadirle con razones revestidas de falsos colores, aunque aparentes, que podía renunciar á Jesu-Christo de boca, y en lo exterior, y confesarle siempre en secreto, y en el corazon; que Dios atiende menos á las palabras, que á la voluntad; y que sobre todo, este era el único medio de apaciguar al Gobernador, sin irritar á Dios. Pero á la manera que un peñasco resiste á todos los esfuerzos que las olas hacen al rededor de él; del mismo modo

per-

permanece el Santo firme, é inalterable á todo lo que le pueden alegar; y así como el edificio que el hombre prudente ha edificado sobre piedra, no puede ser derribado ni por la violencia de los vientos, ni por la caida continua de las aguas, ni por el impetuoso curso de un torrente; así tampoco ni las súplicas, ni los llantos, ni los motivos que parecen mas urgentes, pudieron alterar ni un punto la constancia del fiel Gordio. Al contrario, notando por una admirable penetracion de espíritu, que el demonio enredaba demasiado en este negocio; que iba de una parte, y otra subministrando palabras á sus parientes, poniéndoles las lágrimas en los ojos, y empleando todo artificio para hacer las persuasivas: el Santo Martir comprehendió que podría sacar de ellas mismas una gran ventaja para persuadir él mismo á sus parientes, y á los demás que le aconsejaban. Y así les habló de esta forma: El Hijo de Dios dixo en su muerte: No lloreis sobre mí, sino sobre vosotros mismos. Despues añadió: Llorad los enemigos de Dios: llorad esos hombres de sangre, que ponen toda su gloria en derramar la de los Christianos, que encienden por todas partes fuegos para quemarlos. Pero ¡qué ciegos que son, pues no ven que encienden al mismo tiempo un fuego, en que la cólera de Dios los precipitará para ser atormentados por toda una eternidad! Pero no, respondió un momento despues, no lloreis mas, y dexad de afligirme. Porque estoy pronto á morir por mi Dios, no una, sino mil veces, si fue-

fuese posible. Y dirigiendo particularmente la palabra á los que le aconsejaban renunciase á Jesu-Christo, les decía: Yo tengo esta lengua de la bondad de mi Dios; ¿cómo podré servirme de ella para renegar? Nosotros creemos de corazon, es verdad, para ser justificados; pero confesamos de boca para ser salvos. ¿Pues qué, creen que no hay salvacion para los que siguen las armas? ¿Es algun prodigio un Oficial devoto? ¿No se ha visto jamás algun Centurion servir á Dios? ¿No se vió uno en la muerte del Salvador? Al pie de la Cruz estaba; y no dudando ya que el que estaba pendiente fuese Dios, despues de tantos milagros de que él mismo había sido testigo, no temió confesar la divinidad de Jesu-Christo á presencia de los Judíos, todavía furiosos, y bañados en su adorable sangre.

Luego que se explicó de este modo el soldado de Jesu-Christo, se hizo la señal de la cruz; y con un rostro placentero, sin mudar de color, sin denotar el mas mínimo miedo, caminó á la muerte con paso acelerado. Se pudiera decir al ver brillar en sus ojos esta alegría, que iba, no á ponerse en manos de unos verdugos, sino á echarse en los brazos de los Angeles. Verdad es que estos espíritus bienaventurados le vinieron á recibir luego que espiró, y lo llevaron al cielo, como en otro tiempo llevaron á Lázaro.

MAR-

MARTIRIO
DE SANTA JULITA (1).

Sacado de S. Basilio el Grande, tom. 1. discurs. 5.

VIóse esta santa muger obligada á sostener un pleyto considerable contra uno de los primeros de Cesaréa. Era este uno de aquellos hombres que emplean igualmente la violencia, y el fraude por enriquecerse: siempre codiciosos del bien ageno, que miran como presa segura. A fuerza de cercenar alguna herencia á sus vecinos, se hallaba hecho un gran señor, y poseía muchas tierras, y heredades. Pero no contento con quitar á Julita cierto pedazo de viña, ó de prado, despues que había robado sus alquerías, sus bestias, sus esclavos, apoderándose tambien de sus muebles, que eran muy ricos, y despojándola generalmente de todo, tuvo la audacia de hacerla citar primero ante el Juez, y de prevenir la querella que estaba ella para dar; y antes se valió de muchos falsos testigos, y de un delator, que debía obrar contra ella, y acusarla. Tomó tambien sus precauciones por parte de los Jueces, cuyos votos adquirió por medio de una vil, y vergonzosa corrupcion; y por este apoyaba particularmente la justicia de sus pretensiones. El dia en

(1) No se sabe el año; pero sí que fue el dia 30 de Julio.

en que se había de ver el pleyto, un Alguacil citó las partes, segun costumbre; y dispuestos los Abogados para defender la causa, y tomando asiento en la Audiencia, habló primero el de Julita, representando á los Jueces la terrible vejacion, que su parte padecía por causa de este ciudadano: estendióse mucho sobre la injusta violencia con que se estaba hecho dueño de todos los bienes de esta Señora; y lamentando de un modo bien patético la triste condicion de los vecinos de este usurpador, cuya insaciable avaricia se tragaba todo quanto le parecía bien, iba á producir los títulos, en virtud de los quales poseía su parte sus herencias, y hacer ver que una larga, y pacífica posesion hacía su derecho incontestable; quando este hombre se puso en medio de la Audiencia, y dixo que por el nuevo decreto, Julita no podía ser admitida en justicia á obrar contra él; pues segun esta ley, toda persona que era de otra religion que la del Emperador, y especialmente la que profesaba la de Christo, estaba privada desde entonces del derecho de llamar á juicio á otro ciudadano. Admitió el Pretor este medio de oposicion, pareciéndole justo, y fundado en derecho. Hizo, pues, que le traxesen incienso, y fuego: despues volviéndose hácia las partes: Para gozar del beneficio de las leyes, las dixo, es necesario dar antes señales de que ninguna es de la Religion Christiana; porque si alguno se obstinase en querer vivir en una religion proscrita por los Emperadores, se le declara desde aho-

ahora desposeido de todos los derechos, prerrogativas, y privilegios anexos á la qualidad de ciudadano de esta Ciudad, ó vasallo del Emperador; y aun de esta misma qualidad, como en señal de infamia, segun el nuevo decreto imperial.

¿Qué hará, pues, Julita? ¿Se dexará engañar con el deseo de volver á entrar en posesion de su hacienda, ó despreciará el servirse del medio que se le ofrece para ganar su pleyto? ¿Cedió acaso al peligro que la amenazaba? ¿El temor tuvo sobre ella algun poder? ¿Se la vió mudar el color á vista del Juez? No por cierto. ¿Pues qué respondió? Oigamosla. Perezcan todas las riquezas del mundo, dice ella: pierda yo misma mil veces la vida: sea mi cuerpo hecho mil pedazos, antes que se me escape ni una sola palabra, que pueda ofender á mi Dios. Y quando conoció que el Pretor se mostraba sumamente ofendido de estas palabras, y que comenzaba á enfurecerse, dió á Jesu-Christo humildes acciones de gracias, de que el mismo juicio que adjudicaba la posesion de un bien perecedero, que la pertenecía legítimamente, al que era un injusto poseedor de él, la aseguraba á ella de los bienes eternos celestiales. A mí me quitan, decía, un poco de tierra; y yo gano el paraíso: los hombres me declaran infame, y Dios me prepara una corona: mi cuerpo sufre acá abaxo la pena de las esclavas, y mi alma será puesta en el cielo entre los Tronos, y las Potestades. En fin, instándola

el

el Pretor fuertemente á que renunciase su Religion, y protestando ella siempre que quería morir sierva de Jesu-Christo, tratando de impíos, y de exêcrables sobornadores á los que querían obligarla á jurar su fé: este Juez, contra toda equidad, no solamente confirmó al usurpador en su injusta retencion, sino tambien condenó á la Santa á ser quemada, en satisfaccion, segun él pretendía, del ultrage hecho por ella á los edictos de los Emperadores.

No se dexa llevar el corazon con mas ardor hácia el objeto de su deseo, ni el hombre muy delicioso corre con mayor ansia al placer, que Julita se avanzó hácia la hoguera que la debía consumir. Su rostro, su ayre, sus palabras, todo denotaba la alegría de que estaba llena su alma. Exhortaba á las mugeres, que estaban junto á ella, á padecer constantemente qualquiera cosa por sostener, y defender la Religion de Jesu-Christo, y á no echar la culpa á la fragilidad del sexô el delito de su desercion. ¿No hemos sido nosotras, decía, hechas de la misma masa que los hombres? ¿No somos tambien, como ellos, formados á la imagen de Dios? ¿No es el mismo Artífice el de estas dos obras? ¿Y la fuerza no es tambien la herencia del hombre, como de la muger? ¿Es acaso una gran maravilla ver á una muger animosa? ¿Somos acaso nosotras de otra naturaleza que los hombres? Quando Dios quiso formar á la muger, no tomó de la carne, sino de una costilla. ¿Qué quiere decir esto sino que

la muger no debe mostrar menos firmeza, y constancia en la fé, ni menos paciencia en los tormentos, que los hombres? Dicho esto, se arrojó á la hoguera, que fue para ella un lecho nupcial, de donde su alma se elevó al cielo, y fue á tomar posesion de la dicha debida á su fidelidad, en tanto que su cuerpo, respetado de las llamas, fue puesto entero, y sin ninguna señal del fuego, en manos de sus parientes, que la colocaron honoríficamente en el vestíbulo de este Templo. Despues estas sagradas reliquias, santificando el lugar en que fueron depositadas, lo hacen tambien á los que el deseo de honrarlas los trahe.

Pero la tierra que recibió este precioso depósito, como por un movimiento de gratitud, hizo brotar de su seno una fuente de una excelente agua; ó digamos mejor, que la misma Santa es la que como una madre llena de ternura para con los vecinos de esta Ciudad, á quienes mira como á sus queridos hijos, les provee de una leche, cuyo manantial agradable, y salutífero no se agota jamás. Esta agua es un preservativo para los que gozan de una perfecta salud: una bebida deliciosa para las personas sobrias; y un remedio para los que padecen qualquier enfermedad. Tal fue la gracia que Eliseo hizo en otro tiempo á sus queridos Ciudadanos de Jericó, quando les hizo perder el salitre á las fuentes de aquella Ciudad, y por su bendicion mudó en dulzura todo su amargo. Hombres, que estais presentes, no sufrais, os suplico, que las mugeres os quiten la gloria

de

de defender con mas generosidad que vosotros la Religion de Jesu-Christo. Y vosotras, mugeres, no dexeis á los hombres solos esta gloria, sino gloriaos tambien de seguir el exemplo que acabo de contar.

MARTIRIO
DE SANTA PELAGIA (1).

Sacado de S. Juan Crisóstomo, tom. 1. Homil. 40.

ALabado sea Dios, hermanos mios, que la muerte nada tiene ya de terrible; y ha llegado á ser el juguete, y diversion del sexô mas fragil, y mas tímido. Unas mugeres, ¡qué digo yo! unas niñas la desprecian, y la insultan. Las Vírgenes apenas salen de la infancia, y ya se atreven á oponerse al infierno, sin recibir ningun daño. Esta gracia os debemos tambien, con otras muchas, ó Jesus, Hijo de la Virgen! Vos sois divino Esposo de todas las que guardaron pureza; y quien disteis á vuestra esposa Pelagia ese valor, que la presentó generosamente á la muerte (2), anticipándose á la sentencia, y á la execucion, y escusando al Juez, y á los verdugos un delito. No porque ella no estuviese preparada para todos los tormentos, que hubieran queri-

 do

(1) No se sabe el año á punto fixo; solamente se sabe que fue durante la persecucion de Diocleciano. Celébrase el dia 9 de Junio. (2) Echóse de una ventana abaxo, y se mató.

do hacerla padecer, ni porque no los hubiese padecido con alegría; sino porque sentía perder la corona de virgen por alcanzar la del martirio. Temía ella el poco respeto de aquellos hombres, que no tienen mas castos los ojos que lo restante del cuerpo; y así quiso ella misma huir de sus miradas, y salvar su extrema pureza. Hasta entonces los hombres aun no habian dado exemplo de un temor tan delicado: presentábanse todos en los tribunales; y allí afectaban dar señales de un valor extraordinario. Y así fueron las mugeres, á quienes la flaqueza, y la timidez natural del sexô exponen mas á las injurias, y á las afrentas, las que inventaron este género de muerte, anticipándose á las sentencias; y este fue el motivo que obligó á Pelagia á escogerle: que si yendo á recibir la palma del martirio, hubiese estado segura de conservar el precioso lirio de la virginidad, no hubiera tenido la menor dificultad en comparecer ante los Jueces; pero incierta de lo que podía suceder, la pareció que sería imprudencia el exponerse á perder una corona, en vez de que lograba dos no compareciendo ante ellos. Este fue, pues, el partido que tomó. Así evitó llegar á ser un espectáculo peligroso, dando con su presencia materia á un fuego impuro, profanando su hermosura, si la manifestaba, y dando inocentemente un placer delinqüente: en una palabra, exponía un cuerpo virgen á todos los ímpetus de un brutal instinto. Y así el extremo deseo que tenía de comparecer pura á los ojos
de

de Jesu-Christo, la resolvió á no dexar la habitacion de las mugeres, sino para pasar inmediatamente al cielo.

Sin duda hay una grandeza de alma en un Martir en arrostrar, sin inmutarse, á los verdugos que le rodean; y verlos, sin conmoverse, ojear, digamoslo así, sus entrañas con garfios, y uñas de hierro. Pero aun es mucho mas de admirar, al parecer, la accion de Pelagia: el sentimiento se debilita por la duracion, ó por la violencia, ó tambien por la diversidad de tormentos; ó si conserva alguna vivacidad, la muerte no parece entonces mas terrible, sino mas deseable: viene á ser un remedio necesario á los grandes males que se padecen; y en fin, libra al alma de la tiranía insoportable de los suplicios. Pero sucede aquí lo mismo. Pelagia todavía no ha sufrido cosa alguna: su cuerpo está en todo su vigor: tiene toda la salud de una juventud floreciente; y así necesita de una fuerza de espíritu extraordinaria para dexar la vida por una muerte violenta. Y si la paciencia de un Martir es digna de vuestra consideracion, ¿qué sentimientos no debeis tener por la generosa resolucion de esta doncella? Detengámonos un poco, y consideremos de espacio todas las circunstancias, que hacen esta accion digna de la admiracion de todos los siglos. ¿Quién no se quedará pasmado de ver semejante presencia de espíritu en una Virgen joven, sin experiencia, que jamás ha salido de su casa, ni aun de su quarto; que no conoce al

mundo: sencilla, y sin artificio: viéndola resolverse en un momento, y tomando un partido tan contrario á la naturaleza? Hállase de repente á la puerta de su aposento una tropa de soldados: llaman á ella con furia: cítanla á que comparezca ante el Juez; y se ven casi precisados á llevarla á pesar de su resistencia. No estaban entónces con ella ni padre, ni madre, ni ama, ni criada, ni amigo, ni vecino, ni algun otro que la aconsejase. Toma ella misma el consejo. ¿Y cómo se atreve ella á responder á los soldados? ¿Cómo tiene valor para mirar á estos hombres terribles? ¿Cómo puede articular una sola palabra? ¿Cómo puede respirar? Pero aun hace ella mas: concibe este pasmoso proyecto: acaba de formarle: lo aprueba: lo executa; y esto en un solo momento. Ved aquí de qué manera.

Al ruido que los soldados hicieron á su puerta, baxó de su quarto, y los abrió; pero sabido el motivo que los trahía, les pide su permiso para volver á subir, y mudarse de vestido. Fuela concedida esta gracia. ¿Pero qué uso hizo de ella? Mudóse en efecto de vestido; y en lugar de una vestidura expuesta á ser rota, ó manchada, toma una que no puede ser ni comida de gusanos, ni gastada con el tiempo. Ved aquí aún para mí otro nuevo motivo de pasmo; y confieso que no puedo dexar de admirar bastantemente, así la facilidad que los soldados tuvieron en concederla lo que les pidió, como la destreza con que los preocupó, y la poca desconfianza que mos-

mostraron, debiéndoseles hacer sospechoso todo á tales gentes; y en fin, la poca precaucion que tuvieron para impedir que se saliese con su intento. Ni se me diga que el caso era tan extraordinario, que no había que admirar que los soldados no lo hubiesen ni previsto, ni impedido. Porque no es la primera que se haya dado la muerte: ya se han visto algunas que se han arrojado en la corriente de un rio (1): otras se han atravesado el pecho: otras se han puesto un dogal al cuello. Pero esto fue que en efecto cegó Dios de tal suerte á los soldados, que ni se les ocurrió la trampa que Pelagia les armaba. Escapóse, pues, de sus manos, como una inocente tortolilla se escapa de las redes de un pajarero; y como una cierva, que se ha salido de los lazos, que los cazadores le tenian puestos, no se detiene hasta que se haya salvado en algun bosque, ó sobre algun peñasco escarpado, inaccesible á los tiros de los monteros, é ignorada de su ojeo; del mismo modo, habiendo caido Pelagia en manos de los soldados, y hallándose encerrada en su propio aposento, como entre redes, se desprende felizmente: toma su carrera: se retira; y gana, no un peñasco elevado, sino lo mas alto del cielo, desde donde mira con placer, y en una entera seguridad, los lazos que acaba de evitar; y se rie de los cazadores, que se retiran llenos de confusion, y vergüenza. Imaginémonos al Go-

 ber-

(1) Santa Domnina, y sus hijas.

bernador sentado gravemente en su tribunal, rodeado de sus ministros, prontos todos los instrumentos para atormentar á la niña Pelagia; y un tropel de pueblo, que la curiosidad, ó el falso zelo junta al rededor de él. Hagámonos cargo por otra parte, quando vé volver á sus soldados, á quienes aguardaba con tanta impaciencia, y creyendo desde luego que trahen á la Virgen, que se apodera de estos idólatras una tonta alegría, y devoran ya con anticipacion la presa que se figuran no estar muy lexos. ¡Qué susto, qué tristeza, qué desesperacion, quando ven llegar á estos emisarios del tirano con las manos vacías, baxando los ojos de vergüenza, y sin acertar á referir su estraña ventura! Quando el casto Josef se vió instado de su ama á satisfacer una vergonzosa pasion que le tenía, dexó entre las manos de esta Egipcia la capa, de donde le había agarrado, y se ausentó: pero Pelagia, no habiendo querido ni aun siquiera sufrir que las manos impuras de los soldados la tocasen, quiso por sí misma despojarse de su cuerpo, habiendo tomado su vuelo hácia el cielo. Verdad es que les dexó este cuerpo; pero en un estado, que les daba mas confusion que alegría, como que les sería inutil, no pudiendo ser ya ni de su crueldad, ni de su brutalidad el objeto.

De este modo dispone Dios todas las cosas para el fin que se ha propuesto, muchas veces contra las leyes ordinarias de la naturaleza, ó de la prudencia humana. Muchas veces gusta cumplir

los

los designios de sus siervos quando se creen desesperanzados; y tiene el placer de desbaratar los proyectos de sus enemigos en el momento en que todas las cosas parecen prometerles un favorable suceso. ¡En qué pena, en qué embarazo no se halla nuestra joven Martir! ¡Qué facilidad, al contrario, no tienen los soldados para executar su comision! Hiciéronse dueños de su casa: tiénenla presa en su poder: está sola: es una niña; y con todo eso la pierden. Por otra parte Pelagia, sin socorro, sin defensa, sin fuerza, acometida de una tropa de bestias feroces, prontos á echarse sobre ella, se escapa de sus dientes homicidas, se salva, y hace vanos, y sin efecto alguno los esfuerzos que hacen contra ella Soldados, Jueces, y Gobernadores de Provincia.

Reconozcamos aquí el brazo de Dios, y adoremos su poder, y su bondad. El es quien saca á Pelagia de un paso tan peligroso: lo que no se puede negar por poco que se exámine, el módo de que muere; porque en fin, ya se han visto muchas personas caer de muy alto, ó no herirse sino ligeramente, ó haber quedado un brazo roto, ó un pie quebrado, y vivir todavía muchos años despues. Pero Dios no permite que Pelagia conserve una vida, que quiere ella perder: manda á su alma dexe al punto su cuerpo; y contento con esta primera salida, que acaba de hacer contra su enemigo, la retira del combate, y la corona, como si hubiese acabado de vencer. Porque no penseis que esta muerte sucede segun el

cur-

curso ordinario de la naturaleza: es un orden particular de Dios, que determina á su movimiento. Por lo demás, se dexaba ver este cuerpo, no sobre una cama de respeto, sino sobre la desnuda tierra; ¿pero se ha de creer por eso, que hallándose en este estado, fue privado de los honores sepulcrales? No por cierto, la tierra misma que lo sostenía, tenía parte en ellos. Mas digo: los mayores honores que se le hubieran podido hacer, no igualarian jamás al que recibía de estar tendido sobre el polvo por el nombre de Jesu-Christo. Lo que el mundo llama oprobio, lo que comunmente pasa por una injuria entre los hombres, viene á ser el colmo de la gloria, quando se sufre por Jesu-Christo. Verdad es que el lugar en que estaba este sagrado cuerpo, no tenía cosa considerable en la apariencia; pero los Angeles lo guardaban, y el mismo Jesu-Christo estaba en él. Y si algunos amos agradecidos no se avergüenzan de asistir al entierro de algunos esclavos suyos; Jesu-Christo, el mas agradecido de todos los Señores, y el mas tierno de todos los Esposos, ¿rehusará honrar con su presencia las exêquias de una Esposa, que acaba de dar la vida por él? Esta Virgen no tiene mas sepulcro que un poco de arena, que ni siquiera la cubre; pero su epitafio contiene la historia gloriosa de su muerte. Está vestida de una ropa mas preciosa que la púrpura de los Reyes, en donde entre los lirios de la virginidad, brillan las rosas del martirio. Con estos ricos, y magestuosos adornos se presentará ante el trono de Jesu-Christo.

Pro-

Procuremos, hermanos mios, hacernos un vestido semejante durante nuestra vida, para ser adornados de él en nuestra muerte. El oro, y la seda, que cubren los cuerpos en este mundo, no adornarán el alma en el otro. Y aun me atrevo á asegurar, que todos esos soberbios adornos, que se ven en nuestros sepulcros, nos atrahen menos la consideracion de los hombres, que sus sátiras. Este Grande, dirán ellos, lleva consigo su fausto hasta mas allá de la sepultura; y aun en los brazos de la muerte sacrifica al luxo, y á la vanidad. ¿Quereis ser alabados quando ya no exîstiereis? Haced de suerte que la virtud, y la piedad os levanten un sepulcro. Decidme, ¿os deteneis en los de los Reyes por brillantes que sean en oro, y piedras preciosas? No por cierto: pasais mas adelante, hasta llegar á postraros delante del de una simple doncella, en el que por todo adorno no hallais mas que la Virginidad, el Martirio, y la Fé.

HO-

HOMILIA

DE S. BASILIO EL GRANDE (*)

EN HONOR DE LOS QUARENTA MARTIRES

DE SEBASTE (1).

Cirion, Candido, Domno, Meliton, Domiciano, Eunoico, Sisinio, Eraclio, Alexandro, Juan, Claudio, Atanasio, Valeriano, Eliano, Ecdicio, Acacio, Bibiano, Elias, Teodulo, Cirilo, Flavio, Severiano, Valerio, Chudion, Sacerdon, Prisco, Eutiquio, Eutiques, Umerando, Filoctimon, Viviano, Michal, Lisimaco, Teofilo, Janteas, Agias, Leoncio, Esiquio, Cayo, y Gorgonio.

NO es un solo Martir, ni dos, ni diez los que la Iglesia propone hoy dia á nuestra veneracion: son quarenta, que no teniendo todos mas que un alma repartida en diversos cuerpos, dieron las mismas señales de constancia; y conspirando todos en sostener, y defender la Fé de Jesu-Christo, sacrificaron en un mismo dia su vida por ella. Ninguna desigualdad había entre ellos:

(*) *Homil.* 20. *tom.* 1. (1) El dia 9 de Marzo. Año de Jesu-Christo 320, en el imperio de Licinio. Véanse las Notas.

ellos: unos mismos sentimientos, el mismo valor, los mismos combates, la misma gloria, y las mismas coronas. ¿Pero dónde se han de hallar elogios para quarenta victoriosos á un tiempo? ¿Qué eloqüencia, por abundante que fuese, podría bastar á tanto? Apenas serían suficientes quarenta lenguas para alabar á quarenta conquistadores de esta clase. Qué digo? Uno solo de estos valerosos hombres, si había de ser alabado como conviene, agotaría facilmente todo nuestro ingenio, y consumiría el mediano fondo que pudiéramos haber hecho de bellas palabras: ¿pues qué será esta multitud de esforzados, este batallon, á quien ningun enemigo pudo jamás vencer, y que ningun Orador podrá jamás alabar dignamente? No obstante, probemos á hacer un bosquejo de las memorables hazañas de estos ilustres guerreros: traigamos á la memoria sus grandes hechos; y atendamos en esta ocasion mucho menos á nuestra reputacion, que á la utilidad de nuestros oyentes. Dixe que iba á procurar delinear la pintura de las bellas acciones de nuestros quarenta heroes. Porque los Oradores pintan con la lengua, como los Pintores hablan con el pincel; y lo que la pintura presenta á los ojos por medio de los colores, una relacion histórica se lo hace entender al oido por el discurso; pero en fin, Pintores, y Oradores no deben tener otro fin en sus obras, sino excitar en los corazones por la vista, y por el oido el amor á la virtud, y el deseo de imitar las grandes acciones que repre-

sen-

sentan. Y así, refiriendoos las de estos quarenta Mártires, nos esforzaremos á inspiraros este deseo; y no dudamos salir con este intento á poca disposicion que hallemos en vuestros corazones. El mas bello elogio que se puede hacer de un Martir, es proponerle por modelo á los que oyen el elogio. En efecto, no se alaba á un Santo, como á un hombre del mundo; y el panegírico es muy diferente de la oracion fúnebre. Para componer esta, el mundo subministra al Orador todos los materiales que necesita; pero ¿cómo se ha de tomar del mundo con que alabar á aquel por quien el mundo está crucificado?

No habian nacido nuestros quarenta Mártires baxo de un mismo clima: muchas Ciudades los reclamaban por sus hijos. ¿Pero de qué sirve hablar aquí del lugar de su nacimiento, si no reconocian patria sobre la tierra? La verdadera de los Mártires es la Ciudad de Dios, que ha construido para ser habitacion de sus escogidos. Esta es la Jerusalen celestial, aquella Ciudad libre, madre de Pablo, y de todos los que, como él, suspiran por la mansion bienaventurada. En la tierra, y segun el curso de la naturaleza, hay diferentes familias: en el cielo, y segun el orden de la gracia, no hay mas que una. Dios es la cabeza, es Padre de todos los Santos, que son todos hermanos por la adopcion del Espíritu Santo, y por la union de una perfecta caridad. Tales fueron nuestros guerreros: todos estaban en la flor de su edad: eran de una estatura ga-

llar-

llarda, de un valor acreditado, y que se habian distinguido por muchas bellas acciones. Como sabian perfectamente hacer la guerra, su mérito, y su valor los había hecho llegar á los mayores empleos del exército. Eran conocidos de los Emperadores, que los honraban con su estimacion, y se habian acordado de ellos en la distribucion de los honores militares, y de las recompensas.

En el tiempo en que estaban mas florecientes, se publicó un edicto, que prohibía, á qualquiera que fuese, confesar á Jesu-Christo; y que decretaba penas muy severas contra los que rehusasen obedecerle. Entonces fue quando la injusticia, la violencia, y el furor se apoderaron de los tribunales: por todas partes no había sino emboscadas secretas, ó guerra declarada, acusadores públicos, ó enemigos ocultos. Encendíanse hogueras, plantábanse cruces, abríanse hoyos, preparábanse ruedas, azotes, y potros: las espadas, y las hachas hacian brillar en mil diversos lugares su funesto acero. En esta horrible agitacion en que se hallaban los Fieles, unos huían, otros se rendian: muchos estaban inciertos del partido que habian de tomar: otros cedian aun antes del combate: otros se ponian pálidos á vista de los tormentos, y se desalentaban á la entrada: otros combatian al principio con valor; pero se acobardaban despues: abandonaban la victoria, quando no faltaba mas que un paso que dar para vencer; y semejantes á aquellas gentes que padecen naufragio, arrojaban á

la

la mar, para salvar su vida, el fruto de sus sudores, y sus largas tareas.

Habiendo hecho ver este edicto al Exército el Presidente Agricolao, y exhortando á cada uno á sujetarse á él, estos hombres valerosos, sin asustarse del peligro á que se iban á exponer, se adelantaron con intrepidez, y con una voz constante confesaron á Jesu-Christo. ¡O dichosas lenguas, que pronunciasteis tan santo nombre! El ayre que le recibió, fue consagrado: los Angeles que le oyeron, correspondieron con sus aplausos: los demonios fueron heridos como con un dardo de fuego; y el Señor lo escribió en lo mas alto del cielo. Ved aquí, pues, á nuestros quarenta Oficiales, que uno despues de otro se avanzan hácia el tribunal, diciendo: Yo soy Christiano. De este modo se vé á los Atletas en un dia de espectáculo hacerse poner en la lista de los combatientes, con esta diferencia, que estos dexando sus nombres de familia, se hicieron registrar baxo el del Salvador; de suerte que todos los quarenta no tomaron sino un mismo nombre. No decian ellos: Yo me llamo fulano, ó zutano; sino me llamo Christiano. Quedóse por algun tiempo el Presidente en la incertidumbre de si emplearía las amenazas, ó los alhagos: determinóse en fin á valerse primero de estos. ¿Qué haceis, hijos mios, les dice, y por qué habeis de perder así tantos bellos años como los Dioses os prometen? ¿Por qué habeis de poner fin por una muerte anticipada á una vida dulce, y que

una floreciente juventud os debe hacer tan amable? ¡Es posible que unas gentes tan valerosas como vosotros, se han de resolver á morir como unos reos! Ofrecióles despues dinero, y á mas de eso les hacía esperar que obtendría para ellos del Emperador dignidades, y grados: en una palabra, valióse de mil suertes de astucias: diólas mil rodeos, para procurar vencerlos, y hacerlos consentir en lo que deseaba. Pero quando vió que todo esto no servía de nada, que todas estas bellas promesas, que estas ofertas tan brillantes, y tan ventajosas en la apariencia, no habian podido alterarles, tentó otro medio. Púsoles delante los suplicios mas crueles: llenóles la imaginacion de llagas, de sangre, y de muertes. Este espectáculo, capaz de infundir terror en las almas mas intrépidas, no hizo efecto alguno sobre las de nuestros soldados: " ¿Qué pretendeis con todas esas „ ofertas, ó enemigo de Dios? le dixeron al Pre„ sidente. ¿Os parece que podreis con vuestros „ presentes obligarnos á abandonar el culto de „ Dios vivo por el de vuestros malos demonios? „ Para eso sería necesario persuadirnos que lo „ que nos ofreceis vale tanto como lo que nos „ quereis hacer perder. No queremos vuestras dá„ divas, que no nos pueden causar sino un evi„ dente daño: rehusamos vuestros honores, que „ no podrán hacer otra cosa que anegarnos en „ un abismo de ignominia. Dadnos riquezas que „ sean eternas, y una gloria que no pase jamás. „ Nos prometeis el favor del Emperador, y quereis

„ hacernos perder el de Dios. Nos ponderais no
„ sé qué ventajas, que el mundo os sugiere; pero
„ ignorais que nosotros despreciamos el mundo
„ entero. Sabed que todo quanto está sujeto á
„ los sentidos, que todo quanto hermoso se ofre-
„ ce á la vista, todo quanto presenta al espíritu
„ de raro, y admirable; todo esto no llegará
„ jamás á lo que la esperanza nos hace solamente
„ alcanzar, y ver. Veis ese cielo: no hay cosa
„ mas digna de nuestra atencion: ninguna cosa
„ tiene mas de verdadera grandeza: esto es ver-
„ dad. Y la tierra, ó qué vasta estension! ¡quán-
„ tas maravillas no encierra en su seno! Y con
„ todo eso, la posesion de todo esto no iguala, ni
„ puede igualar á la felicidad que Dios prepara
„ á los justos; porque en fin, la tierra, y el cie-
„ lo pasarán; y esta felicidad no pasará jamás,
„ será eterna. Y así, si no por el goce de esta fe-
„ licidad, no podemos nosotros concebir alguna
„ ambicion: solo por este único bien es por el
„ que sentimos ardor: sola esta gloria es por la
„ que suspiramos. Deseamos ser felices, y teme-
„ mos mucho el ser desgraciados. El fuego del
„ infierno nos dá miedo; que ese con que nos ame-
„ nazais, lexos de amedrentarnos, él mismo nos
„ teme: él está tan sumiso á Dios como nosotros;
„ y no se atreve á tocar á los que, como noso-
„ tros, desprecian los Idolos. ¿Quereis que os di-
„ gamos lo que sentimos de vuestros tormentos?
„ Pues sabed claramente que no son sino unas le-
„ ves arañaduras hechas por la mano de un niño.

„ Bien

„ Bien podeis, á la verdad, hacer un poco de „ daño á nuestros cuerpos. Y si resisten largo „ tiempo, tanto mejor para nosotros: nuestra co- „ rona será mas hermosa; y si por el contrario „ muere al impulso de vuestros primeros golpes, „ aun mucho mejor, que nos veremos antes libres „ de vuestras manos. Y en fin, ¿no es una cosa „ insufrible el ver que querais estender vuestro „ poder hasta sobre las almas; y que no os en- „ furezcais precisamente sino porque obedecemos „ antes á las órdenes de Dios, que á las vuestras? „ Esta preferencia os choca, os ofendeis de ella, „ como de una injuria hecha á vuestra autoridad: „ nosotros somos reos, porque tenemos religion; y „ la fidelidad que guardamos á nuestro Dios, me- „ rece los últimos suplicios. No amamos nosotros „ demasiado la vida, ni tememos tanto la muerte, „ para que el deseo de la una, y el temor de la „ otra, nos hagan condescender con vuestro gus- „ to. Y en fin, para que lo sepais, estamos pron- „ tos á sufrir vuestras ruedas, vuestros potros, y „ vuestras hogueras por la Fé que profesamos, y „ por el amor del Dios á quien solamente debe- „ mos dar adoracion."

La libertad de este discurso excitó en el ánimo del Presidente un furor, que el orgullo, y la crueldad, que eran ya su caracter, hacian aun mas violento. No delibera mas si debe hacer morir á estos generosos Christianos; sino de qué muerte, y en qué suplicio los ha de hacer acabar. No se contenta con un castigo ordinario, ni

con una muerte comun: quiere alguna cosa extraordinaria. Ved aquí lo que inventó. Estaban entonces en lo mas fuerte del invierno; y ya se sabe que la Armenia es un país sumamente frio (1) en esta estacion. Eligió el Presidente para su intento una noche que el frio era excesivo, á causa de un viento cierzo, que soplaba con violencia: mandó que los Santos fuesen conducidos á un estanque; y que del todo desnudos, se quedasen allí expuestos al temporal. Los que han experimentado alguna vez el rigor de un frio agudo, y cruel, se imaginarán facilmente lo grande de semejante suplicio. Al principio el cuerpo se sobrecoge, la sangre se hiela, y una palidez cárdena se apodera de toda la superficie de la carne. Despues se eriza, los dientes pegan unos contra otros, las venas se retiran, y el cuerpo se encoge: en fin, insinúase por todas partes un dolor agudo, penetra hasta los tuétanos, y causa mortales convulsiones. Entonces las extremidades del cuerpo se separan, y los miembros se caen á pedazos; porque retirándose el calor natural de las partes exteriores hácia las partes nobles, é internas, es necesario indispensablemente que así abandonadas de este calor, que conserva la vida, mueran al instante; pero al mismo tiempo no pudiendo aquellas á que se retiró el calor, aguantar el aumento, se sufocan, y ahogan.

Lle-

(1) S. Crisóstomo se quexa de ello en sus cartas quarta, y sexta á Olimpiada.

Llevaron, pues, á los Santos á un estanque, que no dista mucho de la Ciudad. El hielo estaba en él mas duro que el marmol, y tan impenetrable como un peñasco; pero tan grueso, que las gentes de á pie, y aun los mismos caballos, andaban por encima como en tierra firme; de suerte que caminaba por él el público con total seguridad. El cierzo con su soplo mataba todos los pájaros, y á las demás bestias del campo, que se atrevian á acercarse. ¿Pues quál sería el valor de nuestros Mártires, quando puestos los ojos sobre esta terrible cama á que la crueldad del tirano los sentenció para pasar la noche, entraron con alegría, quitándose sus vestidos, y avanzándose atrevidamente hácia la muerte que los aguardaba, y aun exhortándose los unos á los otros, no á morir, sino á conseguir la victoria? Nosotros, dixeron ellos, no nos despojamos de nuestros vestidos, sino del hombre viejo, que corrompen el error, y los malos deseos. Seais bendito, Señor, de que dexemos el pecado, dexando este vergonzoso vestido, y la señal de la culpa de nuestro primer padre. La serpiente fue causa de que lo tomásemos en el paraíso; pero fuimos al mismo tiempo echados; y hoy dia Jesu-Christo nos los quita para hacernos volver á entrar en el paraíso celestial. Nos despojan por amor de nuestro Dios; y nuestro Dios fue tambien despojado por amor de nosotros. Si el Señor sufrió esta pena, ¿será mucho que la sufra el esclavo? A lo menos tenemos este con-

consuelo, que nuestras manos no han servido de despojar al Salvador: este sacrilegio fue delito de los soldados Romanos. El tiempo es cruel, es verdad: el invierno se dexa sentir con toda su violencia; pero ya gozarémos en el cielo de una eterna primavera. Abraan nos refocilará en su seno. Es preciso que el hielo desprenda nuestros pies de nuestros cuerpos, para que nos hagan en el cielo inmortales: conviene que la intemperie haga caer nuestras manos, para poderlas levantar hácia Dios. ¿A quántos de nuestros compañeros hemos visto perecer en los diversos combates en que nos hemos hallado? Ellos daban su vida por el servicio de un hombre; y nosotros tenemos la dicha de sacrificar la nuestra por los intereses de un Dios. ¿Pero quántos facinerosos, quántos infames salteadores han sufrido la muerte por sus delitos, y no la hemos de sufrir nosotros por la justicia? Amados compañeros, no nos acobardemos: no tenga en nosotros parte alguna el demonio. Aquí no se trata sino de nuestro cuerpo: no le perdonemos. Y en fin, puesto que no vivimos sino para morir, muéramos para vivir en la eternidad. Dignaos, Señor, honrar nuestro sacrificio con vuestra vista: recibidnos como otras tantas víctimas vivas, que os sacrificamos con nuestras propias manos. Sacrificio nuevo, nuevo holocausto, que el frio destruye, y acaba.

De esta suerte se animaban nuestros Santos Mártires á sufrir constantemente, dando cada uno, di-

digámoslo así, y recibiendo la orden mutuamente unos de otros: pasaban aquella terrible noche como si estuvieran en el Vivac. Sufrian con paciencia lo presente, regocijábanse de lo futuro, y se burlaban de los vanos esfuerzos de su enemigo, haciendo esta oracion: Nosotros hemos entrado quarenta en la carrera: dignaos, Señor, de coronarnos á todos: no haya ni uno que no reciba el premio. Vos, Señor, consagrasteis por vuestro ayuno este número quadragenario: despues de otro igual espacio de dias fue Moysés juzgado digno de promulgar en el mundo vuestra Ley; y el Profeta Elías mereció veros pasada otra tanta temporada. De este modo oraban nuestros quarenta Mártires; pero tuvieron el dolor de ver á uno de ellos abandonar su puesto, y desertar vergonzosamente. No obstante, la oracion de todos los demás no dexó de tener su efecto, y Dios enteramente lo concedió.

Mandó el Gobernador á un soldado que se quedase allí para guardar á los quarenta Mártires. El gran frio que hacía, le obligó á entrarse en el quartel, que estaba cerca del estanque, acogiéndose allí como pudo, al abrigo de la inclemencia del ayre. Tenía tambien orden de ver si alguno de los quarenta quería mudar de intencion; porque para este caso tenía allí un baño preparado, en que refocilar á los que desmayáran de voluntad. La disposicion era admirable para hacer apóstatas; y era este un rasgo de la grande astucia del Gobernador, sabiendo escoger tan bien

el lugar del combate, que los pacientes precisados á rendirse, pudiesen hallar un socorro contra la muerte al instante. Sin duda era esto para hacer titubear su constancia; y esto fue lo que hizo mas recomendable la de los Mártires. Este soldado, pues, que observaba con cuidado desde el lugar á que se había refugiado todo quanto pasaba en el estanque, como que debía dar cuenta de ello al Gobernador, alcanzó á ver unos Angeles, que baxaban del cielo con las manos cargadas de coronas, y de presentes, que distribuían á los Mártires, á excepcion de uno solo. Este era aquel que cediendo al frio en el mismo momento una funesta victoria, y dando un triste exemplo de inconstancia, y de flaqueza, dexaba el partido de Jesu-Christo por pasarse al de su enemigo. ¡O deplorable condicion del hombre! Un Soldado, que hasta entonces había pasado por valiente, abandona con cobardía á su General, y á sus compañeros: desmáyase, déxase engañar; y lo que es mas lamentable, este infeliz desertor, perdiendo el cielo, gozó la tierra poco mas de nada. Porque apenas entró en el baño, quando llegando el agua caliente á laxâr sus miembros, que el frio tenía todavía un poco encogidos, al punto espiró. De este modo aquel infeliz, que por conservar un momento de vida no temió cometer tal delito, no sacó otro provecho, ni otra ventaja. Quien se utilizó de ella fue el guarda del Gobernador, que viendo salir del estanque á este miserable, y correr al baño, al punto tomó su puesto;

y quitándose sus vestidos, se juntó á los otros treinta y nueve, diciendo con ellos: Yo soy Christiano. Una mudanza tan repentina llenó al principio de pasmo á nuestros Mártires, y despues de alegría, y de consuelo, quando vieron la pérdida que acababan de hacer, tan felizmente reparada. A la manera que en una batalla, quando un cuerpo que hace frente al enemigo, se halla clareado por la caída de algunos soldados, se tiene cuidado de llenar al punto estos vacíos, porque los contrarios no penetren por allí, como por otras tantas brechas hasta el centro del exército. En fin, este dichoso soldado vió un milagro, conoció la verdad, acudió á Dios, y fue puesto en el número de los Mártires. De este modo toma tambien Matías el lugar del traydor Judas; y Pablo, que ayer era un perseguidor, hoy es un Apostol. Proviniendo la vocacion de nuestro Soldado, como la del Doctor de las Gentes, directamente de Dios, y no de los hombres, cree en Jesu-Christo, es bautizado, no por un Ministro de la Iglesia, sino por la Fé sola: no en el agua, sino en su propia sangre.

En esto amaneció el dia siguiente; y como aún se les hallase con algo de vida, se les echó á todos en una hoguera, para ser consumidos, y sus cenizas mezcladas con las aguas; de suerte que todos los elementos contribuyeron á su martirio. Primeramente padecieron diversos tormentos sobre la tierra: despues fueron expuestos á un ayre helado: luego arrojados á una hoguera; y en

en fin, echados en un rio. Con mucha razon podian decir (1): Hemos pasado por el fuego, y por el agua, y nos habeis puesto despues en un lugar de refrigerio. Estos dichosos soldados son los que, haciendo guardia dia, y noche en esta Provincia, son como otras tantas torres, que detienen el curso á nuestros enemigos. Sus santas reliquias no todas fueron abandonadas á la corriente del agua: la mayor parte de este tesoro se quedó en la tierra, no en un solo lugar, sino esparcida en diversos lugares, y participando de ella muchas Iglesias. ¡Cosa admirable! Todos ellos están en cada lugar: ni aun despues de su muerte se han separado. La porcion que nosotros hemos obtenido, es un beneficio del cielo: para nosotros es una fuente perpetua de gracias: para los Christianos es siempre un pronto socorro, que esta numerosa asamblea de Mártires, que este exército victorioso, y triunfante, que este coro de Santos une al de los Angeles para alabar á Dios. Yo os he visto muchas veces afanados por hallar en el cielo algun Santo, que quisiese hacerse nuestro intercesor para con Dios, y teneis quarenta, que todos ellos no tienen sino una misma voz para pedir las gracias que os son necesarias. En qualquier lugar que se juntaren dos, ó tres personas en el nombre del Señor, el Señor está en medio de ellas: ¿pues quién puede dudar que no esté presente en medio de qua-

(2) *Psalmo* 65.

quarenta? Y así, qualquiera que se halle en aflic-cion, y recurra á ellos, al punto harán cesar sus penas. ¿Está alguno en la alegría? Acuda á nuestros Santos, que ellos saben dar duracion á la prosperidad. Una madre ofrece sus votos por su hijo: una muger le vá á pedir la vuelta de su marido, que está ausente: otra implora su so-corro en la enfermedad del suyo. Pues vamos tambien nosotros á ofrecerles nuestras oraciones. Tómenlos los jóvenes por modelos de su con-ducta: ellos tambien lo eran. Los padres deseen tener hijos que los imiten; pues ellos han sido la dicha de sus padres; pero arreglen las ma-dres su ternura al exemplo que vamos á propo-nerlas, y es el de la madre de uno de nuestros quarenta Mártires. Esta admirable muger vió que habian cargado en un carro los cuerpos de es-tos Santos para llevarlos á una hoguera, en don-de debian ser quemados; y que dexaban allí á su hijo, que todavía respiraba, habiendo resis-tido por mas tiempo que los otros á la violen-cia del frio; porque siempre tenian esperanzas que mientras viviese, podía mudar de religion. Tomóle entre sus brazos, y con sus propias ma-nos le puso en el carro sobre los cuerpos de sus compañeros: no se detuvo á derramar lágrimas: no deshonró la victoria de su hijo con sus llan-tos. Anda, hijo mio, le dice, acaba gloriosa-mente con tus compañeros la carrera que tan ge-nerosamente con ellos has comenzado. ¡Ah, hijo mio! Yo no temo mas que una cosa; y es, que

lle-

llegues mas tarde que los otros á la presencia del Señor. ¡O madre, digna de tal hijo! ¡O hijo, digno de tal madre! Dichoso hijo en haber tenido una madre que le haya hecho mamar la piedad con la leche: dichosa madre, por haber tenido un hijo, que tan bien haya correspondido á la santa educacion que le habeis dado. Avergonzado el demonio de su derrota, se retiró á lo mas profundo de su morada infernal. Bramaba de rabia al ver todas sus máquinas desarmadas por la constancia, y la fidelidad de nuestros Mártires. En efecto, había dispuesto tan bien todas sus cosas, que parecía que no podian dexar de salirle sus designios. El tiempo, el lugar, las personas, el horror de una noche de invierno, la estacion mas fria, y mas incómoda del año, un clima de escarchas, y de hielos, todos los vientos del Norte dueños del ayre: en una palabra, toda la naturaleza á su discrecion. ¡O sagrada tropa! Santa brigada, batallon invencible, gloriosa compañía de Mártires. ¡O constantes, y fieles guardias del Género Humano, caritativos asociados á nuestras miserias, diputados de la naturaleza humana para con Dios, poderosos intercesores por los Christianos, astros del mundo, flores de la Iglesia! Flores digo, sí, flores angélicas, flores que brillais entre todos los astros.

Mártires dignos de las alabanzas de todos los siglos: las puertas del paraíso se os abrieron, los Angeles, los Profetas, los Patriarcas, todos los Santos acudieron de todas partes del cielo para

ser

ser espectadores de la triunfante entrada que hicisteis en él. ¡Qué espectáculo tan agradable, y digno de todos los bienaventurados! Quarenta jóvenes guerreros, en la flor de su edad, iguales en mérito, en valor, en reputacion, desprecian la vida, aman á Dios mas que á sus padres, hijos, mugeres, y parientes, le glorifican en sus cuerpos, y en el místico de su Iglesia, se erigen un trofeo de los despojos del infierno, y Jesu-Christo los corona de su mano.

MARTIRIO
DE S. ARCADIO (1).

Sacado del libro de los Combates de los Mártires, y de un Sermon atribuido á S. Zenon de Verona.

ESparcíase el furor de los tiranos con una extrema violencia por toda la Acaya: el demonio, para favorecer su empresa, hizo tomar las armas á sus soldados, que como otros tantos lobos rapaces, se arrojaban sobre el rebaño de Jesu-Christo, y hacian una sangrienta guerra á todos los que adoraban al verdadero Dios. A la menor sospecha se embocaban en las casas, se emprendía una pesquisa rigurosa; y quando se encontraban algunos Christianos, el odio que les te-

(1) No se sabe el año; el dia fue el 12 de Enero.

tenian, al punto les imputaba algun delito. Cada dia se veían cometer muchos sacrilegios: forzábase á los Fieles á asistir á las ceremonias supersticiosas, á intervenir en libaciones, á conducir por las calles víctimas coronadas de flores, á quemar incienso delante de los Idolos, á cantar al modo de los Bacantes, y á respirar el olor de los sacrificios de los Dioses. Por este medio se esperaba poder arrancar la Fé del corazon de los Christianos, y hacerles renunciar á Jesu-Christo.

Pero en tanto que se dan diversos combates entre los ministros del demonio, y los soldados del verdadero Dios, Arcadio, uno de estos últimos, viendo la Ciudad en que vivía en una terrible confusion, y que arrastraban á los Christianos, á pesar suyo, á los Templos de los falsos Dioses, resolvió huirse, y abandonar todos sus bienes temporales. Halló, pues, en los contornos de la Ciudad un lugar retirado, y se ocultó en él, sirviendo á Jesu-Christo en las vigilias, en la oracion, y en todos los demás exercicios de una vida austera, y penitente. Su fuga no pudo ser por largo tiempo ignorada; pues ya no se le veía en los sacrificios: envía el Gobernador soldados á su casa: rodéanla, la fuerzan, y piensan sorprender en ella á Arcadio; pero no hallan mas que á uno de sus parientes, que por casualidad había llegado aquel dia. Hizo este hombre todo lo posible para justificar la ausencia de su pariente. Desesperados los soldados de no haber

ha-

hallado lo que buscaban, echaron mano de lo que la casualidad les presentaba. Llevan á este pariente: manda el Gobernador que lo guarden con estrechez, hasta que descubra el lugar á que se había retirado Arcadio. Habiendo sabido lo que pasaba por este Santo hombre, y abrasado del deseo del martirio, abandona su amado retiro; y no pudiendo resolverse ni á disimular por mas tiempo, ni á que otro sufriese, y fuese maltratado por él, comparece de repente en la Ciudad, y voluntariamente se entrega al poder del Magistrado. Si es por mi causa, le dice al llegar, y nombrándose á sí mismo, el tener preso á mi pariente, haced que se le dé libertad, pues está inocente: yo vengo á desempeñarle, á daros noticia del lugar de mi morada, que él no supo jamás, y responder á otras cosas, que quisiéreis saber de mi persona. Quiero, replicó el Juez, perdonarle de buena gana el secreto que me ha guardado de tu fuga: no tiene que temer; pero ha de ser con condicion, que desde esta tarde sacrificarás á los Dioses. ¿Qué es lo que os atreveis á proponerme? replicó Arcadio. ¿Conoceis á los Christianos, y os parece que el temor de la muerte será capaz de hacerlos faltar á su obligacion? Como si ignorásemos nosotros esta expresion de un grande Apostol (1): Jesu-Christo es mi vida, y la muerte es para mí una ganancia. Inventad el suplicio que quisiéreis: no deis oi-

(1) *Philip.* 1. 23.

oidos mas que á vuestro furor: obedeced en hora buena á todo quanto os inspirare, y vereis si es facil hacerme renunciar á mi Dios.

A estas palabras siente el Gobernador que su cólera se inflama, y que una hiel de vívora se insinúa en su corazón, y excita en él una rabia infernal. Déxase ocupar enteramente del pensamiento de hacer sufrir al Martir tormentos inauditos, y que las mas severas leyes jamás se atrevieron á ordenar para los delinqüentes mayores. Las uñas de hierro le parecen muy suaves: las plomadas no hacen, á su parecer, sino desflorar el pellejo: el potro ni aun siquiera se digna mirarle; y una nube de palos no puede satisfacer su furor. La idea que se forma de algun suplicio extraordinario, le hace despreciar todos aquellos de que se ha servido hasta entonces. En fin, ya le parece haberle hallado; y este insensato piensa que de esta vez será preciso que Dios se rinda á su voluntad. Manda, pues, á sus verdugos que cojan al Santo, y no les prescribe otra cosa, sino que hagan de modo que la crueldad de los tormentos le obligue á apetecer la muerte, sin que la pueda obtener sino despues de mucho tiempo de deseada. Que la espere siempre, grita este hombre furioso, sin que ella venga. Que pueda ver, prosigue, estando todavía vivo, su cuerpo semejante á un tronco de un arbol, al qual se le han cortado todas las ramas. Sean cortadas una por una todas las junturas de sus miembros, y que todo su enlace se rompa, y se desuna. Comen-

menzad por los artejos de los dedos: separadle despues las manos de los brazos, estos de los hombros, y las espaldas del pecho. Igualmente sigan por los dedos de los pies; y subiendo siempre, llegad á los pies, de ellos á las piernas, de estas á las rodillas, de ellas á los muslos; y quando ya estuviéreis en ellos, desprendedlos de las caderas; pero cuidado con que todo esto se haga lentamente: hacedle sufrir el dolor lo mas que pudiéreis, para que sepa ese infeliz lo que es abandonar los Dioses de sus padres, por seguir un Dios desconocido, y estraño.

Obedeciendo los verdugos á estas crueles órdenes, toman á Arcadio, y lo llevan á un lugar en donde otras muchas víctimas, como él, habian sido degolladas. Pero lugar amado, y deseado con ardor de los que suspiran por la vida eterna. Habiendo llegado allá Arcadio, levanta los ojos al cielo, ora, y siente que su oracion le ha dado nuevas fuerzas. Presentaba el cuello á los verdugos, pensando que el Gobernador se contentaría con su muerte, quando le mandan que estienda sus manos. Alárgalas; y mientras que se las cortan en pedazos, dice estas palabras: Señor, vuestras manos me formaron, dadme la inteligencia; y mientras duró su suplicio, no cesó de alabar á Dios. Habíasele olvidado al Juez mandarle cortar la lengua; y se sirvió siempre de ella para confesar un Dios, publicar que los Idolos eran nada, y proclamar á Jesu-Christo, vencedor de los tiranos. Despues que lo desmem-

braron por arriba, le hicieron echar de espaldas. Luego que estuvo en esta postura, se puso á glorificar á Dios con un tono de voz aun mas elevado. La vista del cielo era quien aumentaba su fuerza. Entrega despues sus pies con alegría, sus piernas, y sus muslos: hízose al punto la separacion, y los verdugos saben muy bien desprender las caderas del vientre con su cruel arte. Entonces fue quando la constancia admirable del Martir sacó las lágrimas de los ojos á sus propios verdugos, confesando que una paciencia tan grande no podía ser sino don del cielo muy singular.

Despues de tantos, y tan diferentes martirios como separaciones se habian hecho en el cuerpo de Arcadio, lo que restaba de él no era mas que un tronco, que nadaba en sangre. El Santo no por eso estaba mas alterado: su alma, siempre tranquila, aun no abandona aquel cuerpo, que ya no es mas que su mitad, y que propiamente no se podía llamar cuerpo ya. Vé delante de sí sus miembros esparcidos en distintos lugares: míralos como á partes de sí mismo; pero inútiles, y de embarazo, á las quales hace los funerales: no obstante, ofrécelas á Dios una por una, y pide una corona para cada una de ellas en particular. Dichosos miembros, les dice, que habeis tenido la dicha de servir á vuestro Dios: jamás os quise tanto, quando estabais unidos á mi cuerpo, como os quiero ahora estando cortados. De mucho nos sirve el estar separados, para ser reuni-

nidos en la gloria; y para que de miembros mortales que sois, podais llegar á ser algun dia miembros gloriosos, é inmortales. Ahora es quando sois miembros de Jesu-Christo: ahora es quando yo pertenezco verdaderamente á Jesu-Christo, lo que siempre he deseado con un extremo ardor. Y vosotros, añadió despues, que mirais una tragedia tan sangrienta, sabed que estos tormentos, que os parecen tan horribles, no son nada para qualquiera que tiene presente la inmortalidad bienaventurada. Creed en un hombre que ya no tiene parte en esta vida: vuestros Dioses no son Dioses: renunciad su culto vano, é impío; y reconoced, en fin, que no hay otro Dios que el que me consuela, y me sostiene en el estado en que estoy. Morir por él, es vivir; y sufrir por él, es estar en delicias. El amor que se tiene por él, jamás se entibia, jamás causa disgusto, jamás sufrirá diminucion. Por recompensa de lo poco que padezco por él, voy á recibir una vida inmortal, y que me unirá á él para siempre. Al decir esto, espiró dulcemente el dia doce de Enero. Los idólatras no pudieron rehusar su admiracion á la inimitable constancia de este glorioso Martir; y los Christianos se hallaron tambien mas dispuestos á derramar por Jesu-Christo su sangre. Recogieron sus Reliquias, y las pusieron en un mismo sepulcro.

MARTIRIO DE S. CASIANO (1).

Escrito por Aurelio Clemente Prudencio en el Libro de las Coronas.

Cotejado con un Manuscrito de la Abadía del Monte S. Miguel.

IMola, Ciudad de Italia, fundada por Cornelio Sila, tiene un mercado, ó feria, que por ella, y su fundador, se nombra la Ciudad de Feria de Cornelio. Pasando un dia por ella, en un viage que hacía á Roma, me vino al pensamiento ir á orar al sepulcro de un Santo Martir, que en él se venera, para que intercediese por mí á Jesu-Christo. Corrí á él, y me postré ante las sagradas Reliquias, que allí reposan. Pero como regase la tierra con mis lágrimas á vista de mis miserias, y repasando en mi memoria los pecados de mi vida, mis trabajos, y mis flaquezas, el dolor que allí sentí, me hizo levantar los ojos al cielo, como para buscar en él algun socorro. Volvílos á baxar hácia la tierra, quando se detuvieron en una pintura, que estaba frente de mí, y que representaba al Santo. En ella se mostraba traspasado con mil golpes. Rodeábale una tropa de

(1) El dia 13 de Agosto. Ignórase el año.

de muchachos con punzones en las manos, que le metian en el cuerpo con un furor, que apenas se podría imaginar en una edad tan tierna: eran estos los punteros de que se servian para escribir (1), y de que habian armado sus manos para quitar la vida á su Maestro. El impulso que agitaba á estos pequeños homicidas, y que estaba pintado sobre su rostro, y en sus acciones, parecía que hacía oir aquel ruido confuso que hace de ordinario un tropel de estudiantes amotinados, ó que no están en presencia de los que los gobiernan.

Fuime al Sacristan, y le supliqué me dixese lo que significaba esta pintura. Respondióme en estos términos: Esta pintura, devoto estrangero, no es ninguna ficcion, ni una pura idea del Pintor: es una historia verdadera. El principal personage era un Maestro de niños, que se llamaba Casiano: su habilidad, junto con un excelente método, le había grangeado muchos discípulos; porque sabía perfectamente este arte tan util, y tan provechoso de escribir por notas abreviadas, expresar por un cortísimo número de señales, ó cifras, un largo discurso, y poner término por término, por medio de puntos, todas las palabras de un Orador, por mucha rapidez que tuviese en pronunciarlas. Su ayre austero, su exâctitud, y

(1) Ora fuesen estos las navajas con que cortaban sus plumas; ó lo que es mas cierto, unos pequeños punzones, que tambien llamaban estilos, con los quales imprimian las letras sobre tablas bañadas de cera.

las molestas dificultades que se hallan en los principios de qualquier ciencia, ó de qualquier arte que sea, habian infundido terror muchas veces, y aun despecho, y cólera en el alma de estos niños. La presencia de un Maestro, no es objeto muy agradable á la juventud, ni le mueve jamás la pasion de llegar á saber.

Levantóse por aquel tiempo una furiosa tempestad, que asoló todo el campo de la Iglesia, y disipó el sagrado rebaño de Jesu-Christo. El Maestro de niños era Christiano: prendiéronle: propónenle que dé adoraciones á los Idolos: lo resiste; y se delibera el género de suplicio, que debe sufrir. Propuso uno: Es necesario hacer que vengan sus discípulos, ponerle en sus manos, y decirles: Tomad, ved ahí á vuestro Maestro á vuestro arbitrio: ese hombre, que estaba siempre con vosotros con las disciplinas en la mano. Haced lo que querais: desollad el pellejo de ese, que tan poca compasion ha tenido del vuestro: punzad, cortad, despedazad á ese descompasivo azotador: mánchense de su sangre las manos de cada uno de vosotros. Será esta, añadió este hombre, una escena de las mas divertidas que se puedan dar al pueblo; y tendremos el gustazo de ver qué modo tomarán estos muchachos de vengarse de su Maestro.

Agradó la proposicion á la junta: despojan á Casiano: átanle las manos á las espaldas; y en este estado lo entregan al furor de un exército de muchachos: ármanlos de punzones, y de pe-

que-

queños puñales: anímanlos, y los excitan á hacer bien su oficio, aprovechándose estos muy bien de las lecciones de crueldad que acababan de darles. Renovándose la memoria de los azotes recibidos, y dispertando en estas pequeñas almas el deseo de la venganza, dexándole á su resentimiento toda la libertad, no se puede imaginar de quántos diferentes modos la dieron á entender. Arrójanle primero á la cabeza sus cartapacios, y le tiran las tabletas sobre que escribian. Las hojas hechas de madera (1) delgada, y cubiertas de cera, lanzadas contra su rostro, le hieren en muchas partes, salen todas ensangrentadas, caen al suelo, y se quiebran. Pero bien presto dexan estas primeras armas, que no hacen tan pronto el efecto deseado, y que corresponda al exceso de su odio. Y así se valen al instante de sus punzones. Unos se sirven de ellos como de dardos, que le tiran á los ojos: otros se los meten bien adentro en su cuerpo. Aquí le penetran al Martir de Jesu-Christo: allí le cortan: estos llegan hasta las entrañas: aquellos se contentan con hacerle largas incisiones sobre el pellejo. Doscientas manos á un tiempo dan con aquel cuerpo, y le hacen otras tantas aberturas, de donde corre la sangre. No hay lugar para tantas manos. Las heridas menos sensibles son las que son menos mortales. Y el que no hace sino picar con el punzon, es mucho mas cruel que el que le mete el su-

(1) De box.

suyo bien adentro. El primero otras tantas veces quantas aplica la punta, renueva el dolor, le multiplica, y le hace en alguna manera perpetuo. En una palabra, acomete cien veces á la vida, sin quitarla: presenta cien veces la muerte, sin darla; en lugar de que metiendo el último su punzon hasta las partes mas nobles, es tanto menos inhumano, quanto mas parece serlo. Hijos mios, no sientan vuestras manos, si ser puede, la flaqueza de vuestra edad: acabad prontamente vuestro primer homicidio: subminístreos para esto la crueldad las fuerzas, que la naturaleza todavía no os ha dado. Pero todos vuestros esfuerzos no sirven sino de hacer desfallecer al Martir, y de haceros mas crueles, haciendo durar mas tiempo vuestro delito. Los tormentos crecen á medida de lo que los verdugos se cansan. Uno de los mas crecidos se le puso á burlar, y le dixo: ¿De qué os quexais, Maestro mio? ¿No sois vos quien nos pusísteis estos punzones en la mano? ¿No nos enseñásteis á formar las letras? ¿Qué trabajo no nos ha costado el aprenderlo? Pues bien, ved aquí ya mas de mil, que acabamos de escribir sobre vuestro cuerpo. Añadió otro: ¿Cómo es eso? ¿Os pesa de que nosotros escribamos? ¿Pues no nos hacíais escribir todos los dias? ¿No nos habeis encargado cien veces que no estemos ociosos; y que no se pase un dia sin formar alguna letra, aunque no sea mas que una A? Venía el tercero, y le decía: No te pedimos que nos des hoy licencia: esta licencia,

que

que tantas veces nos habeis negado, y que tanto nos hacíais apetecer. Ahora mas queremos escribir, que irnos á jugar. Señor Maestro, decía el quarto, vé aquí una buena plana, que acabo de escribir: no le falta punto, ni coma: corregidla, si gustais, y si tiene alguna falta. Si la escritura no está bien formada, si los caractéres no están bien señalados, haya palmetas, haya azotes. De este modo, mezclando estos muchachos impíos la burla con la crueldad, procuraban á su Maestro la corona de su martirio.

Pero en fin, Jesu-Christo se compadeció de su siervo; y rompiendo las últimas cadenas, que unian todavía su alma á su cuerpo, le permitió salir de la carcel. Mil aberturas se apresuran á darle paso. Esta es, devoto estrangero, prosiguió el Sacristan, la gloriosa historia de Casiano. Esto es lo que admirais en esa pintura. Si teneis ahora alguna cosa que pedir al cielo, dirigíos á nuestro Santo: ponedle vuestros intereses en sus manos: confiadle vuestros votos: él los llevará seguramente al trono de Dios; y os alcanzará, no lo dudeis, el cumplimiento. Creí á este buen Sacristan: abracé el sepulcro: reguéle con mis lágrimas de nuevo: el ardor de mi oracion ablanda el marmol: lleno de esperanza, expongo mis temores: hago mi súplica: soy oido: llego á Roma: sucédeme todo como deseaba: vuelvo á España, y publíco el poder de este gran Maestro.

ACTAS
DE S. JANUARIO,
S. FAUSTO, Y S. MARCIAL (1).

Sacadas de quatro Manuscritos; á saber, primero de la Biblioteca de M. Colbert; segundo de S. Cornelio de Compiegne; tercero de la Abadía de la de Selva Mayor; y el quarto de la Abadía de Claraval.

LLegando á Córdoba Eugenio, Comandante por los Romanos de una parte de España, con el ánimo de obligar á los Fieles á adorar los Idolos; Fausto, Januario, y Marcial le fueron á ver, y le hablaron de esta suerte: ¿Qué pretendeis, Eugenio, con una conducta tan llena de impiedad? Lexos de perseguir á los siervos del verdadero Dios, ¿por qué no los escuchais antes? ¿por qué no os poneis de su parte, abrazando humildemente su creencia? Pero Eugenio, á quien Dios había enviado á Córdoba para probar á los Fieles, y no para perderlos, ofendido de la libertad de esta reprehension, les dice: Infelices, ¿qué gentes sois? F. Somos Christianos: Jesu-Christo es nuestro Dios: aquel que es el único Señor, Dueño, y Criador de todas las cosas. E. ¿Pero qué especie de desesperacion así os ha asociado? F. No es la desesperacion la que á no-

(1) No se sabe el año. Véanse las Notas.

nosotros nos une. ¿Y qué furor es el que os mueve á querernos hacer renunciar á nuestro Dios? E. Que lo tiendan sobre el potro, para enseñarle á hablar con el respeto que debe. Entonces Januario le dixo: O amado hermano mio! por nosotros es por quienes padeces esos tormentos, por haberte querido asociar á unos pecadores. F. Nuestra union, formada en la tierra, y mantenida por la caridad, ha de ser eterna en el cielo. Disimulando Eugenio la admiracion que le causaban unos tan tiernos sentimientos, les dixo á uno, y á otro: ¿Qué vanos discursos son esos con que nos quereis ahora engañar? ¿Os parece que por eso podré olvidar la impiedad con que me habeis respondido? J. Confesar á Jesu-Christo, no es impiedad. Volviéndose Eugenio entonces hácia Marcial: Estas gentes, le dixo, te han metido en mal negocio: si me quieres creer, apártate de ellos: ningun honor, ningun provecho hay en mezclarse con unos impíos, y mágicos. M. Dios os castigará, Eugenio. E. A este tambien que lo pongan sobre el potro. M. O bienaventurada inmortalidad de Jesu-Christo! Esta es, ó hermano mio Fausto! la que me unió á vosotros. E. Atorméntenlos hasta que esten resueltos á adorar á nuestros Dioses. F. Dificil te será á tí, y al demonio tu padre (1), hacernos abandonar una religion que hemos recibido desde la infancia, para seguir la tuya. E. Los Emperadores quieren que ve-

(1) Hállanse estas respuestas duras, por no decir imprecaciones, en otras Actas muy verdaderas, y muy auténticas, como son las de S. Taraco, &c.

venereis á los Dioses. F. No hay sino un Dios, que todo lo hizo, y por quien subsistimos. ¿Qué Dioses son los vuestros? ¿Teneis otro que á Satanás? E. Córtenle las narices, y las orejas, y arránquenle todos los dientes de arriba. Executóse esto al instante; y Fausto no por eso se mostró menos alegre. E. Ves, Januario, lo que le cuesta á tu compañero, por querer perseverar en su loco error, y por no querer obedecer á nuestras órdenes? J. Ojalá sea yo terco, y desobediente como mi hermano, con tal que el vínculo de la caridad, que nos une, subsista siempre. E. Que hagan con este lo mismo. Ya ves, Marcial, qué males se han grangeado tus compañeros por su locura: renunciad con prudencia una compañía tan peligrosa. M. Jesu-Christo es mi consuelo: Jesu-Christo, á quien mis compañeros confiesan en alta voz, y á quien yo confieso tambien de todo mi corazon, con el Padre, y el Espíritu Santo. Entonces Eugenio, no pudiéndose contener mas, los condenó á ser quemados á fuego lento (1). Al llevarlos al suplicio, exhortaban al pueblo á permanecer fiel á Jesu-Christo. Hermanos mios muy amados, les decian, no os fieis jamás del demonio, de este enemigo declarado de los hombres, por poder que parezca que tiene hoy en el mundo; sino acordaos siempre de que estais formados á la imagen de Dios. Adoradle, bendecidle como al Autor de todas las cosas. No os dexeis engañar de aquellos que quisieran obligaros á adorar sus pro-

(1) *Igne legitimo.*

propias obras. Confesad altamente á Jesu-Christo, y cantad dia, y noche las alabanzas de un solo Dios. Hiciéronles entrar en el fuego, donde espiraron un momento despues.

MARTIRIO
DE SANTA DROSIS (1).

Descrito por S. Crisóstomo, tom. 5. Homil. 71.

COnfieso ingenuamente que tengo á los Mártires una devocion tierna, y afectuosa: gusto de celebrar sus fiestas: me complazco en publicar sus alabanzas, y en describir sus combates, particularmente quando unas mugeres son las heroinas. Porque quanto mas fragil es el vaso que recibe la gracia, mas preciosa es esta, que le conserva, le fortifica, y le hace que resista. Quanto mas debil es el que combate, mas gloriosos son los trofeos que se erige despues de su victoria. ¿Qué podrán decir en lo succesivo los hombres? ¿Qué alegarán para escusar su cobardía, quando unas mugeres muestran un valor varonil, quando se las vé prepararse á combatir por la piedad, y la religion con un ardor, y una constancia poco comunes? Y así ya no hay edad, ya no hay sexô, ya no hay condicion, que pueda servir de escusa á una vida mole, á un Chris- tia-

(1) No se sabe el año.

tiano cobarde. Se puede esperar el vencer, y aun se debe, desde que un corazon se siente animado de un verdadero zelo, de una fé ardiente. La gracia, y por consiguiente la seguridad de la victoria, no podrá faltar á qualquiera que siente en sí mismo estas disposiciones, como no le faltó á la bienaventurada Drosis, que estaba toda llena de ella.

Tenía esta ilustre Virgen un cuerpo delicado: era de un sexô á quien se cree poder acometer impunemente; y en fin, su edad tierna, y poco avanzada, no le daba ni autoridad, ni fuerza: no obstante, entrando la gracia en su alma, desecha la timidez, y la delicadeza: dala como una tintura de valor, y de firmeza, y la dispone á arrojarse á los peligros sin temerlos. Ciertamente no hay hombre en la tierra menos capaz de ser alterado por el miedo, que el que teme á Dios: aunque sus enemigos empleen para rendirle, y acabarle el hierro, el fuego, y las crueles bestias, herido, quemado, despedazado, se reirá de sus enemigos, y los mirará con una fiereza, y total desprecio. Tal fue nuestra joven Martir. Porque despues que el tirano hizo encender á su presencia una grande hoguera, no quiso desde luego echarla en ella, ni tampoco hacerla cortar la cabeza, para que una muerte demasiado pronta no acabase el combate tan brevemente; sino queriendo intimidarla, para vencerla despues con mas facilidad, la puso delante un brasero ardiendo, preparado para ella. Levántase la llama con impe-

petuosidad; pero lexos de infundir terror en el alma de Drosis, que no hace sino inflamarla del deseo de ser consumida, y aumentar el ardor de aquel fuego sagrado, que su casto corazon ha concebido por Jesu-Christo; acordóse de los tres Niños del horno, é imaginóse estar con ellos en medio de las llamas, resistirlas, despreciarlas, y recibir con estos tres jóvenes una quarta corona. A la manera que los objetos le parecen á un frenético muy diferentes de lo que son en efecto, de suerte que se arroja sin temer sobre la punta de una espada, se echa precipitadamente en medio de un fuego, ó en un precipicio; y ofuscado su espíritu de los negros vapores de su enfermedad, no vé los peligros, que hacen estremecer á los demás; del mismo modo, poseída nuestra heroina de un divino furor, é instada, si me atrevo á explicarlo de este modo, de un santo frenesí, que le causa el ardiente amor que tiene por Dios, no percibe nada de todo quanto tiene á su vista; sino como arrobada en éxtasis, y ocupada toda de la gloria, y de los placeres, que la aguardan en el cielo, nada vé sobre la tierra, que la parezca digno de su atencion, ó de su temor. Parécela que la llama, que se eleva sobre la hoguera (adonde por fin vino á subir), no es mas que una exhalacion, que vá á resolverse en una dulce, y agradable lluvia. Y así yo considero esta hoguera como una agua clara, en donde un excelente artífice templa fino acero, de que quiere hacer una obra curiosa: ó mas naturalmente un horno,

en

en donde la hermosa alma de Drosis es puesta como un oro muy puro, para salir todavía mas acrisolada. Su carne se derretía, sus nervios se reducian á cenizas, sus huesos se calcinaban, su sangre, y su grasa corría por todas partes, y su alma brillante mas, y mas. Viendo algunos de los que eran testigos de su suplicio, que se consumía, se imaginaban que dentro de poco ya no habría rastro de ella, y ella al contrario no hacía mas que hermosearse. Si un hombre poco experimentado en la fundicion de metales, viese al oro en un horno derretirse, correrse, y mezclarse entre las cenizas, pensaría que aquel metal enteramente se había perdido; pero el platero juzga muy diferentemente: sabe muy bien que este precioso metal saldrá mas puro, mas fino, y mas hermoso: sírvese de él para engastar los diamantes, y las perlas. De este modo viendo los Paganos, que el fuego insensiblemente hacía perder al cuerpo de nuestra Martir su figura, y que no se distinguía mas de un monton de cenizas, creían que esta misma no era mas que un poco de polvo; pero los Fieles juzgaban de muy diferente manera. No ignoraban ellos que subsistía mas que nunca, y miraban con placer elevarse su alma al cielo muy brillante, despues de haberse como descargado de todo lo craso que la rodeaba, y revestido de la inmortalidad.

Mas decimos: que el brasero, sobre el qual subió, vino á ser para ella un teatro de honor, en donde aun antes de la resurreccion, apareció vic-

victoriosa de sus enemigos. Porque conforme iba obrando el fuego en su carne, la hacía crugir, y este ruido ponía en fuga á las potestades infernales. Mirad á un soldado cubierto de sus armas: escuchad el ruido que hace quando marcha al combate: aquel sonido guerrero que producen, tiene no sé qué, que inspira terror, á lo menos en las almas temerosas. Pues lo mismo sucede con el pellejo de Drosis: ahuyenta á los demonios con el ruido que hace en el fuego. Pero no es este el único medio de que se sirve para echarlos; porque despues que la llama penetró sus miembros, el humo que se eleva de su cuerpo todo abrasado, encontrando en el ayre á estos miserables espíritus, los aparta; porque no pueden sufrirlo con su olfato; y si el humo impuro de los sacrificios pudo corromper, é infestar al ayre mismo: este otro, que sube de la hoguera de Drosis, le hace purificarse. ¿Y me atreveré yo á hacer una comparacion entre dos cosas enteramente opuestas; esto es, entre una hoguera, y una fuente? Porque así como la admirable Drosis, para lavarse en una fuente, se hubiera despojado antes de sus ropas; del mismo modo, queriendo limpiar su alma de todas sus manchas, y hermosearla á los ojos de su Esposo, la purificó en las llamas, despues de haber dexado su vestidura, quiero decir, su carne. Pero hé aquí que los Angeles la acompañan, con mucha mas alegría que al alma de Lázaro, quando tomó su vuelo al seno de Abran. ¿Y no podríamos nosotros llamar tambien á esta ho-

 gue-

guera un vaso lleno de color de púrpura, adonde Drosis habría venido á teñir su túnica, para ser recibida en la sala de las bodas?

¡O maravillosa hoguera, qué tesoro no encierras dentro de tí! Una ceniza mas preciosa que el oro: un olor mas agradable que los perfumes mas exquisitos: mas brillante que los diamantes, y los rubíes. Y á la verdad, las reliquias de los Mártires tienen un poder, que ni el oro, ni las perlas tendrán jamás. El oro jamás podrá echar las enfermedades. ¿Se ha visto alguna vez á la muerte obedecer al oro, y á solo su contacto abandonar un cuerpo de que ya se hubiese apoderado? Sin duda que no: pues esto es lo que todos los dias hacen las reliquias de los Santos Mártires.

MAR-

MARTIRIO

DE S. GINÉS,

ESCRIBANO EN ARLES (1).

Escrito por el Obispo Paulino, de feliz memoria,

Y sacado de siete Manuscritos; á saber, dos de la Biblioteca de M. Colbert; y los otros cinco de S. Mauro de las Fosas, de S. German de Auxerre, del Cister, del Señor Presidente Boubier, y de S. German de los Prados.

S. Ginés (2), á quien la Ciudad de Arlés reconoce por su hijo, y le venera como á su padre, siguió las armas en su juventud: despues estudió con mucha aplicacion, y exerció con gran crédito aquel arte tan util, que sabe pintar con un solo rasgo la voz sobre el papel: que por la prontitud de la mano, iguala á la rapidez del discurso de un Orador; y que dá palabra por palabra con sus cifras las harengas de los Abogados, las deposiciones de los testigos, y las respuestas de los acusados. Pero se puede decir que este arte fue en él como una figura; ó por mejor decir, como un presagio de la eterna gloria que posee hoy dia, y que mereció oyendo con atencion los

(1) No se sabe el año: el dia fue el 25 de Agosto. (2) Gregorio de Tours, *lib.* 1. *de la Gloria de los Mártires*, *cap.* 68: el Misal Mozárabe á 25 de Agosto; y Prudencio, ***himno*** 4 ***del libro de las Coronas***, hacen el elogio de S. Ginés.

los preceptos del Señor, escribiéndolos al punto con una exâctitud extrema sobre las tablas de su corazon. Pero llegó un dia en que exerciendo á presencia del Juez de Arlés su oficio, se llegó á leer un impío, y sacrílego edicto, que los Emperadores hacian publicar por todas las Provincias. Quedaron ofendidos los oidos del piadoso Escribano, y su mano rehusó escribirlo. Hizo mas: levantóse, arrojó sus registros á los pies del Juez, y renunció para siempre un tan triste exercicio. Pero al mismo tiempo, para obedecer al Evangelio, que permite, y aun manda evitar en la persecucion el primer tiro, se ocultó prontamente al furor del Juez, mudando continuamente de retiro, y huyendo de Ciudad en Ciudad, como el mismo Evangelio dice. Dióse al punto orden de buscarle, y de prenderle. Pero no siendo facil descubrir el lugar en que se oculta, disponen que en qualquiera parte que se halle, sea condenado á muerte luego al punto. Sabiendo esto Ginés, ya por un rumor comun, ó por noticias secretas, que le habian comunicado sus amigos, toma nuevas precauciones para quedarse encubierto; acomodándose el espíritu en esta ocasion á la enfermedad de la carne. No obstante, como le pareciese necesario ser fortificado en la fé del bautismo, porque no había sido aún reengendrado en el agua por el Espíritu Santo, lo hizo pedir al Obispo por algunas personas de confianza; pero ó fuese que en estos intermedios hubiesen preso al mismo Obispo; ó que desconfiára

es-

este de la juventud de Ginés, no quiso exponer el Sacramento; como quiera que fuese, dilató el conferírselo, enviándole á decir solamente que su sangre derramada por Jesu-Christo, le serviría en lugar del bautismo, que tan ardientemente deseaba recibir. A mí me parece que fue una disposicion particular de la providencia, que el Obispo tuviese alguna dificultad en bautizarle. Sin duda quiso el cielo tener él solo parte en su consagracion, y que Jesu-Christo le preparaba dos bautismos, uno de agua, y el otro de sangre, saliendo ambos á dos del costado de este divino Salvador.

En efecto, penetrando Dios en las disposiciones del corazon de aquel que debía ser muy en breve Martir, no pudo consentir dilatar por mas tiempo el coronarle. Mostróle, pues, á sus verdugos, y le ofreció á la espada de los que estaban sedientos de su sangre. Viéndose Ginés descubierto, se arroja por sí mismo al Rona, temiendo mucho menos la violencia de este rápido rio, que la de los hombres. Pero respetando las aguas al Santo, sirvieron de purificarle de las manchas que pudo contraher en el comercio del siglo. Vinieron estas á ser para él como las aguas de un nuevo Jordan; y por un duplicado misterio que se obró entonces, las aguas del Rona consagraron el cuerpo del Santo, y este recíprocamente las aguas. Esto fue tambien probablemente lo que le hizo atravesar, sin nadar, aquel impetuoso rio. El mismo amor con que caminó S. Pedro sobre un lago, movió á Ginés de una orilla del Ródano á la otra:

 am-

ambos á dos iban á Jesu-Christo. Pero los verdugos, que le iban cerca, pasaron con él; y habiéndole alcanzado á la orilla, en donde acababa de tomar tierra, le quitaron la vida, degollándole con su espada, en el mismo lugar que Dios había señalado para recibir la sangre de su Martir. Erigióse allí despues un Oratorio, adonde los Fieles van en tropas á ofrecer sus votos, seguros de alcanzar el cumplimiento. En tanto, separada de su cuerpo el alma de Ginés, vuelve á subir al lugar de su origen, que es el cielo; y el cuerpo, formado de la tierra, se quedó en ella. Los Christianos de aquel tiempo hicieron de manera que las dos Ciudades fundadas sobre las dos orillas del Rona (1), gozasen de este precioso tesoro sin dividirlo. Porque la tierra del lugar en que el Martir había derramado su sangre, conserva encarecidamente los vestigios; y el cuerpo transportado á la otra orilla del rio, le sirve de adorno, y de defensa. Y así, presente el Santo en algun modo en estos dos lugares, honra á la una de las dos Ciudades con su sangre, y á la otra con su cuerpo.

(1) Ausonio llama Ciudad duplicada á la Ciudad de Arlés, y hace pasar al Rona por entre las dos. Eusebio la divide tambien del mismo modo en dos; y pone igualmente una parte á la orilla del Rona, y del lado opuesto otra.

MARTIRIO DE S. JULIAN (1).

Sacado de S. Juan Crisóstomo, Homil. 47. tom. 1.

LA misma Provincia que vió nacer al gran Pablo para el Apostolado, produxo á Julian para el martirio; y la Cilicia dió á la Iglesia estos dos Santos. Luego que se declaró la guerra á los soldados de Jesu-Christo, y que llegó el tiempo de la pelea, ó lucha, este último cayó en manos de un hombre, que con el título de Magistrado, exercía la crueldad de una bestia feroz. Pero considerad un poco el artificio. Conociendo este malvado Juez que el alma de Julian era de un temple tan impenetrable, que los suplicios no podian alterarle, emprendió vencerle dándole tiempo dilatado. Hacíale comparecer ante sí todos los dias; y le volvía á enviar despues á la carcel, concediéndole nuevamente largas. No quiso cortarle luego la cabeza; porque esta muerte tan pronta hubiera sido muy favorable al Martir; y no era esto lo que pretendía aquel Juez inhumano. Buscaba cómo probar su paciencia con repetidos interrogatorios, y amenazas, con la vista de los tormentos, con promesas; y en fin, sirviéndose de varias invenciones para estremecer es-

(1) El dia 16 de Marzo. El año se ignora.

este peñasco de constancia. Túvole por espacio de un año paseándole por toda la Cilicia, llevándole consigo como un reo, y cargándole á vista de toda la Provincia de oprobrios, y de afrentas. Pero se engañaba en esto; porque no hacía sino aumentar el mérito, y la gloria de su prisionero, que podía decir con S. Pablo su compatriota (1): Doy gracias á Dios, que se sirve de mí para triunfar de sus enemigos, y para esparcir en todo lugar el esplendor de su poder. Si encerrais un perfume en una caxa, no comunicará su buen olor; pero si lo sacais, y lo transportais á varias partes, se llenarán estas de él. Del mismo modo nuestro Martir trasladado de Ciudad en Ciudad, y de un extremo de la Cilicia al otro, llenaba del olor de sus virtudes todos los lugares por donde pasaba. Llevábanle por toda la Provincia cargado de cadenas, y de ignominia al parecer; pero en efecto, cubierto de laureles, y de honor. Arrastrábanle de pueblo en pueblo, como un reo; y entraba en triunfo, como un vencedor. Pero no solo confirmaba á los Fieles en la Fé por su reputacion, sino que tambien atrahía á los infieles; y esto con solo mostrarse él mismo á unos, y á otros. Pretendian hacer á todos los de Cilicia testigos de su vergüenza, y de su infamia; y era muy al contrario. Quantas mas vueltas le hacian dar en la carrera, mas se aumentaban los aplausos: no era con las palabras, cu-

(1) *2. á los Corintios, cap. 2. v. 14.*

cuyo sonido se pierde en el ayre, y que muchas no tienen efecto, con las que exhortaba á los pueblos á imitarle; sino con su presencia, mil veces mas eficaz que los eloqüentes discursos de los Oradores mas grandes. Y así como los cielos (1) publican las grandezas de Dios, y cuentan su gloria, que no es á voces, sino dexándose ver de los hombres, rodeados de luces, y excitándolos á admirar al que los ha hecho tan bellos, y admirables; del mismo modo nuestro Martir publicaba la grandeza, y la magestad de Jesu-Christo, quando padecía tan largas, y tan crueles penas por sus intereses, y por su nombre. Menos brilla el firmamento en una noche de invierno, quando estando el ayre puro, y sereno, nos dexa ver todas sus estrellas, que luce el cuerpo de Julian cubierto de llagas. Sí por cierto: los astros, digo otra vez, fixos en el cielo, son menos luminosos que las heridas de nuestro Martir. Vosotros me confesareis que los demonios, y los hombres ven igualmente las estrellas: mas por lo que toca á las llagas de Julian, los hombres bien pueden verlas: los Fieles muy buena vista tienen para mirarlas; pero los demonios se quedan deslumbrados: ¿qué digo yo? ni siquiera se atreven á echar una mirada: su resplandor los cegaba. Y esto es tanta verdad, que aun el dia de hoy estos espíritus impuros no pueden sufrir esta luz tan superior. Traygan un energúmeno an-

(1) *Cœli enarrant gloriam Dei.*

ante las Reliquias del Santo, por intrépido que sea el demonio que le posea, por furioso que parezca, jamás se acercará á ellas, y le vereis huir al llegar al pórtico: antes pasará por carbones encendidos: mas presto se arrojará á ellos, que pasar á este lugar sagrado; y sola la vista del sepulcro le hará huir, y retirarse. Pues si despues de tanto tiempo como se ha pasado desde la muerte del Martir, aun hoy, que este cuerpo no es mas que ceniza, y polvo, no se atreven los demonios ni aun á mirar, ¿qué confusion, y tinieblas no serían las suyas, quando del todo brillante con la púrpura de su sangre, hería sus espantadizos ojos?

Había, pues, llegado á ser S. Julian el objeto del furor insensato de un idólatra. Veíase rodeado por todas partes de un tropel de tormentos. Sufríalos todos á un tiempo: los que padecía, y los que aun no experimentaba: los que estaba pronto á pasar, y los que había de llevar despues. Porque los verdugos estaban al rededor de él como otras tantas bestias insaciables: unos le herian los costados, otros le levantaban el pellejo: estos penetraban mas adentro, y descubrian los huesos; y aquellos llegaban á verle las entrañas. Pero en vano profundizaban; porque jamás pudieron quitarle el tesoro de la Fé. No es este tesoro como el de los Reyes; porque desde el momento en que os han abierto las puertas, ó habeis penetrado las paredes que los encierran, los veis, y los tocais: aquí todo es al contrario:

Je-

Jesu-Christo, divino tesoro de Julian, está en su corazon como en un santuario: los verdugos penetran las paredes, abren, rompen, quebrantan las puertas de este relicario, y no pueden ni hallar la riqueza que se oculta, ni mucho menos hacerse dueños de tan preciosa alhaja. Son semejantes á los habitantes de Sodoma: cercan la casa de Lot; pero les está prohibida la entrada. No obstante, profirió el Martir una palabra: salió de su boca acompañada de un rayo de luz, mas brillante que los del sol: atraviesa esta el ayre: elévase al cielo, y penetra hasta lo mas alto. Percibiéronla los Angeles, los Arcángeles la hicieron lugar para que pasase; y los Querubines la recibieron, y la conduxeron al pie del trono de Dios Padre.

Viendo en fin el Juez la inutilidad de sus esfuerzos, y el poco éxito de su empresa, conociendo que era tirar coces contra el aguijon, y dar en un diamante, el continuar atormentando al invencible Julian, resolvió hacerle morir con brevedad. Porque la muerte de los Mártires es una señal de su victoria, y de sus enemigos la vergonzosa derrota. Ved aquí el género de suplicio que inventó el tirano, ó por mejor decir, que renovó para distinguir su crueldad; pero que al mismo tiempo señaló la grandeza del valor del Santo Martir. Traxeron un gran saco lleno de arena hasta la mitad: metieron en él al Santo con vívoras, escorpiones, y otras especies de serpientes muy venenosas; y despues echaron todo

es-

esto junto al mar. Y así ved al Martir á merced de estos horribles insectos: ved al justo segunda vez con las bestias: digo segunda vez, para traheros á la memoria la historia antigua de Daniel. Arrojaron á Daniel en un lago, y á Julian en la mar. Recibióle este elemento para coronarle, y para darnosle tal como le poseemos en esta caxa. Dignóse Dios repartir con nosotros los Mártires: él toma el alma para sí, y á nosotros nos dexa el cuerpo; para que teniendo siempre á la vista estos sagrados despojos, nos animásemos á la práctica de las virtudes que los han consagrado. Porque si la vista de las armas ensangrentadas de qualquier hombre valiente, excita cierto ardor marcial hasta en el corazon mas cobarde; de suerte, que tocando ya el casco, ya la lanza, ó la coraza, se siente inflamado de aquel bello fuego que animaba este guerrero: comienza á sentirse con valor: no apetece mas que ver ya al enemigo, y se abrasa del deseo de señalarse por alguna accion de valor: si unas armas, digo, cubiertas de una sangre generosa, inspiran esta generosidad á una alma tímida; ¿qué debemos sentir nosotros, que vemos, que tocamos, no las armas de este soldado de Jesu-Christo, sino su cuerpo, ensangrentado por la gloria de su Maestro, y del nuestro? Aun quando fuésemos los mas cobardes de todos los hombres, esta vista sola es capaz de encender en nuestros corazones el mismo ardor que consumía al de Julian. Dios nos confia las reliquias de los Mártires para que

tengamos entre manos la materia de una filosofia la mas sublime, y elevada.

MARTIRIO

DE S. LEON,

Y DE S. PAREGORIO (1).

Sacado de un Manuscrito Griego de la Real Biblioteca, y traducido al latin por Bolando.

ACababa S. Paregorio de derramar su sangre en Patara (2) por la causa de Jesu-Christo; y S. Leon, que había sido testigo de su combate, se hallaba indeciso entre la alegría que le causaba la dicha de su amigo, y el dolor de no haber podido aún señalarse como él, quando la Intendencia de la Licia se le dió al Proconsul Loliano. Queriendo este nuevo Intendente á su arribo mostrar su zelo por el culto de los Dioses, señaló una fiesta solemne en honor de Sérapis; y mandó que todos los habitantes de Patara, de qualquier Religion que fuesen, asistiesen á ella. Obedecieron muchos Christianos, temiendo mas á los hombres, que á los juicios de Dios. Pero Leon, lexos de mostrar la menor complacencia por aquel Ministro, ni aun quiso que le hablasen de

(1) El dia 30 de Junio. No se sabe el año. (2) Ciudad de Licia.

de esta sacrílega ceremonia. Entonces, meditando dentro de sí mismo, qué debería hacer en esta ocasion, se salió de su aposento para irse al lugar en que estaban las Reliquias de S. Paregorio. Pasó por delante del templo de la Diosa, donde la estaban ofreciendo un sacrificio: habiéndole reparado los que asistian á él, conocieron que era Christiano en el vestido, en el rostro, y en su modo de andar; porque en todo esto se dexaba ver un ayre de modestia, que le hacía respetable. Pero particularmente le observaron por alguna señal que hizo, que tenía un horror extremo á aquella bestia infernal. Estaba muy exercitado desde su juventud en las prácticas de la vida solitaria; y fuera de las otras virtudes que adquirió, poseía eminentemente la castidad, y la templanza. Su vestido era de una tela grosera, hecha de pelos de camello: en una palabra, había tomado por modelos de sus acciones á los Apóstoles, y á S. Juan Bautista, aquel gran Martir. Luego que llegó al sepulcro de S. Paregorio, hizo en él su oracion: retiróse despues á su casa: oró segun su costumbre: comió un poco; y se estuvo lo restante del dia encerrado, repasando sin cesar en su espíritu el glorioso fin del Santo. Ocupado enteramente de estos pensamientos, se quedó dormido, y vió en sueños, como otro Josef (1), lo que le había de pasar. Pareciòle, pues, que estaba en medio de un torrente: una ter-

(1) El Patriarca.

terrible tempestad oscurecía todo el ayre, y el agua caía reciamente de las oscuras, y espesas nubes, que por encima de su cabeza caminaban; y alcanzando á ver en medio del torrente á S. Paregorio, que venía hácia él, corrió Leon, á pesar de la rapidez del agua, y le siguió. Habiendo despertado despues de esta vision, no le costó trabajo en comprehender, que tendría la misma suerte que Paregorio: sintióse con una alegría, que no se puede explicar. Esta esperanza aumentó la devocion que tenía al bienaventurado Martir: iba mas amenudo á su sepulcro: comenzó á considerarse como fiel compañero de los trabajos de Paregorio, y á contemplar á este como á su precursor en la gloria. No buscaba el camino desviado, ni senda secreta para ir á visitar las reliquias del Santo: pasaba por medio de la Ciudad, por la plaza pública, y á vista de todo el pueblo muy de ordinario. Un dia, que tomó, ó hizo su viage por delante de la Diosa Fortuna, alcanzó á ver su templo iluminado con una infinidad de hachas: compadecióse de los que las habian encendido; y animado de un zelo caritativo, las apagó todas, las hizo pedazos, las pisó, y dixo: Si vuestros Dioses se sienten ofendidos del insulto que acabo de executar, no tienen mas que castigarme: no volveré yo á su resentimiento el rostro; y despues prosiguió frescamente su marcha.

En tanto júntase el populacho: mézclase una tropa de impíos entre los mas sediciosos: murmu-

muran, se alborotan, gritan, y cargan á Leon de maldiciones, y palabras injuriosas. El es la causa, dicen, de que la Diosa Fortuna no mire ya á Patara con ojos favorables: él la ha hecho una ofensa, de que no dexará de vengarse, si no se la aplaca. Aumentándose el tumulto, y esparciéndose la noticia de la accion del Santo de calle en calle, y de barrio en barrio, bien pronto llegó á los oidos del Intendente, que al instante envió soldados para esperar al Santo, y prenderle quando volviese. Viéronle entrar en su casa, y se arrojaron á su quarto, en donde le prendieron, sin que hiciese la menor resistencia, y le llevaron al Intendente. Estaba ya este Magistrado muy sediento de la sangre de los Christianos; y este generoso atrevimiento del Martir no contribuyó poco á encenderle mucho mas. Consideraba que la accion era un peligrosísimo exemplo: que importaba mucho reprimir aquella audacia de los Christianos, contra la qual ni aun los mismos Dioses estaban seguros. Y así, luego que Leon estuvo en su presencia, se encolerizó mucho contra él. Malvado viejo, le dixo, ¿ignoras el poder de los Dioses, quando te atreves á emprender contra su religion? ¿O has perdido de tal modo el juicio, que te parecía poder despreciar impunemente los decretos de nuestros divinos Emperadores, que son tambien nuestros Dioses, y nuestros conservadores? Señor, le respondió Leon, mirad que acabais de hablar de muchos Dioses, siendo así que no hay mas que

uno,

uno, que es nuestro Señor Jesu-Christo, Hijo de Dios, y Dios del cielo, y de la tierra, que no necesita de que los hombres le den semejante culto. Un corazon contrito, y una alma que sabe humillarse, esto es todo lo que puede agradar á Dios. Pero esas hachas, esas velas, esas lámparas, que encendeis delante de vuestros Idolos, son todas cosas vanas, y enteramente inútiles á unas estatuas de madera, de piedra, y de bronce, que deben todo lo que son al Escultor, ó al Fundidor de ellas. Si conociéseis al que es el verdadero Dios, no perderíais de ese modo vuestro incienso en darlo á un tronco, ó á un pedazo de piedra. Y así renunciad ese culto vano, y frívolo, y reservad vuestras alabanzas, y vuestra adoracion para el que es el verdadero Dios, y para Jesu-Christo su Hijo, Salvador del mundo, y Criador nuestro. No respondes al caso, le replicó el Juez; y en lugar de purgarte de los delitos que te imputan, te pones á predicarnos tu Christianismo. Pero doy gracias á los Dioses, que han permitido que tú mismo te declarases, y que te diesen á conocer por lo que eres; y así escoge, ó adorar á los Dioses, y ofrecerles sacrificio con todos los que están aquí presentes, ó sufrir la pena que tu impiedad merece.

Yo os confieso, replicó el Martir, que hubiera deseado mucho no tener que sentir la caída de ninguno de los que tan desgraciadamente veo vueltos al error. Pero ¡ay de mí! qué dolor no será el mio, quando pongo los ojos sobre

esa multitud de Christianos, que se han dexado seducir! Mas para que no os imagineis que soy yo de ese número, os declaro que soy Christiano. Yo conservo grabados en mí mismo los preceptos de los Apóstoles, que enseñan á todos á dar á Dios la obediencia que le es debida. Y así, si os parece que por esto me debeis castigar, no lo dilateis un momento. Porque estad persuadido que el temor de los tormentos, jamás me hará faltar á mi obligacion. Pronto estoy á padecer todos quantos me quisiéreis hacer sufrir. Por lo demás, si hay alguno de otro parecer, que se contente con la vida presente, sin pretender la futura. Ya se sabe que no es sino por el camino de los sufrimientos por donde se llega á ella, segun aquella máxîma de la Escritura: *Estrecho es el camino que lleva á la vida.* Pues bien, le dixo el Magistrado, si es tan estrecha, déxala para seguir la nuestra, que es ancha, y llana. No he dicho yo, replicó Leon, que sea tan estrecha, que no se pueda caminar por ella, ni os parezca que está desierta: muchos la han transitado, y muchos la siguen aún todos los dias: llámase estrecha, porque se halla en ella la mortificacion, la pobreza, las aflicciones, y la persecucion; pero la Fé suaviza las penas, hace vencer las dificultades, allana el camino, lo ensancha, y lo hace facil. ¿Por qué no os dexais convencer de esta verdad? ¿y por qué no pronunciais resueltamente que este camino estrecho es con todo eso el mas cómodo para arribar á la sal-

vacion, puesto que no ignorais que una multitud innumerable de Fieles, que han sido justificados por la misma Fé, que justificó á nuestro padre Abrahan, caminaron por él, y reposan ahora en el seno de este padre de los creyentes; y que al contrario la incredulidad hace penoso, áspero, y dificil aquel por el que andais ciegamente? Porque las virtudes, que tan fáciles son de practicar quando se tiene Fé, son muy dificiles de adquirir, y vienen á ser en algun modo inaccesibles á los que están privados de este remedio.

Como el Santo discurriese de este modo de la Religion Christiana, y estableciera sólidamente su verdad, y sus máxîmas, le interrumpieron los confusos gritos que daban á porfia los Judíos, y los Paganos. No permitais, Señor, le decian al Intendente, que este hombre pase mas adelante: mandadle que calle. Al contrario le permito, dixo aquel Juez, que hable quanto quiera; y además de eso le ofrezco mi amistad, si quiere reconocer á nuestros Dioses. A lo que respondió Leon: Señor, si habeis olvidado ya lo que acabo de decir, teneis razon de permitirme que hable todavía; pero si os acordais, ¿cómo quereis que reconozca por Dioses lo que nada es? Estas últimas palabras del Santo irritaron tanto al Intendente, que lo hizo cruelmente azotar; y mientras que los verdugos lo desgarraban sin piedad, le decía: Pues eso no es mas que un ensayo de los tormentos que te preparo: si quieres que me contenga en la prueba, es necesario que adores á

nuestros Dioses, y que los ofrezcas sacrificio. L. O Juez! os quiero volver á decir otra vez lo que ya os he dicho tantas veces. Yo no conozco á vuestros Dioses, ni jamás me resolveré á sacrificarles. I. Dí solamente estas palabras: Los Dioses tienen un poder soberano; y te daré por libre: porque, si te he de decir la verdad, tengo compasion de tu vejez. L. Bien está, consiento en decir que los Dioses tienen un poder soberano; pero es para perder á los que creen en ellos. I. Atenlo como á un furioso, y llévenlo arrastrando por las piedras, y los guijarros hasta el torrente. L. Poco me importa, de qualquier modo que muera: yo no puedo dexar de morir contento, puesto que el cielo ha de ser mi recompensa. I. Obedece al edicto, y dí: Los Dioses son los conservadores del mundo; ó si no, te haré morir inmediatamente. L. Parece que no teneis sino palabras: ponedlas en fin en execucion. No pudiéndose contener mas el pueblo, comenzaba ya á amotinarse; y el Intendente, temiendo que esto tuviese malos efectos, hizo, por satisfacer al pueblo, que arrastrasen al Santo Martir, como lo tenía mandado, para ser allí ajusticiado últimamente. Tomáronle los verdugos, atáronle por un pie, y lo llevaron arrastrando por encima de los guijarros, de que estaba sembrada la tierra. Mientras iba por esta larga, y penosa carrera, decía el Santo: Yo os doy gracias, Padre de Jesu-Christo, de que tengais la bondad de volverme á juntar tan pronto á vuestro siervo Paregorio. Yo os ofrezco mi muer-

muerte con alegría para satisfacer los pecados de mi juventud. En las manos de vuestros Angeles pongo mi alma. Dentro de poco seré puesto en libertad; y mi destino no dependerá mas de la injusticia de los malos. Sedles, no obstante, propicio, Señor: no vengueis mi muerte sobre los que son los autores: yo os pido perdon por ellos. Haced que os conozcan, Señor, por el Dios del universo; pero que experimenten vuestra clemencia en el momento en que fueren ilustrados de vuestra luz. Concededme la gracia de sufrir pacientemente por vuestra gloria. Amen; y espiró despues de haber dicho Amen segunda vez.

Precipitaron al cuerpo del Santo de lo alto de un peñasco á una hondura, que estaba debaxo de él, sin que se hiciese el menor daño; y fue hallado en lo profundo de aquel abismo, tan entero como si lo hubiesen llevado con el mayor tiento: solo se le vieron algunos ligeros rasguños, que se hizo al rodar por las puntas de la peña. Así mereció Leon mas de una corona, porque venció al demonio. Y por quanto es justo que la memoria de las gloriosas acciones de los Santos, y las gracias con que el cielo los favorece, se conserve en los siglos siguientes, quiso Dios que el mismo lugar en que el cuerpo del Martir fue precipitado, fuese de él un monumento eterno. Antes de entonces era un precipicio terrible, cuya vista solamente retiraba al caminante; pero despues que sirvió de sepulcro á S. Leon, vino á ser enteramente practicable: el terreno se ha asegu-

rado, y se puede andar por él sin el menor peligro. Siéntese uno tambien insensiblemente apartado del camino real, no sé qué poder secreto para pasar por él; y en fin, se ha visto á un carro tirado de muchos caballos, caer desde lo mas alto á lo hondo de este abismo, sin que los caballos, ni el carro, ni los carruageros, ni las personas que iban en él, padeciesen de tan peligrosa caída el daño mas leve.

El cuerpo del Santo fue inmediatamente levantado por los Christianos, que no podian admirar bastante el resplandor lleno de magestad, y mezclado en medio de eso de una dulce alegría, que salía de su rostro; como ni tampoco el color vivo, que aún no había perdido lo restante de su cuerpo. Solamente estaba cubierto de un poco de polvo, como lo están al salir del Anfiteatro los de los Atletas. Laváronlo los Hermanos, y lo embalsamaron con gran cuidado: despues de lo qual se retiraron, dando á Dios mil gracias, porque confirió al bienaventurado Martir una tan larga, y tan generosa perseverancia; y suplicándole al mismo tiempo los permitiese gozar algun dia de la misma dicha. ¡Ojalá que podamos nosotros hacernos dignos de ella!

ACTAS DE S. JULIO (1).

Sacadas de un Manuscrito de la Biblioteca de S. Remigio de Reims.

EN tiempo de la persecucion (2) fue arrestado Julio, como Christiano, y conducido á Máxîmo, Gobernador de Mesia.

INTERROGATORIO.

M. ¿Es verdad, Julio, lo que dicen de tí? J. No hay cosa mas verdadera: yo soy Christiano: ni yo puedo pasar por otra cosa, que por lo que soy en realidad. M. ¿Pues cómo es eso? ¿Ignoras que hay edictos, que mandan sacrificar á los Dioses? J. No por cierto; pero yo soy Christiano, y jamás podré hacer lo que ellos mandan. No he de renunciar yo al Dios que adoro, que es el Dios vivo, y el Dios verdadero. M. ¿Pues qué, tanto inconveniente hay en sacrificar? No se hace mas que echar un grano de incienso, y despues se retira. J. La Ley de Dios me lo prohibe; y no he de obedecer yo, con perjuicio suyo,

 á

(1) A 27 de Mayo. No se sabe el año. Padeció en Dorostora, Ciudad Episcopal en la baxa Mesia, y sufraganea al Arzobispado de Marcianópoli. Hoy dia no es mas que una Aldea de Bulgaria. (2) Quizá la de Diocleciano.

á la de un Príncipe infiel. En lo demás, yo he llevado las armas veinte y seis años; pero en todo este tiempo no se me ha visto cometer una mala accion, que me haya obligado á comparecer ante los Jueces. Yo he servido siete campañas, sin que ninguno pueda quexarse de haberle hecho la menor violencia; y quando fue menester pelear, ninguno me dexó atrás. El Príncipe jamás me ha hallado en alguna falta; y ahora que se trata de mostrarle á Dios mi fidelidad, ¿le había yo de faltar á ella? M. ¿En qué cuerpo serviste? J. Yo no he dexado el exército: siempre he servido, aun quando fuese veterano. Pero esto no me ha impedido adorar siempre al Dios que hizo el cielo, y la tierra; ni ahora pretendo serle menos fiel. M. Parécesme un hombre cuerdo, un hombre sólido; y así, déxate persuadir sacrificar á los Dioses. J. No puedo: no me he de exponer yo á perder mi alma por toda una eternidad. Ese es un grandísimo pecado. M. Pues bien, yo le tomo á mi cargo. Yo soy quien te hago violencia; y quiero que sepan, que no haces esto de tu voluntad. Y así, sacrifica, y despues te retirarás pacíficamente á tu casa, sin que nadie se atreva á decirte palabra. Toma, vé ahí diez piezas de plata, que estimaré las recibas. J. Ni la plata, ni el dinero del demonio, ni tus falsos discursos me hacen impresion alguna. No me privaré yo á mí mismo, por tan poca cosa, de la posesion de mi Dios. No le renunciaré jamás. Y así, bien podeis, quando gusteis, pro-

pronunciar la sentencia de muerte contra mí como Christiano. M. Escucha: si no obedeces, no podré menos de hacerte cortar la cabeza. J. Bueno: no me podríais dar mayor gusto que ese. Solamente os suplico que no lo dilateis; y os lo pido por la salud de los Emperadores. M. Si no haces oblaciones á los Dioses, me será preciso contentarte. J. ¡Qué obligado os estaré! M. Te apresuras por morir, y sin duda te imaginas que el sufrir la muerte te será glorioso. J. Sí por cierto: si tengo la dicha de sufrirla por una causa tan buena, mi gloria no puede ser mas grande. M. Bueno es, lo confieso, morir por la patria, por la defensa de las leyes; y yo seré el primero á animarte á ello; pero:::: J. Pues por la defensa de las leyes estoy pronto á morir; pero es por la defensa de las divinas. M. Dí por la defensa de las que has recibido de un hombre clavado en una cruz. ¡Qué locura, preferir un hombre comun, que ya no existe, á unos Príncipes que viven, que reynan, y que te pueden hacer feliz! J. Verdad es que ese hombre de quien hablais, ya no vive; pero es porque se dignó morir por nuestros pecados; y esta misma muerte es para nosotros el principio de una vida perdurable. Porque en fin, Dios es eterno; y qualquiera que no temiere confesarle, eternamente vivirá; pero el que fuese cobarde, y le renunciare, para siempre perecerá. M. Mucha compasion te tengo: creeme: dá culto á los Dioses, y déxate de esa eternidad:

con-

conténtate con vivir con nosotros. J. Esa vida que me ofreceis, es una verdadera muerte; y esa muerte con que me amenazais, es una verdadera vida, que jamás se acabará. M. Obedece, y no me obligues á hacerte morir quanto antes. J. Eso es lo que yo deseo de todo mi corazon. Si yo os he de merecer alguna gracia, sea la de quitarme prontamente de este mundo miserable. M. ¿Con que esa es vuestra resolucion, y de buena gana deseais mejor morir, que vivir? J. Sí por cierto. Para vivir siempre, es necesario que yo muera de este modo. Inmediatamente pronunció esta sentencia Máximo: "Por haberse resistido Julio á obedecer á los » Emperadores, le hemos condenado á perder la » cabeza."

Quando le conducian al lugar en que debía ser ajusticiado, todos los que se hallaban al paso, se le echaban al cuello, le abrazaban; y él les decía: Mire cada uno el motivo que le obliga á abrazarme.

Entre los soldados que estaban nombrados para llevarle al suplicio, había uno llamado Esiquio (1), que era Christiano. Este suplicaba con ansia al Santo Martir se acordase de la promesa que le había hecho. Ved aquí, le decía, el momento de cumplirla. Vais á recibir la corona, que se les debe á los que confiesan á Jesu-Christo. Haced, pues, que yo os siga luego. Tambien os su-

(1) A 17 de Junio.

suplico, que quando hayais llegado al cielo, saludeis de mi parte á Pasicrato, y á Valencion (1), que ya están allá. Entonces, abrazando Julio á Esiquio, le dixo: Vamos, hermano mio, date prisa á venir. Aquellos á quienes me pides que salude de tu parte, ya han recibido tus memorias. Tomando despues su pañuelo, se vendó; y presentando el cuello al verdugo, dixo: "Señor, „ Jesus, por quien muero, dignaos recibir mi „ alma, y colocarla entre vuestros Angeles." Y en el momento le derribó el verdugo la cabeza del primer tajo.

(1) A 25 de Mayo.

AC-

ACTAS
DE S. MARCIANO,
Y DE S. NICANDRO (1).

Sacadas del Gavinete de Libros de Italia del P. Mabillon (2), *cotejadas con las que Antonio Caraccioli refiere en su Historia de Nápoles.*

VOY á exponer á la vista de la posteridad los gloriosos combates, que los Santos Mártires Nicandro, y Marciano tuvieron que sostener contra el poder infernal. Llevaron algun tiempo las armas por los Emperadores; pero renunciando la gloria vana, y frívola, que el mundo dá por única recompensa, dexaron el servicio de los Príncipes de la tierra, y tomaron partido en el exército de Jesu Christo, adonde los llamaba su gracia. Hízoseles bien presto un delito de esta mudanza, y se les delató á Máximo, Gobernador de la Mesia (3), que habiéndolos hecho venir á su presencia, les dixo: No ignorais que hay órdenes rigurosas de los Emperadores para sacrificar á los Dioses: venid, pues, tú Nicandro, y tú tambien, Marciano: venid á dar señales de vues-

(1) A 8 de Junio en la Iglesia Griega, y á 17 en la Iglesia Latina. No se sabe qué año. (2) Este Sabio las copió de cinco Manuscritos de la Biblioteca dél Vaticano. (3) Segun la conjetura del P. D. Teodorico Ruinart.

vuestra sumision, y obediencia. N. Esas órdenes son para los que quieren seguirlas; pero nosotros, siendo Christianos, estamos dispensados de executarlas. Pero antes que se me olvide, replicó Máximo, ¿cómo es que no os presentais para recibir vuestro sueldo? N. Porque el dinero dado por la impiedad, es una peste, que infesta á los que quieren servir á Dios. G. Yo os dexaré libres con que ofrezcais un poco de incienso á los Dioses. N. Ciertamente, Señor, no sé cómo un Christiano, que adora á un Dios inmortal, á un Dios, que todo lo hizo de nada, y á quien debe su sér, y su conservacion: no sé, digo, cómo este Christiano podrá abandonar el culto de este Dios, por darle á unos leños, y á unos mármoles? Hallábase presente la muger de S. Nicandro, llamada Daría, quando el Juez hacía este interrogatorio á su consorte. Comenzó ella á animarle, y decirle: Guárdate bien, querido esposo mio, de hacer lo que te piden: líbrate de renunciar á Jesu-Christo, nuestro buen Maestro: levanta los ojos al cielo, y allí le verás. Sí por cierto, á él es á quien debes ser fiel hasta la muerte: no dexará de venir en tu socorro, de sostenerte, y ::: Interrumpiéndola entonces el Gobernador: Mala muger, la dixo, ¿por qué has de desear que muera tu marido? No quiera Dios, Señor, que yo tenga tal pensamiento, respondió ella: al contrario, yo le deseo que viva siempre, y que no muera jamás. No es eso, la dixo aquel Magistrado, sino que quisiérais tener otro marido. ¡Ay

de

de mí, Señor! respondió ella: si sospechais de mí semejante cosa, bien me podeis castigar. Hacedme morir la primera, si es que las mugeres están comprehendidas en el edicto; porque yo tambien deseo dar mi vida por Jesu-Christo. Yo no tengo órden para dar la muerte á las mugeres, replicó el Ministro: no te puedo conceder lo que me pides; pero irás á la carcel.

Despues que mandó llevarla presa á Daría, volvió á su marido. No hagas caso, le dixo, de los discursos de tu muger, ni de todo quanto te puedan decir otros semejantes; pues correrá peligro tu vida: si no, tómate tiempo para resolverte, y para deliberar contigo mismo si quieres vivir, ó morir. N. Imaginaos que se ha pasado ya ese tiempo: mi resolucion ya está tomada; y es la de no hacer nada de que se me pueda seguir daño. Alegre entonces el Juez, y levantando el grito, dixo: Benditos sean los Dioses. Sí, dixo al mismo tiempo Nicandro, bendito sea Dios. Creía el Gobernador que el Martir, diciendo que no quería hacer nada de que se le siguiese daño, había resuelto dar incienso á los Idolos para salvar su vida; y esto era lo que le obligó á decir: Benditos sean los Dioses; y con esta esperanza se retiraba, muy pagado de sí mismo, con Leuconis, que era uno de los de su tribunal; pero quedóse bien presto admirado al oir al Santo dar gracias á Dios en una especie de éxtasis, y suplicarle le librase de los peligros del siglo, y de todas las tentaciones. Por lo que volviendo

pie

pie atrás, le dixo: ¿Cómo es eso? ¿no há un momento que querías vivir, y ahora ya pides la muerte? N. No creais que yo renuncio la vida: no, sin duda: la amo, la estimo, deseo gozar de ella con pasion, y estoy pronto á darlo todo por obtenerla; pero es la vida eterna, y no esta vida mortal, y pasagera; por la qual tengo tan poco apego, que os la abandono enteramente: haced lo que quisiéreis de ella; porque en fin, yo soy Christiano. G. Y tú, Marciano, ¿qué me respondes? M. Lo mismo que mi compañero. G. Pues bien, tú irás con él á la carcel, para que allí aguardeis el mismo castigo ambos.

Estuvieron en ella veinte dias, al cabo de los quales, puestos segunda vez á presencia del Gobernador, les habló de esta forma: Ya os he dado todo el tiempo que podíais desear para resolveros: ¿estais en fin dispuestos á obedecer? Tomando entonces Marciano la palabra, respondió por sí, y por su compañero: Señor, todos vuestros discursos no nos harán abandonar jamás la Fé, ni negar á aquel de quien la tenemos: nosotros le estamos viendo, oimos su voz, él mismo nos llama: os pedimos que no nos detengais mas. Nuestra Fé se perficiona hoy dia en Jesu-Christo: enviadnos á él quanto antes: haced en fin que podamos ver al Crucificado, á quien adoramos. G. Puesto que quereis morir, presto se cumplirán vuestros deseos: vosotros morireis. M. y N. Pues no nos hagais desmayar, ni desear tanto, con esa dulce esperanza: esto os lo suplicamos,

Se-

Señor, por la salud de los Emperadores. Por lo demás, no penseis que es el temor de rendirnos al rigor de los suplicios, el que nos hace pediros que acelereis nuestra muerte: una santa impaciencia de ser felices, nos hace tan vivos, y acaso tan importunos. G. Me alegro que esto salga de vosotros: ya no soy yo, como veis, quien os hace morir: mis manos están inocentes de vuestra sangre: vosotros me obligais á derramarla; pero en fin, puesto que no salís del mundo por ninguna cosa incierta, que sabeis donde vais, y que creeis que vuestra muerte será seguida de una felicidad eterna, yo os doy la enhorabuena: vamos allá: es necesario daros gusto: cúmplase vuestro deseo; y al mismo tiempo pronunció la sentencia, que los condenaba á ser degollados. Apenas acabó, quando nuestros Santos Mártires exclamaron á un tiempo: La paz sea con vosotros, ¡ó el mas benigno, y el mas humano de los Jueces! Despues, apresurándose por llegar al lugar del suplicio, bendecian al Señor, estaban muy alegres, y dábanle mil gracias.

Daría, que había logrado la libertad, y permiso para acompañar á su esposo (1), estaba acompañada de Papiniano, hermano del Martir Pasicrato, y llevaba en sus brazos al hijo de Nicandro; y acercándose al Santo, se regocijaba con él del dichoso destino que le aguardaba. Por otra parte seguian á Marciano sus parientes muy des-

(1) Nicandro.

desconsolados, mezclando sus lágrimas, y sus llantos con los llantos, y lágrimas de su desgraciada esposa. Esta iba inmediatamente despues de él. Sus esparcidos, y enredados cabellos, y su despedazada vestidura, daba á entender el profundo dolor que sentía su alma. Marciano, le decía ella, amado Marciano mio, desgraciada de mí, y cómo me han salido verdaderos todos mis rezelos: esto es lo que yo me estaba siempre temiendo, y lo que ya me tiene costado tantas lágrimas. ¡Infeliz de mí! ¿Pero tú, cruel, no me respondes nada? Querido esposo mio, ten compasion de mi desgracia: dueño mio, compadécete de una esposa, á quien tanto querías en otro tiempo, y que siempre te fue fiel. Mira á lo menos á tu hijo, esta prenda tan dulce de un inocente amor. Dígnate volver sobre nosotros tus ojos, y tu rostro; porque nuestra miseria nos hace despreciables. ¿Adónde vas tan apriesa? ¿A la muerte, porque nos aborreces? ¿Quién te aparta, quién te arranca de mi ternura, querido esposo mio? Mis ojos te verán cortar la cabeza, y caer baxo el homicida cuchillo, como una desgraciada víctima. Volviéndose entonces S. Marciano hácia su muger, y mirándola con ayre severo, la dixo: ¿Hasta quándo sufriré yo que el demonio te ponga una venda sobre los ojos? Apártate de nosotros, y déxanos acabar en paz nuestro sacrificio. Zótico, que era Christiano, y que ayudaba, y alentaba á caminar á Marciano, le dixo: Valor, que ahora acabais de ganar una gran victoria. ¡Ay de mí,

qué viles, y miserables que somos los mortales! ¿De dónde nos viene una fé tan viva, y tan llena? Acordaos, hermano mio, de las promesas que Dios hace á los que creen en él: ya estais para ver sus efectos. Dichosos de vosotros. Vosotros sois Christianos perfectos. No obstante, la muger de Marciano le seguía siempre llorando, y deteniéndole; lo que le obligó al Santo á decir á Zótico: Detenedla, hacedme ese favor. Dexó entonces Zótico al Martir, é hizo lo que le mandaba. Luego que llegaron al lugar en que debian ser ajusticiados, volviendo los ojos Marciano al rededor de sí, llamó á Zótico, y le pidió que le llevase su muger. Vino ella, dióla un ósculo, y la dixo: Anda en nombre del Señor: vete: no conviene que seas testigo de lo que vá á pasar: teniendo todavía el alma enteramente pagana, y sumisa al demonio, no eres digna de asistir al sacrificio, que nosotros vamos á ofrecer. Tomó despues á su hijo, besóle; y levantando los ojos al cielo, dixo: Señor, Dios Todopoderoso, servidle de padre. Despues de esto se abrazaron los dos Mártires, y se apartaron un poco uno de otro, para prepararse á la muerte; y alcanzando á ver Marciano á Daría, la qual no podía acercarse, á causa del tropel, la dió la mano para que pasase, y la conduxo donde estaba su marido. Pero este Santo la dixo solamente: El Señor quede contigo. Y ella, quedándose siempre cerca de él: Dueño mio, le dice, es necesario hasta el fin dar señales de valor: yo he estado diez años sin verte:
el

el cielo es testigo de los votos que hacía entonces para gozar de tu presencia: ahora te vuelvo en fin á ver, despues de una ausencia tan larga; y pronto á entrar en la gloria. Ahora es quando voy á ser la mas feliz de todas las mugeres, la mas respetable; en fin, voy á ser viuda de un Martir. Y así, valor, valor, dueño mio: dá por tu muerte un ilustre testimonio á la divinidad de Jesu-Christo. Muéstrate á él al salir del combate: goza, siguiéndole, del fruto de tu victoria; y háblale tambien alguna vez á favor de tu muger. Interrumpió el verdugo esta conversacion: vendó los ojos á los dos Mártires, y les cortó la cabeza el dia diez y siete de Junio, reynando Jesu-Christo nuestro Señor.

ACTAS
DE S. PATRICIO OBISPO (1).

Sacadas de un Manuscrito Griego de la Biblioteca de S. Lorenzo en Florencia, y traducido al Latin por Bolando.

HAllándose en Prusa Julio, Proconsul de Bitinia, y hombre muy encaprichado en su falsa religion, entró un dia en las Termas (2) á bañarse, y á ofrecer un sacrificio á Esculapio, y á la Diosa de la Salud (3). Despues que se acabó la ceremonia, y que salió del baño, se halló fresco, el espíritu sumamente alegre, y el cuerpo con un gran vigor. Parecióle ser deudor á Esculapio de una tan buena disposicion; y para mostrarle su reconocimiento, emprendió hacerle adorar á Patricio, Obispo de los Christianos de aquella Ciudad. Hizo, pues, formar su tribunal, y mandó que le llevasen aquel Prelado. Luego que compareció el Santo, le dixo el Proconsul: Tú, que tan neciamente te dexas llevar de la novedad, y que dando fé á las fábulas, invocas á no sé qué Chris-

(1) En la Iglesia Latina á 28 de Abril. Ignórase el año.
(2) Baños públicos. (3) Tito Livio refiere en el libro 5 de su Historia, que había en Roma un Templo dedicado á la Salud, construido por el Censor Junio Bubulco. Este Templo dió el nombre á una de las Puertas de Roma, llamada la Puerta Saludable, ó de la Salud.

Christo, ven, y admira conmigo el poder de nuestros Dioses: considera su bondad, y el cuidado que tienen de nosotros: mira esos baños, ¿de quántas enfermedades no nos curan? Nuestros Dioses son los que les han dado esa virtud; pero sobre todo, á Esculapio, nuestro buen padre, es á quien le estamos mas obligados. Escucha: si quieres librarte de la prision, y aun de los suplicios, y que te dexe vivir tranquilamente entre los tuyos, es necesario que adores á un Dios tan benéfico, y que inmediatamente en mi presencia le ofrezcas tus oraciones. ¡Qué de blasfemias, Señor, en tan pocas palabras! respondió Patricio. J. ¿Y quáles son las blasfemias, que te atreves á echarme en cara, miserable? ¿No son cosas sensibles, y palpables las curas que se obran todos los dias en esos baños? ¿No son testigos de ellas tus ojos? ¿Me las puedes tú negar? P. Hacedme el honor, Señor, de escucharme solamente un quarto de hora, y yo os prometo explicaros el origen, y la naturaleza de esas aguas. J. Vengo en ello: quiero darte una pacífica audiencia, aunque no espero oir sino alguna nueva fábula. P. No, Señor, no pretendo yo venderos aquí ficciones. J. ¿Y qué otra cosa me podeis decir sobre este asunto? P. Señor, yo soy Christiano; y qualquiera que conoce, y adora, como yo, al verdadero Dios, y al único que debe ser adorado en el universo, recibe de lo alto, no solamente el conocimiento de los divinos misterios, sino tambien el de los mas ocultos secretos

de la naturaleza. J. ¿Y qué hombre hay tan atrevido, ó por mejor decir, tan soberbio, que se atreva á gloriar de saber mas que los Filósofos? P. La sabiduría de este mundo, es una necedad delante de Dios. Porque está escrito (1): Dios coge á los sabios en su falsa prudencia. Y dando Jesu-Christo gracias á su Padre, le dice (2): Gracias os doy, Padre mio, de que escondisteis estas cosas á los prudentes, y á los sabios, y las revelasteis á los sencillos, y á los párvulos. Y en fin, hablando el Apostol de los Filósofos, asegura que no conocieron la verdad; porque si la hubiesen conocido, añade (3), jamás hubieran crucificado al Rey de la Gloria. J. Vé ahí cosas bien altas, y bien sublimes; pero poco claras, y poco inteligibles. Y así vamos al hecho, y enséñame, como te has obligado á ello, quién es el autor de todas las maravillas que se ven aquí, de dónde salen esas aguas, de dónde proviene esa efervescencia, qué efecto oculto la produce, quién puede causar ese herbor que se nota. Porque yo, sin querer exâminar con demasiada curiosidad las causas de tan admirables efectos, me contento con referirlas á la providencia de los Dioses, que por este medio han cuidado de la salud de los hombres. P. Antes que yo comience mi discurso, mandad, Señor, que se abra la barrera, para que todo ese pueblo que está reti-

ra-

(1) 1. *á los Corintios*, *cap.* 3. (2) *S. Mateo*, *cap.* 11. *v.* 25.
(3) 1. *á los Corintios*. *cap.* 2.

rado, pueda acercarse á oir lo que he de hablar sobre un asunto tan curioso, y tan importante. Hizo abrir la barrera el Proconsul Julio, y entrando una multitud innumerable de pueblo al lugar donde hablaba Patricio, atropellándose por ponerse al rededor de él, y cercándole por todas partes, comenzó á explicarse de esta forma.

Dios, que es eterno, y omnipotente, y el mismo que por su único Hijo hizo de la nada el cielo, y la tierra: crió al mismo tiempo la agua, y el fuego. De este último sacó la luz, el sol, y los astros, que dió á la noche para iluminarla, reservando el sol para que presidiese al dia. Porque su poder no tiene otros límites, que los que le pone su voluntad. Las aguas le proveyeron la materia para formar los cielos, y afirmó la tierra sobre las mismas aguas. Además de esto puso en ellas por una presciencia, y juntamente por una providencia, que merecen todo nuestro reconocimiento, y toda nuestra admiracion, las cosas que conoció habian de ser algun dia necesarias á los hombres, ya para conservar su vida, ya para hacerla mas cómoda, y agradable. Pero previendo al mismo tiempo que estos hombres ofenderian á su Dios, y á su Criador, y que rehusándole el honor que le deben, lo pasarían á los Idolos, preparó dos diferentes mansiones. Llenó á la una de todas suertes de bienes: hízola silla de su gloria, habitacion de la felicidad, y crió en ella una luz, que no se apagará jamás. La otra la puso en perpetuas tinieblas: en-

cendió en ella un fuego, que siempre arderá, y que debe ser el instrumento de que se servirá para castigar. En la primera de estas moradas recibirá á los que se han esforzado á agradarle durante su vida, y que obedecieron á sus mandamientos, para que en ella gocen de una felicidad eterna en medio de aquella luz, que alegrará para siempre sus ojos. Pero á los que viviendo al antojo de sus deseos, se atraxeron su odio, y su indignacion, los encerrará en la segunda morada, para ser atormentados por una eternidad en ella con el horror de una noche, que jamás se acabará, y con el ardor insufrible del fuego. En quanto á lo demás, quando en la creacion del mundo separó Dios al fuego del agua, y á la luz de las tinieblas, las asignó á cada una en particular el lugar que debían ocupar en el universo. Y así hay aguas sobre el firmamento, y fuego en las entrañas de la tierra. Pero además de las aguas que lo rodean, y á que llaman mar, encierra aún otras en su seno, que se llaman abismos, ó sumideros, de donde salen sin cesar para el uso, y servicio de los hombres, por una infinidad de canales, todas las que se esparcen, y que corren sobre su superficie. De estos abismos, y de estos depósitos subterraneos es de donde vienen las aguas, que llenan esos baños, y de las quales unas son cálidas, por estar vecinas á estos fuegos de que acabo de hablar; y las otras, por estar distantes de ellos, son frias, y sirven de humedecernos, y de refres-

car-

carnos. De este modo es como Dios, por una bondad mas que de padre, dispensa el frio, y el calor, el fuego, y el agua, segun las diversas necesidades de los hombres. Del mismo modo hay tambien lugares en donde las aguas son tibias, ó templadas, proviniendo el mas, ó menos calor que tienen, de la proximidad del fuego, ó de la distancia. Este fuego, Señor, este mismo fuego es el que está destinado para atormentar á las almas de los impíos; y lo que vuestros Poetas llaman Tártaro, no es otra cosa que un lago todo de fuego, situado en el centro de la tierra, en donde vuestros Dioses, y los que los adoran, sentirán eternamente la mano de Dios sobre ellos. Allí es donde Japeto, y Saturno (ya conoceis á estos Dioses vuestros): allí es, digo, en tan triste habitacion es donde, encadenados como reos, maldecirán eternamente los honores divinos, que los ciegos mortales los han dado. Allí es donde, privados para siempre de la vista del sol, no sentirán jamás los dulces soplos del céfiro. Ya habreis oido hablar del monte Etna, que está en Sicilia; pues ved ahí, Señor, una imagen, aunque grosera, de lo que pasa en esa cueva subterranea, donde están ahora vuestros Dioses.

Al llegar aquí, le interrumpió á Patricio Julio, que le dixo: ¿Con que tú pretendes que sea Christo quien crió estas aguas, y quien les dió todas las propiedades que tienen? P. Sí, sin duda alguna, él es; ¿y no está escrito en los libros sagrados (1):

To-

(1) *S. Juan, cap. 1.*

Todas las cosas fueron hechas por él; y en otra parte (1): Los Dioses de las naciones no son sino demonios; pero el Señor es quien ha hecho los cielos? J. ¿Con que dices que es Christo quien ha hecho los cielos? P. Sí, Señor, lo digo, y es así. Yo contemplaré los cielos, dice un Profeta (2), que son las obras de vuestras manos, la luna, y las estrellas, que vos habeis formado. J. Pero si yo te hago arrojar en esas aguas, para castigarte, porque desprecias á los Dioses, ¿no creerás que Christo, que, segun tú dices, las ha criado, consentirá que perezcas en ellas? ¿Quieres que lo experimentemos? P. Yo no desprecio á vuestros Dioses; porque, ¿cómo se ha de despreciar lo que no exîste? Por lo que toca á Jesu-Christo, sabed, que así como puede conservarme la vida en medio de esas aguas minerales, puede tambien quitármela por esas mismas aguas. Sabed tambien que todo lo que me ha de suceder, lo tiene presente; que aunque esté encargado del gobierno del universo, no se cae un cabello de la cabeza de qualquiera hombre, que sea sin su consentimiento, y sin su voluntad; y en fin, sabed que están preparadas penas eternas en el Tártaro, para todos los que, como vosotros, adoran á los Idolos. Estas últimas palabras excitaron tan grande cólera en el Magistrado, que mandó que despojasen al Santo Obispo, y lo echasen en agua hirbiendo al instante. En tanto que procuraban executar esta orden, acudió el Santo á Jesu-Christo, y le dixo: Señor, venid al socorro de

(1) *Psalmo* 95. (2) *Psalmo* 8.

de vuestro siervo; y al mismo tiempo salió el agua con violencia de las cubas donde estaba, y derramándose por defuera, caía sobre los soldados, penetraba sus vestidos, y les causaba un dolor inexplicable. Y esta misma agua, perdiendo su calor natural, vino á ser para el Santo un baño templado, y agradable; durando esto tanto tiempo, que el Proconsul, todavía mas irritado, le hizo salir de ella, y le condenó á que entregase el cuello á la espada.

Levantando el Santo los ojos al cielo, hizo esta oracion: Omnipotente Dios, Rey del universo: Señor, que por vuestra propia virtud conservais todas las cosas visibles, é invisibles: vos, que no desechasteis jamás los votos de los que os invocan en la sinceridad de su corazon: vos, en fin, que para gloria de vuestro nombre, y consuelo de vuestros siervos, os habeis dignado hacer que estas aguas, por una maravilla de vuestra omnipotencia, viniesen á ser para los justos un dulce refrigerio, y un fuego para los impíos; recibid mi alma en el momento en que la muerte la vá á separar de mi cuerpo por la defensa de la Fé. Acabada esta deprecacion, se puso de rodillas, y le separaron de un golpe la cabeza de los hombros. Habiendo padecido su martirio el dia 19 de Mayo (1), los Fieles tomaron su cuerpo, y lo enterraron cerca del camino real.

(1) En la Iglesia Griega se celebra este dia; pero en la Latina á 28 de Abril. Ordinariamente le dan á S. Patricio tres Compañeros; á saber, S. Acacio, S. Menandro, y S. Polieno, todos tres Presbíteros; y señalan á la Ciudad de Prusa en Bitinia por el lugar de su martirio.

MARTIRIO
DE TREINTA Y SIETE EGIPCIOS.

Sacado de dos Manuscritos, uno de la Biblioteca de M. Colbert; y otro de la de M. de Noailles, Obispo de Chalons (1).

Testimonio dado a la Divinidad de Jesu-Christo por Pablo, Pansio, Dionisio, Tonio, Horpesio, Horo, otro Dionisio, Ammonio, Besamon, Agato, Recumbo, Bastamo, Sarmato, Proteo, Orion, Coluto, Didimo, Plesio, Arato, Teonas, Hipeas, Romano, Saturnino, Pinucio, Serapion, Papias, Bastamon, Pantero, otro Papias, Dioscoro, Heron, Potamon, Petecio, Ecomeno, Zotico, Ciriaco, y otro Ammonio.

VIóse á esta tropa de valerosos soldados de Jesu-Christo marchar con los ojos baxos al martirio. Quedóse el Juez aturdido, turbado, y casi fuera de juicio; porque todos eran gentes de distincion, de las primeras casas de Egipto, y que sostenian el esplendor de su nacimiento con sus ri-

(1) Uno de los dos Manuscritos pone el dia de su martirio á 16 de Enero; y las Actas referidas por Bolando le ponen al 18 del mismo mes. No se sabe el año.

riquezas. Esparciólos el Espíritu Santo por todo el Egipto: hizo de ellos como quatro quadrillas, que envió á las quatro partes de la Provincia, para anunciar en ellas la palabra, y el conocimiento del verdadero Dios, y para llevar á los pueblos, que estaban aún en tinieblas, la luz de la verdad. Unos tiraron á Oriente, y otros al Occidente; estos al Mediodia, y aquellos al Septentrion. Pero amando mas la mayor parte de los habitantes de aquellos diferentes países su ignorancia, y sus tinieblas, que la ciencia de la salvacion, que estos ilustres Predicadores (1), iban esparciendo por donde pasaban, no los miraban sino como á hombres ordinarios: arrojábanse sobre ellos, los cargaban de cadenas, como á gentes que tenian malas intenciones, ó que enseñaban una doctrina perniciosa, y los maltrataban de muchas maneras.

Llegó bien presto la noticia de esta mision á oidos del Gobernador de Egipto, que empezó á echar fuego desde luego; y encendiendo la cólera su crueldad, tomó tumultuariamente el dictàmen de su consejo; y envió soldados por todas partes con orden de traherle estos Santos Misioneros, que no obstante de tener todos un mismo espíritu, una misma fé, y una misma voluntad, se habian esparcido por todo el Reyno, y le

(1) Este pasage hizo creer á D. Teodorico Ruinart, que estos treinta y siete Mártires eran Diáconos, ó algunos otros Ministros inferiores de la Iglesia; aunque los Martirologios los llaman Soldados

le rodeaban en algun modo, mostrando á los hombres el camino para llegar á la felicidad eterna. Reconocian todos á Pablo por su cabeza: á Pablo, digo, que por su zelo, y por su ardiente caridad, se asemejaba mucho al grande Apostol de las Gentes. Seguíale despues Pansio: despues de este iba Dionisio; y Tonio, Horpesio, y Horo caminaban tras de ellos, casi á paso igual; y eran seguidos á poca distancia de otro Dionisio, de Ammonio, de Besamon, y de Agato. Aquellos tenian en su distribucion la parte Oriental. Los que trabajaban en desmontar los lugares mas Septentrionales, no cedian á los primeros ni en capacidad, ni en piedad, ni en zelo apostólico. No porque entre ellos hubiese alguna especie de envidia, sino deseo de quién estableceria mejor, y mas prontamente el Reyno de Jesu-Christo. La cabeza de este segundo bando era Recumbo, con Bástamo, Sármato, Proteo, Orion, que brillaba con extremo entre sus compañeros, Coluto, y Dídimo; á los quales se juntaron Plesio, y Arato. La tercera parte de estos Santos, que recorría el Mediodia, tenia á su cabeza á Teonas, á quien el Señor había plantado por su misma mano. Este tenía consigo á Hipeas, Romano, y Saturnino: Pinucio, y Bastamon se habian agregado á él: Serapion, Papias, y Pantera no le abandonaban jamás. La parte Occidental no estaba menos bien repartida que las otras tres; pues tenía tambien sus Doctores, y sus Profetas; á saber, el segundo Papias, Dioscoro, Heron, y Pota-

tamon, que tenian por asociados á Petecio, Ecomeno, Zótico, Ciriaco, y Besamon.

Estos treinta y siete enviados del Señor trabajaban con mucho suceso en todo el Egipto. Animábalos una noble, y santa emulacion: cada uno buscaba el distinguirse con un amor mas ardiente á Jesu-Christo, y con una mas grande indiferencia por la vida. Recorrian, pues, las Ciudades, y las Aldeas; y decian á los pueblos que congregaban: "Consolaos, amados hermanos nuestros, si las verdades que os anunciamos, os han sido desconocidas hasta aquí: la ignorancia no es pecado sino quando se ignora lo que no se puede ignorar. Ahora que os hemos descubierto vuestros errores, y que los habeis renunciado, lloremos todos juntos la ceguedad de nuestros padres: ¡en qué espesas tinieblas no han andado! ¡qué larga cadena de desvaríos! ¡en qué precipicios no los han hecho caer antes que el Hijo de Dios dexase el seno de su Padre! Pero en fin, no queriendo el Padre detener mas á su Hijo, permitióle baxar del cielo á la tierra, y vestirse de nuestra naturaleza. Teniendo el Hijo este permiso, se dió priesa á baxar, y á hacerse hombre. Comenzó predicando las grandezas de su Padre: despues predicó sus propias grandezas, su divinidad, su filiacion, confirmando por sus acciones lo que los Profetas habian predicho de él, y autorizando al mismo tiempo sus acciones por el testimonio de los Profetas,

„ que nada dixeron, ni escribieron sino lo que „ su espíritu les había dictado. Porque antes que „ viniese él mismo á enseñar su doctrina, y pro„ mulgar su Ley, había enseñado esta misma „ doctrina, y dado esta misma Ley por sus Pro„ fetas." De este modo iban nuestros Santos Misioneros plantando la Fé en aquel Reyno: hacian entrar por el camino recto á los que se extraviaban: instruían en los misterios de la Religion á los que hallaban dóciles; y purificaban de sus pecados á los que les confesaban altamente. En tanto, advertido el Gobernador, como ya hemos dicho, de los progresos que hacian en toda la estension de su Gobierno, habiendo despachado por todas partes soldados para que se los llevasen, fueron todos presos, y presentados á este Juez. Al principio empleó para obligarlos á sacrificar, los alhagos, y las promesas. Evitad una muerte cruel, les dice: libraos de los tormentos que os amenazan: acomodaos al tiempo; porque en fin, ello es preciso, ó dar culto á los Dioses, ó morir. Hablando entonces Pablo á nombre de todos, respondió: Nosotros sabemos ciertamente que vale mas morir, que dar adoraciones á las piedras, y á los leños; y así, no tengas compasion de nosotros. Con esta declaracion pronunció el Juez la sentencia de muerte contra todos los treinta y siete Santos Misioneros. Condenó al fuego á los que predicaron la Fé en el Oriente, y Mediodia. Hizo cortar la cabeza á los que la anunciaron en el Septentrion; y á los que tra-

bajaron en el Occidente los hizo poner en una cruz. Pero hablando mas propiamente, no los castigó, sino los dió por Protectores de toda la Provincia, puesto que divididos siempre en quatro bandadas, velan continuamente sobre sus quatro cantones con mucha mas caridad, y zelo que aun quando vivian.

ELOGIO
DE S. FOCAS (1) *MARTIR,*
JARDINERO,
Y PATRON DE LOS MARINEROS,
POR EL BIENAVENTURADO ASTERIO
OBISPO DE AMASEA.

Sacado de un Manuscrito Griego de la Real Biblioteca, traducido al Latin por el P. Combefis, y cotejado con el original dado por el P. Sirmondo en el primer tomo del Actuario de la Biblioteca de los Padres Griegos.

ENtrando hoy en este Templo, que la piedad de los Fieles ha erigido al bienaventurado Focas, se me viene á la memoria todo lo que la tradicion nos ha conservado de las acciones de este Santo Martir. A mí se me representa un hombre sencillo, sin artificio, nacido en una Aldea,

(1) Ignórase el año.

y criado en la inocencia del campo. Un Jardinero, que de los frutos con que la tierra paga liberalmente su trabajo, mantiene su familia, y socorre á los pobres, exerciendo la hospitalidad, y volviendo á dar á esta virtud, tan poco practicada en nuestros dias, el lustre que tenía en tiempo de los Patriarcas. Yo le considero como al honor de estas riveras, al Angel tutelar del Mediterraneo: como á un gran Santo, como á un Confesor de Jesu-Christo; y, ¿me atreveré á decirlo? como á uno de los mas ilustres Mártires de la Iglesia. Cosa grande es, sin duda, el estar colocado en el catálogo de estos valientes, y generosos soldados, que toleraron por el que sufrió por ellos; que dieron su vida por el que sacrificó la suya; que mezclaron su sangre con la del Cordero; y que le volvieron en algun modo al Salvador lo que habian recibido de él. En este sagrado catálogo no hay puesto que no sea muy honorífico: yo sé tambien que la gloria que gozan en el cielo, los pone sobre las demás órdenes de los Santos; y tambien sé que no está igualmente repartida entre ellos: las coronas que ponen sobre sus cabezas, son mas, ó menos brillantes; y en fin, en este catálogo hay un primero, un segundo, y un tercero, &c. Esta desigualdad, si me es permitido decir sobre ello mi pensamiento, viene de la grande equidad del Juez, que preside á los combates de tan ilustres Atletas. Este Juez íntegro, é infinitamente instruido, atiende siempre en la distribucion de los pre-

premios, á la grandeza de los tormentos, y á la constancia del que los padece. Y no hay que admirarse de ver á Dios hacer esta diferencia entre los que combaten por él, puesto que tambien los Emperadores, y los Magistrados, que presiden en las luchas, y en los juegos públicos del anfiteatro, y del circo, la hacen entre los combatientes, y tienen diversos premios para los diversos grados de fuerza, de valor, ó de destreza, que observan en ellos. Establecido este principio, hermanos mios, facil me será haceros ver que de todos los Mártires, el que nos junta el presente dia en este lugar, es el mas digno de nuestros respetos, y de nuestra veneracion. Porque en fin, ó el nombre de otros es poco conocido, ó su virtud se ha quedado en la oscuridad; ¿pero qué hombre hay sobre la tierra, que ignore el nombre de Focas? ¿Qué ojos no se han quedado deslumbrados del resplandor de su gloria? ¿Y á qué oidos no ha llegado la noticia de sus alabanzas? Por donde quiera que se conoce á Jesu-Christo, se conoce á Focas su fiel siervo. Pero sin detenerme á lo que tiene de comun con los demás Santos, reduciré todo su elogio á solas las virtudes que mostró en qualidad de Martir.

La antigua Ciudad de Sinope, nuestra vecina, tan fecunda en hombres grandes (1), fue la

(1) Estrabon, Diógenes el Cínico, y Aquila, célebre Intérprete de la Escritura, fueron de esta Ciudad.

patria de S. Focas. Un pequeño jardin, situado á la entrada del Istmo, y á una de las puertas del pueblo, fue todo su patrimonio. Lo que sacaba de él, le servía para mantener á los pobres, y á sí mismo. Había hecho de él un hospicio, que tenía abierto para todos los que la providencia le dirigía: como estaba en el camino real, venian muchos á él, y les proveía con una caridad llena de alegría, de todo quanto necesitaban. Era otro Lot, con la diferencia de que los habitantes de Sinope eran mucho mas hombres de bien, que los de Sodoma. No estuvo mucho tiempo sin recibir la recompensa de su hospitalidad; y esta misma virtud fue la que se la procuró del modo que lo vamos á referir, volviendo á tomar nuestra relacion desde un poco mas arriba.

Habíase anunciado el Evangelio; y esparciéndose por toda la tierra, comenzaba á dar á conocer á Jesu-Christo, y sus misterios, quando las naciones (1) se congregaron tumultuosamente, y los Príncipes se ligaron contra el Señor. El Reyno del Hijo de Dios, que se establecía, excitaba grandes turbaciones entre los pueblos. Hacíanse por todas partes exâctas pesquisas de los Christianos: perseguíanlos como á mágicos. Los que podian prender, y que caían baxo la mano de sus contrarios, eran castigados inmediatamente; y se buscaban con cuidado á los

(1) *Psalmo* 2.

los que se retiraban de ellos. La condicion poco elevada, y la profesion de jardinero, no pudieron ocultar á Focas del conocimiento de los delatores, y fue denunciado como discípulo de Jesu-Christo. Envian al punto gentes que le den la muerte, sin otra formalidad, ni mas que la simple denuncia. Los que estaban encargados de esta comision, fueron á su casa; y ciertamente el delito de que era acusado era de tal naturaleza, que un hombre de valor, como él, hacía gloria de confesarlo altamente, sin que fuese menester preguntarle, ni instruirse en su causa, segun las formas ordinarias de derecho. Estos hombres, pues, enviados para matar al Santo: aquellos mismos, digo, á quien estamos obligados de la fiesta que celebramos hoy, le suplicaron los hospedase en su casa: fueron muy bien recibidos, sin que ellos le conociesen, ni ser conocidos de él. Al principio no le dixeron el motivo que los llevaba á Sinope. Su ánimo era informarse de la gente de este arrabal, sin mostrar afectacion, qué hombre era Focas, y dónde vivía; y sin duda le hubieran cogido en su jardin por la traicion de algun Judas, como los Judíos prendieron en otro tiempo al Señor en el huerto de las Olivas, si la cosa no hubiese sucedido de otra manera. No obstante, ignoran que el que vienen á buscar de tan lexos, está en poder de ellos; y que tienen, sin saberlo, la presa dentro de la red. A la manera de un inocente cordero, se hallaba en medio de una manada de lobos; y como una paloma sin

 hiel,

hiel, y sin malicia, entre crueles, y carniceros buitres: ó como dice Isaías, el cabrito estaba echado cerca del leopardo, y el becerrillo pacía con los Leones. En fin, habiéndose trabado aquella union, que de ordinario se forma en la mesa; y naciendo de esta la confianza entre los soldados, y su huesped, les preguntó el Santo quiénes eran, y á qué venian á aquel pueblo. Ellos, que estaban admirados del modo tan atento, y lleno de bondad con que Focas los recibió, creyeron no deberle reservar el secreto de su comision por mas tiempo. Dixéronle, despues de ofrecerles que no descubriría á nadie lo que le iban á confiar, que buscaban á uno llamado Focas, á quien tenian orden de hacerle buena, y pronta justicia, luego que pudiesen dar con él; y así le suplicaban añadiese otro nuevo favor al que les acababa de hacer, tratándolos tan bien, que era el de ayudarles á descubrir aquel hombre, que no conocian personalmente.

Oyó el siervo de Dios con tranquilidad una noticia que tanto le interesaba. No le causó el menor sobresalto: no dixo palabra, ni se dexó ver sobre su rostro cosa que pudiese hacer sospechar que tuviera miedo. No pensó en librarse por la fuga de tan gran peligro; y aunque nada le fuese mas facil, puesto que aún no estaba descubierto, ni aun esta facilidad le tentó; sino respondiendo á los soldados con un ayre, que no mostraba ninguna dificultad sobre la súplica que le hacian: Yo os serviré, les dixo, con mucho gus-

gusto: conozco á esa persona, y me obligo á descubrirle: solo os pido de término veinte y quatro horas; y os prometo daros noticias ciertas antes de mañana en la noche; y en tanto descansad en mi pobre choza. Empleó él este tiempo que se tomó, en hacer dos cosas: la primera en regalar á sus homicidas lo mejor que pudo; y la segunda en preparar sus funerales. Y así, luego que hizo un hoyo, y que puso en orden todo lo necesario para su sepultura, se fue á ver á sus huéspedes. Ahora bien, les dice, llegándose á ellos, la caza ya está en la red: bien os lo dixe yo: tan buenas diligencias he hecho, que he hallado á Focas; y en vosotros consistirá el no apoderaros de él al instante. Ellos, locos de contento por tan buenas nuevas, le dixeron: ¿Dónde esta? Enseñanosle: llévanos donde le veamos. No está lexos de aquí, les replicó él: delante de vosotros está: yo mismo soy: executad vuestras órdenes, y concluid prontamente un negocio, que os ha trahido desde tan lexos. ¿Quién podrá explicar la admiracion de estos soldados al oir estas palabras? Quedáronse inmobles, y no podian resolverse á teñir sus manos en la sangre de un hombre, que tan bien los había recibido, y mostrado para con ellos un huesped magnífico, aun en su pobreza. Pero viéndolos él indecisos, los animaba. No temais, les decía: dadme la muerte; porque no tanto será de vuestras manos de quien yo recibiré el golpe, como de las manos de los que os envian á ello. Habló, persuadió, alcanzó

lo que pedía: cortáronle la cabeza; y fue ofrecido á Dios por los Angeles como una hostia de un odor agradable.

Desde aquel dia le reconoce la Iglesia como á una de las principales columnas que la sostienen: venérale como á un Martir de los mas ilustres, y que tiene uno de los primeros asientos entre los mas distinguidos. Todas las Ciudades, todas las Provincias envian sus habitantes á su sepulcro; y todos los caminos están cubiertos de los que van á ofrecerle sus votos. Y así, de todos los Templos que se le han dedicado, el mas soberbio, y el mas famoso es el que posee su sagrado cuerpo. ¿Os hallais en afliccion? Id á Focas, que él os consolará. ¿Estais enfermos, agoviados de males? Visitad el sepulcro de este Santo, que en él hallareis el remedio. ¿Estais hambrientos? Corred al Templo del Martir: allí hallareis para los pobres una mesa bien servida. Focas, aunque está muerto, socorre las necesidades de los que acuden á él, con mucha mas abundancia, y de un modo mas grande, y mas magnífico, que lo hizo en otro tiempo Josef mientras vivía; porque en fin, si Josef abría los graneros de Egipto, si distribuía á los pueblos el trigo, que su providencia había juntado, nadie lo recibía sino con el dinero, con bestias, ó tierras; y Focas lo dá liberalmente á todos los que se presentan pidiéndole (1). Este Istmo de Sinope es

(1) Prodigiosas limosnas que se hacian en los sepulcros de los Mártires.

es como un almacen público, siempre abierto á los necesitados; y un hospicio siempre pronto á recibir á los que no tienen otro medio.

Pero no solamente es el lugar donde reposa el cuerpo del Santo el objeto de la devocion de los Fieles, y el término de sus piadosas romerías; todos aquellos á quienes se ha querido conceder alguna parte de sus reliquias, y que son como otras tantas colonias santas, sacadas de Sinope: todos estos lugares, digo, consagrados por estas preciosas partículas, no son menos venerados por los Christianos. Tal es el Templo en que hablo, que ha venido á ser una sala, si me es lícito explicarme así, en que los pobres están todos los dias en festin. Tal es tambien en la Ciudad Imperial, en la primera Ciudad de Italia, y del mundo entero: tal es en Roma aquel Templo de una estructura admirable, que sus Ciudadanos han construido á nuestro Santo Jardinero, por quien tienen una veneracion, que casi se iguala á la que guardan al primero de los Discípulos de Jesu-Christo, y al Apostol de las Gentes. Ellos no han perdonado ni á cuidados, ni á gastos por tener su cabeza: bien diferentes en esto de la detestable Herodías, que no quiso tener la cabeza de S. Juan sino para deshonrarla, en vez de que el Pueblo Romano creyó comprar la de S. Focas (1), con el ánimo de no poderla dar todos los

(1) Pancirolo escribe que el cuerpo de S. Focas está baxo el Altar Mayor de la Iglesia de S. Marcelo en Roma.

los honores debidos á un Martir de una reputacion tan sobresaliente.

Pero entre todos los que honran á este gran Santo, no hay otros que le sean mas devotos que los Marineros, no solamente los que atraviesan el Ponto Euxîno (1), sino tambien los que navegan por el mar Adriático (2); los que costean las Islas del mar Egeo (3); los que viajan por el Oceano; y en fin, los que recorren los diversos golfos del mar de Levante; todos tienen por refran de sus canciones marítimas, Focas, Focas: los elogios del Martir son el asunto mas ordinario de sus alabanzas: á cada momento tienen su nombre en la boca: es su seña en todas las maniobras que hacen; y aseguran que han recibido de él muchas señales de una proteccion particularísima; porque ya se ha visto algunas veces, y especialmente de noche, y en lo fuerte de una tempestad, dispertar al piloto dormido cerca del timon: le han llegado á ver muchas veces tan presto teniendo cuidado de las jarcias, y de las velas, como desde lo alto de la proa advertir á los Marineros los bancos de arena, y los escollos. Y así estas buenas gentes por una especie de reconocimiento á su modo, acostumbraron invocarle, y convidarle en sus comidas; pero por quanto los manjares de que se sirven, no los puede usar el Santo, qué ahora es-

(1) El Mar negro. (2) El Golfo de Venecia. (3) El Archipiélago, el Oceano Occidental, y el mar de las Indias.

está sin cuerpo, ved lo que la ingeniosa piedad de los Marineros les ha hecho inventar, para hacer en algun modo posible lo que no lo puede ser segun el curso de la naturaleza. Sepáranle, pues, cada dia al Martir su parte: cómprala esta alguno de los que están á la mesa, y apronta el dinero: al dia siguiente hace otro lo mismo; y así todos los dias, hasta el fin del viage, cada uno por su turno, compra esta porcion. Y luego en el primer puerto en que desembarcan, se distribuye todo el producto á los pobres; de cuya forma tiene parte Focas en las comidas de los Marineros.

Los mismos Reyes, y los Grandes de la tierra, vienen á deponer su fausto, y el orgullo del trono á los pies de este Aldeano; y llenos de admiracion por su generosa fidelidad para con Dios, gustan de cargar su sepulcro de ricas, y magníficas ofrendas. Además de esto hay entre tantos devotos peregrinos como acuden de todas las Provincias del Imperio, una santa emulacion sobre quién ha de dar al Martir mayores señales de respeto, y de veneracion: los jóvenes no quieren ceder á los ancianos; y estos se las disputan á aquellos. ¿Pero qué hay que admirar que los Romanos, unos hombres instruidos en la piedad, y cuya vida está arreglada por leyes del todo santas, tengan devocion á un siervo de Jesu-Christo? La maravilla es ver á unos bárbaros postrarse ante sus reliquias. ¿Pero qué bárbaros? Los Escitas, aquellos pueblos feroces, que habitan

tan al rededor de la Laguna Meótides (1), á las orillas del Bósforo, á lo largo del Tanais, y que beben el agua del Faso. Apresúranse todos por dar su culto á este pobre Jardinero; y aunque sean enteramente diferentes de nosotros por sus costumbres, su genio, ó su lenguage, convienen con nosotros en esto solo, pues honran á S. Focas tambien. ¿No hemos visto ya á uno de sus Príncipes quitarse de su cabeza su propia corona, toda brillante de piedras, y despojarse de sus armas, de una riqueza extraordinaria, y hacer con ellas de un presente dos sobre el sepulcro del Martir, consagrándole de este modo, por las manos de su siervo, las señales de su dignidad, y de su poder? Envióle como Rey su corona para mostrar su reconocimiento por el Reyno que le había escogido; y le ofreció sus armas, para denotar que tenía de lo alto el valor, y las demás virtudes militares que brillaban en su perona. Acabemos en fin, dando á Jesu-Christo mil acciones de gracias, de que se digne conceder á sus siervos un poder tan grande, que aunque privados de la vida, no dexan de dar la salud á los enfermos, y en sueños consejos saludables á los que tienen necesidad de ellos, derramando por todas partes los beneficios del cielo.

(1) El mar de Zabaque. Los pequeños Tártaros.

MAR-

MARTIRIO
DE S. SIMEON,
OBISPO DE PERSIA (1),
Y DE OTROS MUCHOS SANTOS MARTIRES.

Sacado de Sozomeno, Historia Eclesiástica, lib. 2. cap. 8. y siguientes.

Año de Jesu-Christo 345.

SE cree, y es muy verosimil, que el Christianismo se introduxo en la Persia con el comercio que los Osroenianos, y los Armenios hacian en el país. Los hombres apostólicos, que por este medio entraron en él, obligaron insensiblemente á los pueblos, ya con las conferencias que tuvieron con ellos, ya con la edificacion que les dieron, á abrazar la Religion de Jesu-Christo. Pero luego que el número de los Fieles se llegó á aumentar, que comenzaron á tener Iglesias, Sacerdotes, y Diáconos, y que la Fé se esparció por todas partes en aquel gran Reyno, asustaron á los Magos estos progresos. Es esta una especie de familia Sacerdotal, que subsiste desde el establecimiento de la religion de los Persas, haciendo los padres que pase su dignidad á sus hijos. Por otra parte los Judíos no

(1) A 22 de Abril.

no se sobresaltaron menos, siendo esta envidiosa nacion naturalmente enemiga del nombre de Christo. Unense, pues, estos á los Magos, y forman partido contra Simeon, Arzobispo de Seleucia (1), y de Ctesifonto, dos Ciudades considerables de los Persas. Acúsanle á Sapor, que reynaba por entonces, ser espía secreta de los Romanos para darles avisos perjudiciales al Estado. Creyendo facilmente Sapor esta calumnia, comenzó á cargar de impuestos á los Christianos, y encargó su cobro á unos hombres crueles, é inexôrables. Había observado que la mayor parte de los Fieles se despojaban de sus bienes á favor de los necesitados, y abrazaban ellos mismos una voluntaria pobreza. Parecióle, pues, que viéndose precisados á pagar los tributos, que exîgian de ellos con una severidad insoportable; y no pudiendo satisfacerlos, á causa de la indigencia á que se veían reducidos, al fin se verían obligados á renunciar su Religion por librarse de esta vejacion; porque este era su único deseo. Pero aún no paró aquí; porque dió órdenes para que matasen los Sacerdotes, y los demás Ministros del Altar, para abatir las Iglesias, y para confiscar, en producto suyo, los vasos sagrados que tuvieran. Y en quanto á Simeon, quiso que se le formase su causa, y que fuese condenado como trai-

(1) En otro tiempo Babilonia era la Capital de la Asiria: ahora lo es Seleucia sobre el Tigris. Ctesifonto es un lugar crecido, que no está muy distante de allí: los Reyes de los Partos ordinariamente pasaban el invierno en él. Estrabon, *lib.* 16. *de su Geografia.*

traidor á su Rey, y á la religion que dominaba en la Persia. Todas estas órdenes fueron puntualmente executadas: los Magos, ayudados de los Judíos, arruinaron en un momento las Iglesias; y Simeon, cargado de cadenas, compareció ante el Rey. La presencia de este Príncipe nada le hizo perder de su constancia; y siempre se mostró en él un valor de espíritu capaz de vencer todo quanto suele acobardar á las almas tímidas, y nada fuertes. Porque habiéndole hecho ver Sapor, para intimidarle, los instrumentos de los varios suplicios que le estaban preparados, no mostró el menor miedo. Aún hizo mas; pues mostró tanta intrepidez, y tanta grandeza de alma, que ni siquiera saludó al Rey. Esta seria indiferencia ofendió sumamente á Sapor; tanto, que no pudiendo disimular su rabia, le dixo: ¿Cómo es que no te has postrado ante mí, como lo solías executar quando te hacía el honor de admitirte á mi presencia? Porque entonces, respondió Simeon, estaba libre, y sin cadenas, y no pretendíais obligarme á renunciar al Dios que adoro, y á desamparar su gloria, y sus intereses. Entonces no debía rehusar á la Magestad Real el honor que le es debido; pero hoy no es lo mismo; y no me es permitido honrar á un Príncipe, contra quien voy á combatir por la Fé, y la Religion de Jesu-Christo. Mandóle el Rey que adorase al sol, prometiéndole dignidades, pensiones, y todas las ventajas que acompañan de ordinario al favor de los Príncipes, si le diera in-

incienso; pero amenazándole al mismo tiempo, que le haría morir con todos los Christianos de su Reyno, si no quería obedecer. Todo fue inutil; porque Simeon no mostró sino desprecio á las amenazas de Sapor, ni le movieron sus promesas. Protestó siempre que jamás veneraría al sol. Sin embargo, el Rey, que jamás perdía la esperanza de reducirle, mandó que le lleváran preso.

2 Quando le llevaban á la carcel, Ustazado, viejo Eunuco, que había sido Gobernador del Rey, y que era por entonces Mayordomo de su Casa; hallándose por casualidad sentado á la puerta de palacio, se levantó para saludar al Santo Obispo; pero Simeon le reprehendió ásperamente; y animado de una santa cólera, le echó dos, ó tres miradas, que daban á entender su indignacion, y despues pasó adelante. El motivo que le obligaba á usar de este modo, era porque Ustazado, siendo Christiano, hacía muy poco que había adorado al sol, sin resistirse todo lo que debía á la violencia que le hicieron. El Eunuco sintió vivamente toda aquella aspereza, y severidad del tratamiento del Prelado: quedó tan arrepentido, que despojándose inmediatamente de una túnica blanca que trahía, tomó una negra; y dando terribles gritos, interrumpidos de suspiros, y mezclados de llantos, permanecía echado en tierra frente á la fachada de Palacio. ¡Infeliz de mí, decía, qué esperanza puedo yo tener de hallar favorable al Dios que abandoné, y renuncié, quando uno de mis mejores amigos, Si-

Simeon, el santo hombre Simeon, no se digna ni aun siquiera mirarme: huye de mí, y me tiene horror por esta infidelidad! Informado al punto Sapor de lo que pasaba, hizo que le traxesen á Ustazado; y preguntándole el motivo de la extrema afliccion en que le veía, y si era la causa alguna desgracia doméstica, le respondió: No, Señor, no: mi familia no tiene parte alguna en mis sentimientos, ni yo lloro desgracia alguna doméstica. ¡Ay de mí! ¡Pluguiera á Dios que no tuviese que quexarme sino de la fortuna! ¡Ojalá Dios que todas las demás desgracias que pueden hacer una vida desgraciada, hubiesen caido sobre mí! Bien presto cesarían mis lágrimas. No lloro yo una vida desdichada, sino una vida delinqüente. Gimo, porque vivo aún, quando debiera haber muerto mil veces de dolor. Aún veo el Sol, despues que he tenido la cobardía de adorarle contra mi voluntad, y á pesar de toda mi repugnancia; y así merezco la muerte, porque cometí dos delitos: uno contra Jesu-Christo, á quien he vendido; y otro contra mi Rey, á quien he engañado. Pero en fin, protesto altamente, y juro por el Criador del cielo, y de la tierra, que ninguna cosa del mundo será capaz en adelante de arrancarme tan sacrílegas complacencias.

Esta mudanza tan pronta, y tan poco esperada del Eunuco, enfureció mas contra los Christianos el ánimo del Rey, no dudando que la hubiesen causado con sus encantos ellos. No obs-

tante, el afecto que conservaba á un hombre que le había criado desde su infancia, le hacía declinar tan presto hácia la dulzura, como hacía un extremo rigor; y siguiendo los impulsos de uno, y otro, empleaba succesivamente las amenazas, y las promesas. Pero asegurando siempre con juramento el santo viejo, que no adoraría jamás á la criatura con perjuicio del Criador, le condenó el Rey á que le cortasen la cabeza. Como lo llevasen ya á la muerte, suplicó á los que le conducian, se detuviesen un momento, porque tengo, les decía, cierta cosa de importancia que advertir al Rey. Y despues, llamando á uno de sus Eunucos, que le fue siempre muy fiel, le mandó que dixese de su parte á este Príncipe las palabras siguientes: Yo no creo, Señor, que sea necesario buscar otros testigos, que á vos mismo, del infatigable zelo que toda mi vida he mostrado por toda vuestra casa, y como me he dedicado desde mis mas tiernos años al servicio de V. M. y del difunto Rey vuestro padre. Si mis cuidados, si el afecto inviolable que he tenido á vuestras Reales Personas os han sido agradables, no os pido, Señor, otra recompensa que el permiso de dar á conocer públicamente mi inocencia. Haced que los que me vieren conducir al suplicio, y que ignoran la causa de mi condenacion, no crean que me envíais á él por haber sido convencido de infidelidad para con mi Rey, ó por haberme cogido en algun otro delito; sino que un pregonero me preceda, y haga saber á

todos los que asistieren á mi muerte, que Ustazado, siempre fiel á su amo, y á su patria, muere porque es Christiano, y porque todo el poder del Rey de Persia no le ha podido hacer renunciar á su Dios, y á su Ley. Cumplió el Eunuco puntualmente con su comision; y no pudiendo Sapor negar á su Gobernador una peticion tan justa, mandó que fuese delante un pregonero público. Tambien podía haber en esto algo de política; persuadirse á que todos quantos Christianos hubiese en la Persia abandonarian su Religion, luego que supiesen que Sapor no había perdonado ni aun á su propio Gobernador, venerable además de esto por su vejez, y á quien una experimentada fidelidad debía hacerle aun mas recomendable con su Rey. Pero Ustazado tenía otro pensamiento muy diverso, quando pidió que un pregonero anunciase la verdadera causa de su muerte. Juzgaba con razon que muchos Fieles pudieron acobardarse al verle dar culto al sol, y no dudaba que esta accion, en que el temor le dominó, hubiese desanimado el valor de sus hermanos, y comunicádoles su flaqueza; y así, que quando llegáran á saber que volviendo á tomar sentimientos mas nobles, y mas generosos, iba á perder la vida por la Religion de Jesu-Christo, tomarían tambien los mismos Fieles una nueva generosidad, haciéndose imitadores de su exemplo. Con estos pensamientos recibió Ustazado la muerte. Llevósele á la carcel la noticia á Simeon, que dió á Dios mil acciones

de gracias por tan buen suceso.

3 Al dia siguiente (era Viernes Santo) condenó el Rey al bienaventurado Obispo á perder tambien la cabeza. Porque habiendo sido conducido segunda vez á su presencia, había persistido en confesar á Jesu-Christo, hablado largo tiempo en términos fuertes, y magníficos de la Religion Christiana, y resistido con una firmeza inalterable á la impía proposicion que le había hecho mas de una vez de adorar al sol, y á Sapor. El mismo dia condenó á muerte á cien Christianos, que tenía presos; y quiso que Simeon no fuese ajusticiado hasta el último, y despues de haber visto degollar á sus hermanos, y compañeros. Eran todos Ministros de la Iglesia, unos Obispos, otros Presbíteros, y los demás de los órdenes inferiores. Al llevarlos al suplicio, se avanzó á esta santa tropa el Príncipe de los Magos; y haciéndola detener, preguntó á los Mártires si sentirían que se les salvase la vida; añadiendo que no consistía sino en ellos, y que para esto no era necesario mas que adorar al sol, y abrazar la religion del Príncipe tambien. Pero desechada la condicion por todos unánimemente, se comenzó la execucion desde luego. Los verdugos, á fuerza de derribar cabezas, estaban todos bañados de sudor. Simeon exhortaba á sus compañeros, los animaba con sus palabras, y los fortificaba con su presencia, y exemplo. Poníales á la vista la santidad de la Religion, por cuya defensa morian, la brevedad de sus sufri-

mientos, la gloria de su resurreccion, y la eternidad de su dicha. Servíase de la Escritura para convencerlos de estas verdades. Vivir es, hermanos mios, les decía, el morir confesando á Jesu-Christo; pero el querer conservar la vida renunciándole, es verdaderamente perderla. Además de que ¿quántos años podíamos aumentar nosotros el curso de la nuestra? El morir es un destino comun á todo el que nace; y no es menos, segun la naturaleza, el salir del mundo, que entrar en él. La única diferencia que se hallará entre los hombres despues de su muerte, se tomará del modo que hubieren pasado, y acabado su vida. Sus acciones serán puestas en una balanza: una felicidad eterna la recompensa de las buenas; y unas penas, que nunca se acabarán, el justo castigo de las perversas. Mas entre todas las buenas obras, que merecen esta recompensa, derramar su sangre por el nombre del Señor, es de todas la mas heroica, y la mas excelente. Estas palabras de Simeon eran recibidas con ansia de todos los Mártires: sentían duplicarse su ardor, y se les veía correr á la muerte con una alegría que les inspiraban estas palabras todas llenas de fuego. Despues que todos ciento fueron pasados á cuchillo, llegaron en fin los verdugos á Simeon; y dos ancianos, Abdecalas, y Ananías, ambos á dos Presbíteros de su Iglesia, que fueron presos con él, le siguieron en el cadahalso inmediatamente.

4 Pusices, Superintendente de las Fábricas

Reales, se hallaba allí; y como viese que Ananías denotaba algun temor, y que se turbaba algun tanto, quando le iban á cortar la cabeza: Valor, buen viejo, valor, le gritó: cerrad los ojos, y un momento despues ya vereis la luz de Jesu-Christo. Apenas hubo acabado de decir estas palabras, quando inmediatamente se echaron sobre él, lo llevan al Rey, confiesa altamente que es Christiano; y hablando con una libertad digna de un Apostol de la doctrina de Jesu-Christo, y de la dicha de los que pierden la vida por ella, se le condena, como traidor á su Príncipe, á perecer con un género de suplicio, no menos nuevo que cruel; porque despues que los verdugos le cortaron la parte posterior de la cabeza, le arrancaron la lengua por ella. Su hija, tierna doncella consagrada á Dios, habiendo sido delatada al mismo tiempo, fue arrestada, y acabó su vida quando su padre en el mismo momento.

5 Al año siguiente, el mismo dia de la Pasion del Salvador, disponiéndose los Fieles á celebrar el santo dia de Pasqua, hizo Sapor publicar un sangriento edicto en toda la extension de sus Estados. Este contenía que qualquiera que hiciese profesion de la Religion Christiana, sería condenado á muerte, sin mas formalidad que la simple denunciacion. Viéronse al punto correr por toda la Persia arroyos de la sangre de los Fieles; porque esparciéndose los Magos, como otras tantas furias, por todas las Ciudades, y Aldeas de este vasto Reyno, hacian una exâcta, y

y rigurosa pesquisa de todos los que creían en Jesu-Christo: nadie se escapaba de su vigilante, y cruel exâctitud; y así no aguardaban á ser descubiertos: presentábanse en tropas, y sin ser forzados: tanto temor se tenía de que pareciese que no se atrevian á confesar á Jesu-Christo, si alguno se ocultaba. Cada uno hubiera creido en esta ocasion cometer un gran delito poniendo su vida á cubierto por un cobarde silencio. En fin, fue tan general la carnicería de los Christianos, que muchos Oficiales de Palacio perecieron en ella; y entre ellos el Eunuco Azado, favorito del Rey, y muy querido de su amo. Sintiólo tanto este Príncipe, que al punto hizo cesar esta horrible matanza, salvando el resto de los Fieles del furor de los Magos, á reserva de algunos Sacerdotes, y de otros Ministros del Evangelio, que los dexó al arbitrio de ellos.

6 Por el mismo tiempo cayó la Reyna enferma, y fue presa la Virgen Tarbula, hermana del Obispo Simeon, con su criada, que seguía el mismo género de vida que ella. Apoderáronse tambien de la otra hermana del Obispo, viuda muy joven, que despues de la muerte de su marido, había renunciado segundas nupcias, y vivía en un gran retiro con su hermana tambien. Prendiéronlas á instancia de los Judíos, y con su delacion solamente. Acusaron estos pérfidos enemigos de los Christianos á estas santas mugeres de haber cometido un horrible atentado, llevadas del deseo de vengar la muerte de su her-

mano Simeon, valiéndose de maleficios, y de hechizos para dar la muerte á la Reyna, cuyo mal no era sino efecto de una accion tan criminosa como esta. La Reyna, siguiendo la flaqueza tan ordinaria en los enfermos, de no rehusar ningun remedio, por delito que cueste, con la esperanza de sanar, dió crédito á la calumnia, con tanta mayor facilidad, por tener gran respeto á los Judíos, y haber abrazado la superstición de ellos. Tomaron, pues, los Magos por su orden á las tres Mártires; y aserrándolas por medio del cuerpo, clavaron las dos mitades á unas cruces, por medio de las quales hicieron pasar á la Reyna; lo que, segun ellos, era un remedio eficaz, y soberano á su accidente. Dícese tambien que uno de los Magos, perdidamente enamorado de Tarbula, cuya excelente hermosura le había llegado al alma, contra la voluntad de ella, hizo que la ofreciesen dinero para obligarla á satisfacer su pasion, prometiéndola en tal caso salvarla la vida, y á sus compañeras; pero que esta generosa doncella no quiso ni aun siquiera escuchar una proposicion tan ofensiva, y reprehendió con severidad á los Magos su exceso, y su infamia; y que despues caminó al suplicio con un rostro que mostraba el contento que sentía de dar su vida por salvar su virginidad íntegramente. Entretanto, como ya hemos notado, los Magos en cumplimiento de las órdenes de Sapor, corrian la Persia, y prendian todos los Sacerdotes, y Ministros de la Iglesia. Dedicáronse principalmente
á

á desolar la del país de los Adiabenos, la Provincia mas poblada de Christianos de toda la Persia.

7 Allí entre un grandísimo número de Fieles, prendieron al Obispo Acepsimo, y á muchos de sus Eclesiásticos. Pero despues, mirándolo bien, se contentaron con retener al Obispo, y dexaron libres á los Eclesiásticos, aunque se apoderaron de sus bienes. Pero uno de sus Sacerdotes, llamado Santiago, no quiso separarse de su Prelado, y obtuvo de los Magos que se le atase con él á una misma cadena; de cuya forma le consolaba, enjugaba sus heridas, y procuraba de todas suertes suavizar las penas de este buen viejo; porque luego que fue preso por los Magos, le hicieron dar cien golpes con nervios de bueyes, para obligarle á adorar al sol; pero lo resistió siempre con una constancia heroica, y le pusieron en lo profundo de un calabozo, cargado de cadenas. Ya había algun tiempo que tenian allí presos por la misma causa á dos Presbíteros, y dos Diáconos, Aitalo, y Santiago, Azadano, y Abdieso, despues que los azotaron cruelmente. En fin, pasados muchos dias, el Príncipe de los Magos fue á ver al Rey, para saber qué quería que se hiciese de estos prisioneros; y este le hizo dueño de ellos; con lo qual el Mago, y con el pretexto de que tenía orden de atormentarlos, en caso que se resistiesen á adorar al sol, les precisaba fuertemente. Pero estos generosos siervos de Jesu-Christo respondieron que jamás harían

trai-

traicion á su Maestro, y que no tenía que esperar de ellos que reconociesen al sol por un Dios verdadero. El Mago con esta sola respuesta, los hizo aplicar al tormento; y en lo mas vivo de él espiró Acepsimo confesando á Jesu-Christo. Algunos Armenios, que se hallaban entonces en Persia, en donde estaban en rehenes, llevaron secretamente á sus países las reliquias del Santo Obispo. Los otros Confesores resistieron á la violencia de los tormentos, conservándoles Dios la vida contra toda apariencia, y á pesar de los esfuerzos que pusieron los verdugos para que la perdieran; y los volvieron á la carcel despues. El Sacerdote Aitalo fue el mas maltratado de todos; pues estendido sobre el potro, le estiraron los brazos con tan poderosos esfuerzos, que se los descoyuntaron enteramente; de suerte que jamás se le pudieron volver á componer; y habiéndosele quedado del todo inútiles, se veía precisado á llevar la comida á la boca con mano agena.

8 El mismo reynado fue ensangrentado por la carnicería de una multitud casi innumerable de Obispos, de Sacerdotes, de Diáconos, de Clérigos inferiores, de Religiosos, y de Vírgenes consagradas á Dios, que recibieron la corona del martirio. Referiré los nombres de los Obispos, que he podido saber. Barbasimes, Pablo, Gadiabes, Sabino, Mareas, Mocio, Juan, Hormisdas, Papas, Santiago, Romas, Maurés, Agas, Bocrés, Abdas, Abdiesa, Juan, Abramio, Agdelas, Sa-

Sapor, Isaac, y Dausas. Este último fue preso por los Persas en Besabdé, Ciudad situada sobre el Tigris; y perdió la vida el mismo dia que el Coro-Obispo Mareabdes, y le acompañaron de sus Eclesiásticos en el martirio cerca de doscientos y cincuenta.

9 En este tiempo pondremos al bienaventurado Milles. Este santo hombre siguió las armas en su juventud: despues dexó el servicio, y abrazó la vida apostólica. Llegó á ser Obispo de una Ciudad de Persia: padeció grandes trabajos, y muy malos tratamientos por establecer allí el Christianismo; pero viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, abandonó aquellos corazones endurecidos; y aun saliéndose de la Ciudad, les echó su maldicion. Hizo esta su efecto poco despues; porque habiéndose amotinado contra Sapor, y habiéndola mandado sitiar este Príncipe, dió orden á su exército, en que llevaban trescientos elefantes, que la arruinasen hasta los cimientos, que la echasen el arado, y la sembrasen de trigo últimamente. Entretanto el Obispo Milles, sin equipage, y sin muebles, y no llevando de su Obispado mas que el libro de los quatro Evangelistas, tomó el camino de Jerusalen: ofreció allí sus votos, y despues entró en Egipto para ver los Solitarios, que habitan los desiertos. En quanto á lo demás, remitiendo al lector á la Historia de Siria, que refiere muy por extenso los milagros de la vida de este Santo, me contendré en los límites de mi primer designio, y me conten-

ten-

tentaré con exponer á los ojos de la posteridad aquel gran número de Christianos, que sufrieron en la Persia en el reynado de Sapor; sin querer intentar (no siendo tampoco posible) referir por menor los diversos tormentos que padecieron, ni tampoco el lugar de su nacimiento, sus nombres, y sus condiciones. Porque en fin, todo quanto yo puedo decir de cierto sobre este asunto, es, que el número de los Mártires de aquel tiempo, conocidos, y averiguados, tanto hombres, como mugeres, cuyos nombres se ignoran, sube á diez y seis mil muy bien. Y así, en vano han querido los Historiadores Eclesiásticos de Persia, ó de Siria, llevar mas adelante su averiguacion, y pesquisa: siempre les será imposible aclarar el resto de esta espantosa multitud de Fieles, que murieron en esta persecucion de las mas crueles.

MARTIRIO

DE SANTA FERBUTA (1), Ó TARBULA,

SU HERMANA, Y UNA CRIADA.

Sacado de Bolando (que son las mismas de las Actas anteriores).

DUrante la persecucion que Sapor, Rey de Persia, movió en su Reyno contra la Iglesia, cayó mala la Reyna su muger. Esta Princesa favorecía mucho á los Judíos, aquellos enemigos implacables de la Cruz de Jesu-Christo; y recibía con gusto todos los sentimientos que la querian inspirar. No dexaron de valerse de esta prevencion para satisfacer el odio que tenian á los Christianos, y les pareció haber hallado en el mal de la Reyna la ocasion mas favorable que podian desear. Acusándolos de haberla hecho dar veneno por las hermanas del Obispo Simeon, llevadas del deseo de vengar su muerte, á quien el Rey condenó á perder la vida justamente. Dió oidos la Reyna á la calumnia; y envió al punto á prender á Ferbuta, á su hermana, y su criada. Esta excelente doncella era un modelo de todas las virtudes: su hermana no la era inferior; y ambas á dos vivian una vida tan christiana, y tan per-

(1) A 22 de Abril. Cerca del año de Jesu-Christo 345.

perfecta, que eran el buen odor de la Iglesia. Fueron conducidas á Palacio para ser allí preguntadas. Nombró el Rey para instruirse de su causa al principal de los Magos, al qual asoció dos de los Jueces ordinarios. Luego que Ferbuta compareció ante estos comisionados, los deslumbró con el resplandor de su belleza; y todos tres formaron al mismo tiempo un designio criminal sobre su persona; pero sin comunicárselo el uno al otro. Procedieron, pues, al interrogatario. ¿Por qué, dice el Presidente, dirigiéndose á las dos hermanas, y á la criada, habeis atentado quitar la vida á vuestra Reyna, Soberana del universo? ¿Quién os incitó á cometer una accion tan fea? Tomando entonces Ferbuta la palabra por las otras dos, y por ella, respondió: ¿De dónde nace, digo yo, que deis oido á la sugestion del espíritu maligno, que os hace pensar una cosa tan distante de la verdad? ¿De dónde nace que os complazcais en calumniarnos de este modo? Si teneis sed de nuestra sangre, ¿quién os estorva el beberla? Si nuestra muerte tiene tanto atractivo para vosotros, bien podeis satisfaceros: acostumbradas están vuestras manos á darla; y nosotras, como Christianas, prontas estamos á padecerla. Porque estando escrito en los libros (1) de nuestra Religion, que no se debe adorar, y servir sino á un solo Dios: esto es lo que nosotras hacemos. En los mismos libros (2) se halla tambien escrito, que

(1) *Deuteron.* 6. (2) *Exod.* 22.

que todo envenenador será muerto por el pueblo. ¿Pues cómo quereis, despues de esto, que nosotras hayamos dado veneno, puesto que no es menor culpa entre nosotros, que adorar á muchos Dioses, y que la muerte es el castigo del que tales delitos cometiere? Los Jueces, á quienes la hermosura de Ferbuta había puesto ya á su favor, se quedaron admirados de la sabiduría de esta respuesta. Tan encantados los dexaba, como inmobles, y los quitaba hasta el uso de la voz. Cada uno guardaba un profundo silencio; y ocupado enteramente de sus propios pensamientos, se decía á sí mismo: Yo emplearé todo el crédito que tengo para con el Rey, á fin de libertar esta amable persona, y la pediré en matrimonio despues. Finalmente, el principal de los Magos, que fue el primero que volvió de este dulce desvarío, la habló de esta manera: Por mas que nos digais, y por mas que prohiba el veneno vuestra Ley; lo cierto es que se lo habeis dado á la Reyna, para vengar la muerte de vuestro hermano. ¿Y qué mal padeció mi hermano, replicó Ferbuta, para exponernos á perder la vida baxo el vano pretexto de vengar su muerte? Verdad es que por satisfacer vuestra rabia, se la causásteis vosotros; pero á pesar de vuestro envidioso furor, no dexa de vivir, y de reynar tambien en el cielo. Y sabed que aquel Reyno es tanto mas superior á este, quanto mas superior es la verdad á la mentira, y la realidad á la sombra, y la apariencia. A vista de esto enviaron los Jueces á

la

la carcel á las tres Christianas inmediatamente.

A la mañana siguiente, apenas comenzaba á rayar el dia, quando el principal de los Magos, instado de su pasion, envió secretamente á Ferbuta uno de sus confidentes, con orden de asegurarla, que estaba pronto á emplear por ella, y por sus compañeras toda quanta reputacion, y quantos amigos tenía para con Sapor; y que se obligaba á obtener de aquel Príncipe su gracia, y su libertad, con tal que solo quisiese resolverse á casarse con él. Quedó como embargada la casta Virgen á esta proposicion, y estuvo por algun tiempo sin responder; pero recobrando al punto su generosidad natural, y volviéndose hácia el confidente del Mago: Detente, perro desvergonzado, le dixo ella, enemigo de Dios, y de la verdad: guárdate bien de proseguir un discurso que me ofende: mis oidos no lo pueden sufrir, y mi corazon le tiene horror. No quiera Dios que eso que me propones, se llegue á ver.

¿Pero cómo, prosiguió, se podrá ver, ni cumplir? ¿Mi persona, y mi Fé no son de Jesu-Christo mi Señor? Yo le he consagrado mi virginidad, y se la conservaré inviolable siempre: su esposa jamás le faltará á la fidelidad. Bien puede, sin duda, librarme de tus impuras manos, y desbaratar los infames proyectos del que te envía. Fuera de que, yo no temo el morir, ni los suplicios me causan miedo. Al contrario, la muerte me será dulce, puesto que me volverá á juntar á mi amado hermano, y á mi querido Obispo

Si-

Simeon, y acabará estos tristes dias que paso desde su muerte en los llantos, y en los gemidos. Los otros dos Jueces le enviaron tambien separadamente á hacerla otra semejante proposicion, que rechazó con la misma fuerza, y en términos que denotaban su indignacion, y el desprecio que hacía de todos ellos.

Y así los tres Jueces, á quienes la rabia de ver despreciada su loca pasion, y la vergüenza de haber emprendido un atentado tan indigno de su edad, y de su caracter, los hacía furiosos, olvidaron que eran rivales, ó competidores; y reuniéndose, juraron la pérdida de todas tres. No tuvieron dificultad alguna en declararlas reas, y convencidas de haber dado veneno á la Reyna. Hicieron su relacion á Sapor, quien las condenó á muerte, prometiéndolas, no obstante, su gracia, si querian adorar al sol, que era el principal intento. Habiéndolas intimado la sentencia con esta suavidad, que las hacía dueñas de su destino, exclamaron todas á un mismo tiempo, que ellas adoraban al que había hecho al sol, y que jamás se las obligaría á dar á la criatura el mismo culto que al Criador de cielo, y tierra. Todas vuestras amenazas, añadieron, jamás podrán separarnos de la caridad de Jesu-Christo nuestro Salvador. A este tiempo las interrumpieron con los grandes gritos que dieron los Magos. Que mueran, decian estos: perezcan esas infelices, que han envenenado á nuestra Reyna, y que con sus maleficios la echan en la sepultura. Movido el

Rey de estas sediciosas, y terribles voces, abandonó nuestras Santas Mártires al furor de los Magos, dándoles facultad de disponer el género de suplicio que quisieran. Porque estos detestables hombres aseguraban que la Reyna jamás podría sanar, sin que se pusiesen en quartos los cuerpos de estas mugeres, y se hiciese pasar á la Reyna por medio de estos cuerpos divididos anteriormente. No obstante, el principal de los Magos, que sentía mucha dificultad en librarse de su amor hácia Ferbuta, la hizo segunda vez nuevas instancias para que le correspondiese, prometiéndola siempre salvarla la vida, así á ella, como á sus dos compañeras. Pero levantando esta Virgen su voz, que un santo frenesí hacía mas fuerte, y mas bronca que lo ordinario: ¿Por qué, le dice al que la hablaba de parte del Mago, por qué vienes, perro inmundo, á manchar segunda vez mis oidos con un discurso, que ni puedo, ni quiero oir? Yo corro á la muerte con alegría, porque en ella he de hallar una vida, que nunca se acabará. Jamás se verá en mí la menor flaqueza. No se me verá á mí pedir perdon, por conservar algunos momentos de esta vida pasagera, y perecedera; porque sería el premio de esta cobardía una muerte eterna.

Llevaron las Santas Mártires fuera de las puertas de la Ciudad, donde habian plantado seis horcas, ó vigas, dos para cada una. Atáronlas por el cuello, y por los pies, de suerte

que todo el cuerpo estaba en el aire. Despues las aserraron por el medio; y en fin, pusieron seis estacas, ó maderos, tres de una parte, y tres de la otra, sobre los quales plantaron los cuerpos divididos en seis mitades. Espectáculo horrible, y lastimoso á un mismo tiempo! Estando ya todo esto dispuesto, fueron á buscar á la enferma, y la hicieron pasar por medio de estas dos filas; y todo el pueblo seguía á su Reyna, porque lo habian juntado aquel dia para hacer de él una lista, ó encabezamiento.

MARTIRIO

DE S. SADOTH (1) OBISPO,

Y DE OTROS CIENTO Y VEINTE Y OCHO MARTIRES DE PERSIA (2).

Sacado de Bolando.

S. Sadoth succedió á S. Simeon en el gobierno de las Iglesias de Seleucia (3), y de Ctesifonto. Poco tiempo despues de su establecimiento, convocó los Presbíteros, y los Diáconos de sus dos Iglesias, para darles parte de una vision que había tenido. Ví, les dixo, esta noche en sueños una escala toda rodeada de luz, cuya

(1) En lengua Persiana quiere decir el que ama á Dios. (2) A 20 de Febrero. Año de Jesu-Christo 346. (3) Salec.

extremidad llegaba hasta el cielo, y en ella S. Simeon: parecióme estar en una grande gloria. Alcanzóme á ver el Santo al pie, y me llamó con un aire risueño, y muy alegre. Sube, me dixo, Sadoth, sube: no temas. Ayer subí yo: hoy te toca subir á tí. Y desde aquel momento, continuó S. Sadoth, comencé á disponerme para el martirio. Hermanos mios, estos términos de ayer, y de hoy, de que se valió mi Santo Predecesor, significan, si no me engaño, que él padeció la muerte el año pasado, y que yo la he de padecer este. Y tomando de aquí ocasion de hablar á su Clero sobre las disposiciones que se deben llevar al martirio, decía: "Amemos á „ Dios, hermanos mios, amémosle de todo nues„ tro corazon. Amemos á Jesu-Christo: amémosle „ de toda nuestra alma; y cubiertos de las ar„ mas de la Fé, no temamos combatir, y esta„ remos seguros de vencer. Si se presenta la muer„ te, si nos acomete, no nos desalentemos: pre„ párese cada uno de nosotros á recibirla como „ hombre de valor. Si es necesario morir, mue„ ramos como gentes de honor, pues morimos „ por Jesu-Christo nuestro Salvador. Y así hasta „ que veamos la espada de los tiranos amenazar „ á nuestra cabeza, hagamos provision de méri„ tos, adquiramos virtudes, enriquezcámonos de „ buenas obras. Aprovechémonos del tiempo: y „ mientras que aún es de dia, caminemos, ade„ lantémonos, corramos hácia el Reyno del cie„ lo, que allí nos aguardan los honores, y la

„ glo-

„ gloria. Esta es nuestra herencia: estemos prontos á recogerla quando llegare el tiempo: hagamos célebre nuestro nombre, y conságrelo la posteridad en los siglos venideros. Pidamos á Dios, hermanos mios, que la vision que me ha enviado, se cumpla bien presto. El hombre que se dexa conducir del espíritu, y de la razon, no teme la muerte: el que vive segun los deseos de la carne, tiembla, se estremece, y desespera quando se acerca. El primero ama á Dios, y vá á Dios con un ardor acelerado: el segundo ama al mundo, y no dexa al mundo sino con dificultad, y trabajo. Y así la alegría, y la verdadera felicidad, son la herencia de aquel, quando este no tiene por suya sino al dolor, las lágrimas, y la tristeza."

En fin, el segundo año de la gran persecucion de Persia, venido Sapor á Seleucia, y á Ctesifonto, fue acusado ante él el Obispo Sadoth de Christianismo. Este santo hombre, que segun la significacion de su nombre, amaba á Dios de todo su corazon, animado de una viva fé, y adornado de todas las virtudes que forman los justos, fue arrestado con su Clero, y algunos Eclesiásticos de las cercanías, los Monges, y las Religiosas de su Iglesia, cuyo número podía ser entre todos de ciento y veinte y ocho Fieles. Conduxéronlos á la carcel, en donde estuvieron cinco meses enteros. Allí sufrieron males increibles. Trabábanlos las piernas con cuerdas, que apretaban con toda su fuerza: poníanles sobre las es-

paldas, y á lo largo de los riñones, gruesos zoquetes de madera: añadian á esto cargas de una horrible pesadez; de suerte que se les oía crugir sus huesos como si fueran haces de leña seca, quando los atan. Entretanto se les gritaba continuamente: Adorad al sol, y obedeced al Rey, si quereis salvar vuestra vida. Pero hablando por todos S. Sadoth, respondió con una maravillosa constancia: "Nosotros no tenemos todos mas que
„ una misma Fé: creemos todos las mismas ver-
„ dades: todos estamos sujetos á la misma potes-
„ tad, todos profesamos la misma Religion: en
„ una palabra, nosotros todos no adoramos sino
„ á un mismo Dios, Criador del cielo, y de la
„ tierra: al sol, que no es sino obra de este gran
„ Dios, nunca le adoraremos, ni rendiremos al
„ fuego nuestros obsequios. ¿Y cómo podríamos
„ nosotros tener sentimientos de respeto por esas
„ cosas, puesto que no han sido criadas sino pa-
„ ra uso nuestro? Y así publicad edictos enhora-
„ buena, que nosotros, por obedecer á un hom-
„ bre, no hemos de ser infieles á Dios. No igno-
„ ramos que nos podeis quitar la vida, ó dexár-
„ nosla; pero no nos podríais dar mayor gusto
„ que hacérnosla perder. ¿No podrán vuestros
„ ojos ver derramar nuestra sangre? Lo que os
„ suplicamos es que seais un poco mas crueles:
„ vuestra paciencia nos daña, y vuestra dulzura
„ nos es demasiado funesta." Dixéronles, pues, de parte de Sapor estas palabras: Si no obedeceis prontamente á las órdenes del Rey, sabed

que vuestra muerte no está distante un momento. Pero al punto exclamaron todos á una voz: Nosotros no moriremos: siempre estaremos vivos delante del Señor, y delante de Jesu-Christo su Hijo. El nos hará vivir una vida eterna, y partirá con nosotros su Reyno, como un padre parte sus bienes con sus hijos. ¿Y por qué nos hacen esperar tanto tiempo una dicha, por la qual suspiramos, y ante la qual veis que nos presentamos con una pronta alegría? ¿Quereis que os lo volvamos á decir otra vez? Nosotros no adoramos al sol, ni obedeceremos á los edictos del Rey. ¿No basta esto para merecer vuestra cólera, é indignacion? En fin, consiguieron lo que deseaban con tanto ardor, y fueron condenados á muerte. Los Ministros de Justicia, despues de haberlos hecho atar de dos en dos, los hicieron conducir fuera de la Ciudad. Entonces fue quando esta santa tropa se puso á cantar himnos, y cánticos con una alegría, y un gozo inexplicable. Decíanle á Dios: Júzganos, Señor, y separa nuestra causa de la de una nacion impía: libradnos del poder de estos hombres sanguinolentos; porque vos sois nuestra fuerza, Señor: vos solo sois nuestra esperanza. Luego que llegaron al lugar destinado para la execucion, levantaron su voz todavía mas alto, y dixeron: Seais bendito, Señor, porque no habeis desechado nuestra humilde súplica. Seais bendito, porque nos concedísteis la gracia de morir por vos: gracias os damos, Señor, de la corona que os dignais poner sobre nuestra cabeza: vos

sabeis qué votos hemos formado en vuestra presencia, para obtenerla de vuestra bondad. Bendito sea vuestro único Hijo, nuestro Dios, nuestro Señor, que nos ha salvado hoy, que nos ha llamado á la vida eterna: no permitais que ninguno de nosotros dé la menor señal de flaqueza; sino fortificadnos por un nuevo efecto de vuestra gracia: haced que el bautismo de sangre, en que vamos á ser bautizados, sea para nosotros un título de honor, que nos dé derecho de entrar en vuestra gloria. Estas oraciones, estas alabanzas, estas acciones de gracias, no cesaron mientras que hubo, aunque no fuese mas que uno solo de estos Santos Mártires en estado de pronunciar una palabra; y no acabaron sino con la vida del último que ajusticiaron; y solo el Obispo Sadoth fue trasladado á otra Ciudad (1), en donde le martirizaron.

(1) Bethlapat en la Provincia de Betuza.

HIS-

HISTORIA
DE LA PERSECUCION
DE JULIANO APOSTATA.

Sacada de diversos Autores Griegos, y Latinos impresos, y manuscritos.

Año de Jesu-Christo 362.

I.

MARTIRIO
DE S. CIRILO (1),
Y DE ALGUNOS OTROS.

Sacado de Teodoreto, lib. 3. de su Hist. Eclesiást. cap. 7.

LOS horribles excesos á que se dieron en este tiempo los Idólatras contra los Christianos, son en tan gran número, que esta materia pediría una obra separada; y así nos contentaremos solamente con tocar aquí algunos de tantos. En Gaza, y en Ascalon, dos Ciudades de la Palestina, abrieron el vientre á dos Sacerdotes, y á dos Vírgenes consagradas á Dios; y despues de haberles sacado los intestinos, y llenado de cebada, los pusieron delante de sus puercos. En Sebaste (2), en la misma Provincia, rompieron el se-

(1) A 29 de Marzo. (2) La antigua Samaría.

sepulcro de S. Juan Bautista, sacaron las reliquias, las quemaron, y arrojaron las cenizas al ayre.

Pero lo que pasó en Eliópolis (1) no se puede ni contar, ni oir sin derramar lágrimas. Había en aquella Ciudad un Diácono llamado Cirilo, el qual, animado de un zelo que no merece sino alabanzas, derribó, reynando Constantino, é hizo pedazos muchos Idolos, que algunos Paganos aún adoraban. Pero dominante la Religion de ellos en tiempo de Juliano, se apoderaron de Cirilo, le mataron, le abrieron el estómago, le arrancaron los hígados, y se los comieron con ansia. A la verdad, no dexó el cielo sin castigo á este delito; porque todos quantos tuvieron parte en él, perdieron al punto todos sus dentaduras: despues se les corrompieron sus lenguas en las bocas, cayéndoseles á pedazos; y al fin todos cegaron. Pasmoso, pero terrible exemplo de la ira de Dios, que por un castigo tan extrardinario, quiso mostrar el crédito que la Religion Christiana tiene para con él. Por la misma causa pereció tambien Emiliano en Dorostora, Ciudad de Tracia; y fue condenado por Capitolino, Gobernador de la Provincia, á ser quemado (2).

(1) Ciudad de Fenicia cerca del monte Líbano. (2) Véanse las Notas.

MAR-

II.

MARTIRIO
DE S. EUSEBIO (1),
DE S. NESTAB, Y DE S. ZENON,
HERMANOS.

Sacado de Sozomeno, lib. 5. Hist. Ecles. cap. 9.

SUpuesto que nuestro asunto nos ha trahido hasta aquí insensiblemente, despues de haber referido de qué modo Jorge, y Teodoro (2) fueron muertos por los Paganos, nos hallamos en cierta manera obligados á referir la historia del trágico fin de los tres hermanos, Eusebio, Nestab, y Zenon. Aborrecíalos de muerte el pueblo de Gaza. Echóse un dia sobre sus casas, y los sorprendió á todos tres; de donde los llevaron á la carcel, despues de haberlos desollado á azotes. Desde allí, dirigiéndose al teatro este populacho, se puso á gritar, y decir que los tres hermanos Christianos habian profanado los Templos de sus Dioses; y que valiéndose de la ocasion de los últi-

(1) A 8 de Setiembre. (2) El primero era aquel Jorge, que se apoderó de la Silla de Alexandría durante el destierro de S. Atanasio; el qual fue muerto por los Gentiles en una sedicion popular. El segundo es Teodoro, ó por mejor decir Teodoreto, cuyas Actas daremos traducidas mas adelante.

timos reynados, muy favorables á su Religion, habian hecho todos sus esfuerzos para abolir la de los Griegos, y para hacerla á los Príncipes odiosa. Sobre esto piden con mil voces confusas su muerte: acaba de apoderarse de los ánimos el furor: corren á la prision: sacan á los tres hermanos; y sin mas formalidad de causa, los matan cruelmente; pero no fue sino despues de haber executado en sus cuerpos todo quanto la cólera, junta con el falso zelo de religion, puede inspirar á una plebe amotinada. Llévanlos arrastrando de los pies por todas las calles, unas veces de espaldas, otras veces boca abaxo: cada uno quiere tener parte en su muerte, y se arma para esto de todo quanto se le viene á la mano. Unos los acometen á pedradas, otros les descargan palos sobre la cabeza, y les hacen saltar los sesos. Hasta las mismas mugeres, saliendo de su casa, y dexando su trabajo, van á meterles los usos, y demás instrumentos de su labor, por los ojos. Viéronse cocineros correr con calderas de agua hirbiendo para echarlas sobre los cuerpos de los Mártires: otros pasarlos de parte á parte con sus asadores. En fin, despues de haber sido el juguete de su crueldad, los sacaron fuera de la Ciudad arrastrando, al lugar donde se arrojan despues de muertos los animales. Allí encendieron una grande hoguera, y quemaron aquellos lastimosos residuos, y confundieron los huesos que el fuego perdonó, con los de los caballos, y de las mulas, para que no se les pudiese distinguir

con

con facilidad. Pero una muger Christiana, que vivía cerca del sitio, habiendo ido la noche siguiente, por una inspiracion, y auxîlio particular de Dios, los separó felizmente, se los llevó á su casa, y los puso despues en poder de Zenon, primo hermano de los Santos Mártires. Recibió en sueños esta orden, por la qual le manifestó Dios claramente la casa de Zenon, y le dió todas las señales para no errarla. Porque esta muger jamás le había visto, ni él se atrevía á dexarse ver, por causa de la persecucion; y poco faltó para ser cogido por el pueblo de Gaza, que no hubiera dexado de hacerle el mismo tratamiento que á sus primos hermanos; pero en tanto que este pueblo cruel se divertía con la muerte de los tres Santos Mártires, se salvó él á Antedon, Ciudad marítima (1), distante como veinte millas de Gaza, y que en aquel tiempo se había dado al culto de los demonios, y á todas las supersticiones paganas, de un modo que excede á la imaginacion. En efecto, apenas entró en ella Zenon, quando fue reconocido por Christiano, azotado, y echado fuera de la Ciudad. Refugióse, pues, á Mayuma (2), en donde se estaba oculto; y allí fue adonde esta santa muger le fue á buscar. Luego que le encontró, le confió las reliquias de sus tres primos, que conservó con cuida-

(1) Entre Gaza, y Ascalon. (2) Ciudad de Palestina, erigida en Obispado por el Gran Constantino, que la mudó su nombre en el de Constancia. Pero Juliano la despojó de todos sus privilegios.

dado, sin que nadie lo pudiese conocer; pero habiendo sido electo Obispo de Mayuma en el reynado del Gran Teodosio, edificó una Iglesia fuera de los muros, en donde erigió un sepulcro para poner en él las reliquias de S. Eusebio, y de sus dos hermanos, con las de S. Nestor, que había tenido con ellos, mientras vivió, una grande amistad; y que fue tambien, como ellos, puesto en la carcel, cargado de cadenas, y cruelmente azotado. Pero como los que le llevasen á la muerte, le hubiesen reparado, tocados de su rara hermosura, se sintieron en aquel punto tocados de compasion, y lo dexaron en un campo fuera de una de las puertas de la Ciudad, no queriendo acabar de darle la muerte, bien que les parecía que no se podía de ella escapar. En efecto, algunos Fieles le conduxeron á casa de Zenon, que aún estaba en Gaza; pero espiró en sus manos al mismo tiempo que este caritativo amigo le aplicaba la primera venda á sus llagas.

En tanto, vuelto el pueblo de su furor, y aterrado de la enormidad de su delito, comenzó á temer el justo resentimiento del Soberano. Empezó á correr la noticia, que había resuelto diezmar toda la Ciudad; pero era falsa, y sin ningun fundamento. Solo el temor, y el remordimiento le causaba este susto; y el Emperador tuvo cuidado de hacerle calmar quanto antes. Tenía otros pensamientos bien diferentes: ni una palabra habló á los Alexandrinos del

ho-

homicidio cometido en la persona del Obispo Jorge, ni dió la menor reprehension al pueblo de Gaza por la de los tres hermanos. Al contrario, afectando una clemencia, y una dulzura, que no era sino efecto de su odio contra los Christianos, desaprobó el procedimiento del Gobernador de la Palestina, que mandó poner en prision á los principales autores del motin, y á quienes quería castigar. ¿Qué necesidad había, decía Juliano, de usar de este rigor con unas personas, que en suma no hicieron otra cosa que dar la muerte á dos, ó tres Galileos (1), para vengar las injurias hechas á sus Dioses, y á los Emperadores?

(1) Así llamaba á los Christianos.

III.

MARTIRIO DE S. MACEDONIO (1).

Sacado de la Historia de Sócrates, lib. 3. cap. 15.

POR aquel mismo tiempo, Amaquio, Gobernador de Frigia, mandó que se abriese en Mira (2) un templo de los Idolos, que estuvo cerrado en tiempo de los Emperadores precedentes, mandando que se limpiase, y que volviesen á blanquear las estatuas de los falsos Dioses. Estas órdenes, que restablecian el culto de los demonios, excitaron el temor, y la consternacion entre los Fieles. Pero tres de ellos, llamados Macedonio, Teódulo, y Taciano, no pudieron sufrir, sin darlo á conocer, que se hiciese una injuria tan grande á su Religion. Animados de un zelo extraordinario, entran de noche en este templo, y lo hacen todo pedazos. Al oir esto el Gobernador, se enfurece, hace prender indiferentemente á todos los Christianos que se hallan en Mira: mételos en calabozos, y los pone á tormento. Viendo esto los autores de aquella accion, van por sí mismos á presentarse á aquel Magistra-

(1) A 12 de Setiembre. (2) Ciudad Episcopal baxo la Metrópoli de Sinada. Segun M. de Valois se llamaba antes Cemople.

trado, para no ser causa de que unos inocentes padezcan por ellos, y sean condenados á muerte por un pretendido delito, que no executaron. Gozoso el Juez de tenerlos en su poder, les propuso que sacrificasen, y les prometió la impunidad con esa condicion. Pero ellos, sin querer casi escuchar la proposicion del tirano, declararon brevemente que estaban prontos á morir, y que jamás mancharían sus manos con cultos tan abominables. Y así, Amaquio los hizo luego estender sobre unas grandes parrillas de hierro, y encender fuego debaxo; pero desde allí le dixeron las mismas palabras que S. Lorenzo algunos siglos antes dixo al tirano hallándose en semejante lugar. Ya puedes, Amaquio, ver si estamos bien asados; que estándolo á tu gusto, podrás mandar que nos vuelvan del otro lado.

IV.

ACTAS
DE S. BASILIO (1)
DE ANCIRA.

Sacadas de Bolando, y cotejadas con un Manuscrito Griego de la Biblioteca del Vaticano.

APlicado Basilio sin intermision á enseñar á los hombres las verdades christianas, y á sacarlos del error, y de la mentira, se esforzaba á conducirlos por los caminos de Jesu-Christo, y á apartarlos de los del demonio. No cesaba de predicarles, que se acercaban unos tiempos calamitosos; que los Príncipes de la milicia infernal habian salido ya de su carcel, y sembraban por todas partes lazos, peligros, y escándalos; que entre los Ministros de Jesu-Christo había algunos del demonio, revestidos de pieles de ovejas; pero que en la realidad no eran sino lobos crueles, y rapaces, que no buscaban sino hartarse de almas; y que así era preciso caminar con grandes precauciones. Gritaba con toda su fuerza, y con toda la intrepidez, y toda la constancia de un Profeta. Seguidme vosotros, todos los que quereis arribar á la felicidad eterna: yo os mos-

(1) A 22 de Marzo.

mostraré el camino que conduce á ella: yo os señalaré al mismo tiempo la que lleva á la desgracia perdurable: yo os haré ver en qué abismos se precipitan los que abandonan al Dios vivo por seguir á unos Idolos sordos, mudos, y ciegos. ¿Qué provecho pensais vosotros que sacan de una mudanza tan poco cuerda? Abrasarse en un fuego, que no se apagará jamás. Por eso nosotros, todos quantos somos, deseamos conservar el tesoro inestimable de la Fé: no tememos atropellar por toda esa pompa vana, y ridícula, con que el demonio aficiona, sorprende, y obliga á los espíritus que ha engañado: despreciamos esas necedades de que llena los ojos, y el corazon de los miserables esclavos: no nos acobarde la dificultad de la empresa: Jesu-Christo será con nosotros: él nos sostendrá, nos defenderá, y nos dará la recompensa por sus manos.

Con semejantes discursos recorría Basilio cada dia toda la Ciudad de Ancira, exhortando, animando, y amenazando á cada uno: alentaba á unos con la esperanza de los bienes futuros: intimidaba á otros con el temor de las penas eternas; é inspiraba á todos el desprecio de los tormentos, y de la muerte. No obstante, Eudoxio (1), Macario, Eugenio, y algunos otros Obispos Arrianos, que se habian juntado en Constantinopla, le prohibieron que fuese así predicando al pueblo

 unas

(1) Obispo Arriano de Germanicia, despues de Antioquía, y últimamente de Constantinopla el año de 360.

unas verdades que no le agradaban; pero al mismo tiempo doscientos y treinta Obispos, que tenian un Concilio en la Palestina, le exhortaban á continuar, á no temer cosa alguna, á obrar siempre con confianza; y en fin, á acordarse que siendo uno de los principales Oficiales del Palacio del Emperador, debía dar exemplo de una fidelidad mas perfecta para con Jesu-Christo. Y así, caminando este santo hombre en la presencia de Dios, anunciaba valerosamente la doctrina irreprehensible de la Fé; y la regularidad de su vida, junto con la fuerza de sus palabras, sacaba cada dia del error á muchos Christianos, que desgraciadamente se habian dexado llevar. Estaba la Iglesia por entonces en una horrible agitacion. Delataron á Basilio al Emperador (1), como á un hombre inquieto, sedicioso, y que por sus excesivas predicaciones fomentaba la turbacion, y la division. Quiso el Príncipe hacerle el interrogatorio por sí mismo; pero fue siempre invariable en sus respuestas, siempre firme, é inalterable en la Fé, y en la tradicion de los Padres, defendiendo con mucho zelo, y capacidad la Fé ortodoxâ; lo que quitó á la heregía muchos sequaces.

Despues de la muerte de Constancio, y que subió Juliano al Imperio, renunciando este abiertamente el Christianismo, emprendió ganar para sus Dioses otras tantas almas quantas pudiera lograr.

(1) Constancio.

grar. Hízose Doctor de la idolatría: publicó sus dogmas impíos tocante al culto que quería se diese á estas divinidades inanimadas, é insensibles, y le estableció en la Galacia, donde se vieron por quince meses humear los altares de los Dioses de Juliano. Afligido sumamente Basilio de la desgracia de la Iglesia, y temiendo esto mismo por Ancira su patria, hizo públicamente á Jesu-Christo esta oracion: "Salvador del mundo, luz „ que no puede ser oscurecida, sol que disipais „ las tinieblas del error, tesoro inmenso de las „ riquezas infinitas de la divinidad: Señor Todo- „ poderoso, volved los ojos: esos ojos, digo, que „ están algunas veces encendidos de una santa, y „ terrible cólera: esos ojos, que lanzan sobre los „ pecadores el rayo, y la muerte: volvedlos so- „ bre esas ceremonias abominables, y disipadlas „ con los que las practican. No permitais que „ prevalezcan á la verdad que nos habeis ense- „ ñado: arruinad esos altares, y sus ministros. „ Haced inútiles sus proyectos, y que no puedan „ jamás seducir á las almas de los que creen en „ vos." Oyeron esta deprecacion algunos adoradores de los Idolos: bramaron de rabia contra el que la hacía; y uno de ellos, llamado Macario, se arrojó sobre el Santo, y le maltrató. Hombre malvado, le dixo, tú pones á toda la Ciudad en consternacion por tus sediciosos discursos: ¿ tienes atrevimiento á oponerte á una religion, que el Emperador tan sabiamente ha restablecido? Respondióle Basilio: El Señor te arranque esa len-

lengua, infeliz esclavo del demonio. No soy yo quien destruyo tu religion, sino el que reyna en el cielo: aquel mismo que ya la ha arruinado: ese mismo, digo, sabrá muy bien hallar medio de exterminarla por segunda vez. El puede muy bien desvanecer todos los quiméricos proyectos de tu Emperador, hasta que le reduzca á la última miseria, en donde no hallará mas que la muerte, que le será entonces dada, como justo castigo de su insolente rebelion contra Dios.

Esta respuesta no hizo mas que irritar excesivamente los ánimos. Llévanle en casa del Proconsul (1). Este hombre, gritan tumultuariamente mas de cien personas á un tiempo, pone en turbacion, y confusion toda la Ciudad. Nosotros le hemos hallado enseñando al pueblo una doctrina peligrosa: dice que es necesario derribar los altares de los Dioses; y habla de ellos, y del Emperador indignamente: el pueblo le escucha; y ya ha pervertido á muchos. Preguntóle el Proconsul quién era, y cómo había tenido el atrevimiento de hacer semejantes cosas. Yo soy Christiano, respondió Basilio. P. Pues eres Christiano, ¿por qué no haces lo que debe hacer un Christiano? B. Yo tambien lo hago; porque en fin, un Christiano debe hacer todas sus acciones á vista de todo el mundo. P. ¿Por qué excitas tumulto en la Ciudad, hablando del Emperador con poco respeto, y haciéndole pasar por un Prín-

(1) Saturnino.

Príncipe, que viola impunemente las mas santas leyes, blasfemando contra su sagrada persona, y contra su religion? B. No hay nada de todo eso. Yo no he blasfemado ni contra el Emperador, ni contra su religion. Pero este Emperador de que yo hablo, es el Dios del cielo, y de la tierra, que reyna soberanamente sobre todos los hombres, á quien nuestros padres han adorado. El es quien puede en un momento confundiros á vosotros, y á vuestros Dioses. P. ¿Con que segun lo que dices, no será verdadera la religion que nuestro Príncipe ha restablecido? B. ¿Cómo lo ha de ser? ¿No os parece lo mismo á vos, Señor Gobernador? Una religion que, mas voraz que los perros hambrientos, vá devorando carnes medio crudas; que dá, como estos animales, grandes ahullidos delante de los altares de los demonios, y derrama su sangre al rededor de los mismos altares, ¿es religion buena para hombres? ¿Puede la razon recibir semejante culto? P. Tú no dices mas que necedades, Basilio: calla, y obedece al Emperador. B. Hasta ahora he obedecido al Emperador del cielo: jamás le faltaré á la fidelidad. P. ¿De qué Emperador hablas? B. Del que reside en el cielo, y que vé, y considera todas las cosas. Porque ese otro, cuyas órdenes me quereis obligar á recibir, no manda sino en un rincon de la tierra, y bien pronto no mandará mas; pues no siendo mas que hombre, caerá por su turno, como los demás hombres, en poder del Gran Rey, que le hará dar cuenta de

sus acciones. Poco satisfecho el Proconsul de sus respuestas, hizo poner al Santo sobre el potro. Mientras que le atormentaban, decía: Señor, Dios de todos los siglos, yo os doy gracias, porque me habeis juzgado digno de andar en el camino de los sufrimientos: siguiéndole, estoy seguro, Señor, de arribar á la vida, y de hallarme en compañía de los que habeis hecho herederos de vuestras promesas, y que ya las gozan. ¿Qué te parece, interrumpió el Proconsul, crees ahora que el Emperador de la tierra puede, quando le place, castigar á los que rehusan obedecer á sus órdenes? Si lo ignoras, la experiencia es una gran maestra: ella te lo podrá enseñar. ¿Quieres creerme? Sacrifica, Basilio. No te creeré yo, replicó el Martir, ni tampoco sacrificaré. Envióle el Proconsul á la carcel. Quando le llevaban á ella, encontró en el camino á cierto hombre perdido de profesion, llamado Felix, que le dixo: ¿Dónde vas á perderte, pobre? ¿Por qué no te haces quanto antes amigo de los Dioses, que tú lo serás bien presto del Emperador? De otro modo te puedes prometer sufrir terriblemente, y con justicia á la verdad. Echándole entonces Basilio una ojeada cruel, y fulminante, le respondió: No te acerques á mí, infeliz, hombre petrificado en los vicios, espíritu impuro: ¿te toca á tí el penetrar los motivos que me hacen obrar? ¿Cómo podrás tú, rodeado de tinieblas, divisar el menor rayo de la verdad? Y diciendo esto, se entró en la carcel.

Entretanto informado por el Proconsul Juliano de todo quanto había pasado en este asunto, envió este Príncipe allá á Elpidio (1), y Pegazo, dos hombres que estaban apasionados enteramente á él, y que le servian de emisarios para perder las almas: al pasar por Nicomedia tomaron á otro malvado llamado Asclepio, y que era Sacerdote de Esculapio. Luego que llegaron todos tres á Ancira, tomaron informes del estado en que estaba la causa que los trahía á aquella Ciudad. Supieron que Basilio estaba en la carcel, donde no cesaba de alabar, y glorificar á Dios. Al dia siguiente de su arribo fue allá solo Pegazo, con ánimo de tratar con él. Luego que le alcanzó á ver, le comenzó á decir á gritos: Aquí está un humilde servidor de Basilio. A que el Santo respondió: Aquí está Basilio, que no lo es tuyo, detestable prevaricador, infame desertor de la milicia de Jesu-Christo: ¿no te acuerdas, traidor, de tus primeros años, de aquellos dichosos tiempos, en que bebías en las fuentes siempre puras, siempre claras de la divina palabra? Y ahora no te llenas sino de aguas cenagosas. Entonces tenías parte en los sagrados misterios de la mesa de Jesu-Christo: hoy dia comes en la de los demonios. En aquellos felices dias eras tú

(1) Este es el Conde Elpidio, Gran Maestre de la Casa del Emperador, el qual abrazó el Paganismo por pura complacencia para con Juliano. Despues de la muerte de este Príncipe, cayó en desprecio baxo sus succesores; y en la Corte de Valente no se le llamaba sino el Sacrificador Elpidio.

tú el Doctor, y el Maestro de la doctrina santa; y ahora has llegado á ser el capitan de los perseguidores de la verdad. Tú celebrabas con los Santos fiestas del todo santas; y ahora no sabes mas que profanas, que solemnizas con los Ministros de Satanás. Infeliz, ¿cómo te has dexado quitar tan grandes riquezas? ¿cómo has renunciado tan buenos derechos? Qué harás tú, qué responderás quando comparezcas ante el tribunal de Dios? Despues se puso á orar en voz alta, diciendo: "Seais glorificado, Señor. Vos que gustais de descubriros á vuestros siervos, á los que
„ desean sínceramente conoceros: vos que derramais una parte de vuestra gloria sobre los que
„ esperan en vos, y llenais de confusion á los
„ que desprecian vuestras santas leyes: vos en fin,
„ que sois glorificado en el cielo, y adorado sobre la tierra, no permitais, ó Dios sumamente
„ bueno! que vuestro siervo caiga en los lazos
„ del demonio: concededle siempre la gracia de
„ menospreciar á los que aborrecen la santidad
„ de vuestra Ley, de resistir á sus acometimientos, de despreciar sus amenazas, y de triunfar
„ de sus fuerzas todas."

Ofendido furiosamente Pegazo de un discurso que le contemplaba tan poco, salió de la prision, jurando por todos sus Dioses, que se había de vengar de él. Contó el caso á sus dos compañeros, y no le costó trabajo el ganarlos á su favor. Fueron todos tres á ver al Proconsul, y le explicaron sus quexas contra el Martir. Queriendo aquel

aquel Magistrado agradar á Pegazo, que era el que hacía mas ruido, mandó que le llevasen el Santo. Luego que llegó este, hizo sobre sí la señal de la cruz, y dixo al Juez sin turbarse: Ahora podeis hacer lo que gustáreis de mí. Oyéndole hablar Elpidio de esta suerte, dixo al Proconsul: Ese hombre es un descarado facineroso, ó un loco consumado. Yo soy de parecer que se le dé un fuerte tormento: si se rinde, en hora buena; y si no, es necesario remitir su causa al Emperador. Hízole, pues, estender aquel Ministro por los pies, y por las manos, de suerte que sus nervios, sus músculos, y sus tendones se alargaban conforme las ruedas de la máquina iban tirando las cuerdas con que estaba atado. Pero él, dirigiendo la palabra al Proconsul, le dixo: Yo te desafio con toda tu impiedad, y á tus tres compañeros con todo su poder: ni tú, ni ellos podreis cosa alguna contra mí; porque Jesu-Christo está á mi favor. Entonces dixo el Juez: Traigan las cadenas mas pesadas que se puedan hallar: pónganselas al cuello, y á las manos para enviarle al Emperador. Ténganle entretanto encerrado hasta que le haga marchar.

En este intermedio vino Juliano á Ancira. Los Sacerdotes de Hecates le salieron al encuentro, llevando su Diosa en unas andas, á quienes hizo grandes liberalidades. Al dia siguiente, como asistiese á los espectáculos, le habló Elpidio de Basilio, y el Emperador le quiso ver al salir del Anfiteatro. Compareció el Santo ante él

con

con un aire del todo magestuoso. ¿Quién eres tú? le dixo Juliano: ¿cómo es tu nombre? Voy á decíroslo, respondió Basilio. Primeramente me llamo Christiano: este nombre es grande, y muy glorioso el llevarle. Porque el de Jesu-Christo es un nombre eterno, que no perecerá jamás, ni la continuacion de los siglos podrá borrar un nombre que excede á toda la grandeza, toda la gloria, y toda inteligencia humana. Además de este nombre de Christiano, continuó despues, tengo tambien el de Basilio; y con él soy conocido en todas partes. Pero si conservo sin mancha el primero, recibiré de Jesu-Christo por recompensa la inmortalidad. Estás errado, Basilio, replicó Juliano: tú no ignoras que yo tengo algun conocimiento de vuestros misterios: dígote que aquel en quien pones tu esperanza, no es como tú piensas: ya está muerto, creeme, y bien muerto, siendo por entonces Pilato Gobernador de la Judea. No voy errado, replicó Basilio: Vos sois, ó Emperador! el que lo vais: vos, que habeis renunciado á Jesu-Christo en el momento mismo en que os daba el Imperio; pero os advierto que dentro de poco os le quitará con la vida; y entonces conocereis, pero ya tarde, quién es el que habeis abandonado. Tú saldrás mentiroso, falso Profeta, dixo Juliano: no sucederá eso así. Yo digo la pura verdad, replicó Basilio: sabed que así como habeis querido perder la memoria de los beneficios que recibísteis de él: así tambien olvidará él su bondad quando

os

os quisiere castigar. Vos no tuvísteis ningun respeto á sus altares: se los derribásteis: él os derribará de vuestro trono. Vos os complacísteis en violar su Ley, aquella Ley que tantas veces al pueblo anunciásteis (1): vos le atropellásteis; pero vuestro cuerpo quedará sin sepultura: él será pisado, despues que vuestra alma haya salido á fuerza de los mas violentos dolores. Mi ánimo era salvarte, replicó Juliano; pero puesto que sin respeto alguno á mi dignidad, no solamente desprecias los consejos que te doy; pero ni tampoco temes hablarme con la mayor insolencia, debo vengar la magestad del Imperio, tan horriblemente ultrajada en mi persona. Y así quiero que cada dia le quiten á tu cuerpo siete correas, ó tiras de carne. Cometió esta execucion al Conde Frumentino, Escudero Mayor de Palacio. Despues que el Santo padeció con una admirable paciencia aquellas crueles incisiones: Yo quisiera, dixo, hablar una palabra al Emperador. Loco de contento Frumentino, imaginándose que Basilio se habría por fin resuelto á sacrificar á los Dioses, corrió al Palacio, y llegando sin aliento: Señor, le dixo, Basilio se rinde: quiere tener el honor de hablar á V. M. Salió al punto Juliano de su Palacio, y se fue al Templo de Esculapio, adonde hizo venir al Santo. Luego que estuvo delante del Emperador: ¿Dónde están, le dixo, vuestros Sacrificadores, y vues-

tros

(1) Había sido Lector Juliano.

tros adivinos? ¿Os han dicho lo que me ha movido á pediros audiencia? Yo he creido, respondió Juliano, que sería para asegurarme de que estabas pronto á reconocer los Dioses, y á juntarte á nosotros en los sacrificios que les ofrecemos, y cultos que les damos. No hay cosa mas distante de mi pensamiento, replicó Basilio. Los que vosotros llamais Dioses no son otra cosa que unos ídolos ciegos, y sordos. Al decir esto, tomó uno de los pedazos de carne, que le habian cortado aquel dia, y arrojándoselo al rostro del Príncipe: Toma, Juliano, le dixo, come de eso, pues tanto te gusta. Por lo demás, te declaro que la muerte es para mí una ganancia; que es Jesu-Christo por quien sufro; que él es mi refugio, mi vida, y mi apoyo.

Temiendo el Conde Frumentino la indignacion del Emperador, á quien esta accion de Basilio ponía furioso, se retiró prontamente de su vista. Entretanto pensaba con qué muerte castigaría un ultrage tan sangriento hecho á su amo, que se imputaba á sí, y que parecía quererse hacer responsable. Subió, pues, sobre el tribunal, y mandó que redoblasen los tormentos del Santo, que le hiciesen mas profundas incisiones, hasta que se le viesen las entrañas. Mientras que obedecian á Frumentino, oraba Basilio, y decía: "Seais bendito, Señor, vos, que sois la es„peranza de los Christianos, que levantais á „los que caen, y que sosteneis á los que bam„bolean, que preservais de toda corrupcion á „los

„ los que esperan en vos, y que curais las he-
„ ridas, que nos han hecho por imprudencia, ó
„ por malicia: ó Dios todo bueno! todo miseri-
„ cordioso, que sufrís con nosotros, que padeceis
„ en nosotros, baxad vuestros ojos de lo alto de
„ vuestra gloria sobre vuestro siervo: conceded-
„ me la gracia, ó Dios mio! de acabar feliz-
„ mente mi carrera, y merecer por esta fiel per-
„ severancia el ser recibido en vuestro Reyno."
Con esto, llegada la noche envió el Conde al Santo á la carcel. Juliano partió al dia siguiente para Antioquía, sin querer ver al Conde. Temiendo, pues, este Oficial de su fortuna, y de su propia persona, hizo los últimos esfuerzos para obligar á Basilio á someterse á la voluntad del Emperador. En fin: ¿Qué quieres mas, le dixo, ó sacrificar, ó morir? Ya sabes, respondió Basilio, quántos pedazos de carne hiciste ayer cortar á mi cuerpo: no había uno de los asistentes, que no llorase al ver mis sufrimientos: mira hoy mis espaldas, vé mis costillas, y dime si hay de ello alguna señal. Sábete que Jesu-Christo me ha curado esta noche: puedes enviárselo á decir á tu Juliano: sí, bien puedes hacerle saber quál es el poder de Dios, que él ha dexado por entregarse al demonio, que le seduce, y engaña. Tan ingrato es, que ya no se acuerda que los Sacerdotes de este Dios le salvaron en otro tiempo la vida (1), escondiéndole debaxo del

(1) Constancio su primo hermano le quería dar la muerte.

del altar, aquel altar que despues él ha derribado. Pero mi Dios me dá á entender, que será él, dentro de poco, arruinado, y su tiranía apagada en su sangre. Mientes descaradamente, respondió Frumentino: el invencible Juliano, Señor del mundo, no es tirano. Hombre malvado, ¿no has experimentado tú mismo su dulzura, su clemencia, su humanidad, y su increible paciencia? Al contrario él, ¿no ha sufrido de tí una afrenta sensible, y que no hay con qué castigarla? ¿No me has querido tú mezclar tambien en tu delito? ¿No me hallo yo por causa tuya en la desgracia del Príncipe? Pues ya puedes esperar recibir el castigo que mereces. Voy á curarte de tu locura, voy á hacerte meter por todas las partes del cuerpo puas de hierro ardiendo. Respondióle Basilio frescamente: Tu Emperador no me ha puesto miedo, ¿y tú piensas aterrarme?

En tanto que traspasan al Santo por todas partes, ora en alta voz, y pronuncia distintamente estas palabras: "Jesus, luz mia: Jesus, „ esperanza mia: yo os doy gracias, Dios de „ mis padres, de que saqueis en fin á mi alma „ de esta habitacion de la muerte. No permitais „ que yo profane el sagrado nombre que tengo: „ el vuestro es, Señor: conservadle en mí puro, „ y sin mancha, para que terminando plenamen„ te esta gloriosa carrera, entre en posesion de „ este descanso eterno, que habeis prometido á „ mis padres. Recibid el espíritu de vuestro sier-

„ vo,

„ vo, que muere confesando que vos sois el úni-
„ co, y el verdadero Dios." Acabada esta oracion, espiró por Junio el dia veinte y ocho.

V.

MARTIRIO DE S. TEODORO.

Sacado de la Historia Eclesiást. de Rufino, lib. 10. cap. 35. (1)

SAcrificando un dia Juliano á Apolo en un arrabal de Antioquía, llamado de Dafne, cerca de una fuente (2) consagrada á este Dios de los Paganos, se quedó mudo este famoso oráculo, y no respondió nada á las preguntas que le hacía el Emperador. Preguntó Juliano á sus Sacerdotes la causa de este silencio, y le dixeron que la proxîmidad del sepulcro del Martir Bábilas desagradaba á aquella Deidad; y que no respondería palabra hasta que lo separáran del parage. Hizo al punto el Cesar llamar á los Galileos (cuyo nombre daba á los Christianos), y les mandó quitasen prontamente el cuerpo del Martir, y lo fuesen á poner en otro lugar. Acudió allá toda la Iglesia de Antioquía, todas las cabezas de familia, los jóvenes, las doncellas;

(1) Esta historia la refieren S. Agustin, Sócrates, Sozomeno, Teodoreto, y otros. (2) Llamábase esta fuente Castalia.

y en fin, hasta los niños, y los ancianos, formando todos una larga, y numerosa procesion, en medio de la qual llevaban la caxa del Santo. Iba esta multitud de Fieles dividida en diversos coros, que cantaban himnos, y cánticos, y que repetian de quando en quando estas palabras del Salmo 96: " Sean confundidos todos los que ado-
» ran los Idolos: sean cubiertos de vergüenza
» todos los que ponen en los falsos Dioses su
» confianza." Tuvo el Príncipe la molestia de oir estas palabras, que fueron repetidas mil veces en el largo trecho que ocupaba el acompañamiento, el qual mas parecía un triunfo, que una ceremonia eclesiástica. Esto lo irritó tanto, que al dia siguiente hacía prender indiferentemente á todos los Christianos que se encontraban en las calles de Antioquía, y llevarlos á la carcel. Salustio, Prefecto del Pretorio, aunque Pagano, no podía aprobar esta violencia. Con todo eso, no dexaba de executar las órdenes del Emperador, é hizo atormentar, entre otros, desde la mañana hasta la tarde, á cierto mancebo llamado Teodoro, con tanta crueldad, que se vió obligado á mudar muchas veces de verdugos, porque se cansaban. En medio de eso, este valiente soldado de Jesu-Christo, atado sobre un potro, teniendo á sus dos lados dos verdugos, que se remudaban para despedazarle, ni siquiera mudó de color, siempre tuvo el rostro alegre, y sereno: ni se quexó, ni se le escapó quexido alguno; antes bien, abierta siempre su boca para las alabanzas, y las ac-

acciones de gracias, no cesaba de repetir las palabras que se habian cantado en la mencionada procesion. Esto obligó á Salustio á que despues de haber usado de toda crueldad, y conociendo que nada había adelantado, le era preciso volverlo á enviar á la carcel, y ir á estar con Juliano, para darle cuenta de todo lo pasado. Aconsejóle tambien dexase esto en aquel estado, sin hacer otra nueva tentativa, que era regular no le saliese mejor que la primera, y que no serviría mas que de confundir á los adoradores de los Dioses, y de hacer á los Nazarenos mas vanos. Desde entonces acá hemos visto muchas veces en Antioquía á este valiente Teodoro. Y quando le preguntaba si era mucho el dolor durante aquel largo, y rigoroso tormento, respondía que sus dolores bien se podian sufrir; porque á la verdad tenía él siempre al lado un joven, que con un pañuelo cuidaba de enjugar el sudor que corría por su rostro, y que muchas veces derramaba agua fresca sobre sus heridas. Lo que le causaba una especie de complacencia, que le hizo sentir la falta del potro, quando le baxaron de él.

VI.

MARTIRIO *DE S. TEODORETO*, PRESBITERO (1).

Sacado de tres Manuscritos, y del quarto tomo de las Analectas del P. D. Juan de Mabillon.

INdispuesto Juliano por su mala conducta con su primo hermano el Emperador Constancio, se refugió á la Iglesia de Nicomedia, en donde recibió el orden de Lector; y exerció en ella por algun tiempo las funciones del orden. Pero muerto Constancio sin hijos, y succedídole en el Imperio, hizo una abierta profesion del Paganismo, reedificando los altares de los Idolos, y derribando los del verdadero Dios. Verdad es que usó de un medio enteramente opuesto al de que se valieron los demás tiranos: rara vez empleó la fuerza, las amenazas, y los tormentos para obligar á los Christianos á que le imitasen. Parecióle que las recompensas, las dignidades, y los alhagos serían medios mas seguros, mas honestos, y menos odiosos. Su tio el Conde Julian, que por recompensa de su apostasía obtuvo el Gobierno del Oriente, al punto restableció en él el

(1) A 23 de Octubre. Año de 362.

el culto de los Idolos. Tuvo noticia de que había mucho oro, y mucha plata en la Iglesia de Antioquía: vino á esta, se apoderó de aquella, y del tesoro, despues de poner en fuga al Clero de la Ciudad. Cada uno se salvó donde pudo. Solo Teodoreto, uno de los Presbíteros de esta Iglesia, resuelto á sepultarse en sus ruinas, jamás quiso abandonarla; antes bien volviendo á juntar los Hermanos que había en Antioquía, celebraba con ellos la Colecta acostumbrada (1). Lo qual sabido por el Conde, lo hizo llevar á su presencia arrestado. ¿No eres tú, le dixo, ese Teodoreto, que en el reynado pasado derribabas los altares de los Dioses, desacreditabas su culto, fabricabas Iglesias, y erigías monumentos á los muertos? T. Sí, Señor, le respondió: yo soy el mismo que decís: he procurado, en quanto he podido, que se edificasen Templos al Dios vivo, y que se levantasen Iglesias sobre los sepulcros de los Mártires; y tambien es verdad que he destruido muchos altares consagrados á los Idolos. C. Pues confesad ahora en presencia de los Dioses, que executásteis todas estas cosas, y pedidles perdon. T. Yo nada puse por obra sin orden del Emperador Constancio. Pero me admiro que os hayais hecho en un momento defensor, y abogado de los demonios; ¿ó os llamaré yo un prevaricador? C. Denle veinte palos en las plantas de los pies, por haberse atre-

(1) El Domingo.

vido á decir que no hay Dioses. T. Sabed, Conde, que renunciando la Fé, os habeis precipitado para una eternidad. C. Denle veinte bofetadas, porque sepa que no ha de blasfemar. T. Parece que honrais á quien os engaña, y maltratais á quien os dice la verdad. C. Mírate ya acobardado del todo por algunos golpes que has recibido. Presto verás mas, si no tomas la resolucion de sacrificar á los Dioses. T. Decidme, ¿por qué llamais Dioses á las obras de las manos de los hombres? Acordaos de lo que creíais tiempos antes. C. Nada adelantarás conmigo con todos esos discursos tan estudiados. T. Quando adorábais al verdadero Dios, la verdad estaba sobre vuestros labios, y en vuestro corazon: la amábais, y teníais horror á la mentira; pero ahora el orgullo os cierra los ojos, os muda el corazon, amais la mentira, y aborreceis la verdad. C. Haces buen Orador, y discurres como un Sofista, ó como si estuvieras en Atenas dentro de las aulas. T. No es en las escuelas de Atenas donde yo he aprendido lo que decís, sino en la del Espíritu Santo. Ojalá que os inspire él, Señor Conde Julian, mejores modos de pensar.

Irritado el Conde de la resistencia, y de las réplicas de Teodoreto, le hizo atar á quatro estacas muy apartadas unas de otras. A la misma distancia estaban colocadas quatro ruedas, por medio de las quales estiraban los brazos, y las piernas del Santo, con tan grande violencia, que

pa-

parecía tener ocho pies de largo. Entonces le dixo el Conde: Ahora bien, Teodoreto, ¿sientes el tormento? T. ¿Has olvidado tú tambien lo que te acabo de decir, que las obras de la mano de los hombres no pueden ser Dioses? Confiesa antes al que lo es en efecto, y á Jesu-Christo su Hijo, que crió el cielo, y la tierra, y cuya sangre te había rescatado. C. Ese hombre, que ha sido crucificado, muerto, y sepultado, dices que crió el cielo, y la tierra? T. Sí: ese hombre que fue crucificado, muerto, y sepultado por nuestra salud; y añade, y que ha resucitado: este, digo, crió todas las cosas; y digo que es el Verbo, y la Sabiduría del Padre. Tú lo has adorado quando te dexaste gobernar de la razon, y de la verdad, si es que alguna vez les diste oidos. C. Teme á los Dioses, y obedece al Emperador; porque está escrito: El corazon del Rey está en la mano de Dios. T. Sí: el corazon del Rey que conoce á Dios; pero no el corazon de un tirano, que adora al demonio. C. Insensato, ¿te atreves á llamar tirano al Emperador? T. Sí lo es en efecto, y si manda las cosas que dices, se le debe considerar no solamente como á un tirano, sino como al mas miserable de todos los hombres.

Bramando el Conde de rabia, mandó que atormentasen al Martir; y viendo la sangre que comenzaba á correr de sus llagas con abundancia, le dixo: Sacrifica ahora á los Dioses. T. Yo no conozco Dioses hechos por mano de hom-

bres: no conozco mas que á uno solo, que hizo el cielo, y la tierra, y los mismos hombres. C. Ya veo que no sientes aún bastante los tormentos. T. No los siento, es verdad, porque Dios está conmigo. C. Me han dicho que eres deudor de una suma considerable al tesoro público; y que viéndote insolvente, gustas de morir para salir del negocio. Te puedes valer de otro mejor medio, y sin escoger la muerte: no tienes mas que dar incienso á los Dioses, y yo te prometo alcanzarte un perdon general de todo. T. Perezcan tu oro, y tu plata contigo, y con tu Emperador: yo á nadie debo: solo le debo á Dios un amor puro, y una perfecta obediencia; y le pido me haga recibir quanto antes el efecto de sus promesas. C. Dexa todas esas vanas esperanzas, y piensa en conservar tu alma. T. Y tú piensa en volverte á Dios, del qual tanto te has apartado; y vuelve á ganar tu alma, que tan infelizmente has abandonado. Hizo duplicar el Conde los tormentos, y le dixo: ¿Te has infatuado de una vana obediencia á un hombre crucificado, en lugar de darla al Emperador? T. Sábete, impío, que este hombre crucificado puede, quando quiera, enviarte á tí, y á tu amo al fuego del infierno; y debeis ambos á dos esperarlo quando comparezcais ante su tribunal. Esta es una verdad que tú no puedes ignorar. C. Mientras que llega ese dia, voy siempre provisionalmente á hacerte quemar vivo. Y al punto mandó que aplicasen dos hachas

encendidas á los costados del Martir. En tanto que la llama obraba en su carne, y la hacía derretir poco á poco, levantó los ojos al cielo, y dixo: Omnipotente Dios, Criador del universo, Salvador de los hombres, dignaos fortificar en vuestro siervo la esperanza que le habeis permitido poner en vuestras promesas: sostenedle en los tormentos que padece por vos: haced sentir á los malos todo vuestro poder: conozcan que así como no teneis sino gracias para los que os son fieles, no teneis sino suplicios para los que os faltan á la fidelidad: sea, Señor, vuestro nombre glorificado en todos los siglos. A estas palabras (1) caen los verdugos con sus hachas, dando con el rostro en tierra. Su caida infundió alguna turbacion en el ánimo del Conde, y asustó sus guardias: no obstante, volvió sobre sí, y les mandó levantasen á los verdugos. Volved á tomar vuestras hachas, les dice á estos luego que estuvieron levantados, y aplicadlas segunda vez á los costados de ese hombre: no temais. Señor, le respondieron ellos, dignaos dar esa orden á otros; porque á nosotros nos es imposible executarla: ya nos veis todavía todos asustados de una vision que hemos tenido de quatro Angeles vestidos de blanco, que conversaban con él; y esto es lo que nos ha hecho caer en tierra. A esta respuesta el Conde, no pudiéndose contener, hizo que arrojasen los verdu-

(1) Este milagro lo refiere Adon el dia 23 de Octubre.

dugos á la mar (1). Quando los llevaban á la muerte, Teodoreto levantó el grito, y les dixo: Id siempre delante, hermanos mios, que yo os seguiré despues: dentro de poco iré á recibir de la mano del Señor la corona que destina á todos los que han alcanzado aquí abaxo la victoria. C. ¿Dónde está el enemigo que has vencido? ¿Y quién es ese, que tantas coronas tiene que dar? T. El enemigo es el demonio; y tú combates por él. Y Jesu-Christo, Salvador del mundo, es de quien aguardo la corona; y por él, y para él espero vencer. C. Pobre infeliz, ¿de quién hablas tú? ¿No sé yo que es de ese hombre, cuyo baxo nacimiento, y cuya vergonzosa muerte, sucedida como unos trescientos años há, nadie la ignora? ¡Y tú nos quieres hacer pasar á ese hombre por Criador de todas las cosas, y crees buenamente que tiene grandes recompensas que dar! T. Aunque estoy persuadido que eres indigno de oir la palabra de Dios; no obstante, porque mi silencio no escandalice á los Fieles, que están aquí presentes, y que podrían acaso pensar que no tengo cosa sólida que responderte, quiero ponerte delante unas verdades, que tú sin duda has olvidado. Sábete, pues, que Dios, que crió todas las cosas con sola su palabra, compadecido del deplorable estado á que la idolatría tenía reducidos á los hombres, se dignó enviar al Verbo divino sobre la tierra, pa-

(1) O por mejor decir al Oronto.

para vestirse de su naturaleza en el seno de una Virgen. Porque no pudiendo la divinidad sujetarse á los sentidos, se sirvió de este medio para hacerse visible, y sensible al mismo tiempo. Y así habiendo sufrido este Dios, lleno de bondad, voluntariamente por nosotros, hemos logrado por su muerte la salud eterna, que tú has perdido por tu apostasía. C. Bien veo que ningun suplicio puede vencer tu encaprichamiento: tú los desprecias todos: puede ser que la muerte no te parezca tan despreciable: sacrifica, pues, ó piensa en morir. T. ¿Yo sacrificar? Ya há mucho tiempo que renuncié al demonio tu padre: en quanto al morir, ojalá que el Diós á quien adoro, me haga la gracia de no ver mas al tirano (1). C. Dí lo que quieras: yo te dexaré vivir. T. Pues piensa tú en morir. Yo te pronostíco que entregarás tu alma entre los mas agudos dolores. Y por lo que hace al tirano, á quien espero rendir, será él mismo vencido: una mano desconocida le quitará la vida (2); y su cuerpo quedará sin sepultura en tierra estraña.

Queriendo el Conde detener el curso de estas predicciones funestas, se apresuró á pronunciar su sentencia contra el Santo, y le condenó á muerte. Teodoreto al oirla prorrumpió: Gracias os doy, Señor, de que así hayais coronado mi perseverancia. Entretanto, habiéndose vuelto el Conde á su casa, pasó muy mala noche. Al dia

(1) Juliano. (2) Los Persas.

dia siguiente fue á Palacio, en donde despues de haber adorado al Emperador, segun la impía costumbre de los Cortesanos de este Príncipe, le dixo: Vuestra Magestad puede ver por el estado que le presento, la cantidad de oro, y plata que he sacado de la Iglesia de Antioquía, y que acabo de hacer llevar á su depósito; pero aún he hecho mas, Señor, porque he mandado dar la muerte á ese malvado Sacerdote Teodoreto, que Vuestra Magestad hacía buscar con tanto cuidado. No agradó esto á Juliano; y no pudo dexar de dárselo á entender á su tio. No me habeis dado mucho gusto en eso. Yo trabajo, es verdad, en abolir la secta de los Nazarenos; pero no me valgo para ello sino de buenos medios, empleando solo el discurso, y la persuasion; y aun no se me ha visto acudir á la fuerza, y á la violencia. No obstante, por la que habeis executado contra ese Sacerdote, dais á los Galileos un buen pretexto de desencadenarse contra mí, y agoviarme á escritos injuriosos, como tantas veces los publicaron contra mis predecesores, dando descaradamente el nombre de Martir á los facinerosos, que estos Príncipes justamente habian condenado. Y así no hagais mas morir á nadie en adelante; y mandad lo mismo á los Jueces de vuestro Gobierno. Esta reprehension de Juliano, por moderada que fuese, no dexó de dar un mortal golpe al alma del Conde: turbáronse sus ojos: púsose pálido su rostro; lo que conociendo el Emperador, procuró al pun-

punto animarle, diciéndole: Vamos, tio mio, vamos al templo, que espero que la sangre de las víctimas, con que os rociarán, os restituirá la salud, y la alegría. Siguió el Conde al Emperador al Templo; pero su corazon estaba anegado en una profunda tristeza. Lleváronle los Sacerdotes las aves, que acababan de sacrificar á los Idolos, y que habian hecho cocer sobre el altar. Juliano, despues de haber comido de ellas, las presentó á su tio, que no hizo mas que tocarlas: ó fuese que las predicciones de Teodoreto comenzasen á aterrarle, ó la reprehension del Emperador le causase la inquietud. Retiróse tambien á su Palacio luego que se acabó el sacrificio, teniendo igualmente agitada el alma, tanto de los remordimientos de su delito, como del temor de su desgracia. No quiso comer nada aquel dia. A la noche fue acometido de un dolor violento en el estómago, y en los intestinos. Aquel funesto bocado que comió en el templo, le deshizo los hígados, y de quando en quando arrojaba por la boca pedazos de ellos. En fin, aumentándosele el mal, envió á suplicar á su sobrino hiciese abrir las Iglesias; y este le envió á decir: Yo no las he hecho cerrar (1), y tampoco las haré abrir. El Conde volvió de nuevo á suplicarle á Juliano: Por vuestra causa es, ó Emperador! por quien sufro; y por haber tenido demasiada complacencia por vuestra per-

(1) Excepto la Iglesia Mayor de los Arrianos.

persona, perezco ahora. Y Juliano le dió esta respuesta: Los Dioses son quien os castigan, ofendidos de la poca fé que teneis en su poder. En fin, el desgraciado Conde espiró comido de gusanos, despues de haber padecido dolores increibles, segun la profecía del Santo Martir. Luego que le anunciaron esta muerte á Juliano, respondió: Había faltado á la fidelidad de los Dioses, y así se han vengado de él.

Cumplióse igualmente la prediccion del Santo respecto de este Príncipe apóstata. Porque habiendo partido poco tiempo despues para la guerra de Persia, pereció miserablemente. El mismo cielo se declaró por sus enemigos; y un dia, que le pareció haber alcanzado alguna victoria sobre ellos, se quedó aturdido al verse metido entre nuevas tropas, compuestas todas de Angeles. Hace dar la señal de acometer; pero al punto se siente herido de una flecha, que por medio del aire viene á atravesarle el costado. Entonces, imaginándose ver á Jesu-Christo en una nube, llenó su mano de la sangre que corría de su herida, y arrojándola contra el cielo, exclamó: ¿Qué, Galileo, aún me vienes á perseguir en medio de mi exército? Aunque me veo herido de tu mano, aún tendré fuerzas bastantes para renunciarte muriendo: hártate de mi sangre, Christo, y glorificate de este vencimiento. Lleváronle á una Aldea vecina, donde murió algunas horas despues.

Nosotros, siervos de Dios, aunque pecadores, he-

hemos escrito con una exâcta fidelidad, todo quanto pasó en la muerte del bienaventurado Teodoreto, de la qual fuimos testigos oculares, estando alojados en Antioquía en el Palacio del Emperador, y habiéndole seguido á Persia. Suplicamos á los que leyeren esta relacion, se acuerden de nosotros en sus oraciones; y deseamos que puedan gozar algun dia con el Santo Martir de la gloria que él goza con nuestro Señor Jesu-Christo en el cielo.

VII.

MARTIRIO
DE S. BONOSO,
Y DE S. MAXIMILIANO.

Sacado de un Manuscrito de la Abadía de Selva Mayor en la Diócesis de Burdeos, el qual hasta ahora no había parecido.

Año de 362. al fin de Octubre.

ACTAS
DE S. BONOSO,
Y DE S. MAXIMILIANO,
SOLDADOS ROMANOS
DE LA LEGION HERCULIANA (1).

EL Conde Julian dixo á Bonoso, y á Maxîmiliano: El Emperador nuestro Amo, y nuestro Señor soberano, ha mandado que los estandartes (2) de sus tropas se muden. B. y M. Nosotros no

(1) Los Herculianos, y los Jovianos estaban en grande reputacion en los Exércitos Romanos. (2) El Lábaro, aquel famoso estandarte, en que estaban representados la Cruz, y el nombre de Jesu-Christo, y que Constantino sostituyó en lugar de las Aguilas, y otras insignias, que representaban las imágenes de los falsos Dioses.

no podemos de ninguna manera mudar el nuestro. C. J. El Emperador quiere, además de eso, que adoreis los mismos Dioses que él, y yo adoramos. B. Nosotros no podemos adorar á unos Dioses hechos por los hombres. C. J. Ya os he expuesto las órdenes del Emperador: pensad en someteros á ellas, antes que ser obligados por los tormentos. B. y M. Nosotros estamos prontos á padecerlo todo por el nombre de Jesu-Christo. C. J. Acerquen aquí á Bonoso. Respóndeme tú solo. ¿Con que no quieres dar culto á los Dioses, que el Emperador, y yo veneramos? B. Nosotros hemos recibido de nuestros padres una Religion, que profesamos, y á la qual estamos obligados. Pero á vuestros Dioses ni los conocemos, y mucho menos adorarlos. C. J. Yo tengo una orden particular de atormentarte á la menor resistencia que hicieres. B. No nos intimidareis tan facilmente. C. J. Que lo azoten con plomadas. Diéronle mas de trescientos golpes con ellas; y entretanto le decía el Conde: Escúsate de estos tormentos: haz lo que te se pide. Bonoso no le respondió, y solamente se sonreía. ¿Qué dices, pues? continuó el Conde. B. Digo que no adoramos sino á un solo Dios, que es el verdadero; y que en quanto á los demás Dioses, ni sabemos de dónde, ni quiénes son. C. J. Traigan aquí á Maxîmiliano. Respóndeme tú solo: ¿No quieres dar oblaciones á los Dioses como nosotros, y mudar tu estandarte? M. Haced que esos Dioses os oigan, y os hablen, y entonces los

 po-

podremos dar incienso. Pero si son sordos, y mudos: si son insensibles, é inanimados, ¿cómo habeis podido vosotros adorarlos? No sucede así con nuestro Dios: su poder es grande; y la esperanza que tenemos en él, está fundada sobre ese mismo poder. Por lo demás, nos vereis volar al martirio. Pero (ya lo sabeis (1) tan bien como nosotros) este Dios nos prohibe dar cultos á unos Idolos mudos, y sordos.

Dixo entonces el Conde: Estiéndanlos sobre el potro, y que los llame un alguacil por su nombre. Hecha esta formalidad, les dixo el Conde: Ya estais sobre el potro: los verdugos no aguardan sino la última orden para atormentaros. Obedeced, y dexad de arrastrar con vuestro exemplo á vuestros compañeros al mismo delito. Haced voluntariamente lo que se os ha mandado: quitad de vuestro estandarte las figuras que hay en él, y poned las imágenes de los Dioses inmortales. B. y M. Nosotros no podemos con esas condiciones obedecer al Emperador; y no hemos de ofender á la soberana magestad del Dios vivo invisible, é inmortal que adoramos. El Conde Julian dixo á sus verdugos: Descargad fuertemente, y sin dexarlo. Pero Dios hacía á los Santos insensibles á los golpes. Y entonces añadió el Conde: Si estos tormentos no pueden doblar vuestra terquedad, otros tengo yo, que sabrán sacarme del caso. Tráiganme una caldera lle-

(1) El Conde había sido antes Christiano.

llena de pez; y despues que esté derretida con un gran fuego, métanlos en ella. Veremos si su Dios, ese Dios en quien ponen toda su esperanza, los puede librar. Entran los Santos en la caldera con un rostro risueño, con la esperanza de que un glorioso martirio iba á terminar su carrera; pero esta pez ardiendo se muda para ellos en un baño fresco: la llama que se levanta por encima de la caldera, vuelve á caer convertida en rocío sobre ellos; y para que no se creyese que todo este aparato no era sino un vano monstruo, y un suplicio fingido, les quedaron sobre sus cuerpos unas señales, que daban bastante á conocer que el tormento había sido muy verdadero. Por otra parte los Judíos, y los Gentiles, que ven á los Mártires orar tranquilamente en medio de esta caldera, en donde la pez se levanta á gruesos borbotones por la violencia del fuego, gritan diciendo que aquellos hombres son mágicos; pero el mismo Jesu-Christo, por los inocentes encantos de su divina magia, obraba estas maravillas. En esto refiéresele la noticia al Prefecto Segundo (1): la novedad del suceso le hace correr á Palacio: sus ojos son testigos del milagro; y aturdido, y confuso su espíritu, quiere informarse de la verdad por un medio extraordinario. Denme, dice, los Sacerdotes de nuestros Dioses: yo los haré echar en esta caldera, y se verá si salen tan sanos, y

 tan

(1) Salustio, que era favorable á los Christianos.

tan enteros como estos dos Christianos (1). Llevan á los Sacerdotes: hacen ellos sus incenseos: pronuncian ciertos conjuros: en una palabra, nada olvidan de sus ceremonias acostumbradas: hácenles entrar en la caldera; pero en un instante sus huesos quedaron sin carne.

Esta aventura descontentó al Conde Julian. Envió á la carcel á los dos Santos Mártires para ser de nuevo por el Prefecto preguntados. Al cabo de siete dias, estando guardada la carcel con mucho cuidado, todos los presos que creían en Jesu-Christo, se hallaron sin cadenas. Entretanto el Conde les mandaba dar pan, en el qual estaba impreso un sello, que tenía grabada la figura de alguna divinidad pagana: hacíalo para sorprenderlos, y obligarlos, sin que lo supieran, á la idolatría. Pero el mismo dia que debian ser oidos, le hicieron ver al Conde todo el pan que les había remitido, sin haberlo tocado. De nada, le dixeron, os ha servido vuestro artificio: no hemos querido gustar vuestro pan siquiera: aquel en quien creemos, nos ha dado otro; y os advertimos que Jesu-Christo nuestro Dios os hará dar cuenta de los tormentos que hemos padecido. El Prefecto Segundo, á quien la firmeza de esta respuesta había conmovido, dixo al Conde Julian: Oigámoslos hoy, y démosles audiencia. Subieron, pues, uno, y otro al tribunal, y emplearon todos sus esfuerzos, aunque en vano, pa-

(1) El exemplo es singular.

para obligarlos á recibir un estandarte nuevo. El Conde, á quien esta resistencia ponía en gran furor, dixo: Echen cal viva en un hoyo, pongan en ella á esos dos hombres, y apaguen la cal sobre ellos. Y despues, que invoquen á su Dios, veremos si viene á socorrerlos. Pónese al punto la cal en un gran baño hecho á propósito para apagarla: echan en él á los Mártires, y derraman despues el agua: enciéndese la cal, y se oye la voz de los Santos, que cantan: Bendito seais, Señor, Dios de nuestros padres, Dios de Abran, Dios de Isac, Dios de Jacob, que os habeis dignado librarnos del poder de nuestros enemigos: seais alabado, seais glorificado en todos los siglos. Amen. Luego que la cal se apagó enteramente, y vinieron á descubrir los cuerpos de los Mártires, no se halló en ellos la menor quemadura. Lleno el Conde de rabia, los hizo encerrar tercera vez; pero tan estrechamente, que quiso que se le llevasen las llaves de la prision. Dexólos allí doce dias, al cabo de los quales la abrieron, y la hallaron iluminada con hachas, que jamás se pudieron apagar. No obstante, como creyesen que los Mártires estarían sumamente acosados de la hambre, pusieron delante de ellos algunos panes, que habian sido ofrecidos á los Idolos. Pero ellos, que estaban llenos del espíritu de Jesu-Christo, que los alimentaba, y fortificaba, ni aun se dignaron tocar á ellos. Entonces fue quando el Conde Hormisdas fue ilustrado con las luces de la

 Fé;

Fé; porque habiendo ido á la carcel para que abriesen las puertas, se quedó tan admirado de hallar á los Santos tan fuertes, tan vigorosos, y tan robustos, dando gracias á Dios, que les dixo: Orad por mí, que soy gran pecador, para que yo sea salvo (1) como vosotros.

Todas estas circunstancias milagrosas no hacian mas que aumentar el mal humor, y la rabia del Conde. Veíase obligado á reconocer el poder soberano de Dios, que triunfaba de su flaqueza; y á sufrir los desprecios de los siervos del mismo Dios, que insultaban su orgullo. Pero en tanto que hace sus abatidas reflexîones, gime, suspira, y le agovia su propio peso. Llévenlos en fin, dice él, á los antiguos baños, que quiero otra vez hacerles un interrogatorio. Fueron, pues, trasladados á él los dos Mártires; y habiendo llegado allá el Conde, y dirigiéndose á Bonoso: ¿Qué señal me darás tú, le dixo, del poder de tu Dios, que pueda obligarme á dexarte escapar de mis manos, si persistes siempre en querer serle fiel? B. ¿Qué señal? Vedla aquí, Conde, estadme atento. El Dios en quien creemos, concediéndonos la gracia de consumar el martirio á que aspiramos, nos sacará de vuestras manos, á pesar vuestro, siempre fieles, siempre Christianos. C. Sí? Pues id luego al martirio, que habeis de combatir contra las bestias del

(1) Este era hermano de Sapor, Rey de Persia; y vivió quarenta años en la Corte del Gran Constantino, y de Constancio su hijo.

del Anfiteatro. B. Esas bestias con que nos amenazais, no las tememos nosotros: iremos á combatirlas, y á triunfar de ellas en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, que es el Dios que adoramos, como único, y verdadero. C. Ah! Pues si eso no basta, yo os haré echar segunda vez en un horno, y veremos si todavía os resistís á obedecer á la voluntad del Emperador. Fue entonces interrumpido el Conde por los gritos de todos aquellos que la gracia había escogido, y que poniéndose de parte de Bonoso, y de Maximiliano, dixeron claramente al Conde: Nosotros tampoco adoramos mas que á un Dios; y estamos prontos á acompañar á la muerte á nuestros hermanos, que están aquí. El Prefecto Segundo le dixo al Conde: Por lo que á mí toca, os declaro que de ninguna manera apruebo este modo de proceder tan violento, y que no pretendo emplear los suplicios para obligar á las gentes á obedecer. Volviéndose despues á Bonoso: Yo os suplico, santo hombre, le dixo, por el Dios que adorais, os acordeis de mí en vuestras oraciones.

Esto no impidió al Conde dirigirse otra vez á Joviano, y á Herculiano. Mudad, les dice, vuestro estandarte, y recibid el que tiene puestas en él las imágenes de los Dioses. ¿Qué inclinacion teneis á esa señal de Christianos? A esto respondieron Joviano, y Herculiano: Señor, nosotros somos Christianos, y recibimos el bautismo el mismo dia que Constantino nuestro padre,

y nuestro Emperador le recibió en Aquilona (1), cerca de Nicomedia. Quando este gran Príncipe se acercaba á su fin, nos hizo jurar ser siempre fieles á los Emperadores sus hijos, y á la Iglesia nuestra Madre. Entonces fue quando el Conde Julian, abandonándose á toda su cólera, envió al suplicio, con Bonoso, y Maxîmiliano, á todos los que había hecho poner en la carcel; y todos dieron su cabeza con alegría por Jesu-Christo. Melecio Obispo de Antioquía, seguido de sus Coepiscopos, y de algunos Fieles, los acompañó hasta el lugar de la execucion. En fin, toda la Ciudad hizo regocijos extraordinarios para celebrar la gloriosa muerte de tantos Mártires, como veían que habían de ser en lo venidero sus protectores.

Pero el Conde Julian bien presto sintió la vengadora mano de Dios, á quien había irritado. Llegósele á hacer su boca como una fuente hedionda de gusanos, que sin cesar salian de ella. Reconociendo entonces el poder del que le hería, dixo á la Princesa su esposa: Desgraciada muger, corre á la Iglesia, y pide á Dios que me salve la vida: pide tambien á los Christianos que hallares en ella, se junten para alcanzar de él haga cesar este horrible hedor, que sale de mi boca. Respondióle la Condesa: Bien os decía yo: no os metais con el Dios de los Christianos: cesad de perseguir á sus siervos: entonces

(1) Achiron.

ces no me queríais escuchar, y ya veis ahora lo que os pasa. Corre, te digo, replicó el Conde, corre á la Iglesia, si no te quieres quedar viuda dentro de poco. Ya hice cuenta que lo estaba, replicó la Princesa, desde el momento que te ví acalorarte contra los Christianos. Y así, por un justo juicio de Dios pereces ahora. En vano me instas á que vaya á la Iglesia: yo no me atrevo á pedir por tí, no sea que me haga delinqüente, y mi peticion se me impute á pecado. Yo temo que la cólera de Dios me comprehenda en el mismo castigo que á tí. No habló mas el infeliz Conde: solamente se le oía dar largos, y tristes gemidos. Pero poco tiempo despues exclamó diciendo: Dios de los Christianos, tened compasion de mí, puesto que mi propia muger me abandona, y que ya no espera mas en vuestra misericordia. Dios de los vivos, acudid á mi socorro: venid, y recibid mi alma; y en el momento espiró.

VIII.

VIII.

MARTIRIO

DE S. JUVENTINO (1),

Y DE S. MAXIMINO.

Sacado de la Hist. Eclesiást. de Teodoreto, lib. 3. cap. 15.

COmenzaba Juliano á no contenerse en la guerra que había declarado á Jesu-Christo. Acometíale con mas audacia; y si ocultaba aún sus malas intenciones baxo de una apariencia de dulzura, y de una fingida moderacion, no era sino para que le saliesen con mas seguridad. En efecto, no buscaba mas que como hacer caer á los Christianos en los lazos, que cada dia les armaba, y arrastrarlos consigo á la impiedad, y despues á la desgracia eterna; porque hizo contaminar con sus abominables sacrificios las fuentes que había en Antioquía, y en los arrabales, y particularmente en el de Dafne, para que todos los que viniesen á sacar agua, se manchasen por sí mismos, bebiendo de aquella agua impura. Lo mismo hizo con los géneros que se vendian en los mercados públicos: el pan, la carne de la carnicería, las frutas, y las legumbres es-

(1) La Iglesia Griega hace memoria de él el dia 5 de Setiembre.

estaban profanadas, y venian á ser un alimento sacrílego por el agua lustral, que los Sacerdotes de los falsos Dioses les echaban. Esta opresion hacía gemir á los Christianos, y toda la Iglesia estaba en consternacion. No obstante, los Fieles no dexaban de comprar lo necesario, y comian sin escrúpulo de ello, acordándose de la advertencia que dá el Apostol: Comed de todo lo que se pone en el mercado, sin informaros con demasiada curiosidad de dónde viene, para no excitar en vuestra conciencia la turbacion, y la inquietud. Sucedió, pues, un dia, que hallándose en un festin dos hombres de distincion en la tropa (porque eran de la Compañía de las Guardias del Emperador), se pusieron á deplorar en términos un poco fuertes la condicion de los Christianos, y la violencia que se executaba contra ellos. Valiéronse tambien, y muy al caso, para expresar su dolor, de las palabras de que se habian servido en otro tiempo en Babilonia en otra semejante ocasion, los tres Mancebos Hebreos, tan conocidos en la Historia Sagrada. Vos nos habeis entregado (decian ellos, como los tres jóvenes Judíos) á un Príncipe infiel, á un apóstata, que es el horror de toda la tierra. Llegó esto á noticia de Juliano por alguno de los convidados; y al punto mandó venir á su presencia á estos dos Oficiales. Hízoles él mismo el interrogatorio, y quiso saber de su propia boca lo que habian proferido de él. Lexos de asustarse estos hombres valerosos

de

de semejante pregunta, al contrario, se valieron de la ocasion para hablar al Príncipe con mas libertad. Sintiéndose, pues, animados de un zelo generoso, y verdaderamente christiano, le dixeron: Señor, habiendo recibido ambos á dos en el seno de la Iglesia una educacion del todo santa, y obedecido siempre á las leyes llenas de piedad, y de religion del Gran Constantino, y de los Emperadores sus hijos, no podemos ver, sin un gran dolor, y sentimiento, que lleneis de abominaciones todo el Imperio, y que con sacrificios impuros mancheis los bienes que Dios ha dado á los hombres, y las cosas mas necesarias que les ha subministrado para la conservacion de su vida. Por estas desgracias, Señor, há mucho tiempo que secretamente lloramos, y nos tomamos ahora la licencia de derramar tantas lágrimas en presencia de V. M. A este discurso, el mas dulce, y el mas moderado de todos los hombres (porque así le llaman sus aduladores), no acordándose mas de hacer ya el papel de un Príncipe clemente, se dexó ver sin ningun disfraz en toda su natural inclinacion. Hízolos atormentar tan cruelmente, que espiraron en los suplicios. Pero las coronas que recibieron al salir de la vida, bien presto los consolaron de la que acababan de perder en un tiempo tan desgraciado. No obstante, para dar algun color Juliano á su crueldad con algun especioso pretexto, y volviendo á tomar su disimulo ordinario, publicó que la Religion no

ha-

había tenido parte alguna en la muerte de aquellos dos hombres; y que no castigaba en ellos otra cosa mas que el poco respeto que guardaron á su persona, y á su dignidad, violada con el insolente discurso que pronunciaron. Por este medio pretendía quitarles la gloria del martirio. Pero es muy justo dexar á la posteridad los nombres de estos dos ilustres Santos. Llamábase el uno Juventino, y el otro Maxîmino. Queriendo la Ciudad de Antioquía dar á su memoria los debidos honores por haber defendido la verdad á costa de su propia sangre, los levantó un soberbio sepulcro, donde se vé renovar cada dia la devocion de los Christianos (1).

Otros muchos personages considerables por sus empleos, ó méritos, por haber hablado con la misma libertad, tuvieron casi la misma suerte, y alcanzaron semejantes coronas. De este número fue Valentiniano, aquel mismo que reynó poco tiempo despues. Este grande hombre, que por entonces era Tribuno, y mandaba la Guardia de Palacio, no pudo ocultar el zelo que tenía por la gloria de Dios, y por el honor de su Religion. Porque un dia en que Juliano entraba como triunfante en el Templo del Genio público, y que dos Sacristanes, puestos en orden á los dos lados de la puerta, purificaban con el agua lustral á todos los que entra-

(1) S. Crisóstomo pronunció en Antioquía un discurso en honor suyo, y es el 40 del tomo 1.

traban con el Emperador: Valentiniano, que se le seguía inmediatamente, sintiendo que le cayó una gota sobre la manga, le dió un bofeton con toda su fuerza al que se la echó, diciéndole en alta voz, que mas le había manchado, que purificado. Juliano, que fue testigo de esta accion, le desterró á un castillo construido en medio de un desierto. Pero apenas se había pasado un año, y algunos meses, quando Dios le dió el Imperio en recompensa de esta generosa confesion.

CAR-

CARTA
DE LA IGLESIA GOTICA,
QUE CONTIENE EL MARTIRIO
DE S. SABAS (1).

Sacada de un Manuscrito Griego de la Biblioteca Vaticana.

LA Iglesia de los Godos á la de Capadocia, y á todos los Christianos de la Iglesia Católica: la misericordia, la paz, y la caridad de Dios Padre, y de su Hijo nuestro Señor Jesu-Christo, sea con vosotros. Muy verdadera es esta expresion de S. Pedro (2): De qualquiera nacion que sea un hombre, si teme á Dios, y si ama la justicia, le es agradable. Esta expresion, digo, se cumplió en la persona de S. Sabas, ilustre por su virtud, pero por su martirio mucho mas. Porque siendo Godo, nacido en una tierra bárbara, educado, y criado en medio de una nacion perversa; no obstante supo formarse, siguiendo á los mayores Santos; y cultivó con tanto cuidado, y aplicacion todas las virtudes, que brillaba entre sus compatriotas como una estrella en la mas oscura noche. Abrazó la Religion Chris-

(1) Año de Jesu-Christo 372. en el reynado de Atanarico, Rey de los Godos, y en el Consulado de Modesto, y de Arinteo. Véanse las Notas. (2) *Actor.* 10. 35.

Christiana desde su juventud; y concibió por la piedad una estimacion tan sincera, que toda su vida se dedicó á adquirirla en toda su perfeccion, imitando en quanto pudiese al mismo Jesu-Christo, á quien se propuso siempre por modelo. Y por quanto todas las cosas les salen bien por un efecto de la bondad de Dios, á los que le aman, Sabas, despues de resistir á las potestades del infierno, y los males de la vida, victorioso de unos, y de otros, mereció alcanzar el premio debido á su valor, y perseverancia. Y así sería en algun modo querer quitar á Dios su propia gloria, si se suprimiera la de su gran siervo, y Martir; y envidiar á los siglos venideros un grande asunto de edificacion, sepultando en el silencio las virtudes, y memoria de S. Sabas. Este es el motivo que nos ha obligado á poner por escrito las que mas brillaron durante su vida, y que mas contribuyeron á hacer su muerte gloriosa.

Su fé fue pura, sin mezcla alguna de error: su obediencia pronta, sin precipitacion: su dulzura humilde, sin baxeza. Tenía una eloqüencia natural, no cultivada, ni pulida por el arte: su discurso tenía fuerza, aunque sencilla, y sin afectacion: su ciencia no tenía menos profundidad, que extension. Afable á todo el mundo; pero con dignidad: verdadero, intrépido, y sin contemplacion con los enemigos de su Religion Christiana: modesto, hablando poco: de humor apacible; pero vivo en todo lo tocante á los in-

intereses de Dios: amigo de cantar sus alabanzas en la Iglesia: vigilante en mantener en ella el buen orden, y procurando con todas sus fuerzas la limpieza de los ornamentos, y el adorno de los altares: sin apego á los bienes de la fortuna: sobrio, casto, evitando toda conversacion con mugeres, persuadido á que todo comercio con el sexô, por inocente que parezca, puede tener conseqüencias muy peligrosas. Pasando los dias, y las noches en la oracion, y toda su vida en los exercicios continuos de una penitencia seria: huyendo la vanagloria: inclinando á todo el mundo al amor de la virtud con su exemplo, y palabras: cumpliendo con una gran fidelidad las obligaciones de su estado; y en fin, juntando á tantas virtudes un ardiente deseo de glorificar á Jesu-Christo, habiéndole confesado generosamente por tres veces, y habiendo sellado con su sangre su tercera confesion (1).

Los Magnates de los Godos, y sus Magistrados eran Paganos, y emprendieron destruir la Religion Christiana en la Gocia. Comenzó la persecucion obligando á los Fieles á comer de los manjares ofrecidos á los Dioses. Queriendo algunos Gentiles salvar los parientes que tenian Christianos, les hacian presentar por los minis-

(1) Los Griegos modernos le hacen Soldado, aunque estas Actas no dicen nada; pero le confunden con otro Sabas, Godo tambien de nacion, que en efecto era Oficial en el Exército de Aureliano; y que fue martirizado en su tiempo, con otros setenta, en Roma á 24 de Abril.

tros de los falsos Dioses, que habian ganado, manjares comunes, y que no eran de los sacrificados. Sabido esto por Sabas, no solamente rehusó tocar á las viandas ofrecidas, sino que mostrándose en público, protestó altamente que si alguno de los Fieles comía de estas viandas fingidas, ya no era Christiano. Por este medio impidió á muchos caer imprudentemente en los lazos del demonio. Pero no agradó esto á aquellos que inventaron esta trampa, que la juzgaban inocente, y tenian á Sabas por muy severo, y escrupuloso; por lo que le echaron del lugar donde vivía, aunque poco tiempo despues lo llamaron.

Vuelta á encender la persecucion, y viniendo un Comisario del Rey al lugar de Sabas, para hacer una pesquisa de los Christianos, ofrecieron algunos vecinos jurar sobre las víctimas, que en todo el lugar no había ni aun uno solo. Pero mostrándose Sabas segunda vez, y acercándose á los que querian hacer este juramento: Nadie, dixo, jure por mí, porque yo soy Christiano. Sin embargo, no dexó el Comisario de Atanarico de mandar que se hiciese el juramento. Sobre lo qual, habiendo hecho ocultar los principales vecinos á sus parientes, que hacian profesion del Christianismo, juraron que en todo el lugar no había sino uno solo. Mandó el Juez que compareciese este; y presentóse animosamente Sabas. Preguntó entonces aquel Magistrado á los que le rodeaban, qué bienes podía tener aquel hom-

hombre; y le respondieron que no tenía mas que la capa que llevaba: lo qual oido por el Comisario, no hizo caso de él; y dixo que un hombre de aquella clase, y de poca suposicion, no podía hacer ni aun el menor daño; y así le dexó ir sin decirle otra cosa.

Encendida de nuevo la persecucion, y por la tercera vez, hácia la fiesta de Pasqua, pensó Sabas cómo, y en qué lugar podría celebrar dia tan santo. Vínole al pensamiento ir á ver á un Sacerdote conocido suyo, llamado Gutica, que vivía en otra Ciudad. Pero habiéndose puesto en camino, encontró á un hombre de una estatura extraordinaria, y de un aspecto venerable, que le detuvo, y le dixo: Vuélvete adonde has salido, y celebra la fiesta con el Sacerdote Sansalo. Respondióle Sabas: El Sacerdote de quien hablais, no está en el lugar donde ordinariamente reside. Era verdad que Sansalo estaba ausente, y refugiado en la Romanía, para librarse de la persecucion; pero había vuelto á él á causa de la Pasqua; y esto era lo que Sabas ignoraba. Y así sin querer obedecer al consejo de aquel desconocido, quería proseguir su camino, quando de repente cayó tan gran nevada del lado adonde quería ir, aunque el aire no tuviese tal disposicion, y se cubrió la tierra hasta tanta altura, que le fue imposible á Sabas pasar adelante. Abrióle los ojos este prodigio, y le hizo conocer que la voluntad de Dios era que se volviese á su casa, y celebrase la Pasqua con el

 Pres-

Presbítero Sansalo. Vuelve al mismo tiempo atrás, dando gracias á Dios. Y habiendo llegado lleno de alegría á ver á Sansalo, le contó á él, y á otros muchos Fieles, lo que le acababa de suceder. Celebraron todos juntos la Pasqua; pero tres dias despues de esta fiesta, Atarido, hijo de Rotesto, que tenía en aquellos contornos una pequeña soberanía, entró de improviso con una tropa de salteadores en el lugar en que vivía S. Sabas. Fueron luego á la casa del Sacerdote Sansalo: cogiéronle durmiendo, sin saber nada; y habiéndole atado, lo echaron en un carro. En quanto á Sabas, le sacaron de su cama, le arrastraron desnudo por entre unas espinas, en que habian puesto fuego, golpeándole sin cesar, y acardenalándole todo el cuerpo á azotes, y á palos: tan grande era la rabia que tenian estos crueles hombres contra los siervos de Dios. Pero exercitó esta la fé, y la paciencia de Sabas de un modo extraordinario; porque habiendo amanecido, y queriendo el Santo glorificar á Dios, habló de esta suerte á sus perseguidores: ¿No me habeis hecho caminar con los pies descalzos por unos lugares cubiertos de abrojos, y sembrados todos de espinas? Pues ved si mis pies tienen la menor raspadura, ó araño: venid, tocad mi cuerpo, y halladme una sola contusion, despues de tantos golpes como me habeis dado. No percibiendo ellos en efecto en su carne señal alguna de su crueldad, lexos de ser tocados de un milagro tan evidente, se enfurecieron mas contra

nues-

nuestro Santo. Pusiéronle á los hombros el exe de un carro, al qual ataron sus dos manos: tomaron despues otro, al que le ligaron los pies, apartándolos con violencia el uno del otro, y tirándolos con toda su fuerza, para que llegasen hasta los dos extremos del palo. En este estado lo llevaron cruelmente, y lo derribaron en un lugar, ó parage en que le atormentaron una parte de la noche. Pero habiéndose dormido los verdugos, llegó una muger, que le desató para ponerlo en libertad; mas no pensó en salvarse, sino quedándose en el mismo lugar, ayudaba á esta muger á hacer el almuerzo para algunos criados; y habiendo despertado al amanecer el cruel Atarido, le hizo atar las manos á las espaldas, y colgarle de este modo de una viga de la casa. No hacía mucho tiempo que estaba así, quando llegaron algunas gentes de los mencionados salteadores, que llevaban viandas sacrificadas á los Idolos. Ved aquí, dixeron á S. Sabas, y al Sacerdote, lo que el grande Atarido os envía, para que comais, y por este medio salveis vuestras personas. Respondió Sansalo: Nosotros no comeremos de esas viandas, porque no nos es permitido. Bien podeis decir á vuestro gefe, que nos ponga en una cruz, ó nos haga morir de otro qualquier modo. Despues añadió el bienaventurado Sabas: ¿Quién es ese que nos envía esas viandas? Respondieron aquellos hombres: El Señor Atarido. No hay sino un Dios, replicó Sabas, á quien propiamente se le deba llamar Señor,

porque lo es de cielo, y tierra. Esas viandas que nos presentais, son impuras, y profanas, como el que nos las envía. Irritó tanto este discurso de Sabas á uno de los esclavos del tirano, que al mismo tiempo le metió en el cuerpo la punta del arma que llevaba. Todos los que estaban allí, creyeron que le había pasado de parte á parte; pero el Santo, venciendo por su virtud el dolor que la herida le debía causar, volviéndose al que la hizo: Te parecerá, le dixo, que me habías muerto; pues te aseguro que no he sentido mas daño que si me hubieses tirado un copo de lana. Es regular que no exâgerase nada; pues no dió ningun grito quando fue herido; y lo mas maravilloso es, que no se vió que estuviese su cuerpo herido en alguna parte, no habiéndole ni siquiera cortado el cutis, aunque el chuzo fue con mucha furia arrojado.

Supo Atarido este milagro, y no le causó buen efecto; antes bien resolvió acabar con el Santo prontamente. Soltó, pues, al Sacerdote Sansalo, é hizo conducir á Sabas á la orilla del rio Museo (1), para que le arrojasen en él; y no viendo el Martir á Sansalo, y acordándose del precepto del Señor, que quiere que amemos á nuestro próximo como á nosotros mismos, preguntó á los soldados dónde estaba el Sacerdote.

¿Y

(1) Rio de Valaquia, llamado hoy dia Musovo, que despues de haber regado las cercanías de Turgoviseco, habitacion ordinaria de Vaivodo, se entra en el Danubio por debaxo de Rebnik.

¿Y qué pecado ha cometido, añadió él, para no morir conmigo? Respondiéronle ellos: Eso no te toca á tí. Entonces, estando como en un santo transporte, exclamó diciendo: Seais bendito, Señor, y el nombre de vuestro Hijo Jesu-Christo sea bendito tambien por todos los siglos. Amen. Vos, Dios mio, permitís que el infeliz Atarido se condene él mismo á una muerte eterna, mientras que me procura una vida, que durará siempre. Así gustais, Señor, portaros con vuestros siervos. No obstante, los soldados que le conducian, se decian uno á otro: ¿Hemos de hacer morir nosotros á este hombre? El es inocente: dexémosle ir, que Atarido no lo sabrá. Pero el bienaventurado Sabas les dixo: ¿A qué viene esa niñería? Haced lo que se os ha mandado. Vosotros no veis lo que yo veo. Aquí están los que han de recibir mi alma, y conducirla á la mansion de la gloria, que no aguardan para ello sino el momento en que salga de mi cuerpo. Tomáronle, pues, los soldados, y le precipitaron al rio. Luego que se fue á fondo, le encajaron en el estómago el exe, que le habian atado al cuello. De este modo, muriendo en el agua, y con el leño, mostró por este doble género de suplicio el verdadero símbolo de la salvacion de los hombres (1). No tenía entonces mas que treinta y ocho años de edad. Su martirio sucedió el quinto dia de la primera semana despues de Pasqua, y el

 dia

(1) La Cruz, y el agua del bautismo.

dia 12 de Abril, en el Imperio de Valentiniano, y de Valente, y en el Consulado de Modesto, y de Arinteo.

Sacaron el cuerpo del agua, y le dexaron sobre la orilla sin sepultura; pero no obstante sin que las bestias se atreviesen á acercar, guardándole los Fieles dia, y noche, hasta que el ilustre Junio Sorano, Duque de Escitia, y gran siervo de Dios, le hizo levantar por personas fieles, que envió de intento á aquel lugar para que se lo llevasen á la Romanía. Queriendo despues regalar á su país con un don tan precioso, lo envió á la Iglesia de Capadocia, con consentimiento de la de la Romanía, y por una particular disposicion de la providencia de Dios, que derrama sus gracias, y sus beneficios sobre los que le temen, y esperan en él. Y así no dexeis, amados hermanos mios, de ofrecerle el divino sacrificio el dia que el Santo Martir fue coronado: hacedle saber á los demás Fieles, para que todos los que componen la Iglesia Católica, y Apostólica, regocijándose santamente en el Señor, unan sus votos para alabarle, y bendecirle. Saludad de nuestra parte á todos los Santos. Los que sufren con nosotros por la Fé, os saludan. Sea la gloria, el honor, el poder, y la magestad á aquel que por su bondad, y el socorro de su gracia, puede coronarnos en el cielo, en donde reyna con su Hijo único, y el Espíritu Santo en los siglos de los siglos. Amen.

MAR-

MARTIRIO

DE S. BADEMO ABAD (1).

Escrito por un Autor contemporaneo, y publicado en Latin, y en Griego por Godofre Enschenio.

Al mismo tiempo que estos quarenta Mártires fueron llevados á la muerte, se prendió de orden de Sapor al Santo Archimandrita (2) Bademo con siete discípulos suyos. Era natural de la Ciudad de Bethlapat, y de una familia muy acomodada. Pero desde el punto en que tomó la resolucion de abrazar la vida solitaria, comenzó á distribuir á los pobres toda su hacienda. Edificó un pequeño Monasterio fuera de la Ciudad, donde se encerró, estudiando dia, y noche en agradar á Dios, y en practicar todas las virtudes, que creía le serían mas agradables. Este hombre, lleno de la gracia, y de la verdad: este vaso de eleccion: este Santo Abad, conducido por la Sabiduría divina, llegó á la cima del monte del Señor, y arribó hasta el lugar santo, en donde había merecido recibir la bendicion de su Salvador, y contemplar el adorable rostro del Dios de Jacob. Este excelente solitario fue sacado de la santa masa de los Mártires, para ser en nues-

(1) El Menologio Griego hace memoria de él el dia 9 de Abril; y los Martirologios Latinos el dia 8, conforme á las Actas.
(2) Esto es Abad.

nuestros dias como una preciosa levadura, que conservase su espíritu en la Iglesia, y para que su generosa fé, que le hizo dar su vida por Jesu-Christo, asegurase la inconstante de nuestro siglo. Fue verdaderamente una piedra fiel, cortada de aquella antigua roca de los primeros Fieles, sobre la qual se fundó la Iglesia. En fin, él nos trazó con su sangre el camino de la salvacion. Y en efecto, no mostró menos constancia en la muerte, que santidad durante su vida. La pureza de sus costumbres jamás fue ensuciada con mancha alguna: hasta el nombre mismo de delitos ignoraba: con sola su presencia hacía huir los vicios: jamás se le atrevió á presentar la avaricia: temiendo su virtud el deseo inmoderado de los bienes de la tierra, nunca se atrevió á tocar á su alma: viéndose el oro despreciado por este hombre desinteresado, se ocultaba de vergüenza: el orgullo se humillaba delante de él: la hinchazon de espíritu arrastraba á sus pies, y se dexaba pisar como el polvo; pero la pobreza estaba á su lado con la dulzura: no le abandonaban la verdad, y la justicia: la caridad, y la paz le hacian mil caricias: en una palabra, todas las virtudes eran sus amigas: acompañábanle por todas partes: vivian con él: derramaban en el mundo el buen odor de su alma, y le hacian agradable á todos los que le conocian, apresurándose cada uno (si así me atrevo á decirlo) por venir á coger en su casa alguna de ellas.

Qua-

Quatro meses estuvo Bademo en la carcel con sus siete discípulos, cargado de cadenas, agoviado de miserias, recibiendo cada dia gran número de azotes; pero padeciendo siempre estos trabajos con una paciencia, y una alegría inexplicable; porque los sufría por Jesu-Christo, en quien ponía toda su esperanza. Había por entonces en la Corte de Persia un Señor llamado Nersan, Príncipe de Aria en la Provincia de Bergema. Este Señor era Christiano; y queriéndole obligar el Rey á que adorase al sol: luego que lo resistió, lo mandó prender. Pero entibiándose Nersan poco á poco, perdió en fin aquella constancia que manifestó al principio. La vista de los tormentos con que le amenazaba, le puso miedo: faltóle el valor; y el apego á los bienes frágiles, y perecederos concluyó lo que el temor de los suplicios había dado principio. Rindióse á estos dos acometimientos; y queriendo conservar al mismo tiempo los bienes del cielo, y los de la tierra, fue miserablemente privado de unos, y de otros; porque dexó escapar los verdaderos placeres de una vida divina, y eterna, que le estaba asegurada por el martirio; y tampoco pudo gozar de los gustos terrenos, y pasageros, por los quales huyó del martirio. Prefiriendo, pues, el favor de un Príncipe mortal al de un Dios eterno, declaró que estaba pronto á hacer todo lo que el Rey gustase mandarle, y que renunciaba desde luego el culto de este gran Dios, que hasta entonces había

ado-

rado siempre. Supo Sapor con alegría esta mudanza; y para experimentar si era sincera, mandó que quitasen los grillos á Bademo, y que le llevasen por una puerta secreta á un quarto de Palacio, en que Nersan estaba preso. Despues dixo el Rey á dos Señores, que estaban cerca de él: Si Nersan quiere alcanzar su libertad, es necesario que mate á Bademo por su propia mano. Llevan al punto á este Santo Abad al lugar donde estaba Nersan: dícenle á este la condicion que ponía Sapor en el recobro de su libertad, y las recompensas que le ofrece. Consiente en ello este miserable. Danle una espada, y se avanza hácia el Santo para metérsela por el cuerpo. Pero asustado de repente de un terror extraordinario, y sobrenatural, se queda inmovil, pásmasele el brazo, y no puede estirarle. Entonces el siervo de Jesu-Christo, poniendo su vista en este apóstata: Infeliz Nersan, le dice, ¿hasta dónde pretendes llevar la fealdad de tu atentado? ¿Pues no te basta renunciar á tu Dios, sino que es necesario que aun te hagas mas reo, y que te esfuerces á quitar la vida á sus siervos? Miserable, ¿qué harás tú en aquel dia terrible? ¿Adónde irás tú para evitar aquel tremendo juicio? ¿Qué responderás tú á este gran Dios, á este Dios eterno, quando seas citado ante él? Por mí, yo corro con alegría al martirio, y doy de buena gana mi vida por mi Señor Jesu-Christo. No obstante, confiésote que mejor quisiera recibir la muerte de otra mano que de la tuya; porque

que ¿es posible que tú has de ser mi verdugo? Nersan no tenía ni bastante fuerza, ni bastante valor para acabarlo. Pero procurando tomar un semblante mas duro que un bronce para no avergonzarse de las reprehensiones de Bademo, y un corazon de piedra para no sentir los remordimientos, continuaba siempre, con una mano cobarde, y trémula, dando golpes con su espada en los costados del Santo, que traspasado en fin por todas partes, dió su dichosa alma al Criador de cielo, y tierra. El número de las heridas que recibió era tan grande, que los Paganos asistentes á su muerte, no podian admirar bastantemente su invencible paciencia, semejante á una columna, á quien mil golpes descargados contra ella, no pueden moverla. Pero al mismo tiempo cargaban de una infinidad de exêcraciones á su cobarde homicida, no teniendo menos horror á su crueldad, que desprecio á su timidez, y flaqueza. El mismo Dios hizo justicia; y este miserable, despues de haber sido atormentado con todas suertes de males, pereció en fin de una cuchillada que le dieron con una espada tambien.

S. Bademo padeció el martirio el dia ocho de Abril. Su cuerpo fue arrojado fuera de la Ciudad; pero algunas personas piadosas lo levantaron secretamente; y habiéndolo enterrado con cuidado, le depositaron en un lugar seguro.

Sus discípulos permanecieron quatro años presos, y no salieron hasta despues de la muerte de Sapor. Pero por la gracia de nuestro Señor Jesu-

Chris-

Christo (al qual sea la gloria, y el honor), perseveraron constantemente en la Fé de S. Bademo su Maestro.

CALENDARIO ANTIGUO ROMANO,

HECHO EN TIEMPO DEL PAPA LIBERIO,

A MITAD DEL QUARTO SIGLO.

Añádese la palabra Santo, por ser esto mas conforme al uso de nuestra lengua.

OBISPOS.

A 27 de Diciembre, S. Dionisio en el Cementerio de Calixto.
A 30, S. Felix en el mismo Cementerio de Calixto.
A 31, S. Silvestre en el de Priscila.
A 10 de Enero, S. Milciades en el de Calixto.
A 15, S. Marcelino en el de Priscila.
A 5 de Marzo, S. Lucio en el de Calixto.
A 22 de Mayo, S. Cayo en el mismo.
A 2 de Agosto, S. Esteban en el mismo.
A 26 de Setiembre, S. Eusebio en el mismo.
A 7 de Octubre, S. Marcos en el de Balbina.
A 8 de Diciembre, S. Eutiquiano en el de Calixto.
A 12 de Abril, S. Julio en el camino de Aurelio, á tres millas de la Ciudad, en el mismo.

MAR-

MARTIRES.

A 25 de Diciembre, la Natividad de Jesu-Christo en Belen, Ciudad de la Tribu de Judá.
A 20 de Enero, S. Fabian en el Cementerio de Calixto; y S. Sebastian en las Catacumbas.
A 21, Santa Inés en el camino de Nomento.
A 22 de Febrero, S. Pedro de la Cátedra.
A 7 de Marzo, Santa Perpetua, y Santa Felícitas de Africa.
A 19 de Mayo, S. Partin, y S. Calocero en el Cementerio de Calixto, en el nono Consulado de Diocleciano, y el octavo de Maxîmiano (1).
A 29 de Junio, S. Pedro en las Catacumbas, y S. Pablo en el camino de Ostia, en el Consulado de Tuseo, y de Baso (2).
A 10 de Julio, S. Felix (3), y S. Felipe en el Cementerio de Priscila: S. Marcial, S. Vital, y S. Alexandro en el de los Jordanes: S. Silaino en el de Máxîmo (los Novacianos hurtaron el cuerpo de este Martir); y S. Januario en el de Pretestato.
A 30, S. Abdon, y S. Senen en el de Pontieu, ó Fonciano, cerca del Oso Galeado.
A 6 de Agosto, S. Sixto en el de Calixto; y S. Agapito, y S. Felicísimo en el de Pretestato.
A 7, S. Carpoforo, S. Vitorino, S. Severiano, en

(1) El nuevo Martirologio Romano los pone en tiempo de Decio. (2) Esto es, el año 258, en el qual se hizo la translacion de los Santos Apóstoles el mismo dia de su fiesta. (3) Los siete hijos de Santa Felícitas.

en el camino de Albano, y de Ostia.
A 8, S. Ciriaco, S. Largo, S. Crescenciano, Santa Memmia, Santa Juliana, y S. Esmaragdo, cerca del camino de la Sal.
A 10, S. Lorenzo en el camino de Tívoli.
A 13, S. Hipólito en el mismo camino; y S. Ponciano en el Cementerio de Calixto.
A 22, S. Timoteo en el camino de Ostia.
A 28, S. Hermes en el Cementerio de Basila, en el camino antiguo de la Sal.
A 5 de Setiembre, S. Aconto, S. Nono, S. Herculano, y S. Taurin en Porto.
A 9, S. Gorgonio en el camino de Lacio.
A 11, S. Proto, y S. Jacinto en el Cementerio de Basila.
A 14, S. Cipriano de Africa. Su fiesta se celebra en Roma en el de Calixto.
A 22, S. Basila en el camino viejo de la Sal, en el nono Consulado de Diocleciano, y el octavo de Maxîmino.
A 14 de Octubre, S. Calixto en el camino de Aurelio, á tres millas de Roma.
A 9 de Noviembre, S. Clemente, S. Semproniano, S. Claudio, y S. Nicostrato.
A 19, S. Saturnino en el Cementerio de Trason.
A 13 de Diciembre, S. Ariston.

CA-

CALENDARIO ANTIGUO

DE CARTAGO,

HECHO EN EL QUINTO SIGLO.

Sacado de un Manuscrito viejo de la Abadía de Cluni, casi todo él apolillado, y comido de gusanos, dado á luz por D. Juan de Mabillon en el tom. 3. de sus Analectas.

Aquí se contienen los dias del nacimiento de los Mártires, y el dichoso tránsito de los Obispos, que la Iglesia de Cartago celebra todos los años.

A 19 de Abril, S. Mapálico Martir.
A 29, S. Pudente Martir.
A 30, S. Claudio Martir.
A 5 de Mayo, S. Grato Obispo.
A 6, S. Marin, y Santiago Mártires.
A 7, S. Geneclo Obispo.
A 11, S. Mayulo.
A 13, S. Secundiano Martir.
A 14, Santa Felice, S. Cecilio, y sus Compañeros.
A 22, S. Casto, y S. Emilio.
A 23, S. Lucio, y S. Montano.
A 25, S. Flaviano, y Santa Septimia.
A 31, los Santos Mártires Timidienses.
A 3 de Junio, S. Perseverante.
A 5, S. Sixto.

A 11, S. Galon.
A 19, S. Gervasio, y S. Protasio Mártires.
A 14, S. Juan Bautista.
...... S..... y Progato Martir.
...... S. E......... Martir.
...... Santos .... Apóstoles.
A 15 de Julio, S. Catulino Martir.
A..... los Santos Mártires Escilitanos.
A 20, S. Aurelio Obispo.
A 22, los Santos Mártires Masulitanos.
A..... S. Capreolo Obispo.
A 30, los Santos Mártires de Tuburba, y Santa Septimia.
A 1 de Agosto, los Macabeos.
A 6, S. Sixto Martir, y Obispo de Roma.
A 10, S. Lorenzo.
A 12, S. Marin.
A 13, S. Hipólito.
A.... los Santos Mártires llamados la Masa blanca.
A.... S. Quadrato.
A.... S. Timoteo.
A .... S. Ginés Cómico.
A 29, S. Restituto, y S. Agustin Obispo.
A 30, S. Felix, Santa Eva, y Santa Regiola Mártires.
A .... de Setiembre, S. Amplio.
A 14, S. Cipriano Obispo, y Martir de Cartago.
A 16, Santa Eufemia.
A .... S. Januario Martir.
A .... S. Sosio.
A 10 de Octubre, S. Quintaso.
A

A 13, S. Lucas Evangelista, y Martir.
A 17, los Santos Mártires Volitanos.
A .... S. Lucio, y S. Victuricio Mártires.
A .... Santa Victuria (ó Victoria).
A 29, S. Feliciano, y los Santos Mártires de Vages.
A 1 de Noviembre, S. Octavio.
A .... los Santos Mártires Capitanes.
A 13, S. Valentin.
A .... S. Clemente.
A .... S. Crisógono Martir.
A .... S. Andrés Apostol, y Martir.
A 5 de Diciembre, S. Bilio, S. Felix, Santa Potamia, Santa Crispina, y sus Compañeros.
A 10, Santa Eulalia.
A 11, los Santos Mártires de Erona.
A 17, S. Felix, Santa Clemenciana, S. Honorata, y Santa Masaria, Mártires.
A .... S. Nemesiano.
A 25, nuestro Señor Jesu-Christo, Hijo de Dios.
A 26, S. Esteban primer Martir.
A 27, S. Juan, y Santiago, aquel á quien hizo morir Herodes.
A 28, los Santos Niños, que Herodes hizo morir.
A 5 de Enero, S. Deogracias, y S. Eugenio Obispos.
A 6, el santo dia de la Epifanía.
A 8, S. Quod-vult-Deus Obispo.
A 11, S. Salvio Martir.
A 15, S. Felix de Nola.
A 17, los Santos Mártires de Rubres.

A 19, los Santos Mártires de Tertula, y de Ficaria.

A 20, S. Sibastian Martir (esto es, S. Sebastian).

A 21, Santa Inés Martir.

A 22, S. Vicente Martir.

A 25, S. Ageleo Martir.

A 1 de Febrero, S. Luciano, y S. Vicente Mártires.

A 2, los Santos Mártires Carterianos.

A 5, Santa Agueda Martir.

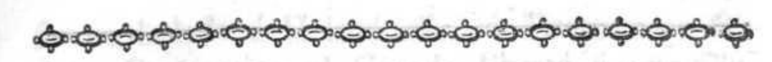
A 7, S. Felix, S. Vitor, y S. Januario.

A 16, S. Macrobio, Santa Lucila, S. Nondinario, Santa Ceciliana, y los Mártires de Petra.

FIN

DEL TOMO TERCERO.

NO-



NOTAS
SOBRE LAS ACTAS
DE LOS MARTIRES,
CONTENIDAS EN ESTE TERCER TOMO.

SOBRE EL MARTIRIO
DE SANTA EUFEMIA.

ESte discurso de S. Asterio fue leido en el sétimo Concilio Oecuménico, recibido con aplauso de todos los Padres, é insertado todo entero en las Actas de él.

Asterio vivía á fines del quarto siglo, en el reynado de Arcadio.

La memoria de Santa Eufemia es célebre entre los Griegos, y los Latinos. S. Gregorio Turonense nota, que en tiempo de S. Gregorio el Grande había en Roma una Iglesia dedicada á esta Santa. Los Griegos han construido muchos baxo de su nombre: contábanse quatro en Constantinopla; y no hay cosa mas sabida en la historia, que la soberbia Basílica eregida sobre su sepulcro en un arrabal de Calcedonia, y en el mismo lugar en que padeció el martirio. En la nave de este magnífico edificio fue donde se tuvo el quarto Concilio General.

SOBRE EL MARTIRIO
DE S. LUCIANO.

En tiempo de S. Juan Crisóstomo se celebraba la fiesta de este Santo Martir al dia siguiente de la Epifanía. Y en sus Actas se lee, que el dia de las *Teofanías* (1) este ilustre Presbítero de Antioquía había consagrado la víspera de su muerte los santos misterios sobre su pecho, por no tener altar la carcel en que le tenian, y obligándole los horribles tormentos que sufrió á tener que estar echado de espaldas, sin poderse casi mover. Lo mismo refiere Filostorgio, *lib.* 2. *Hist. Ecles. n.* 14. Teodoreto Obispo de Ciro, parece haber querido imitar á este Santo Presbítero; pues refiere él mismo en el cap. 20 de su Historia, que no teniendo altar en la celda de un Solitario, no por eso dexó de ofrecer sobre las manos de los Diáconos, que sirvieron de altar para el sacrificio místico.

S. Luciano pronunció en Nicomedia, á presencia del Emperador Maxîmino, una apología por los Christianos. Eusebio, *lib.* 8. *Hist. Eclesiást. cap.* 13.

Hizo una traduccion de la Santa Escritura, que se llamaba de su nombre *Lucianea.*

Padeció el martirio en Nicomedia; y su cuerpo fue

(1) El dia de Reyes.

fue trasladado á Helenópolis, ó Drepana en Bitinia. Constantino el Grande libertó á esta Ciudad de todo impuesto, y tributo en atencion al Santo Martir. El Autor de la Crónica Pascal al año 327.

SOBRE EL MARTIRIO
DE S. BARLAAM.

ES necesario convenir en que la mayor parte de los antiguos no son muy exâctos en sus antítesis, ni justos en sus metáforas. Entre muchas experiencias que tengo hechas, vé aquí dos, que me vienen á la mano con el motivo de estar ahora traduciendo una Homilía de S. Basilio. Dice, hablando de un Martir: *In sepulchro consumptus est, & ad convivium advocat.* Aquí pretende hacer el Santo un antítesis. Y dónde está? pregunto yo. Si se hubiera querido traducir á la letra, en qué embrollo no nos hubiéramos metido? Y así nos pareció que se debian traducir así: Su sepulcro no contiene mas que unas pocas de cenizas; y este poco de ceniza viene á ser hoy el objeto de una fiesta pública.

Algunas lineas despues dice, hablando de un tirano, que se apoderó con poco esfuerzo de un pobre aldeano: *Quem tyrannus rapuit, veluti facilem prædam, ac venationem nactus; post venationem autem insuperabilem militem sensit.* ¡Qué antítesis, y juntamente qué mala metáfora, y qué

mal seguida! No hubiera mas propiedad en esta expresion: Habiéndose apoderado el tirano sin mucha dificultad de esta inocente presa::: Despues que se hizo dueño de ella, vió á esta mansa paloma mudarse en gavilan, lleno de valor, y de fuerza. La oposicion no me parece muy propia entre la presa que se caza, y un soldado, á menos que no se quiera hablar de aquellos soldados que corren las gallinas; lo que sería, á mi parecer, una metáfora bien baxa. He advertido esto para justificarme de algunas mutaciones, que me he visto precisado á hacer en el curso de esta traduccion.

El P. Combefis cree que todo este pasage no es sino una metáfora continuada, y dirigida á los Oradores. Al contrario, los Padres del sétimo Concilio la entendieron de la pintura, y la alegaron contra los Iconoclastas. Act. 4.

SOBRE LOS QUARENTA MARTIRES *DE SEBASTE.*

MUchos Padres de la Iglesia, además de S. Basilio, han hecho el elogio de estos Santos, como S. Gregorio de Nisa, S. Efren, y S. Gaudencio Obispo de Bresa.

Los Padres del sétimo Concilio refieren contra los Iconomacos muchos pasages de esta Homilía de S. Basilio.

Poco tiempo despues de la muerte de estos Már-

Mártires, se vieron construir muchas Iglesias en su honor: en Cesaréa, y en Nisa en la Provincia de Capadocia, en Roma, en Constantinopla, &c. Segun refiere S. Gregorio Niseno habia pocas Provincias en donde no se hallasen reliquias de estos Santos.

No solamente los Griegos, y los Latinos han tenido mucha veneracion á los Quarenta Mártires de Sebaste, sino tambien los Sirios, los Caldeos, los Maronitas, y todas aquellas otras congregaciones de Christianos de Levante.

SOBRE EL MARTIRIO

DE S. JANUARIO, DE S. FAUSTO,

Y DE S. MARCIAL.

EL dia de la fiesta de estos Santos Mártires está puesta de diverso modo en diferentes Martirologios. Floro, Adon, Notkero, y el Martirologio referido por Rosweido, la ponen á 28 de Setiembre. Usuardo, el Martirologio de España de Salazar, y el que se atribuye á S. Gerónimo, á 13 de Octubre. Wandelberto á 13 de Octubre, y á 28 de Setiembre. En el Breviario Mozárabe se halla un himno en honor de estos Santos; y Prudencio hace su elogio en el que compuso para los Mártires de Zaragoza. Sus reliquias fueron halladas en Córdoba el año de 1584.

SO-

SOBRE EL MARTIRIO
DE S. CIRILO,

Y algunos otros referidos en la Historia de la persecucion de Juliano Apóstata.

A Estos dos Mártires junta Teodoreto á Marco de Aretusa, que sufrió tormentos casi increibles; porque fue azotado cruelísimamente, echado en una cloaca, ó alcantarilla, entregado á una tropa de muchachos, que le dieron mil punzadas con sus punteros, ó estilos (1); encerrado en una red, y expuesto á un gran sol, desnudo, y untado de miel: atado en lo alto de una torre, en donde fue picado, pasado, y ensangrentado por una multitud de abispas, y tábanos. Teodoreto añade, que Marco sufrió con alegría todos estos varios tormentos. El Menologio de los Griegos, y algunos Martirologios Latinos hacen memoria de este Obispo, y Martir. No obstante, dudamos se le pueda dar lugar entre los verdaderos Mártires, por causa de que siempre mostró favorecer al partido de los Arrianos, ó á lo menos al de los Semiarrianos, del qual es constante que fue una de las cabezas principales.

Por lo que toca á Emiliano, S. Gerónimo hace de él una mencion honorífica en su Crónica. Su fiesta se celebra á 18 de Junio. Los Paganos le quemaron, porque puso fuego á un templo de sus Ido-

(1) Véase el martirio de S. Casiano, Maestro de niños.

Idolos. Escribe Filostorgio, que en aquel tiempo los Idólatras solian quemar muchas veces á los Christianos sobre los altares de sus Idolos, á manera de víctimas.

SOBRE EL MARTIRIO
DE S. SABAS.

LOS Godos recibieron el bautismo, y los dogmas de la Iglesia Católica, y no el Arrianismo (como algunos creen falsamente), antes del reynado de Constantino, ó á lo menos poco tiempo despues de hecho Emperador. Teófilo, su Metropolitano, asistió, y suscribió en el gran Concilio de Nicea. Sócrates, *Hist. Ecles. lib.* 2. *cap.* 41.

A fines del quarto siglo el Rey Atanarico excitó una violenta persecucion contra los Christianos de sus Estados, ó fuese en odio de la Religion de los Romanos, ó por inclinacion á la de sus antepasados. Sozomeno, *Hist. Ecles. lib.* 6. *cap.* 37.

El testimonio de S. Basilio, de S. Ambrosio, de S. Agustin, y de otros muchos gravísimos Autores, es mas que suficiente para desmentir á Sócrates, que quiere que los Godos fuesen Arrianos desde el principio de su conversion, aunque él mismo por una contradiccion bastante admirable, los llama Mártires, que abrazaron la Religion Christiana con un corazon sencillo; y que por el menosprecio que mostraron á esta vida temporal, dieron señales de la pureza, y de la grandeza de su Fé.

S. Basilio los elogia en su Carta 338, en la qual alaba á Ascolio Obispo de Tesalónica, de su desvelo, que le dicta palabras fuertes, y poderosas, con que aníma, y fortifica el valor de los Godos, que se presentan al martirio: dícele que él es, respecto de ellos, lo que son para los Atletas los que los untan de aceyte quando están prontos para entrar en el combate; y le dá las gracias de que por sus cuidados esté la Fé floreciente entre los Bárbaros, mientras que el Arrianismo la marchita, la pierde, y la destruye entre los Romanos.

S. Agustin *en el lib.* 18. *de la Ciudad de Dios, cap.* 52. dice en términos formales, que quando la persecucion de Atanarico comenzó á encenderse, no había entre los Godos sino Católicos, de los quales muchos alcanzaron la corona del martirio.

S. Ambrosio en su Comentario sobre el Evangelio de S. Lucas, *lib.* 2. *n.* 37. dice que Jesu-Christo estableció su imperio entre los Godos. Y añade, que si han alcanzado tan señaladas victorias sobre los Romanos, ha sido, sin duda, porque estos disputaban al Hijo de Dios su divinidad, mientras que aquellos, por establecerla, derramaban su sangre.

Teodoreto hácia el fin del 4. *lib. de su Hist. Ecles.* dice que Trajano, y los demás Gefes del Exército de Valente, atribuían claramente á la impiedad de este Príncipe las conquistas que los Godos hacian en el Imperio.

Lo

Lo cierto es que estos pueblos perseveraron en la comunion de la Iglesia Católica hasta Ulfilas, uno de sus Obispos, que los hizo pasar á la de los Arrianos, aunque jamás los pudiese hacer recibir el detestable dogma, que destierra al Hijo de Dios entre las criaturas.

S. Gerónimo en su Crónica pone la persecucion de Atanarico en el número de las demás que han asolado la Iglesia Católica. Y Orosio llama Mártires á los que en ella acabaron.

De este gran número que perecieron, hay muy pocos cuyas Actas, y aun sus nombres, hayan llegado hasta nosotros. Los Griegos en su Menologio hacen mencion á 26 de Marzo de S. Bartusio, y de S. Vercas, Presbíteros; y de S. Arpilas, Solitario, que orando en una Iglesia con otros veinte y tres, fueron reducidos á cenizas con la Iglesia misma, por orden del Rey Jongerico, en el imperio de Valentiniano, de Valente, y de Graciano.

Nicetas, y Sabas son los únicos que conocemos del tiempo de Atanarico.

Por lo demás, hay mucha apariencia de que el célebre Ascolio Obispo de Tesalónica, sea el Autor de la Carta de la Iglesia Gótica, enviada á la de Capadocia, que tenía por entonces á S. Basilio por Cabeza, y por Metropolitano. Y no puede menos de convenirse en ello, si se quiere hacer atencion á los términos de la

Car-

Carta 338, y de la siguiente de este grande Obispo de Cesaréa al mismo Ascolio.

FIN
DE LAS NOTAS.

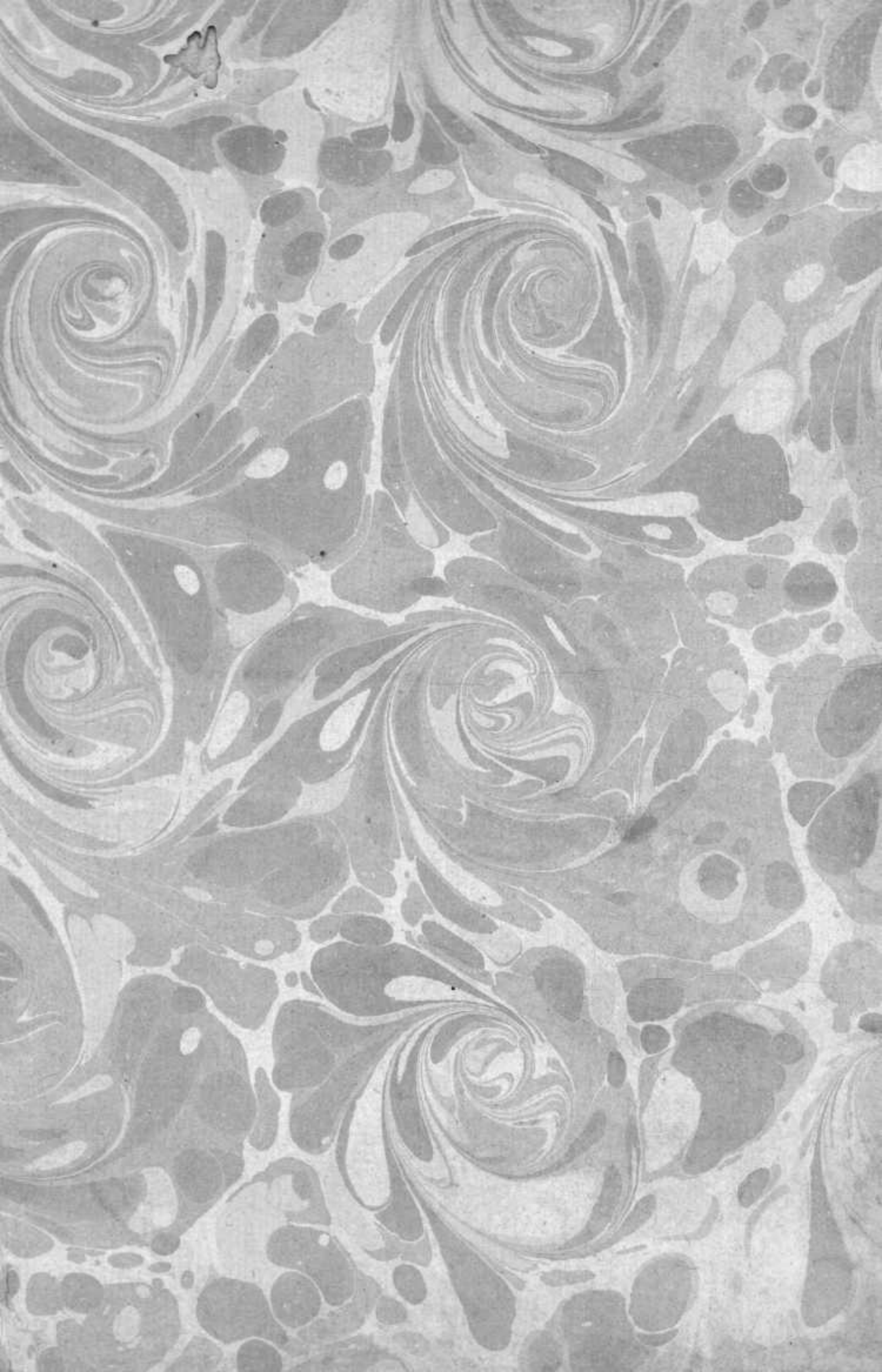


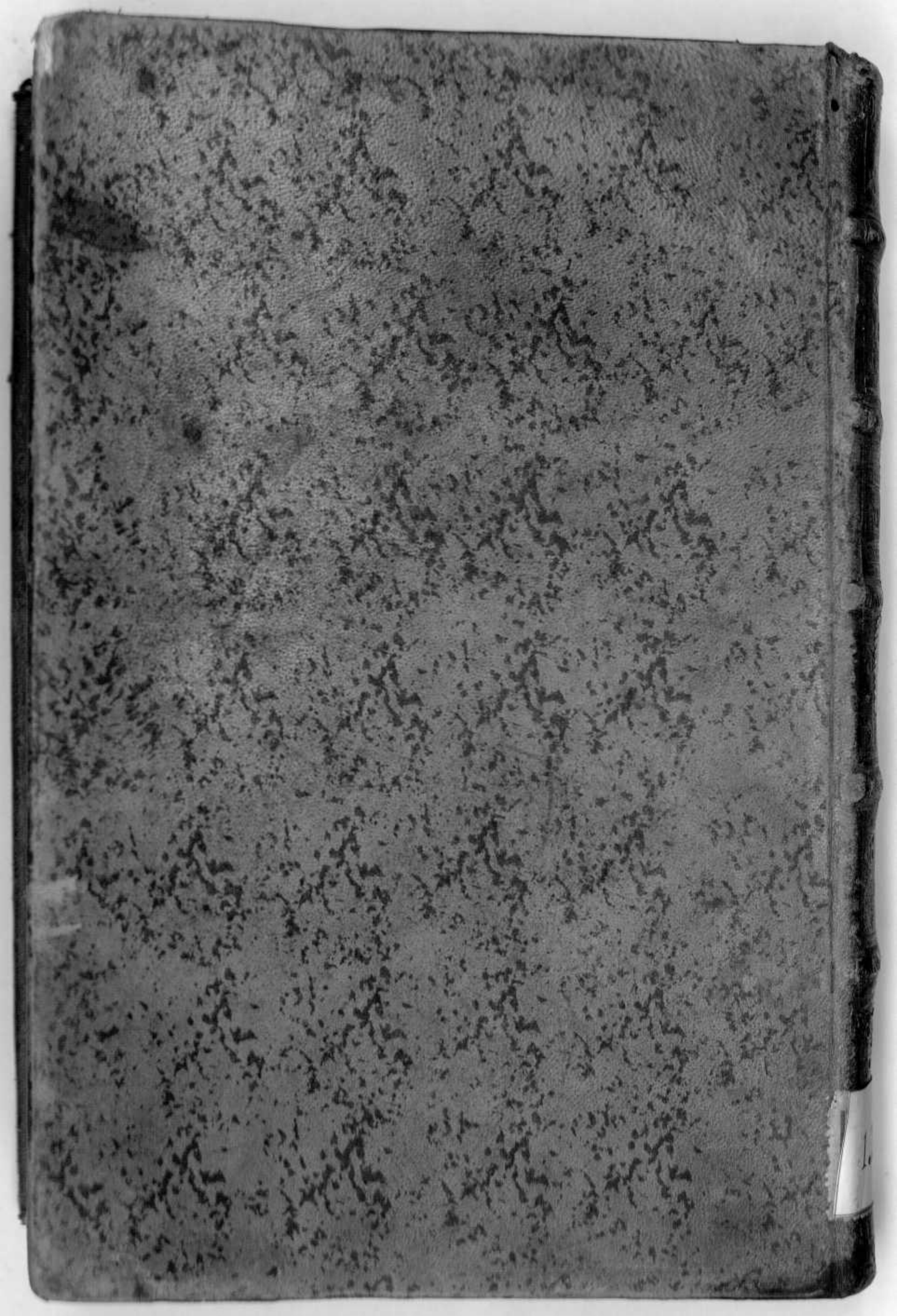
Carta xxii. y dá la siguiente de este grande Obispo de Cesaréa al mismo Ascolio.

FIN

DE LAS NOTAS.








ACTAS
DE LOS
MARTIR.
TOM. III.
85
286
1.267